

Enrica Collotti Pischel
Charles Bettelheim
Marco Macció
Isaac Deutscher
Rossana Rossanda
Mao Tse-tung

La revolución cultural china

Handwritten signature
28/12/97

Cuadernos de Pasado y Presente

- 1 / Karl Marx, Introducción general a la crítica de la economía política
- 2 / Claude Lévi-Strauss, Elogio de la antropología
- 3 / Paul A. Baran, Excedente económico e irracionalidad capitalista
- 4 / Louis Althusser, La filosofía como arma de la revolución
- 5 / Ernesto Che Guevara, Escritos económicos
- 6 / Varios Autores, Francia 1968: ¿Una revolución fallida?
- 7 / Varios Autores, Teoría marxista del partido político
- 8 / Badieu-Althusser, Materialismo histórico y materialismo dialéctico
- 9 / Gorz-Macció, Sartre y Marx
- 10 / Varios Autores, Teoría marxista del Imperialismo
- 11 / Cesare Luporini, Dialéctica marxista e historicismo
- 12 / Varios Autores, Teoría marxista del partido político II
- 13 / Rosa Luxemburg, Huelga de masas, partido y sindicatos
- 14 / Varios Autores, La revolución palestina y el conflicto árabe-israelí
- 15 / Varios Autores, El marxismo de Trotski
- 16 / Varios Autores, El joven Lukács
- 17 / 18 Evgeni Preobrazhenski, La nueva económica
- 19 / Varios Autores, Gramsci y las ciencias sociales
- 20 / Hobsbawm-Marx, Formaciones económicas precapitalistas
- 21 / Nicolai I. Bujarin, El imperialismo y la economía mundial
- 22 / Kuron-Modzelewski, Revolución política o poder burocrático. I. Polonia
- 23 / Varios Autores, La revolución cultural china
- 24 / Varios Autores, Imperialismo y comercio internacional
- 25 / Vladimir I. Lenin, Contra la burocracia

La crisis del modelo soviético de transición al socialismo, fundado en la industrialización acelerada, la colectivización forzada del campo y la rígida subordinación de toda la vida política y social del país a los objetivos prioritarios del desarrollo económico, es hoy una realidad dolorosa. Y lo es porque además de crear problemas económicos de difícil resolución, posibilitó un proceso acelerado de deformación burocrática y tecnocrática del conjunto de la sociedad soviética. Esta realidad, que fuera profetizada por la voz solitaria de Trotski en la década del 30, y que se mostrara en toda su desnudez a partir del XX Congreso del PCUS y en los hechos de Hungría, Checoslovaquia, Polonia, es hoy cuestionada teórica y prácticamente por la revolución china. Su experiencia demuestra la falacia que se esconde detrás de la consideración de los fenómenos políticos como meros reflejos de los fenómenos económicos.

Durante muchos años el pensamiento revolucionario se acostumbró a pensar en la "necesariedad" de las deformaciones que se producían en las experiencias socialistas concretas. El "estalinismo" aparecía como el único camino, doloroso pero necesario, para superar el atraso económico y avanzar rápidamente hacia una sociedad igualitaria. En el desarrollo de las fuerzas productivas, asegurado por el estalinismo, estaba la garantía de su futura desaparición. Apenas liberado de los vínculos demasiado opresivos de la etapa de la industrialización, se produciría la expansión plena de la sociedad socialista en todos sus campos. La democracia proletaria perdida necesariamente a comienzos de la década del 20, cuando los soviets pasaron a ser meras designaciones, volvería a resurgir y por ese camino pueblo

Tapa: Miguel de Lorenzi
Primera edición: junio de 1971
© Ediciones Pasado y Presente
Casilla de Correo 80, Córdoba
Queda hecho el depósito de Ley
Impreso en Impresiones Schmidel
Cosquín 1172 / Buenos Aires

y poder se identificarían. A más de cincuenta años de socialismo en la URSS, esta concepción se ha demostrado ingenua e inaceptable. Hoy sabemos, y esto se lo debe el movimiento revolucionario mundial a la experiencia china, que el proceso revolucionario no es algo unívoco e irreversible, que su carácter es inestable y precario aunque llegue a conquistar el poder. Para el maoísmo, la vida de toda sociedad está dominada siempre y en cada uno de sus aspectos por un conflicto de clases, por la contradicción entre las fuerzas internas e internacionales del proletariado y las fuerzas de la burguesía. Estas fuerzas, que se manifiestan claramente en la sociedad burguesa, siguen actuando de manera velada en la sociedad de transición al socialismo. De acuerdo con esta concepción jamás se alcanza una victoria definitiva. El equilibrio en favor de las fuerzas del proletariado puede ser mantenido en el interior de la nueva sociedad si se libra una lucha de clases permanente, que no puede limitarse a destruir el poder económico de las clases poseedoras y sus posiciones políticas y culturales, sino que tiene que modificar radicalmente actitudes y comportamientos asentados sobre una división social del trabajo heredada de las sociedades anteriores y que tienden espontáneamente a reproducirse en la nueva. El maoísmo niega entonces la falsa verdad con que se recubría la conciencia desdichada del pensamiento revolucionario. No hay desarrollo de las "cosas", de los "instrumentos" o de las "fuerzas" que resuelva mecánicamente en favor del proletariado el futuro del socialismo. La expansión de la industria no conducirá a la consolidación del poder del proletariado, si no se liquida la dirección personal y la rígida división del trabajo en el interior de las empresas, si no se asegura a la clase obrera el control de los nuevos instrumentos de producción. De nada vale la introducción masiva de tractores en el campo, si no aparecen organizaciones agrícolas verdaderamente colectivistas que permitan una apropiación social de los instrumentos técnicos. La difusión masiva de la cultura científico-técnica o la incorporación del proletariado a las instituciones educativas pueden llegar a adquirir un signo negativo si no se destruye un tipo de organización escolar heredada de la sociedad burguesa y que reproduce en la nueva las fuerzas sociales separadas, la división del trabajo y los roles provenientes de compe-

tencias seleccionadas. La victoria del socialismo sobre las fuerzas burguesas restauradoras no es un fenómeno *cuantitativo* (por ej., "cuando el pueblo soviético consuma más manteca por habitante que el norteamericano, los hombres se convencerán de la superioridad del socialismo sobre el capitalismo", decía groseramente Jruschov), no es una acumulación de hechos, sino una transformación social realizada mediante una lucha, un proceso continuo de *revolucionarización* del conjunto de la sociedad. Si los partidos revolucionarios alimentan concepciones justificadoras de la "neutralidad" del desarrollo económico, se convierten de hecho, a corto o a largo plazo, en una caución de la continuidad burguesa.

El partido se despoja de su potencialidad revolucionaria, conserva los residuos del pasado capitalista, los reproduce a través de su propia deformación burocrática y, mediante el poder del Estado, los difunde al conjunto de la sociedad.

Es este nudo gordiano el que pretende resolver la "revolución cultural" que sacudió a la sociedad china desde 1966 hasta ahora. Porque si los procesos de transición implican necesariamente elementos de continuidad de las sociedades anteriores que tienden a reavertirlos, y si el conjunto de instituciones de la sociedad socialista (inclusive el partido revolucionario) resultan afectadas de la gangrena burocrática y "restauradora", ¿cómo hacer para que la sociedad no se descomponga, para que siga avanzando en el proceso revolucionario?

El maoísmo nos enseña que el partido revolucionario no constituye por sí mismo una garantía contra las posibles "degeneraciones de clase" de la sociedad socialista. Y por ello rechaza la visión estalinista del partido dotado de un carácter de clase insalienable e incorruptible, colocado por encima de la vida concreta de las masas. Más aún, no sólo no constituye una garantía sino que, por el contrario, puede hasta llegar a ser el germen de una nueva clase social en el poder. La solución hay que buscarla en las propias masas y para ello es preciso reconsiderar críticamente toda la teoría del partido del proletariado, tal como se fue configurando a partir del "leninismo". Si la solución está en las propias masas, en su capacidad de intervención activa y autónoma en los procesos sociales,

las relaciones entre partido político y masas no puede ser planteada en el sentido clásico, "leninista" (ponemos el término entre comillas para establecer distancia entre Lenin y la interpretación que de éste hiciera el estalinismo y que aún continúa vigente en los partidos comunistas). Según Mao el partido es un *instrumento* para estimular el crecimiento de la conciencia y de la maduración política de las masas, pero éstas permanecen como el *término fundamental y decisivo* del proceso. Nadie puede ser el depositario de la conciencia de las masas, porque son ellas mismas las que deben aprender a reconocer lo justo y lo que no lo es; nadie puede actuar en su lugar, porque ellas deben liberarse a sí mismas. Hace muchos años que estas palabras no se escuchaban. Desde que Marx las estampó en los Estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores, en 1864, nadie hasta hoy volvió a recordarlas. Durante muchos años, la fe ciega en las capacidades de las "vanguardias", de las maquinarias perfectamente montadas, hizo olvidar a los revolucionarios para qué se luchaba. El partido dejó de ser una guía para transformarse en una fuerza dirigente sustancialmente estática, ligada a soluciones fijadas de antemano por una teoría elevada a dogma y cuyo objetivo es obtener de las masas la ejecución de sus decisiones mediante métodos autoritarios o violentos. El partido y sus cuadros se convierten así, inevitablemente, en una nueva clase dirigente incontrolable y reaccionaria. Y a partir de ese momento se produce una fusión entre el partido autoritario y las tendencias al privilegio que renacen constantemente en toda sociedad al amparo de la división social del trabajo. La restauración de la sociedad de clases acaba por imponerse. Hoy la revolución cultural china nos propone, aun imperfectamente, una nueva teoría de la revolución, que obliga a reexaminar una vez más el proceso revolucionario mundial iniciado con la revolución de octubre.

El maoísmo rechaza resueltamente esta idea de partido. Aunque sigan reivindicando el leninismo, los comunistas chinos proponen una teoría de la revolución profundamente original, que obliga a reexaminar críticamente toda la experiencia internacional acumulada a partir de la revolución de Octubre. Es este el valor

universal de la "revolución cultural china", porque sólo a través de tal replanteo es concebible el surgimiento de un internacionalismo de nuevo tipo.

Los materiales incorporados al presente volumen han sido seleccionados teniendo en cuenta esta preocupación por ahondar una realidad que hasta hoy sólo conocemos en la anécdota.

PASADO Y PRESENTE

No resulta fácil elaborar un cuadro claro, total y unitario de los problemas planteados por la revolución cultural china; esta revolución tuvo que responder a las amplias, decisivas y aun, en parte, indeterminadas exigencias que pueden presentarse hoy en el marco del esfuerzo por preservar a un régimen de tipo socialista de fenómenos involutivos y ha sido un proceso profundo y original que no permaneció en un plano puramente teórico sino que se insertó en la realidad social china. Debido a ello, puso en juego múltiples elementos —a veces contradictorios—, inició procesos de desarrollo que no han llegado a una conclusión definitiva y cuya marcha es irregular, condicionada de diverso modo por factores internos e internacionales, mostró una serie de posibles alternativas frente a aquellas respuestas a los problemas de la construcción del socialismo que se consideraban ya estereotipadas, y puso de manifiesto los límites y los riesgos, pero también las posibles aperturas, de nuevas soluciones¹.

La revolución cultural china debe considerarse desde dos perspectivas sustancialmente diferentes, aunque coordinadas, dentro de las cuales fue concebida y ha ido desarrollándose. Sólo teniendo presente estas dos perspectivas paralelas y esenciales, puede emitirse un juicio sobre ella, en la medida en que es posible juzgar apropiadamente los fenómenos sociales de gran importancia en el curso de su desarrollo. La revolución cultural fue concebida por quienes consideraron indispensable asumir el riesgo de promoverla —es decir, fundamentalmente por Mao Tse-tung y por los hombres que comparten las bases esenciales de su línea social e ideológica— por dos tipos de razones

ligados estrechamente: por una parte, en base al juicio que les merece la primera "experiencia histórica de la dictadura del proletariado", es decir, la experiencia de la URSS y, por otra, en base a problemas concretos que aparecieron en la vida social de China en el curso de los últimos años.

Para Mao, la evolución experimentada por la sociedad soviética en las últimas décadas, ha constituido y constituye la más grave y alarmante desnaturalización sufrida por el movimiento revolucionario socialista en toda su historia; según él, ha concluido con una restauración de clase, llevada a cabo por una minoría de tecnócratas y burócratas que, monopolizando las instituciones estatales colectivas y los instrumentos de producción, se ha transformado en una nueva clase dirigente, limitada y privilegiada, que excluye a la gran mayoría de las masas de la participación efectiva en la vida política y del control sobre los medios de producción, sometiéndola a la explotación económica y a la represión política, social y cultural. Este tipo de "restauración" ha restablecido no las apariencias exteriores de la sociedad capitalista, sino más bien la sustancia de la dominación de una clase restringida sobre la "gran mayoría del pueblo", mientras que —siempre según Mao— un estado socialista sólo puede existir sobre la base de la dictadura del proletariado ejercida en favor de la "gran mayoría" para protegerla de la represión y explotación, y para garantizar el desarrollo y la renovación de la sociedad y la producción, que no es nunca el producto "de las cosas" sino de la actividad del hombre, de su participación en la vida colectiva y de su compromiso total y consciente.

El planteo que hemos presentado sumariamente debería ser analizado en términos más generales y profundos para eliminar posibles equívocos e interpretaciones erróneas; es decir que sería necesario explicar de qué modo, en la perspectiva dialéctica de Mao, no tiene sentido hablar de una sociedad como de un todo monolítico, posible de catalogar compactamente en una categoría determinada, sino más bien como de un conjunto orgánico y articulado en el que se desarrolla una numerosa serie de procesos dialécticos, colocando en primer plano uno u otro aspecto alternativamente e implicando, según las relaciones de fuerza, el predominio de uno u otro término de la contra-

dicción, o sea, concretamente, el predominio —en general— de una clase u otra conforme a la acción desarrollada por las fuerzas y partidos que las representan (en el caso del proletariado, por los partidos marxistas). Sin embargo ello no excluye la existencia de casos, sectores y situaciones en que predominan fuerzas sociales opuestas a las que dominan todo el conjunto de la sociedad, de manera tal que la acción de la vanguardia proletaria puede y debe desarrollarse en forma articulada, afrontando especialmente aquellas situaciones que puedan implicar, en un desarrollo posterior, una transformación del equilibrio general entre las fuerzas de clase.

Fundamentalmente, según Mao, en cualquier sociedad socialista existen "fuerzas antisocialistas" (así como en cualquier sociedad burguesa o feudal existen fuerzas revolucionarias, proletarias o burguesas) que viven, operan, tienden a afirmarse, a convertirse en el "polo determinante de la contradicción", es decir la fuerza dominante de la sociedad, que tratan de reconquistar y monopolizar el poder, de llevar a cabo una "restauración de clase". Contra ese peligro se debe luchar ininterrumpidamente dentro de los regímenes socialistas aún después de la revolución socialista, porque así como la sociedad burguesa lleva en su propio seno los elementos de su destrucción (las fuerzas revolucionarias del proletariado), la sociedad socialista no es homogénea ni estática, ya que en su seno existen y subsisten o bien residuos de las viejas clases dominantes —cuyo poder no se extingue con la pérdida de los medios de producción sino que subsiste en el nivel de las posiciones personales, de las capacidades culturales adquiridas, de la mentalidad difundida y aceptada—, o bien fuerzas originadas en el exterior y que permanecerán hasta tanto no se destruya el sistema imperialista o, por último, tendencias y exigencias anti-igualitarias que nacen y se afirman dando lugar a la formación de nuevos privilegios y nuevos monopolios del poder. Ignorar, olvidar o subestimar la existencia de estas contradicciones en el interior del estado socialista, o enfrentarlas esquemáticamente y sin hacer distinciones como si fuesen contradicciones antagónicas que implican un choque frontal con el enemigo, reprimirlas y suprimirlas mediante la violencia y no con un proceso político-social gradual, intrínseco y

profundo, permite el desarrollo solapado de estas fuerzas y, más aún, les permite afirmarse y presentarse, en las condiciones adecuadas, como fuerzas dominantes, capaces de destruir el equilibrio existente y de efectuar una "restauración de clase" reduciendo las fuerzas revolucionarias y las iniciativas socialistas hasta ponerlas en inferioridad de condiciones y sometiénolas a la represión. Para Mao Tse-tung un proceso histórico jamás resulta terminado, logrado, completo e irreversible, menos todavía la construcción de una sociedad socialista, y ello no sólo en el plano material de la expansión y del bienestar, sino en el plano vital de la naturaleza de clase del "color" político y social.

De tal modo, si en el análisis realizado por Mao, especialmente a partir de 1964, pero preanunciado en ciertos aspectos por dos escritos: *Sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado*, de 1956, y en *Contradicciones en el seno del pueblo* de 1957, considera la "restauración de clase en la URSS" como un fenómeno producido en todos los sectores por obra de los tecnócratas y burócratas después de 1956, también la atribuye a carencias anteriores tales como la inadvertencia de la necesidad de luchar sin descanso contra las involuciones de clase en el interior de la sociedad socialista y de los partidos comunistas, la negación de la existencia de contradicciones dentro de la sociedad socialista, la subestimación de los instrumentos para asegurar la formación de nuevos agrupamientos de clase en la sociedad socialista destinados a combatir la despolitización de las masas y sobre todo de los jóvenes. Sin embargo, el análisis de la "experiencia de la dictadura del proletariado" en la URSS tanto en el período stalinista como en el período posterior al XX Congreso, implica una serie de elecciones políticas e ideológicas muy precisas también en el caso de China, vale decir que implica la decisión de luchar, en China, contra los mismos fenómenos (o fenómenos afines y comparables a los verificados en la URSS) y, por consiguiente la quiebra de intereses concretos y el abandono de instrumentos ampliamente consolidados, cuando tales intereses e instrumentos son considerados peligrosos para la estructura de la sociedad socialista. Pero ello no puede producirse sin un enfrentamiento cuyo resultado no deberá determinarse

sobre el plano puramente teórico, sino a partir de la eficacia, de la potencia y la organización de las fuerzas en juego y de su capacidad para crear y mantener una situación nueva.

Por lo tanto, la formulación de juicios sobre la naturaleza y las causas de la transformación acaecida en la URSS, estuvo ligada en China a la evolución de la revolución cultural; las fuerzas que acentuaban las exigencias de acabar con el autoritarismo y el estancamiento burocrático, atacaban la experiencia de la URSS con más intensidad y remitiéndose a hechos más lejanos, mientras que los grupos que trataban de reducir al mínimo la transformación en China, insistían, sobre todo, en la involución sobrevenida después de 1956². Sin embargo este debate no se desarrolló explícita e inequívocamente, porque el análisis de la experiencia de la URSS implica la definición de los caracteres esenciales e indispensables de una sociedad socialista y la elección de los instrumentos adecuados para defenderla; en la medida en que la revolución cultural no fue un experimento de laboratorio realizado en condiciones ideales, una propuesta utópica de un socialismo posible, sino un hecho político concreto y dramático con elecciones ciertas y definitivas sobre los medios y caracteres de la sociedad socialista y sobre los modos de mantenerla y desarrollarla en la misma China, no parece que haya podido alcanzarse, o de cualquier modo no parece haberse alcanzado, un equilibrio estable entre las diversas corrientes.

Probablemente, en el estado actual de la situación china, el debate general sobre la construcción del socialismo (y por consiguiente sobre la experiencia soviética en la época de Stalin y después de ella y sobre la experiencia china en los años que van de 1949 a 1966) no ha arribado a conclusiones definitivas ni en el seno del grupo dirigente, ni en un orden más amplio, es decir en la relación entre las diversas fuerzas y tendencias existentes en el seno de la sociedad. Incluso el mismo Mao —cuyos escritos, aún bajo la forma de breves citas, muestran siempre una claridad y un rigor que difícilmente se encuentran en otros artículos de interpretación y comentarios más largos y a menudo inexactos—, que parece haber llegado a concepciones bastantes precisas sobre algunos problemas socia-

les de fondo, en particular sobre la característica y la naturaleza de los fenómenos que constituyen los requisitos para la liquidación de una sociedad socialista, nunca ha formulado esquemáticamente, por lo menos de modo oficial, su concepción de los métodos y los instrumentos sobre los cuales debe fundarse la acción práctica para mantener y desarrollar el régimen socialista en China. Ello se debe sin duda al carácter móvil de la situación concreta y a la incertidumbre respecto de las fuerzas disponibles para realizar este esfuerzo.

Las consideraciones de este tipo llevan directamente al segundo aspecto fundamental de la revolución cultural, o sea a su inserción en la realidad de la experiencia histórica de los comunistas chinos que es, finalmente, el terreno fundamental. Con esto no se quiere disminuir, de ningún modo, el significado revolucionario global e internacionalista de su obra, ni reducir la revolución cultural dentro de los estrechos límites de un proceso impuesto sólo o predominantemente por las condiciones específicas de un país atrasado; si los comunistas chinos, en cada fase de su obra, no fuesen impulsados por el contexto concreto de la vida de su país, y si no tuviesen profundas y autóctonas raíces en esa realidad, entonces, su experiencia general (y consecuentemente también la revolución cultural) hubiese sido, en realidad, sólo un experimento de laboratorio, una ocasional formulación teórica de "otro camino hacia el socialismo", carente de valor sustancial tanto para China como para el movimiento revolucionario mundial. En todas sus decisiones políticas y sociales, los comunistas chinos siempre han tenido presente las consecuencias concretas que ciertas decisiones hubiesen tenido *en su país*.

Ya en 1927 la crítica al método de la revolución proletaria urbana y la elección de la guerrilla campesina de larga duración, fundada sobre el ejército revolucionario de clase y sobre la formación de las "bases rojas", no fue una opción abstracta tendiente a dar una solución "original" y ni siquiera fue —es importante recordarlo— un repliegue forzado que se adoptó para hacer frente a la derrota sufrida en las ciudades y a los claros abiertos por la represión en las filas obreras; fue por el contrario la consecuencia del análisis de la naturaleza de la sociedad

china en la cual la mayor fuerza de reacción estaba constituida por la clase dirigente rural, es decir por los propietarios de la tierra y por todo el extenso y articulado aparato reaccionario armado que dependía de ellos y que imponía a las masas campesinas una represión cotidiana y capilar y una explotación inhumana, agravada sistemáticamente por el empleo de instrumentos de condicionamiento cultural e ideológico tendiente a obtener el "consenso" de las masas rurales a la explotación y a la represión misma. Sólo con la extensa obra de la vanguardia revolucionaria, fusionada con las masas campesinas en esa relación íntima que crea la lucha armada y que es consolidada por la formación de un nuevo régimen político-social, era posible romper aquel aparato de represión y explotación y, consecuentemente, erradicar el principal centro del poder de las clases reaccionarias (es decir la propiedad de la tierra de una clase que vivía sólo de la explotación) y crear las condiciones para la simultánea liquidación de los intereses imperialistas que estaban insertados en la vieja estructura social china en una típica relación de simbiosis, sirviéndose del tradicional aparato de represión y explotación controlado por las fuerzas de los propietarios y, al mismo tiempo, suministrando a éstos las garantías ofrecidas por el sistema militar, político y económico del imperialismo internacional. Uno de los puntos claves de la historia de la revolución china es el siguiente: sin la movilización a largo plazo de las masas campesinas desde los estratos inferiores, sin su permanente lucha contra las milicias armadas de los propietarios, contra los arriendos, los impuestos y la usura y contra la cultura monopolizada durante dos milenios por los terratenientes que habían construido el aparato burocrático estatal conforme a sus intereses, la revolución no hubiese podido producirse en China porque —aún considerando la hipótesis de una victoria del proletariado en las ciudades y de la construcción de un Estado socialista fundado sobre la victoria de este único sector— ninguno hubiese estado en condiciones de sustituir a los campesinos en la ruptura del viejo orden social, en la formación de una nueva sociedad rural y de un nuevo tipo de moderna cultura de masas en el campo. El poder socialista, creado solamente por el proletariado, hubiese sido en China sólo una plataforma

fluctuante sobre una realidad atrasada y hubiera sido destruido al primer embate o, simplemente, reabsorbido por una serie de condicionamientos paralizantes.

En base a esta realidad es superfluo explicar cómo la política agraria de los comunistas chinos se diferenció de la seguida en su tiempo en la URSS, no por haber dejado de lado una solución colectivista (los comunistas chinos, en efecto, siempre han considerado la colectivización de la agricultura como uno de los elementos más importantes de la experiencia histórica realizada en la URSS bajo Stalin, a pesar de los errores de método y forma) sino porque constituyó la principal ruptura en las estructuras de clase del país producida por la victoria de la revolución. Los campesinos chinos no "recibieron la tierra" del régimen revolucionario, sino que la tomaron en el curso de la lucha armada en la que ellos crearon, aldea por aldea, el nuevo poder revolucionario y sus fuerzas armadas. De tal modo la colectivización no fue realizada por un régimen central que intervino en el campo, sino, en gran medida, por un proceso desarrollado en base a la realidad rural por obra de las fuerzas de la vanguardia revolucionaria, es decir por obra de los militantes comunistas que no eran jóvenes obreros o intelectuales venidos de las ciudades, sino especialmente campesinos pobres comprometidos más directamente en la lucha de clases rural. Paralelamente, es en la realidad china y en las luchas que se entablaron sobre la tierra china, donde tiene su raíz el movimiento por la creación de las comunas del pueblo, que no son factorías colectivas, sino, instituciones de base dotadas de poderes administrativos, económicos, militares y culturales. Esas comunas están destinadas a constituir el tejido básico de la nueva sociedad, a ser capaces de administrar nuevas instituciones y de darles una efectiva capacidad operativa entre las masas, así como en el pasado la tradicional red de aldeas controladas capilarmente por el variado y multiforme aparato de represión y explotación de los notables locales, constituía la base de la vieja sociedad y del viejo estado.

También en el caso de la industrialización y del esfuerzo de transformación técnica, los comunistas chinos se vieron muy pronto obligados a renunciar a las soluciones tomadas de la experiencia soviética de los años treinta³ y

adoptadas en un primer momento, o sea hasta 1956 aproximadamente, debiendo intentar una búsqueda autónoma de perspectivas propias. Eso ocurrió no porque en los dos primeros planes no se registrara en China un éxito comparable al registrado en su momento en la URSS, sino porque, a pesar del éxito, el sector industrial demostraba ser incapaz de efectuar por sí solo, o como factor decisivo, la ruptura de la situación de retraso y miseria, justamente porque la miseria de China era y seguía siendo especialmente miseria rural y debía afrontarse en sus raíces, en las aldeas. La formación de un complejo y pesado aparato industrial sin el esfuerzo por transformar la situación rural con una movilización de las masas campesinas, sólo hubiese creado un desgarramiento entre el mundo urbano sustancialmente privilegiado (a pesar de ser un mundo obrero) y el mundo rural, relegado a una situación secundaria, por más que mantuviera y alimentara a cuatro quintos de la población china.

De este orden de motivos concretos, ligados estrechamente a la alternativa entre la prioridad del desarrollo tecnológico-industrial a efectuarse desde el centro y desde arriba, y el esfuerzo por eliminar el atraso y la miseria en la base de la sociedad a través de una movilización de la iniciativa de las masas lo más extensa posible, deriva la revisión de las soluciones adoptadas en la URSS en el campo de la instrucción, y que fueron retomadas en China después de 1949. En la base de tales soluciones estaba la convicción de que la difusión de la instrucción elemental obligatoria y, sobre todo, de una cultura de carácter tecnológico-científica, permitiría conquistar la nueva generación para el socialismo y garantizar una orientación de clase al esfuerzo de modernización. También en este caso la crítica y la revisión de las elecciones realizadas, no sucedió a una crítica de la situación de la URSS, sino que se originó a partir de la reflexión sobre motivos ligados a la realidad social china. De tal modo se comprobaron, por ejemplo, la desigualdad (la sustancial insuficiencia) del servicio escolar para los niños del campo comparado con el de las ciudades; la posición privilegiada en los rendimientos escolares de los niños provenientes del ambiente intelectual-burocrático o de las familias de terratenientes despojados de sus tierras

(recuérdese de qué modo coincidían estos dos grupos sociales desde el punto de vista de los intereses de clase en la vieja sociedad); la precisa función de discriminación de clase ejercida, en este contexto, a través de los exámenes de selección en la admisión de los estudiantes para los cursos medios o superiores o, simplemente, por el mecanismo de las promociones, de las que dependía luego la posibilidad o no de seguir el curso completo de los estudios aún elementales y medios para quienes deben dedicarse al trabajo productivo cuando están en condiciones de hacerlo; la insuficiencia de la simple calificación técnica para asegurar una efectiva capacidad de dirección en sentido progresista y, más aún, en un sentido orientado según elecciones socialistas y de clase; el oneroso porcentaje de la renta colectiva inmovilizada en las instituciones y en el mantenimiento del sistema escolar (tanto más costoso cuanto más se amplía y extiende verdaderamente a todos, lo que equivale a poder asegurar la total manutención de los estudiantes) y, lo que es más grave, la exclusión por muchos años de una gran parte de la población de toda actividad productiva en un país en el que el porcentaje de jóvenes sobre la población total es mayor aún que en Italia.

De tal modo, en el curso de la revolución cultural se puso de manifiesto, a través de una serie de comprobaciones extremadamente particularizadas y concretas, que el porcentaje de hijos de "ex-campesinos pobres" que llegaban a terminar la escuela media inferior era muy limitado, mientras que casi todos los hijos de los intelectuales y una gran parte de los hijos de quienes, antes de la reforma agraria, habían constituido la clase explotadora en el campo o el elemento privilegiado, no sólo llegaba a terminar la escuela media inferior, sino que frecuentemente completaba también la escuela media superior. Ello ocurría conforme a un mecanismo por el cual el privilegio económico derivado de la diferencia de salarios entraba en juego sólo relativamente, en tanto que la posición preferencial, especialmente en el plano cultural, de la que partían los hijos de los grupos privilegiados antes de la revolución, representaba el factor decisivo. Esta posición ventajosa se acrecentaba por la orientación de la escuela hacia una cultura y una instrucción más

teórica que práctica, ligada a las enseñanzas de los libros más que a la experiencia de la vida concreta, más sensible a la adquisición de nociones (aún tecnológicas) que al desarrollo de la iniciativa, del ingenio y de la capacidad de adaptarse a situaciones imprevistas. Por todas estas causas, la distribución de becas, ayudas y subvenciones a los "estudiantes meritorios" —abundante y destinada a favorecer los estudios de los jóvenes pertenecientes a las clases revolucionarias— no conseguía, en efecto, eliminar la situación de privilegio de los grupos que tradicionalmente habían detentado el monopolio de la cultura, concibiéndolo como un instrumento de dominación de clase, en términos tales que sólo pueden compararse en Europa con el monopolio de la riqueza y de la fuerza militar. Basta un ejemplo para evidenciar las consecuencias clasistas de este fenómeno: si la mayoría de los estudiantes que obtienen su diploma en las escuelas medias inferiores del campo, provienen de familias de ex-propietarios notables o de ex-campesinos ricos, la administración de las comunas terminará, dentro de veinte años, por estar en manos de personas sustancialmente extrañas a las decisiones de clase de la revolución. A nivel superior y universitario las consecuencias se multiplican ya que, en este campo, se acentúa más la posición privilegiada de los jóvenes provenientes de categorías intelectuales (otro de los sectores de "notables", es decir del sector burocrático-cultural), en la medida que la cultura superior asegura posiciones de mando decisivas tanto a quien la adquiere como a quien la proporciona. Además, en este nivel entran en juego consideraciones de "prestigio", típicas del mundo "académico" también en las sociedades socialistas.

En estas condiciones —aún teniendo en cuenta la hipótesis, por otra parte improbable en el mundo moderno, de que los jóvenes no abandonen definitivamente el campo volviendo insuperable el atraso, y no se agolpen en ciudades burocráticas destinadas a reproducir las carencias y distorsiones típicas de las sociedades capitalistas, agravadas por fenómenos de autoritarismo y parasitismo mucho más brutales, lógicamente, en situaciones de miseria—, las escuelas construidas con tantos sacrificios de la colectividad socialista terminarían por reproducir modernas répli-

cas del "magistrado de aldea" tradicional, sustituyendo simplemente el moralismo escolástico confuciano por una orientación escolástica de fórmulas marxistas, y el conocimiento humanista por el conocimiento tecnológico, manteniendo el principio por el cual la calificación obtenida mediante los estudios autoriza para controlar las instituciones políticas y los medios de producción. La orientación técnico-científica de la nueva cultura, opuesta a la orientación filosófica-literaria de la clase dirigente tradicional, no bastaría, es obvio, para dar un carácter socialista al poder administrado por una minoría restringida cuya calificación profesional le asegura una posición dirigente. Una sociedad controlada por modernos tecnócratas jamás podrá ser una sociedad sin clases, no podrá garantizar la igualdad ni la efectiva participación de las masas en la dirección del país y en el control de los medios de producción. Además, es poco probable que el dominio de una clase dirigente de tecnócratas, que inevitablemente tiende a perpetuarse hereditariamente o bien a reclutar sus nuevas promociones conforme a criterios selectivos y limitados, y a considerar la cultura como un medio de dominio de clase, pueda verdaderamente mantener el empuje hacia la modernización, es decir, pueda continuar siendo una clase de "modernos tecnócratas" y no esté, por el contrario, condenada a transformarse, en un plazo relativamente breve, en una clase dirigente de burócratas atrasados.

También en este caso, las condiciones específicas de su país tuvieron para los chinos una gravitación determinante, haciendo imposterizable el análisis del problema. Una de esas condiciones es la aguda conciencia de la función cumplida, en la historia de China, por una clase intelectual monopolizadora de la cultura que se limitó, a pesar de los repetidos intentos de ruptura representados por las rebeliones campesinas, a mantener y reiterar la represión y explotación de clase, y a restablecer sistemáticamente el antiguo orden social cada vez que una insurrección triunfante imponía medidas de reformas sociales y de transformación de las instituciones políticas. Otra condición es la peculiaridad del desarrollo histórico de la revolución china que echó por tierra, mediante la violencia de las masas, el privilegio social y el prestigio moral de los

propietarios rurales, eliminando como clase social a quienes vivían explotando a los campesinos trabajadores, pero que mantuvo casi intactas las estructuras culturales y administrativas centrales, obteniendo la colaboración —más por motivos nacionales que sociales— de las capas medias y, en particular, de la heterogénea masa de intelectuales antiimperialistas pero no socialistas.

Sin embargo, esta problemática no debe ser vista como un hecho puramente "autóctono", como el resultado de las condiciones de atraso o de las peculiaridades de China. La superación de la función específica del intelectual respecto de toda la sociedad, de su posición de "poder", de la separación entre una minoría culta y una mayoría inculta, del carácter abstracto de la cultura monopolizada por pequeños grupos privilegiados y, al mismo tiempo, la superación del carácter alienado y subalterno del trabajo manual, ha sido, desde el comienzo, una de las exigencias fundamentales —si no la fundamental— del movimiento revolucionario socialista y de la ideología marxista. La transformación tecnológica del último siglo, la rápida despersonalización del dominio de la burguesía en las sociedades capitalistas, la inclusión de grandes grupos de dirigentes y técnicos en el aparato de explotación y represión de clase y, por otra parte, el hecho de mantener en calidad de proletarios explotados a los integrantes de las masas, a pesar de la elevación de su nivel de calificación técnica y profesional, la imposibilidad de solucionar el problema de la educación en todas las sociedades capitalistas, y la formación en ellas de grupos sociales o étnicos excluidos totalmente, o casi por completo, del circuito del progreso técnico y de los mecanismos de la "sociedad del bienestar", todos estos elementos han conferido plena actualidad a los temas de la relación entre superestructuras culturales y estructuras de clase en la lucha por el socialismo, y los han llevado a un primer plano.

Uno de los aspectos significativos de la experiencia china, y en particular de la revolución cultural, consiste, precisamente, en haber puesto de manifiesto que para evitar un fenómeno de este tipo no bastan los controles más rigurosos, los condicionamientos más insistentes, las presiones más continuas o aún la más intensa represión

ejercida por un partido de clase. Por cuanto se trata de un fenómeno profundo de naturaleza social, debe resolverse mediante un proceso dialéctico efectivo de superación, sólo concebible si se manifiesta plenamente la contradicción, y no si se la oculta con artificios o se suprimen provisoriamente sus apariencias exteriores a través de la intervención de la represión violenta o de la tácita connivencia (que son los dos aspectos, sólo aparentemente distintos, de la no-superación de las contradicciones sociales y de la no-eliminación de las efectivas raíces de resistencia de las clases opuestas al socialismo). Sin embargo, aquí se plantean una serie de problemas muy amplios y complejos que se presentaron de hecho en el curso de la revolución cultural o que, por lo menos, aparecieron en algunas etapas de la misma. El hecho de confiar íntegra y únicamente al partido revolucionario la tarea de luchar contra posibles "fenómenos degeneradores" de la sociedad socialista, significa considerar que el partido está dotado por naturaleza, por herencia, por mecanismos automáticos, de un carácter de clase inalienable e incorruptible, por encima de la historia. Significa, inevitablemente, situar al partido fuera y por encima de la vida concreta de las masas, transformarlo de guía dúctil y adaptable (insertado en el proceso de transformación social en todo episodio individual de lucha y en condiciones móviles), en una fuerza dirigente sustancialmente estática, ligada a soluciones predeterminadas y cuyo fin es obtener de las masas la ejecución de sus decisiones mediante métodos autoritarios o, cuando la situación lo exija, violentos y anacrónicos. Pero ello equivale, por sí mismo, a transformar al partido y a sus cuadros en esa nueva clase dirigente autoritaria, sin control y necesariamente reaccionaria que la acción capilar y constante de la vanguardia revolucionaria debería combatir sistemáticamente. Una vez producida una transformación semejante, el acercamiento entre un partido autoritario y las fuerzas sobrevivientes de la burguesía en los diferentes sectores del país (o las tendencias al privilegio que renacen continuamente en toda sociedad), es simplemente natural, inevitable, justamente por razones de clase, por solidaridad de los intereses constituidos; siempre se encuentran, ya sea dentro de los partidos nacidos de las

revoluciones, o en las filas de los intelectuales pre-revolucionarios sobrevivientes, las fuerzas necesarias para sancionar la legitimidad ideológica de una transformación de ese género, para formular la línea política y la justificación histórica. Sería erróneo pensar que la revolución cultural ha resuelto este problema, pero es necesario reconocer que lo ha planteado y que ha realizado arduas tentativas para afrontarlo en la realidad concreta.

La conciencia de este tipo de perspectivas se halla presente, por otra parte, en toda la obra ideológica y política de Mao, en su concepción dúctil y articulada de la dialéctica histórica, pero también en su acción como político práctico y concreto, como estadista y dirigente de partido que ha sabido siempre representar al mismo tiempo el papel de jefe indiscutido (rodeado por un verdadero culto cuidadosamente construido y controlado) y el de hombre de tendencia, consciente de la relativa heterogeneidad de las fuerzas con que podía contar para las diferentes tareas y quizá también del carácter de ruptura de sus posiciones, aceptadas sólo parcialmente, y no sin reticencias, por la mayoría de sus compañeros. Si Mao y los hombres que —por la experiencia común de la lucha armada guerrillera y por su convicción respecto a la necesidad de mantener una constante iniciativa de clase en el seno de las masas más numerosas y atrasadas— constituían la corriente más ligada a él dentro del Partido Comunista chino, han considerado que su deber era asumir el riesgo de iniciar y favorecer el imprevisible proceso de la revolución cultural, que desde el comienzo no podía desarrollarse sin poner sustancialmente en peligro las estructuras del partido comunista y la gestión ordinaria del poder administrativo, es porque consideraban que el fenómeno de la transformación del partido mismo en una fuerza dirigente autoritaria, incapaz de entablar el contacto con las masas y de brindarles soluciones racionales y fecundas se había manifestado de modo tal, que hacía impostergable una intervención.

Es muy difícil, en el estado actual de la situación, opinar sobre la naturaleza y los límites de este proceso de involución social dentro del Partido Comunista chino y de la sociedad china en su totalidad, tanto más cuanto que el juicio sobre la naturaleza del problema por resolver

está estrechamente ligado al juicio sobre el mayor o menor éxito (o sobre el margen de éxito de la revolución cultural) y, también, a la definición misma de esta última, que puede considerarse como una exigencia permanente, irrenunciable de cualquier sociedad socialista, como un momento dialéctico indispensable para la continuación de la lucha de clases en el ámbito de un régimen socialista, o bien como un fenómeno limitado y necesario en función de particulares condiciones contingentes y que, por lo tanto, se agota sustancialmente con la ejecución de tareas bien precisas. Lo que puede decirse, por el momento, es que las dos interpretaciones divergentes sobre la naturaleza de la revolución cultural continúan subsistiendo (y probablemente contraponiéndose en China) así como continúan subsistiendo diferencias sintomáticas en la interpretación de la situación existente en 1966 y de los fenómenos de "degeneración de clase" existentes en la sociedad y en el partido.

A veces, estos fenómenos han sido atribuidos a tendencias involutivas derivadas de un debilitado contacto con las masas y de la afición burocrática al poder, a sus mecanismos y privilegios; en otras ocasiones se han atribuido a las infiltraciones, desde el exterior, de fuerzas de la burguesía empeñadas en halagar y romper a los militantes, también por medio de los condicionamientos de la cultura tradicional. Paralelamente, la lucha contra toda degeneración de clase del partido y el Estado, fue concebida algunas veces, como el constante empeño de cada militante para mantener su identificación con los problemas y necesidades del proletariado, para resistir a las tentaciones del privilegio, el autoritarismo y la burocratización (al respecto, en 1966 Lin Piao adoptó posiciones interesantes, poniendo de manifiesto cómo durante las guerras revolucionarias precedentes a la toma del poder el enemigo de clase era fácilmente identificable, mientras que en el ámbito de la revolución cultural la tarea resultaba mucho más compleja, "porque ahora nosotros somos el objetivo"), o bien como una lucha para eliminar grupos perfectamente individualizables e individualizados de "enemigos de clase" infiltrados desde el exterior en las clases proletarias, y, que operan como "agentes" de la burguesía local o del imperialismo⁴. Es obvio que las dos interpretaciones se

derivan de concepciones del partido y de planteos ideológico-filosóficos sustancialmente diferentes y aún contrapuestos. Si bien recientemente han aparecido muchos síntomas de preocupación respecto a esto, parece prematuro afirmar que la revolución cultural se haya limitado a plantear instancias renovadoras en la problemática de la construcción del socialismo revelándose luego incapaz de traducir en actos las exigencias de ruptura y renovación. En efecto, la revolución cultural ha sido y es un fenómeno de múltiples componentes entretejidos de modo complejo, que no puede definirse como un "jaque mate" o un proceso concluido sólo porque algunos argumentos, presentados en ciertas etapas, hayan resultado estériles, o porque existan en China fuerzas que tienden a detenerla.

Esto resulta evidente luego de un examen, por sumario que sea, de los acontecimientos producidos en el ámbito de la revolución cultural a partir de 1966. Indudablemente, en el curso de esta revolución también ha gravitado una violenta oposición de corrientes en el seno del grupo dirigente; sin embargo, debe tenerse presente que tal contraposición de corrientes no constituye un hecho nuevo, sino que siempre existió en el partido comunista chino y, ciertamente, subsiste todavía. Toda la obra histórica de Mao se ha desarrollado sobre este escenario y fue llevada a cabo mediante un juego político perfecto en el que intervinieron tanto las iniciativas personales de cambios bruscos, como la aceptación y justificación de largas treguas, de condicionamientos y verdaderas retiradas, la valoración de los propios instrumentos de poder contra los de los adversarios, el empleo sistemático del propio prestigio, de su persona, de sus libros, de su rostro, de sus gestos, es decir, de su propia función como factor de unidad, continuidad y control sobre el país.

Es cierto que este juego no contribuyó a aclarar y hacer comprensible fácilmente la situación (al respecto piénsese que las obras y discursos de Mao, de algunos de los períodos más críticos de la revolución china antes y después de 1949, no han sido publicadas o sólo se las publicó después de algunos decenios con una clara función polémica), justamente porque la peculiar posición de Mao en China dificulta o imposibilita las intenciones de sus adversarios dentro del partido, de gobernar y actuar abiertamen-

te en su contra, de crear una unidad opuesta a la que le reconoce como jefe. Pero ello no impide que subsistan diversos tipos de posiciones contrarias a la suya y que ejerzan una verdadera función de freno, de oposición y resistencia a su "línea". La posibilidad de afirmarse de esta última estuvo siempre determinada por el grado de unidad que Mao supo crear alrededor de ella, por el grado de unidad de las resistencias que se le oponen en el grupo dirigente y dentro del partido en todos los niveles, como así también por la intensidad de los entusiasmos que Mao supo o pudo suscitar fuera del partido y en toda la sociedad a favor de sus posiciones.

Por lo tanto, es probable que, para salvar o reafirmar su "línea", Mao se viese obligado, en 1966, a afrontar una vasta y articulada lucha que él no quería limitar sólo al grupo dirigente, ya sea porque hubiera fracasado en ella, o bien porque uno de los elementos fundamentales de su posición consiste, justamente, en desconfiar de la sutileza y artificiosidad de las soluciones planteadas solamente sobre el equilibrio entre grupos dirigentes sin el desarrollo de un movimiento político y social de masas. De tal modo, un elemento frecuentemente mal entendido es el empleo hecho por Mao del ejército popular; también respecto a esto han existido, desde el más lejano período de la lucha armada, tendencias opuestas a la de Mao. Sin embargo, en 1966 el ejército popular era —entre todos los instrumentos de poder existentes en China— el que respondía más directamente al control de Mao, ya sea por su origen, o por la labor realizada durante siete años por Lin Piao para modelar las fuerzas armadas según las típicas concepciones de Mao. Por consiguiente, y si hubiese considerado que ese tipo de operación representaba una solución, Mao hubiese podido desarmar la resistencia de sus adversarios en el grupo dirigente mediante la intervención de las fuerzas armadas o con su presión; pero no lo hizo. Y si en el curso de la revolución cultural el ejército entró en acción ejerciendo una función que acrecentó su poder, ello no se produjo en esta fase, ni en el marco de las luchas dentro del grupo dirigente, sino en el contexto mucho más amplio de un movimiento de masas y para hacer frente a carencias y dificultades nacidas en el ámbito de ese movimiento de masas.

Es necesario, pues, dar algunas indicaciones de carácter articulado sobre el contenido de la contraposición entre las diferentes tesis. La "línea de Mao" tiene, en efecto, un carácter global, sistemático, por así decirlo, y representa una serie de respuestas coordinadas a un conjunto de problemas y exigencias. Por consiguiente, la posibilidad de llevarla a cabo se halla ligada a una serie de soluciones concretas, particularizadas, de aplicación efectiva, sobre las cuales pueden interferir resistencias y oposiciones de diverso género. Los elementos sustanciales de la "línea de Mao" consisten en la tesis según la cual el pueblo chino sólo puede llevar adelante la lucha contra el atraso y el asedio (o el ataque) imperialista, si cuenta con sus propias fuerzas y las moviliza íntegramente, en un esfuerzo de larga duración y amplio alcance, que se articula en infinitos casos cotidianos pero que debe tener precisos objetivos finales. Por ello son indispensables tanto la participación de las masas en el proceso histórico en curso, como la función directiva de una fuerza de vanguardia de clase cuya característica principal sea su relación intrínseca y continua con las masas, pero que se encuentre en condiciones de concebir con mayor claridad que ellas, y a un nivel más avanzado y moderno, el carácter global y unitario de la lucha durante la cual ninguna fuerza debe desviarse de los fines generales y ningún paso en falso puede darse sin causar daños.

Eso significa dar prioridad a la consolidación de las raíces rurales del socialismo respecto a la creación acelerada de una estructura industrial carente de fundamento; significa un esfuerzo por asentar en la base, en las aldeas, nuevas instituciones con caracteres de clase, opuestas a las tradicionales y empeñadas diariamente en la lucha por modificar el modo de pensar, vivir y trabajar de los campesinos; significa dar preferencia a la creación de una red militar apta para la guerrilla en gran escala, respecto a la inversión de recursos sólo en la formación de un aparato militar moderno pero frágil y desgajado del contexto social; significa, consecuentemente, acentuar la función de las fuerzas revolucionarias nativas y locales en todos los casos de lucha contra la agresión imperialista, en desmedro de la intervención militar o diplomática exterior de uno o más países socialistas para "exportar" soluciones

no maduras por un proceso social interno y efectivo; significa, finalmente, valorar cierto tipo de iniciativas espontáneas surgidas desde abajo, destinadas a ser encuadradas luego en un proceso controlado por las fuerzas de vanguardia que, sin embargo, no pueden sustituir a las masas en el acto de poner en movimiento el proceso de transformación social, y que no pueden ni deben detenerlo mediante la violencia o sofocarlo, sin convertirse, ellas mismas, en fuerzas conservadoras, ligadas a intereses de clase constituidos. Es posible que en el curso de la revolución cultural se haya manifestado, en relación a estos puntos concretos, una oposición diversificada a la "línea de Mao"; es cierto que ésta ha obtenido en ciertos casos un margen de éxito, pero en otros ha sido vencida y bloqueada, en un proceso que todavía no aparece concluido.

Los primeros golpes precisos de la revolución cultural se produjeron entre el otoño de 1965 y el invierno de 1966, ocasión en que se lanzó una campaña para denunciar, en el plano puramente cultural, toda una serie de actitudes de intelectuales que, respondiendo claramente a exigencias conservadoras a nivel de clase, acentuaban la función de la continuidad entre la cultura tradicional y la de la nueva China, o bien ponían de manifiesto la posibilidad de conciliar las posiciones existentes en cada campo, en lugar de impulsar su contraposición dialéctica y su caracterización de clase. En la primavera de 1966 se produjo una violenta lucha; la "circular del 16 de mayo" redactada por Mao, es uno de los documentos más significativos de la misma. Todo parece indicar que el comienzo de la lucha fue el resultado de una elección entre dos posibilidades: mantener la campaña por la "cultura de clase" dentro de los límites adoptados anteriormente en otros casos (es decir denunciar sólo la supervivencia de tendencias y actitudes burguesas en los ambientes de los intelectuales de la vieja clase dirigente), o ampliarla hasta atacar todos los fenómenos de involución de clase existentes en la sociedad entera, en la administración estatal y en el partido mismo. Al asumir la segunda posición, Mao adoptaba, en cierta medida, una iniciativa de ruptura contra el orden existente y contra las estructuras consolidadas del régimen del cual, no obstante, era el jefe. De allí en adelante, la compleja contraposición de fuerzas, la instrumentaliza-

ción de cada acontecimiento y fenómeno en el marco de esta lucha, se desarrollaba plenamente.

La segunda fase estuvo representada por la iniciativa y la acción organizada, dentro del marco más amplio, por lo que podría llamarse el movimiento de contestación cultural de los estudiantes. Partiendo de la campaña contra los intelectuales que sostenían tesis, claras y obviamente "burguesas", pasaron muy pronto a acusar a las autoridades académicas de ejercer una política de represión de clase en las universidades, manteniendo un sistema de incorporación de estudiantes y una serie de concepciones culturales, de métodos de enseñanza y de posturas ideológicas que tenían un carácter típicamente burgués, y por el cual realizaban una selección de clase en perjuicio de los estudiantes de origen obrero y especialmente campesino, y a favor de los jóvenes provenientes de ambientes privilegiados. Rápidamente la denuncia se extendió de las autoridades académicas por así decir tradicionales a las mismas autoridades del partido encargadas de elaborar y ejercer la política educacional.

En esta ocasión sobrevino uno de los giros decisivos de la revolución cultural y uno de los choques más violentos que se produjeron en su curso. En los órganos directivos del partido, reflejándose aún a nivel local, se produjo el enfrentamiento entre quienes consideraban necesario frenar la contestación con graves condicionamientos y aún con medidas coactivas y violentas, y quienes consideraban que debían darse al movimiento estudiantil amplias posibilidades de desarrollarse, de constituir un efectivo factor de renovación en la vida del país, una experiencia autónoma, y en alguna medida espontánea, para la formación política y social de las nuevas generaciones de jóvenes que habían vivido en la atmósfera relativamente estática que sucedió a la lucha armada. En esta fase, la línea seguida por Liu Shao-chi se enfrentó, como quizá ya había ocurrido antes, con la de Mao. Liu Shao-chi, en efecto, comprometió a las organizaciones del partido a través de la acción de "grupos de trabajo" enviados a las universidades y escuelas, en una serie de iniciativas que, aún condenando la política cultural de los intelectuales que representaban las posturas culturales de la vieja clase dirigente, trataban en primer lugar y sobre todo de frus-

trar la acción de ruptura y de protesta del movimiento estudiantil respecto a la política del partido, a la posibilidad de involuciones de clase dentro de él y, más en general, al carácter social de todo el régimen. Sobre este terreno se produjo, a comienzos de agosto de 1966, una lucha a fondo durante la reunión del comité central que —por lo que se sabe— confirmó la “línea de Mao” en un documento compuesto por dieciséis puntos y comprometidos en las posiciones de ruptura, pero que provocó probablemente una intensa resistencia en un gran sector del grupo dirigente y más aún en el aparato del partido a nivel provincial e intermedio.

Mao llevó adelante su posición —apoyado por Lin Piao que, dentro del grupo dirigente del partido es, desde 1930, quien ha compartido más íntimamente su línea y quien ha colaborado constantemente para romper las resistencias y condicionamientos impuesto por el equilibrio de las corrientes opositoras—, declarándose abiertamente a favor del movimiento estudiantil, aceptando sus exigencias de ruptura (la necesidad de “bombardear el cuartel general”, o sea atacar las resistencias de posiciones “burguesas” aún y especialmente dentro del partido) y favoreciendo de todos modos, con su propio aval, con la intervención de los militantes ligados a él, y con el empleo sin reservas de su persona y del culto que la circunda, la transformación del movimiento estudiantil en un verdadero movimiento de masas y de ruptura de los intereses establecidos, y de las posiciones de privilegio. Esto no significa que Mao desconociese y dejara de advertir la sustancial heterogeneidad, el carácter heteróclito, indeterminado y por lo tanto también imprevisible de ese movimiento juvenil estudiantil que —desde el momento en que recibió su apoyo— se transformó rápidamente en los diversos grupos de “guardias rojos”. Una serie de hechos particulares muestra que él tampoco dejó de advertir los peligros y carencias de aquel movimiento justamente por su limitado carácter social, es decir, por estar constituido en su mayor parte por estudiantes e intelectuales que por su origen de clase se oponían a los intereses establecidos pero que, a pesar de ello, seguían siendo “intelectuales”, no integrados sustancialmente en las “grandes masas”. En ciertos aspectos el movimiento de los “guardias rojos” reproducía, por otra parte, la ex-

periencia de la primera generación de intelectuales revolucionarios chinos, la de Mao, movida en un primer momento por una exigencia genérica y confusa de contestación social y cultural, y que pasando luego, gradualmente, a la lucha de clase organizada y a la construcción del partido como fuerza de clase, llegó después de años de difícil búsqueda y dura maduración a la elaboración de soluciones que le permitieron integrarse verdaderamente con las grandes masas y transformar la realización de los propios ideales de vanguardia en una gran subversión revolucionaria de la realidad social realizada por millones de campesinos.

Mao, en efecto, en sus limitadas pero significativas tomas de posición (que se convirtieron gradualmente, en el curso de los tres últimos años, en esas breves frases cuidadosamente medidas y a veces ambivalentes o capaces de admitir diferentes interpretaciones que fueron publicadas con gran profusión como “instrucciones del presidente Mao” en las etapas más críticas del desarrollo de la revolución cultural), no dejó de señalar a los “guardias rojos” el carácter, por así decirlo, mediador de su acción (su carácter de interlocutores), o sea la necesidad de vincular su “rebelión” con las exigencias de las masas, mucho más numerosas pero menos sensibles que los intelectuales a las intenciones de ruptura y al rigor contra los compromisos. Mao fue al encuentro del estado de ánimo de protesta de estas fuerzas juveniles con el slogan “la rebelión es justificada”, pero, para él, rebelión no podía significar simplemente “contestación” ni podía ser suficiente para mantener una acción revolucionaria real dentro de la sociedad socialista; ni siquiera podía o debía destruir todas las estructuras, todas las adquisiciones o todos los instrumentos de la sociedad socialista. En el curso de toda su experiencia, la ruptura espontánea, el momento del rechazo y la rebelión (que es muy distinto al de la simple protesta), siempre fue considerado *indispensable* y útil de cualquier modo, pero paralelamente siempre consideró necesario el simultáneo, paciente, largo y sistemático esfuerzo de organización, de movilización de fuerzas diferentes y divergentes, de cuidadosa inserción de la propia obra en la realidad de los hechos y condicionamientos históricos. En este nivel, las fuerzas manifestadas en China.

por el movimiento juvenil (es decir, las fuerzas de los "guardias rojos"), han demostrado ser insuficientes e inadecuadas, quizá más de lo que Mao descontaba y consideraba probable para un movimiento de jóvenes intelectuales que todavía carece de experiencia.

En la fuerza de rebelión de los jóvenes chinos existían, efectivamente, distintos elementos que podían ser instrumentalizados de diversa manera por fuerzas con exigencias sociales opuestas y que podían presentar, en la acción concreta, problemas imprevisibles. Bajo ciertos aspectos esa capacidad podía emplearse en una función precisa de clase, para estimular el proceso de renovación de la sociedad, la ruptura de los intereses establecidos o tendientes a establecerse e institucionalizarse, para volver a tomar o revitalizar los ideales universales e igualitarios vividos apasionadamente y sin compromisos, ideales cuya carencia es tan penosa en las sociedades de los países socialistas. Sin embargo, y por otros aspectos, esa fuerza rebelde comprendía también elementos de contestación al sistema socialista como tal, o sea no a sus limitaciones, carencias o insuficiencias metodológicas y prácticas, sino exactamente a sus condiciones objetivas, a las cargas que no puede dejar de imponer al individuo especialmente en una fase aguda de la lucha contra la miseria y el enemigo. Además, existía en el movimiento de los guardias rojos, un factor de verdadero anarquismo, de protesta contra la dura realidad de la vida en China y un cierto sentido de asociabilidad individualista, entremezclado con las exigencias de una "rebelión" de carácter igualitario inscrita en una perspectiva socialista.

Estos elementos heterogéneos se pusieron de manifiesto ya en la primera etapa del movimiento, en otoño de 1966, cuando se generalizó en todo el país la lucha contra las "autoridades que han adoptado la vía capitalista", llevando al desquiciamiento a una parte del aparato del partido (controlado durante muchos años en las estructuras organizativas y en las escuelas de cuadros por hombres ligados a Liu Shao-chi), y provocando grandes tensiones con las organizaciones sindicales (que constituían el verdadero poder de Liu). Así, en el invierno de 1966-67, la lucha se extendió; dejando atrás la denuncia de las supervivencias burguesas en el sector superestructural o de las costum-

bres, los grupos de jóvenes "rebeldes" emprendieron el ataque contra las formas de autoritarismo, tecnocratismo y privilegio social en la administración, la producción y el partido, especialmente en el sector urbano. Directamente se atacó el modo de administrar las empresas, el aparato centralizado de dirección dependiente sólo del control burocrático y técnico de los ministerios y vedado a cualquier forma de poder obrero, la existencia de reglamentaciones que limitaban la iniciativa personal tanto en el campo de la proyección como en el de la producción, la organización del trabajo y la repartición del monto global de los salarios. En esta fase el enfrentamiento se hizo más intenso entre las instancias renovadoras del movimiento estudiantil (que en las ciudades, especialmente en Shanghai, no estaba compuesto sólo por estudiantes sino también por muchos obreros jóvenes y por diferentes grupos que sólo pueden definirse con el término genérico de ala izquierda del partido y de sus organizaciones de masas), y la resistencia de múltiples fuerzas que parecían estar representadas, de diverso modo y según los lugares, por los técnicos de las industrias y de la administración, por los cuadros del partido, por dirigentes, pero también por simples miembros de las organizaciones sindicales y por extenuados grupos burgueses sobrevivientes en el campo cultural y técnico; pero, en especial, estaban representadas por los "cuarteles generales", o sea, las federaciones provinciales del partido. El diversificado fenómeno de resistencia a la ruptura parece haberse expresado en la adopción, por parte de las "autoridades", de una política de "economismo", es decir, de una serie de condicionamientos tendientes a asegurarse el apoyo de grandes capas de obreros mediante la distribución de incentivos materiales extraordinarios —gratificaciones y premios, vacaciones autorizadas— que no podían dejar de gravitar sobre las disponibilidades ordinarias de los balances de las empresas resquebrajando, de ese modo, las bases de la vida económica de las ciudades.

Para neutralizar esta agresión al movimiento se hizo necesaria la fase más aguda de la revolución cultural, el asalto a los "cuarteles generales", a las estructuras administrativas del Estado y a los centros directivos del partido, la "toma del poder" desde abajo mediante la destrucción

de las instituciones existentes y la creación de un nuevo tipo de instituciones. Esta fue, realmente, la fase más dramática de la revolución cultural, que puso en peligro la estabilidad de la situación, la red de control sobre el país, la continuidad administrativa y productiva (con todo lo que esto implica en un país en lucha contra el atraso y asediado por innumerables fuerzas hostiles); pero fue, al mismo tiempo, la etapa más fértil en actitudes renovadoras. En este período algunos grupos de jóvenes intelectuales del partido formularon las tesis más avanzadas sobre la construcción del socialismo, se propusieron las más arduas tentativas de dar un significado concreto a la participación de las masas en la vida política (fueron constantes las referencias a la Comuna de París y al principio de la elegibilidad y revocabilidad de cualquier "autoridad"), se elaboró una crítica general al "economismo" (se afirmó la imposibilidad de adoptar, en una sociedad socialista, los métodos de condicionamiento propios del capitalismo, los mismos patrones de juicio de eficiencia técnica y de productividad, y el mismo principio de prioridad de los aspectos cuantitativos o cualitativos de la producción sobre su significado social, político y humano). Uno de los elementos más sintomáticos, dentro de este contexto, fue la aparición de formas de arte (aquí sólo pudieron conocerse, a través de fotografías y manifiestos, las formas del arte gráfica, pero quizás también hubo interesantes experimentos en el campo de la literatura y del espectáculo) libres del formalismo académico que, retomando los módulos tradicionales o soviéticos, marcó la vida artística de China después de 1949 y, desgraciadamente también en el último año. Sin embargo es posible que estas actitudes de vanguardia hayan permanecido limitadas a los grupos de intelectuales comprometidos en la revolución cultural sin encontrar un eco real —capaz de suplantar la sobrevivencia de la vieja tradición— entre las masas urbanas y, en especial, campesinas. De tal modo se reforzaba, indirectamente, la posición de las "autoridades", sobre todo la de los defensores de los intereses establecidos operantes en el partido.

Desde este punto de vista el movimiento juvenil de la revolución cultural se encontraba repitiendo la experiencia que, cuarenta años antes, habían realizado los

intelectuales revolucionarios de los años veinte; por consiguiente, en su confrontación, también era válida la referencia de Mao a la larga tarea de lucha de clases, consistente en la inserción gradual y modesta de los intelectuales en el seno de las grandes masas atrasadas, haciéndoles asumir, en una escala mucho más amplia, la función de ruptura y renovación que las filas avanzadas, pero aisladas, de los intelectuales no podían cumplir. Así, desde febrero de 1967, se añadió a esta apelación a un cierto tipo de concepción de la lucha de clase, y de la acción revolucionaria, la condena cada vez más explícita y total a las formas de anarquismo individualista que habían acompañado al empuje juvenil de ruptura, especialmente a los pedidos de mayor libertad respecto de los condicionamientos y limitaciones que, frecuentemente, son en China condicionamientos y limitaciones derivadas de la situación objetiva, del nivel material de vida y de las exigencias del país, y no sólo de un cierto tipo de moral bien pensante o de fariseísmo existente en todos los partidos revolucionarios que se hallan en el poder⁵.

Estos y otros motivos determinaron la lucha política a gran escala dentro del mismo movimiento juvenil de ruptura, provocando su escisión. Otro factor de escisión fueron las divergencias respecto a la amplitud de la denuncia a las "autoridades" existentes. Los grupos juveniles se distinguieron muy pronto por sus diferentes posiciones con respecto a los cuadros de la administración y en especial del partido, es decir, por su voluntad de "derrocar toda autoridad", o bien por su capacidad de actuar en una coordinación más o menos estrecha con aquellos grupos de cuadros y aun de "autoridades" existentes en las filas del partido y de la organización estatal o productiva que, desde el comienzo o inmediatamente después, se habían pronunciado en favor de la línea de Mao. Dada la naturaleza heterogénea del partido comunista chino en lo que respecta al origen, a la experiencia y a las mismas posiciones de sus militantes, de sus cuadros y dirigentes, la elección entre quienes eran "elementos de clase" alineados en favor de soluciones revolucionarias y las "autoridades que han adoptado la vía capitalista" era, obviamente, muy difícil, especialmente para los grupos juveniles carentes todavía de experiencia con-

creta y relativamente insensibles a aquellas dificultades concretas afrontadas y superadas por hombres que, a pesar de aparecer como privilegiados u "opresores", conservaban todavía una notable capacidad para contribuir a la transformación del país.

De aquí la extrema complejidad y la real dificultad del proceso que acompañó en toda China al esfuerzo por organizar nuevas instituciones en el partido y en el Estado. La solución —elaborada probablemente por el mismo Mao, quien intervino para condenar la creación de instituciones llevada a cabo únicamente por las fuerzas de los "rebeldes" sin recuperar los elementos del partido y de las fuerzas armadas experimentados en las largas luchas políticas, militares y sociales anteriores— consistió en la formación de "comités de tres" integrados, por una parte, por representantes de los "rebeldes", es decir del movimiento juvenil o de las fuerzas de ruptura y renovación de las empresas y de las diferentes organizaciones, por representantes de los viejos cuadros y militantes del partido que "habían permanecido fieles a la línea de Mao" (o bien que "habían vuelto a ella" con soluciones obviamente abiertas a todo género de equilibrio político y de oportunismo) y, por otra parte, por representantes de las fuerzas armadas. Uno de los principales elementos de los sucesos acaecidos durante 1967 fue, efectivamente, la decisión que Mao tomó a comienzos de la primavera de solicitar la intervención del ejército popular —considerado en todo momento como la más segura y viva fuerza de clase en China no sólo por sus orígenes sino por su relación con las masas campesinas— para apoyar "a la izquierda", o mejor —como él mismo lo dijo— "a la izquierda, pero no a una facción particular".

Este hecho entró en juego en el proceso (que ocupó gran parte de 1967) de formación de los "comités de tres" que, en todos los casos —en cada provincia, como así también en cada ciudad, pero además en cada escuela, empresa o comuna popular— debían formar las nuevas instituciones del poder, tanto del partido como del Estado. Una de las mayores dificultades de la revolución cultural estuvo representada por el problema de la fusión entre los grupos de "rebeldes revolucionarios" y aquellas fuerzas del partido y del ejército que conservaban por

completo el poder antes de la revolución cultural; las elecciones implícitas en esta fusión determinaron, a su vez, la escisión de los grupos de "rebeldes revolucionarios" privando de ese modo a Mao, y a los sostenedores de su línea, de uno de los principales instrumentos de lucha contra la situación de estancamiento e involución de clase que existía dentro del partido y la administración, al mismo tiempo que ofrecían a sus adversarios la posibilidad de instrumentalizar, para sus propios fines, la misma "división" del movimiento juvenil, ya sea para demostrar su inconsistencia y el peligro que encerraban (algunos grupos "de extrema izquierda" de los "rebeldes" fueron acusados de estar apoyados por fuerzas "de derecha" dentro del partido), o bien para condicionarlos, doblegarlos, controlarlos (y en este caso se trataba, por el contrario, de favorecer y desarrollar grupos de "falsos rebeldes", de rebeldes aparentes pero efectivos sostenedores del orden existente antes de la revolución cultural).

Así, "el espíritu de facción" entre los grupos de rebeldes tenía una precisa caracterización de clase, pero resultaba difícil definirla, sobre todo definirla de un modo estable. De ahí que sea comprensible la observación de muchos representantes del ejército popular que consideraban fácil combatir contra los japoneses o el Kuomintang sosteniendo, contra ellos, las fuerzas revolucionarias representadas por las masas rurales chinas. A su vez, entre los hombres del ejército popular existían también diferencias en razón de las diversas líneas de clase, y por ello resultaba justificada la exigencia de muchos grupos "rebeldes" que querían someter también a las fuerzas armadas a la transformación revolucionaria; pero, en este punto, el desarrollo del proceso de la revolución cultural sufrió la detención más grave. La lucha entre los intentos de conducir la revolución cultural como fenómenos de ruptura desde abajo y de iniciativa espontánea dentro de las fuerzas armadas, y la resistencia a esta solución, se desarrolló especialmente en el verano de 1967 y dio lugar a algunos de los más conocidos episodios de enfrentamientos y tensiones dentro del grupo dirigente y a los más amplios y dramáticos despliegues de tensiones entre los grupos de rebeldes, diferenciados entre ellos no sólo por disensiones de carácter local, sino también por

el decisivo problema de la naturaleza social de las fuerzas militares y de la mayor o menor necesidad de conducir la revolución cultural también en este terreno (convirtiéndose, de tal modo, en partidos políticos embrionarios de carácter general, existentes en todo el país).

En este momento se produjeron los choques más violentos entre grupos de "rebeldes" y, también en algunos casos, entre grupos de rebeldes y fuerzas armadas, los robos de armas a depósitos militares, el empleo de las milicias de aldea en contra o a favor de las distintas soluciones, el pedido de armar a las organizaciones de "rebeldes". Este estado de cosas se mantuvo hasta comienzos de setiembre de 1967, momento en que Mao intervino —e hizo intervenir a las personas ligadas a él— contra "el espíritu de facción" (afirmando que "no existen razones para que en una sociedad socialista las fuerzas proletarias deban dividirse en dos facciones opuestas") y señaló la urgencia de proceder a la unificación de las fuerzas revolucionarias.

Desde entonces se aceleró notablemente la formación de los "comités de tres" dándose por terminada en setiembre de 1968 (pero poco tiempo después un artículo señalaba que no todos esos "comités de tres" tenían las mismas características de clase y que algunos de ellos representaban un sustancial mantenimiento de la situación anterior a la revolución cultural bajo una nueva forma, debiendo, por consiguiente, experimentar un lento y gradual proceso de "rectificación" conforme a la victoria obtenida "en esencia" y "en general" por las fuerzas de la revolución cultural). Del mismo modo se aceleró la reorganización y reconstrucción de las fuerzas productivas y de la administración central y local, si bien sobre nuevas bases; este proceso de retorno a una situación estable y ordenada implicó, sin embargo, la renuncia a algunas de las posiciones más comprometidas de enfrentamiento y ruptura. Algunos de los teóricos más importantes del movimiento de "rebelión" fueron aislados y los grupos juveniles que se habían organizados sobre bases nacionales fueron disueltos y, probablemente, sufrieron duras represiones; en ciertos sectores —especialmente en el caso del arte— son muy evidentes los fenómenos de involución respecto a algunas posiciones alcanzadas

en el momento de máxima expansión de la actividad y la iniciativa de ruptura de los "guardias rojos".

Existe un hecho —contra el que han reaccionado en diferentes momentos y de diversos modos las fuerzas orientadas hacia la izquierda, tanto en el movimiento juvenil como en la cumbre de las organizaciones del partido y del Estado— que es aún más significativo. Muchos "comités de tres" a nivel provincial, especialmente en las provincias donde el movimiento de los "rebeldes revolucionarios" resultó finalmente incapaz de alcanzar una unidad funcional, o bien en aquellas provincias más expuestas, desde el punto de vista estratégico, y que consecuentemente se abandonan con menos facilidad a las repercusiones de largas y violentas luchas políticas en espera de una lenta decantación política y social, han terminado por mantener o restituir en posiciones directivas no sólo a los comandantes del ejército popular (que tienen gran poder dentro de los "comités de tres" en casi todas partes), sino a las mismas "autoridades" del partido que habían sido atacadas más duramente por los jóvenes en razón de su autoritarismo y de sus privilegios; además, no deben haber faltado verdaderos episodios de violenta represión del movimiento juvenil (o de sus filas más comprometidas en posiciones de ruptura) en tanto que, desde el centro, se han formulado, en muchas ocasiones, llamados contra la adopción de medidas de tipo fascista en relación a los guardias rojos. Resulta mucho más difícil señalar qué tipo de equilibrio se ha establecido a nivel decisivo, es decir en la base, en las distintas empresas y comunas, en las escuelas y administraciones locales; es posible que en muchos casos, y en este orden de cosas, la situación permanezca más dúctil y dinámica, permitiendo el mantenimiento de una atmósfera de fervor e iniciativa que —según algunos observadores— no habría sufrido una variación sustancial.

Uno de los factores que pueden haber contribuido a determinar la recuperación de las fuerzas que en 1966 parecían condenadas a ser relegadas por mucho tiempo, es el imperativo de no poner en peligro la unidad de China, la necesidad práctica de no sacrificar administradores experimentados y dirigentes probados, o bien la simple capacidad de resistencia y supervivencia de los

intereses establecidos; pero, en realidad, han entrado en juego las carencias de las fuerzas "rebeldes", es decir, las largas dilaciones sufridas por el esfuerzo de unificación de los grupos juveniles, su debilidad social y política, la falta de experiencia y de trabajo constante, el espíritu de facción, las luchas internas por el poder y el prestigio, la incapacidad de resistir a los halagos del éxito y a la tarea de corrupción y condicionamiento que realmente fue realizada con gran habilidad por las "autoridades" opuestas a ellos. Por esto la revolución cultural no logró obtener el éxito que parecía próximo en el momento de máxima expansión del movimiento de "rebelión" o, de todos modos, no obtuvo un éxito total, irreversible, generalizado y parejo.

Sin embargo, sería un grave error juzgarla como un fracaso, una quiebra dentro del marco de posibilidades en las que Mao y las fuerzas ligadas a él confiaban. Antes que nada la revolución cultural ha significado verdaderamente la derrota de una potente corriente que, dentro del partido, constituía, indudablemente, un factor de resistencia a la línea de Mao y que había hecho siempre suyas, por principio, soluciones de tipo autoritario y burocrático cerradas a las iniciativas espontáneas y nuevas y tendientes a asegurar, en primer lugar, el orden y la obediencia de las bases. Liu Shao-chi era, en efecto, el mayor exponente de esta tendencia. Su derrota es, por lo tanto, la derrota de una gran parte del aparato del partido, integrada por cuadros formados a través del conjunto de las escuelas de partido y no mediante la experiencia de acciones de masa como lo han sido la guerrilla, la formación de las comunas y ahora la revolución cultural.

Al mismo tiempo, no sería exacto considerar como una derrota de la revolución cultural el traslado al campo de un gran número de "guardias rojos", ya que sólo insertándose en el ámbito de las masas populares con su ánimo de transformación, con la apelación constante a la lucha de clases, con el rechazo concreto de soluciones y relaciones que tienen verdaderamente un carácter contrarrevolucionario, un movimiento de "rebelión" puede adquirir un significado efectivo y permanente, es decir, constituir un real reforzamiento de cierto tipo de decisiones

de clase y no sólo una formal "contestación" global limitada al estrato superior de la sociedad. Así como una revolución proletaria que hubiese triunfado sólo en las ciudades chinas no hubiese podido organizar una sociedad socialista hasta que no movilizara las masas campesinas para el logro de la revolución en las grandes zonas atrasadas del país, del mismo modo una "revolución cultural proletaria" que se concentrara solamente en los centros urbanos no tendría efectivas bases de fuerza y mucho menos de fuerza de clase. Es cierto que el lema de la fase inicial de la revolución cultural fue "bombardead el cuartel general", pero también es cierto que, según la estrategia de Mao y Lin Piao, el bombardeo más eficaz al cuartel general sólo puede producirse luego de un largo asedio llevado adelante a partir de las zonas rurales, movilizadas a fondo en el plano social y político, a favor de las fuerzas de ruptura. Así, los textos que hoy sustituyen en los órganos periodísticos chinos a los más violentos documentos de "contestación" de los guardias rojos, están dedicados, en términos modestos y concretos, a los problemas de las escuelas rurales o del sistema cooperativo en el campo y, esencialmente, a las soluciones adecuadas para llevar adelante el esfuerzo para transformar cotidiana y capilarmente el modo de vivir, de trabajar y de pensar de los campesinos, justamente porque es sobre ese terreno donde se sitúa una de las batallas fundamentales para asegurar el carácter socialista de la sociedad china, es decir, para poner en movimiento los mecanismos profundos capaces de prevenir una involución de clase y de neutralizarla con intervenciones de masas más amplias aún que la revolución cultural.

El partido comunista chino, cuyos órganos de base serán reorganizados en ocasión del inminente IX Congreso, será, probablemente, distinto al que existía antes de la revolución cultural, justamente por el aislamiento de una gran parte del aparato que controlaba su vida desde hacía años. Es difícil decir a priori si los nuevos órganos se inclinarán, también ellos como los anteriores, a formas de autoritarismo y burocratización y, por lo tanto, a posibles "degeneraciones de clase", sobre todo porque es difícil dar cuenta de la situación existente a nivel de base. Sin embargo, en cierto sentido es posible decir que —a la luz de

las perspectivas de Mao— ninguna fuerza social puede considerar garantizado su carácter de clase y su conformidad con las exigencias de la realidad social en movimiento; el carácter de clase, la vitalidad, la función de un partido, sólo pueden ser el resultado de una lucha continua “para eliminar lo viejo y desarrollar lo nuevo”, vale decir, el resultado “no de una sino de muchas revoluciones culturales”. Es cierto que a esta hipótesis se oponen ciertas fuerzas existentes dentro de las filas comunistas chinas y aún entre los dirigentes (es inútil y erróneo tratar de averiguar “quién”, porque sería más exacto preguntar “en qué perspectivas y con qué instrumentos” pueden manifestarse posiciones de este género; siempre se encuentra un dirigente que las representa). Pero lo típico de la posición de Mao es haber advertido que siempre existen fuerzas antisocialistas en todo régimen socialista, en todo partido comunista; que en cierto sentido, existen tendencias antisocialistas en todo militante revolucionario, aún en el más probado y entregado a la causa; pero ellas no pueden eliminarse con el empleo de tanques o por medio de la represión, sino únicamente a través de un proceso social y político profundo, con todos los riesgos, las luchas y las imprevisibles eventualidades que ello implica.

MANIFESTO: Sus actuales investigaciones se basan en la premisa de que, después de la toma del poder político, comienza una fase de transición en la cual, junto a las relaciones socialistas se presentan todavía relaciones de carácter capitalista. Se trata de relaciones de orden *económico, político e ideológico*. Lo que las caracteriza es el hecho de no constituir residuos del pasado, sino formas capitalistas originales que surgen en el interior de las sociedades en las que ya se ha conquistado el poder político. De modo que para juzgar la orientación de una sociedad en transición, es necesario analizar los mecanismos que tienden a reproducir y multiplicar estas relaciones, y los que, por el contrario, tienden a destruirlas y sustituirlas por relaciones de carácter socialista. De todas ellas, es fundamental la relación entre aquellos que detentan la *propiedad*, la posesión de los medios de producción, y aquellos que no la detentan; con respecto a ella se definen también algunas “técnicas”, como el plan, o el mercado que en cuanto tales no resultan suficientes para definir la orientación de una sociedad, sino que constituyen más bien el fondo, el “lugar” en el cual operan los mecanismos fundamentales. Ahora bien, dada la persistencia de las relaciones capitalistas en el interior de toda sociedad de transición, usted afirma que lo esencial para determinar si ésta progresa hacia el socialismo y el comunismo o si retrocede hacia el capitalismo, es la *voluntad política global* que rige esta sociedad, y que se expresa en la “lucha de clases”. En una sociedad de transición, ¿esta lucha sigue basándose en contradicciones *materiales* o se vuelve esencialmente superestructural e ideológica?

En otros términos; ¿cuáles son las raíces materiales de la revolución ininterrumpida? En lo esencial, ¿se trata de un cambio de valores, de jerarquía social o también de un cambio material? Y si es así, ¿en qué consiste dicho cambio? ¿Qué función tiene en una sociedad de transición la oposición entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción? Usted criticó la utilización revisionista y evolucionista de esta fórmula; ¿critica también su fundamento?

BETTELHEIM: La pregunta abarca distintos aspectos. En efecto, se trata de definir, por un lado, la naturaleza de la contradicción fundamental en las formaciones sociales de transición al socialismo, y por el otro, el modo según el cual la existencia de esta contradicción determina transformaciones económicas, ideológicas y políticas. Acerca del primer punto, diría que también en la sociedad socialista subsiste la oposición entre relaciones de producción y fuerzas productivas, entre superestructura y base económica. En realidad, por un lado, la transformación de las relaciones de producción, y en consecuencia de la superestructura, aún es incompleta; por el otro, las fuerzas productivas históricamente heredadas de la fase precedente, aún llevan el sello de las relaciones de producción precedentes. Para encontrar una unidad, hace falta que a través de su transformación se constituya *un modo de producción específicamente socialista*. A su vez, esta transformación exige un trastocamiento total de las relaciones de producción, el cual se mantiene entonces como problema de fondo de una sociedad de transición.

Por otra parte, esta transformación no puede producirse mediante soluciones mecánicas. Sólo puede surgir de la lucha. Esta, a su vez, se caracteriza por el surgimiento de una serie de contradicciones, de las cuales para cada fase, una constituye la contradicción principal del proceso revolucionario. La transformación de la sociedad y su desarrollo hacia el socialismo dependen entonces de la lucha de clases proletaria, de la lucha de masas dirigida por el proletariado y su partido, con el objetivo de un dominio cada vez mayor por parte de los trabajadores de sus propias condiciones de existencia.

Constituye a la vez una lucha ideológica y política, y esto no significa que deje de tener una base económica, la que está constituida en concreto por los obstáculos que oponen las relaciones de producción que aún no son socialistas, y las relaciones políticas que aún son de naturaleza burguesa, a un desarrollo pleno y diferente de las fuerzas productivas. Y, por lo tanto, también al mejoramiento de las condiciones de existencia. Un aspecto fundamental lo constituye además la lucha de los trabajadores por dominar las condiciones concretas de su trabajo, para dejar de ser simples ejecutores de tareas decididas en otra parte y convertirse en dueños de sí mismos. Según el grado de maduración de las contradicciones objetivas, la lucha de clases proletaria en el período de transición, apunta a destruir éste o aquél aspecto de las relaciones *sociales* burguesas, pero no puede lograrlo si no destruye lo que subsiste de las relaciones *ideológicas* y *políticas* burguesas. Por esta razón, los aspectos principales de la lucha de clases en el período de la dictadura del proletariado son los políticos e ideológicos. En efecto, en esta fase, el mejoramiento de las condiciones de existencia y el desarrollo de las fuerzas productivas pasan, en primer lugar, a través de la revolucionarización de las relaciones ideológicas y políticas. En cuanto a la lucha económica, se presenta como una *lucha por la producción, pero subordinada a la lucha política*. Este es el significado de la consigna del Partido Comunista chino: "hacer la revolución desarrollando la producción", y en este punto ella se distingue radicalmente de la tesis revisionista.

MANIFESTO: ¿Entonces, en la fase de transición se reproducen contradicciones objetivas, materiales, y es sobre esta base que se presenta una dialéctica, una lucha social entre fuerzas opuestas? ¿Estas fuerzas pueden definirse como "clases"?

BETTELHEIM: En mi criterio, las relaciones no socialistas que se presentan durante la fase de transición están inscriptas en estructuras objetivas: en las formas que asume o mantiene la división social del trabajo, en la forma de organización de la producción, en las relaciones entre unidades productivas que de allí derivan, en los aparatos e

instrumentos económicos (por ejemplo, las empresas), en los aparatos e instrumentos ideológicos y políticos. Estos no se transforman inmediatamente con la toma del poder por parte del proletariado. No pueden serlo, porque su cambio depende estrictamente del desarrollo de las contradicciones que surgen de la reproducción de relaciones no socialistas, y de la toma de conciencia de estas contradicciones por parte de las masas. Por esto, la transformación de los aparatos constituye un proceso histórico bastante largo, el proceso de la revolución ininterrumpida. Esta transformación significa la destrucción de los aparatos existentes y la construcción de instrumentos nuevos, en los cuales sean eliminadas total o parcialmente las relaciones burguesas. Sólo cuando el proceso revolucionario está concluido —y no puede estarlo completamente si no es en escala mundial— la transición llega a su fin y la sociedad socialista cede el paso a la sociedad comunista. En segundo lugar, diría que la existencia de las relaciones sociales burguesas implica la existencia de los *portadores* de estas relaciones y los *agentes de su reproducción*. Estos últimos son los que en la fase de la dictadura del proletariado, pueden ser definidos como *burguesía*; y es contra ellos que se desarrolla la lucha de clases.

MANIFESTO: Sobre la base de este esquema, ¿cómo pueden delinearse la diferencia de los modelos de desarrollo que se verifican en la Unión Soviética y en China?

BETTELHEIM: Según creo, el punto esencial para la reflexión teórica es lo que nos aporta de nuevo la revolución cultural. Antes de ésta, sólo teníamos la inmensa experiencia soviética, que también deberá ser objeto de un análisis que hasta ahora no se hizo a fondo porque faltaban algunos instrumentos teóricos y un punto de referencia, una práctica diferente. Salvo a riesgo de caer en una utopía, no era posible valorar objetivamente la experiencia soviética sin disponer de una experiencia diferente.

Hoy poseemos esta práctica diferente, en la experiencia del Partido Comunista chino y en la elaboración de Mao Tse-tung. Su especificidad consiste, en mi criterio —y cuando digo especificidad quiero decir “originalidad”, no

algo que está destinado a ser válido solamente para China— en la nueva relación entre Partido y masas.

El Partido es el *instrumento* de la dictadura del proletariado y se reconoce como tal. Es decir, no pretende ser el proletariado mismo. Esto significa que existe una dialéctica abierta y formalmente reconocida entre Partido y clase obrera, así como una dialéctica abierta y formalmente reconocida entre masas populares y clase obrera. A ello corresponden relaciones políticas nuevas que permiten a las masas cuestionar a los cuadros del partido y su modo de operar. En concreto, esto se realiza mediante la discusión permanente, por parte de las masas, de esta o aquella línea, tal como se presenta en esta o aquella empresa, en esta o aquella provincia o municipalidad. La discusión tiene por objetivo aclarar aquello que en la traducción práctica de esta línea es justo o equivocado. Por lo tanto no corresponde a la dirección del partido establecer si la decisión tomada en tal o cual lugar es justa o no, sino a la dirección sobre la base de un juicio de masa, de una experiencia, de una crítica de masas. Constituye una forma viva y no formal de concebir el centralismo democrático. Por el contrario, en la Unión Soviética el partido se ha ido afirmando progresivamente como único depositario de la *verdad*. A éste le concierne la tarea de llevar a las masas la línea justa, y a las masas la de ejecutarla. Un sistema de este tipo lleva inevitablemente a un deterioro de las relaciones entre partido y masa, y aún cuando la línea política sea justa, crea en la base una actitud pasiva que impide a la masa apoderarse y dominar efectivamente sus condiciones de existencia. Y a la larga, de este modo es imposible desarrollar una línea política correcta.

MANIFESTO: Evidentemente, la relación entre partido y masa es fundamental. En la URSS: esta relación se ha planteado en las distintas fases de la construcción del socialismo: primeramente, la fase de los soviets, después el comunismo de guerra, la NEP, por fin la planificación, la colectivización de la tierra y el proceso de industrialización acelerada. ¿Cómo definiría usted estas distintas fases en relación a los mecanismos de la sociedad de transición?

BETTELHEIM: Independientemente de los estadios por los

que ha pasado la política económica soviética, el problema de la relación entre partido y masa se planteó muy pronto. Por otra parte, esta nunca fue tan estrecha como en China; ello resulta válido sobre todo respecto de las masas campesinas, y constituye un punto esencial para un país agrícola como era la Rusia de 1917. En China, como consecuencia de la guerra prolongada, el Partido comunista estableció desde el principio vínculos muy estrechos y una relación de confianza con las masas campesinas.

MANIFESTO: ¿Quiere decir que en la URSS, a diferencia de China, no hubo una experiencia de gestión social colectiva en el campo? En general, ¿considera usted que la experiencia de los soviets en sus orígenes fue menos rica que, por ejemplo, la de las Comunas?

BETTELHEIM: Es un problema de gran importancia. El poder soviético sufrió muy pronto de lo que Lenin denominó una "deformación burocrática"; en una discusión con Bujarin, definió al Estado soviético como un Estado "obrero y campesino con una deformación burocrática". La existencia de esta deformación tuvo consecuencias históricas considerables, ya que no podía quedar, ni ha quedado como una simple "deformación". Esta permitió la vigorización de elementos de naturaleza burguesa en la sociedad soviética, y finalmente, que el poder volviese a sus manos.

Naturalmente, la historia no se puede rehacer arbitrariamente. Y por lo tanto, no se puede saber cómo hubiera evolucionado la Unión Soviética si el Partido hubiese adoptado principios diferentes. No obstante, en relación a lo que se me preguntaba acerca de los distintos períodos de desarrollo de la economía soviética, pienso que efectivamente la elección de un modelo de industrialización extremadamente centralizado actuó negativamente en la pérdida creciente por parte de las masas del control sobre las condiciones de existencia y de trabajo.

También habría mucho que decir sobre la prioridad absoluta asignada al desarrollo de la industria pesada. La concentración prioritaria sobre objetivos que no podían conducir a ninguna mejora de las condiciones de existencia cotidiana debía influir negativamente sobre la situa-

ción política general, y tornó más difícil el vínculo entre masa y partido.

MANIFESTO: ¿Usted cree que se puede hablar de una verdadera explotación ejercida sobre la masa campesina?

BETTELHEIM: En un informe al Comité central de julio de 1928, Stalin habló del "tributo" que debía cobrarse a los campesinos, y lo definió como una necesidad histórica. Pienso que este "tributo" tuvo una función importante en la definición de la actitud de los campesinos frente a la política económica del Estado soviético. Tal vez, dada la coyuntura, se trataba de un gravamen inevitable: por el momento no sabría pronunciarme con seguridad. Sin embargo, me parece que se puede decir desde ahora que si este gravamen pareció inevitable, se debe, por lo menos, en parte, a la idea que se hicieron los dirigentes soviéticos en ese momento del tipo de industrialización que era necesario, y a la teoría según la cual para llevar a cabo la industrialización hacía falta proceder a lo que Preobrazhenski llamaba "la acumulación socialista originaria". A nivel teórico, la noción de "acumulación socialista originaria" tuvo una función importante.

MANIFESTO: En el debate que se llevó a cabo a fines de los años veinte, la propuesta de Preobrazhenski se situaba "a la izquierda": no se puede olvidar que ésta apuntaba a destruir o a superar una nueva estructura capitalista y conservadora, los nuevos campesinos ricos, que se habían formado en el campo durante el curso de la NEP. Nos parece que hay una diferencia esencial entre la estructura social del campo chino, aún casi precapitalista, y la del campo soviético: ¿no lo cree? En este marco, ¿la elección de la "acumulación socialista originaria" y sus consecuencias no asumen un sentido distinto al de una explotación pura y simple de campesinos? ¿No pueden ser considerados como un acelerador de la socialización de las relaciones de producción?

BETTELHEIM: Las preguntas son dos. La primera concierne a la necesidad de poner fin a la NEP y proceder a la colectivización. Esta correspondía a una elección socialista, a una condición de que la colectivización tuviera lugar sobre

la base de una adhesión voluntaria de los campesinos pobres y medios a las cooperativas.

La segunda pregunta se refiere a la utilización de la estructura de las cooperativas para someter al conjunto de los campesinos al cobro de un "tributo". Estoy convencido que en este sentido, la pseudo teoría de la acumulación socialista originaria desempeñó un papel nefasto. En realidad, me parece que Preobrazhenski aplicaba mecánicamente a la sociedad socialista lo que Marx dice de la acumulación capitalista originaria. Sin tener en cuenta la especificidad de las relaciones de producción socialistas y las posibilidades que ellas ofrecen para un desarrollo de las fuerzas productivas sobre bases diferentes de las que supone la sola acumulación. Y que son precisamente la iniciativa y la participación de las masas, el esfuerzo de innovación operado en la base, la contracción al trabajo. En resumen, el desarrollo de nuevas relaciones de producción provoca el surgimiento de fuerzas productivas específicas que le son propias. El modelo de Preobrazhenski, que es el que luego —aproximadamente— se pone en práctica en la URSS, hace abstracción, precisamente, de la especificidad de las fuerzas productivas socialistas.

MANIFESTO: ¿En cuanto repite el esquema de la acumulación capitalista?

BETTELHEIM: Sí, justamente.

MANIFESTO: ¿Y por lo tanto implica un fortalecimiento de la centralización y del poder represivo del Estado?

BETTELHEIM: Sí, creando en forma progresiva las condiciones que permiten una restauración total del capitalismo. El esquema, de la acumulación socialista originaria, de la centralización estatal de todos los recursos, la reducción de la capacidad de iniciativa de las masas y de las posibilidades por parte de cada unidad productiva de desarrollarse según sus propias fuerzas, terminaron por minar el terreno sobre el que se erigía la dictadura del proletariado. El proyecto de Preobrazhenski preveía que la "creación de una cierta base material" sería el equivalente de la constitución de una "base material para el socialismo",

pero no fue así: no se puede construir una base material para el socialismo si no existen primeramente ciertas relaciones sociales y si en el interior de estas relaciones sociales no se desarrollan nuevas fuerzas productivas, de tipo socialista.

MANIFESTO: Nos parece entender, que según usted, el giro más pesado en consecuencias para la sociedad soviética no fue la NEP sino la elección del modelo de industrialización. ¿Tal vez porque la fase de la NEP se presentaba como transitoria, las opciones no estaban precisadas aún, el modelo de desarrollo permanecía ambiguo?

BETTELHEIM: Creo que cuando Lenin optó por la NEP, optó por una política momentánea, de la que se pensaba salir bastante rápidamente. Pero también creo que esta política —que permitió mantener relaciones aceptables por parte de los campesinos— comprometió menos gravemente el futuro, que el modo en que se llevó a cabo la industrialización en la Unión Soviética. Quiero destacar que el mal no reside en la industrialización, sino en la forma específica en que esta fue realizada.

MANIFESTO: ¿En su criterio, subsisten aún las consecuencias?

BETTELHEIM: En el curso de los últimos diez o quince años los campesinos soviéticos se tomaron una especie de revancha, imponiendo una serie de decisiones en el sector de los precios agrícolas mediante una forma de resistencia pasiva. En consecuencia, la relación entre precios industriales y precios agrícolas se ha ido modificando progresivamente a favor de los segundos. Pero de este modo una de las bases sobre las cuales podía operar la reproducción ampliada posterior ha ido disminuyendo progresivamente, y no fue sustituida, por lo menos en escala suficiente, por una verdadera acumulación basada sobre la industria. El resultado fue una disminución en proporción al conjunto de los objetivos que la dirección política soviética se había propuesto. Y es uno de los factores que ha conducido a esa especie de crisis económica permanente que se verifica en la Unión Soviética.

MANIFESTO: Usted parece definir positivamente esta resistencia campesina. ¿Pero puede decirse que ésta tiene un carácter "proletario"? ¿No puede presentarse más bien como una resistencia conservadora? ¿Cuál es su ubicación en la dialéctica social?

BETTELHEIM: Para responder a esta pregunta, primeramente hace falta definir el carácter de clase del actual poder "soviético". Es en relación a este carácter que una lucha campesina u obrera puede asumir o no un carácter progresista. Personalmente, estoy convencido de que hoy en la Unión Soviética el poder no pertenece a la clase obrera. Ella no ejerce ya su dictadura por cuanto ésta no puede ejercerse sino a través de un partido profundamente ligado a las masas, basado en la iniciativa de masa, que no las reprime sino que reclama su libre expresión. La ausencia de esta práctica política y, por el contrario, la existencia de una represión policíaca, el crecimiento de las desigualdades sociales, la consolidación de relaciones rígidamente jerárquicas a nivel económico y a nivel político, la ausencia de internacionalismo proletario, todo esto significa que el PCUS ya no es un partido marxista y leninista; es un partido revisionista. Ahora bien, la dictadura del proletariado no puede ejercerse sino por medio de un partido marxista y leninista.

En este contexto, la resistencia de los campesinos soviéticos me parece un elemento progresista. Es verdad que ésta no puede resolver problema alguno, ni puede contribuir directamente a la restauración de una dictadura proletaria. Funciona solamente como elemento de debilitamiento del poder de la burguesía estatal soviética, es decir de una fuerza social reaccionaria, cuya influencia contribuye a debilitar las fuerzas del proletariado mundial.

MANIFESTO: ¿Y cómo se explica que la iniciativa sea campesina, mientras que la clase obrera se dejó expropiar su poder?

BETTELHEIM: Resulta difícil responder en forma breve a esta pregunta. Me limitaré a destacar dos puntos importantes.

Ante todo, los campesinos no son los únicos que oponen hoy una resistencia pasiva a la explotación por parte de la burguesía estatal soviética; también la clase obrera está intentando este camino. Lo prueban las continuas lamentaciones de los dirigentes a propósito de la "falta de disciplina en el trabajo", de la baja productividad, del ausentismo o hasta de fenómenos como la embriaguez. Por lo tanto no es justo creer que no exista una resistencia obrera; en algunos casos ésta asume también formas activas, como alguna huelga o protesta en las ciudades. No obstante, es verdad que la resistencia obrera no tiene las mismas consecuencias que la resistencia campesina, aun produciendo efectos análogos, sobre todo desde el punto de vista del aumento de los salarios nominales, que está en la base del proceso inflacionario en curso en la Unión Soviética. Debe considerarse también que la clase obrera en la URSS goza de una mejor situación que la de los campesinos, y que la política de diferenciación salarial llevada a cabo durante años terminó acrecentando las diferencias internas. La división de los trabajadores en categorías con rentas diferentes y diferentes condiciones de trabajo, constituye un elemento de debilitamiento de la clase obrera frente al aparato administrativo o económico o estatal, y en lugar de unificarla la fragmenta. No dudo, además, que este haya sido el objetivo que se quería perseguir con el crecimiento de las diferenciaciones salariales. En los últimos años, los efectos materiales de las desigualdades retributivas se han hecho cada vez más evidentes con el desarrollo de la producción de bienes de consumo, y en particular de bienes de consumo destinado a los estratos de población que disponen de rentas más elevadas, que permiten el acceso a bienes de lujo o relativamente raros, que aumentan las diferencias de nivel de vida. Las diferenciaciones de rentas separan entonces a los obreros entre sí, a técnicos de obreros, a dirigentes de técnicos y obreros. Ella opera por una parte a través de la participación de los beneficios de las empresas, de las cuales sacan provecho sobre todo los cuadros, y cuya consecuencia es que se puede obtener una remuneración distinta por la misma actividad. Otra fuente de desigualdad lo constituyen el desarrollo de tiendas y negocios "cerrados", en los cuales se encuentran productos que faltan en otras partes, y que son reservados a

un estrato superior, que accede a estos mediante una tarjeta, una autorización especial. Recientemente, se han abierto otros negocios en los cuales sólo se puede adquirir pagando con divisas extranjeras. Es claro que únicamente una minoría privilegiada puede servirse de ellos. Todo este complejo fenómeno de estratificación, fundado en un sistema de privilegios relativos y desigualdades relativas, funciona esencialmente en la trama urbana y en el sector de la industria y de la administración. Los campesinos son marginados; si desde hace años vienen realizando una prolongada resistencia pasiva, es porque constituyen un estrato social particularmente desfavorecido. El trabajo que dan al coljós no representa sino una parte de su renta; en gran parte la familia campesina está obligada a basar su subsistencia en la parcela individual. Además, los campesinos fueron privados durante mucho tiempo de numerosas ventajas sociales; hasta hace pocos años no tenían derecho a la pensión ni a la asistencia sanitaria. Los campesinos han sido pues excluidos de las conquistas económicas que la revolución había asegurado inmediatamente a la clase obrera. Por ejemplo, también en lo que respecta a los derechos civiles, los campesinos no tienen derecho al pasaporte interno que se concede a cualquier habitante de la ciudad, y sin el cual en la Unión Soviética es imposible desplazarse de un lugar a otro. Los campesinos se sienten especialmente discriminados.

Quisiera volver sobre lo que dije antes, a propósito del carácter progresista de la resistencia campesina. Tiene un carácter avanzado en tanto remueve el poder de la burguesía estatal, pero no por esto puede definirse como revolucionaria. Sin la dirección de la clase obrera, dirección que por ahora falta, la lucha campesina no puede encontrar una salida revolucionaria.

MANIFESTO: Hacia el final de la NEP, el debate presencié dos tesis que se contraponían. Bujarin oponía a Preobrazhenski una solución que tenía en cuenta en mayor medida la situación campesina. Sin embargo, a la luz de los problemas de la fase de transición ésta no aparece más avanzada, sino al contrario.

BETTELHEIM: Por cierto. Tanto la tesis de Bujarin, que

proponía avanzar a paso de tortuga, como la de la "industrialización", que se basaba en la teoría de la "acumulación socialista originaria", parecen equivocadas. En efecto, tanto una como otra remiten a dos formas posibles de desarrollo capitalista, y ninguna de las dos toma en consideración las posibilidades de un desarrollo de tipo alternativo. Naturalmente, se puede preguntar si en 1927-28 no era ya demasiado tarde para proponer otro camino; si en aquel momento el aparato del Partido ya no estaba en condiciones de actuar en forma distinta de como lo hizo. La historia, lo dije ya, no se puede rehacer. No obstante, me parece verosímil que aun en aquel momento hubiera sido posible lograr una organización de los campesinos pobres —verdadera organización de los estratos más pobres y semi-pobres de la clase campesina— de acuerdo a formas más elásticas que las que se adoptaron. Estas habrían permitido el desarrollo de condiciones políticas diferentes de las que terminaron por prevalecer, gracias a las cuales la parte más explotada de las poblaciones habría podido iniciar una colectivización que no sirviese de vehículo para una "acumulación originaria" considerada como único medio para industrializar el país.

Finalmente, éste es el punto que nos obliga a verificar en qué consiste, por el contrario, el tipo de industrialización perseguido en China. Según creo, constituye un ejemplo notable de lo que puede ser la industrialización socialista de un país con un punto de partida fundamentalmente agrícola. Ante todo, en China, la industrialización no fue efectuada mediante un descenso del nivel de vida de las masas; éste ha ido creciendo regularmente gracias a una combinación equilibrada de desarrollo agrícola e industrial, de la industria pesada y de la liviana. Se ha establecido un equilibrio correcto entre las inversiones centrales del Estado, que se basan sobre la acumulación propia del sector industrial estatal, y las inversiones descentralizadas que se basan en una movilización de las fuerzas y de los recursos de las unidades productivas individuales de las Comunas, de los distritos, de las municipalidades y provincias. La consigna: *desarrollarse según las propias fuerzas* fue determinante, sobre todo en el período del Gran Salto Adelante. Se habló del fracaso del Gran Salto Adelante. Creo que la definición es errada. Es ver-

dad, no todo lo que había sido planeado en esta fase se ha concretado en resultados materiales inmediatos: era inevitable que un esfuerzo tan gigantesco, diversificado y también nuevo, encontrarse dificultades y llevase también a algunos fracasos locales. Sin embargo, estos fracasos no fueron tan numerosos como se dijo; y por otra parte hoy se sabe que alguno de ellos han sido provocados por aquellos que se oponían al "gran salto", compartiendo la tesis de Liu Shao-chi. En el curso de la revolución cultural surgieron muchas pruebas de los sabotajes llevados a cabo contra el Gran Salto Adelante. Y por otra parte hoy se puede comprobar cómo muchas empresas industriales pequeñas y medianas, que habían sido instaladas en esa fase y parecían atravesar grandes dificultades, se están desarrollando nuevamente y dan una importante contribución a la industrialización, sobre todo en el sector químico, mecánico, de los fertilizantes, y en la producción de maquinaria agrícola, así como en diversas ramas de la industria liviana.

Lo que se puso en evidencia con el Gran Salto Adelante —y que por lo general caracteriza el modelo de industrialización perseguido en China— es la confianza otorgada a las masas, en particular a las masas campesinas, a su capacidad de dar vida a formas de industrias pequeñas y medianas, que no son la gran industria moderna, pero que podrán transformarse continuamente asimilando técnicas productivas cada vez más eficaces. La experiencia china indica que este es el sistema para utilizar las inmensas fuerzas productivas existentes en el campo, en todos los países predominantemente agrícolas, que de otro modo son utilizadas por debajo de su capacidad.

No puede dejar de impresionar el actual desarrollo industrial de China, que combina en amplia escala la industria grande, pequeña y mediana, sobre todo cuando se examinan los resultados de la industria pequeña y mediana en el marco de las Comunas y de los distritos rurales. Luego, existe un tipo de desarrollo alternativo al capitalista, que exige el máximo de concentración y de centralización de los recursos, imponiendo prácticamente la iniciativa de base a nivel de masas. Ahora bien, al limitar esta iniciativa y no recurrir a las fuerzas productivas que pueden surgir de nuevas relaciones sociales, se repro-

ducen obligatoriamente las condiciones en las que se efectúa el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas. Esto implica una enorme dispersión y derroche de recursos humanos y, probablemente, la imposibilidad de un rápido desarrollo para todos los países que en su origen están debilmente industrializados.

MANIFESTO: Según usted, ¿cuál es el límite más grave impuesto por una industrialización centralizada en países de escaso nivel industrial?

BETTELHEIM: La industrialización centralizada sobre la base de las técnicas más modernas, exige una elevada tasa de inversiones por cada trabajador y por lo tanto permite proporcionar medios de producción modernos solamente a una pequeña minoría. En otras palabras, con este sistema, al comienzo de un proceso de industrialización se pueden concentrar los medios necesarios para equipar industrialmente del 10 al 15% de la población activa, que recibe instrumentos ultramodernos de producción, mientras que el resto de la población continúa produciendo con instrumentos ineficaces, en lo esencial en el sector agrícola. Claro está que la productividad de ese 10 o 15% industrialmente bien equipado es, por lo menos teóricamente, una productividad elevada; no obstante ésta se compensa ampliamente por el bajo nivel de productividad al que está condenado el resto de la población, sometida a la imposibilidad de encontrar formas descentralizadas de desarrollo y participación en la producción industrial. Resulta fácil comprender que si en lugar de tener al 10% de la población activa perfectamente equipada se tiene al 100% de la población activa medianamente equipada, el resultado global es mejor.

La centralización de medios de producción perfeccionados, en manos de una pequeña minoría de trabajadores, reproduce el modo de desarrollo capitalista, que no está interesado en el máximo desarrollo de las fuerzas productivas sino simplemente en el desarrollo de la empresa o del grupo de empresas en el que se ha concentrado el máximo de las fuerzas productivas.

MANIFESTO: ¿Cuáles son los elementos concretos que in-

dujeron a los compañeros chinos a seguir después de 1957 el modelo de desarrollo que usted delineó? ¿Y antes de 1957, se basaban totalmente en la reproducción del soviético?

BETTELHEIM: Ya antes de 1957, el Partido Comunista chino había seguido sólo parcialmente el modelo soviético de industrialización. En particular, nunca había impuesto un "tributo" a las masas campesinas. Pero es cierto que China fue influenciada fuertemente por el modelo soviético en lo que concierne al papel de la industria pesada y de las técnicas modernas. Los límites de esta forma de industrialización y sus efectos sociales y políticos, fueron comprobados en la práctica e impulsaron también una reflexión teórica acerca de lo que estaba ocurriendo en la sociedad soviética. De esta reflexión global se retrocedió al intento de una concepción profundamente distinta de desarrollo industrial; en efecto, sobre todo a partir de 1957 se vieron aparecer en la esfera económica consignas y directivas de Mao Tse-tung que representan una perspectiva totalmente nueva respecto de aquella que hasta el momento parecía un camino obligado para la industrialización socialista. Y es sobre estas nuevas consignas que se funda el Gran Salto Adelante.

Hablamos antes de su aspecto económico; pero la fase del "gran salto" es también otra cosa. Es la fase de la creación de las Comunas populares. Estas representan un marco político, económico y administrativo de importancia decisiva, porque permitieron a los campesinos disponer de condiciones efectivas de auto-administración. La Comuna no es sólo una unidad económica, es una unidad política y administrativa. Dispone de fuerzas propias, de milicia propia, etc. Es un tipo de organización absolutamente nueva que permite a las masas administrar sus asuntos, en el marco de una dirección de conjunto de la dictadura proletaria, pero sin que haya una ingerencia continua y minuciosa en la actividad de la vida de las Comunas. No es casual que haya sido justamente en el curso de esta experiencia que surgieran por primera vez, en oposición, las dos concepciones sobre la vía socialista y la capitalista de desarrollo. Esta última era representada por la opción de Liu Shao-chi, por un

desarrollo industrial esencialmente urbano, centralizado, jerárquico. La otra, la vía socialista, desarrollada por primera vez a fondo en el curso de la revolución cultural, es una elección que se basa fundamentalmente en una prioridad distinta, la de permitir a las masas sea cuales fueren sus condiciones de desarrollo originales, dominar progresivamente sus propias condiciones de trabajo y de existencia.

MANIFESTO: ¿Sobre qué estructuras intervino, modificándolas, la revolución cultural? Las Comunas, en cierto sentido, constituían ya una forma dispuesta a recibir la consigna. ¿Pero sobre las unidades productivas de otro tipo, por ejemplo las industrias urbanas?

BETTELHEIM: Personalmente, creo que ya se realizó una primera transformación radical del campo con la creación de las Comunas populares, que demostraron ser una forma de organización social superior, y que permitieron los notables resultados productivos de la agricultura china. Es un hecho reconocido que ésta progresa de año en año. El que las Comunas populares hayan sido instituidas ya en la época del "gran salto" explica por qué en el curso de la revolución cultural proletaria, los cambios de organización fueron menos numerosos en el campo que en las ciudades. No obstante, también en el campo se produjeron cambios importantes: la lucha política se verificó con respecto a quienes se oponían a la industrialización rural sobre la base de criterios "técnicos" equivocados ya sea desde el punto de vista económico como político.

MANIFESTO: ¿Y en la industria?

BETTELHEIM: En la industria, los cambios fueron notables. Ante todo, la revolución cultural permitió que la clase obrera se librara de la dictadura de un cierto número de elementos que mantenían relaciones de autoridad abusiva con los trabajadores: cuadros, dirigentes, especialistas, expertos que daban órdenes sin consultar a la base, limitaban sus iniciativas, imponían reglamentos y formas de remuneración no adecuadas a las exigencias de la construcción socialista, reproduciendo así las

relaciones sociales capitalistas. La revolución cultural ha sido mucho más que un cambio de personas; ella permitió a la clase obrera romper la vieja estructura de las empresas, que en muchos aspectos se parecía a la de la fábrica soviética, sustituyéndola por nuevas estructuras de dirección, formadas en su mayor parte por "comités revolucionarios" que funcionan en cada empresa industrial, y estableciendo relaciones de nuevo tipo entre cuadros, técnicos y clase obrera: sobre todo bajo la forma llamada de la "triple unión". Ya antes de la revolución cultural, en marzo de 1960, la carta del combinado siderúrgico de Anshan,* elaborada por Mao Tse-tung se había convertido en la base de funcionamiento de esta gran empresa industrial, trazando los lineamientos de una gestión socialista de la empresa. Sin embargo, esta gestión era sabotada constantemente por los partidarios de las formas capitalistas de gestión, y había quedado como un caso aislado y aplicado en forma parcial. En el curso de la revolución cultural las nuevas formas de organización de la industria se inspiraron en gran parte en la carta de Anshan.

MANIFESTO: En su investigación sobre la estructura de la empresa, de la que publicamos una parte en el número 1º de *El Manifiesto* de este año, se examinan también las relaciones *entre* empresas. Por lo que usted sabe, ¿cuáles son las modificaciones que implicó la revolución cultural en este aspecto?

BETTELHEIM: Tal como se ha desarrollado hasta ahora, no me parece que la revolución cultural haya modificado directamente la naturaleza de las relaciones entre empresas. No hay que olvidar que ésta no es sino la primera de una serie de transformaciones destinadas a modificar cada vez más profundamente la relación entre los hombres y las relaciones entre las unidades productivas. Estas últimas, por ahora, parecen modificadas solamente en for-

* Los principales criterios de la gestión y de la organización de la empresa fueron enunciados en la *Carta del combinado siderúrgico de Anshan*, elaborada por Mao Tse-tung en 1960. Pero esos materiales fueron hechos públicos sólo muy recientemente. Cf. *Hsinhua*, 30 de setiembre de 1969. [N. del E.]

ma indirecta, pero no por ello menos significativa: son modificadas por el hecho de que los dirigentes de las empresas dan prioridad cada vez más a los intereses del conjunto del proletariado por sobre los intereses específicos de esta a aquella empresa o unidad productiva. Sin embargo, esto aún no permite suprimir, por ejemplo, la necesidad de recurrir al dinero en las relaciones entre unidades productivas; las relaciones monetarias continúan subsistiendo. El verdadero problema es el de saber cuál es el papel que se le atribuye y como se interpretan los resultados del cálculo monetario. ¿Estas relaciones están fetichizadas, determinando que todo lo que aparece como "racional", o lo que presume serlo, desde el punto de vista de la contabilidad específica de cada empresa, es también "racional" desde el punto de vista global del desarrollo socialista? ¿O por el contrario, se considera que cada unidad productiva está sometida a exigencias diversas de las que implican las relaciones monetarias y de mercado por sí solas, aún teniendo que recurrirse necesariamente a ambas? En la etapa actual, estos son problemas aún abiertos. Pero mientras tanto, la revolución cultural ha roto la tendencia a privilegiar el cálculo monetario, la valoración de los costos de producción en dinero a nivel de cada unidad productiva, a sostener que sobre esta base se definen las relaciones entre empresas y unidades productivas, las técnicas a escoger, etc. Este modo de ver las cosas fue explícitamente rechazado, en tanto no corresponde a las exigencias de un desarrollo socialista de las fuerzas productivas.

MANIFESTO: ¿Le parece que ya está en curso en China un esquema de cálculo económico no monetario? ¿Un cálculo o una valoración de la producción no basada en la valoración del capital?

BETTELHEIM: No me parece que se haya formalizado un cálculo así, y tampoco sé si podrá serlo en el futuro. Es otro problema que queda abierto. Lo que puede asegurarse es que el Partido Comunista chino, cuando sostiene la prioridad de lo político sobre lo económico, quiere señalar precisamente la necesidad de no limitarse a los datos que pueden ser suministrados solamente por el

cálculo monetario. La prioridad de la política sobre la economía significa tener en cuenta el conjunto de exigencias sociales y negarse a separar el nivel económico del político e ideológico. Pienso que sobre la base de una experimentación, parcial al principio, de prácticas distintas y tentativas diversificadas, se podrá reducir progresivamente el papel de las categorías monetarias.

MANIFESTO: En resumen, ¿usted considera la revolución cultural como extensión de los principios del Gran Salto Adelante?

BETTELHEIM: Exactamente. El Gran Salto Adelante, las Comunas populares, la *Carta del combinado siderúrgico de Anshan*, constituyeron momentos esenciales en el desarrollo de las relaciones socialistas. La revolución cultural proletaria constituyó una segunda fase, que por otra parte ha ido mucho más allá, ya que puso el acento sobre la necesidad de que las masas se rebelen contra todo aquello que represente un elemento de reacción. Al hacerlo así, la revolución cultural determinó efectivamente una rebelión contra las estructuras y los aparatos, destruyéndolos y sustituyéndolos por otros más adecuados a la nueva etapa de edificación socialista. Como se sabe, esta rebelión, tal como se fue desarrollando bajo la dictadura del proletariado y tal como fue dirigida y acompañada por el debate en el Partido Comunista chino, encontró, en algunos momentos, la oposición de un cierto número de elementos en el interior del Partido. Estos defendían de hecho una concepción revisionista, y si hubieran triunfado, tarde o temprano, mediante peripecias más o menos largas, su línea hubiera conducido a China al camino capitalista. Esta línea fue derrotada en el curso de la revolución cultural, que por consiguiente abrió el camino a transformaciones socialistas radicales, destinadas a manifestarse cada vez más ampliamente en todos los niveles sociales.

MANIFESTO: ¿No cree que una diferencia entre la revolución cultural y el Gran Salto Adelante consiste en el hecho que la primera constituyó una opción real surgida desde abajo, de la base, mientras que el "gran salto" era aún —tal vez porque el terreno no estaba lo

suficientemente preparado, y los hábitos sociales no suficientemente transformados— una opción sugerida y decidida desde arriba?

BETTELHEIM: Personalmente, no estaría de acuerdo con esta interpretación. Sobre la base de la discusión que pude sostener en China en 1967, pienso que cuando comenzó la revolución cultural, es decir en el momento en que los estudiantes revolucionarios tomaron la iniciativa de una crítica abierta y pública a aquellos que apoyaban el camino capitalista, las masas aún no habían tomado plena conciencia de la necesidad de rebelarse. Esta conciencia se desarrolló rápidamente en el curso del verano y del otoño de 1966. Por el contrario, las Comunas populares se radicalizaron inmediatamente. Apenas se popularizó en agosto de 1958, la primera experiencia de Comunas populares, el ejemplo fue seguido en forma masiva: se trataba entonces de una transformación que correspondía inmediatamente a aspiraciones presentes en la conciencia de las masas. La voluntad de rebelión, en cambio, sólo estaba latente en los comienzos de la revolución cultural, y se necesitaron largas explicaciones y discusiones para que se expresara abiertamente y en gran proporción. Si el Gran Salto Adelante no tuvo en seguida todos los resultados materiales que podían esperarse, esto se debe, en mi criterio, a una serie de circunstancias desfavorables: al sabotaje por parte de quienes no estaban de acuerdo con esta modificación de línea, a las calamidades naturales de los años siguientes, a la brutal ruptura de las relaciones comerciales y al retiro de los técnicos por parte de la Unión Soviética en 1960. Pero no en realidad a una reticencia y menos aún a una resistencia por parte de los campesinos. Aclarado esto, es cierto que por detrás de la revolución cultural había una preparación muy larga, sobre todo a través de las campañas de educación socialista y la maduración política del ejército popular de liberación. También es cierto que la experiencia del "gran salto", de las Comunas, de las formas de autoeducación y de autoadministración a las que éstas habían dado lugar, facilitaron el desarrollo posterior de la revolución cultural. Por ejemplo, hay un aspecto de las Comunas que merece una aten-

ción particular. Se refiere a la remuneración del trabajo. En la mayor parte de las brigadas de trabajo, el que lleva las cuentas de cada brigada para calcular las remuneraciones es elegido directamente por aquellos con quienes trabaja y participa personalmente del trabajo manual. Es una forma de organización radicalmente distinta a la de los coljoses soviéticos, donde un miembro de la brigada nombrado por el presidente del coljós funciona como inspector y decide las remuneraciones, prácticamente sin posibilidad de apelación por parte de los trabajadores que pretendieran protestar. Igualmente, en el marco de las Comunas populares se pusieron en práctica, por lo menos a nivel de algunos colectivos de trabajo, técnicas de autovaloración; en este caso, son los campesinos que trabajan juntos los que deciden cómo debe ser remunerado cada uno de ellos, teniendo en cuenta su participación en el trabajo y la exigencia de normas suficientemente igualitarias. De este modo, la experiencia adquirida en el sector de la remuneración del trabajo agrícola, hoy está disponible para la reforma de los métodos de remuneración industrial. Es claro que no se trata de copiar mecánicamente lo que se hizo en la agricultura, y que por otra parte es sumamente variado.

MANIFESTO: ¿Cómo se reflejó hasta ahora esta experiencia en el trabajo industrial?

BETTELHEIM: Aún disponemos de poca información en lo que se refiere a la remuneración del trabajo industrial. Sólo sabemos que se verificaron ya algunos cambios importantes. Se restringieron las diferenciaciones salariales y se suprimió la mayor parte de los premios de producción. La organización general del trabajo se transformó eliminando reglas y relaciones de autoridad, generalizando la participación de los cuadros en el trabajo manual y de los trabajadores en la gestión de las empresas. Debe destacarse que estas medidas *nunca* son decididas desde arriba; en cada caso, se trata de modificaciones decididas en el lugar de trabajo por los mismos trabajadores. Esto explica también la gran variedad de soluciones, de empresa a empresa.

París, marzo-abril 1970.

Marco Macció
Partido, técnicos y clase obrera en
la revolución china

1. CONSTRUCCIÓN DEL SOCIALISMO Y DIVISIÓN BURGUESA DEL TRABAJO

En la etapa de transición del capitalismo al comunismo, el triunfo del proletariado o, por el contrario, el resurgimiento de una burguesía depende de la dominación, por parte de una u otra de esas clases, de la organización técnica de la producción y del desarrollo científico-técnico. En primer lugar, la burguesía se asegura, debido a la división burguesa del trabajo, la propiedad de la técnica, del trabajo intelectual, e impide que la clase obrera y las grandes masas se apoderen de ellos. Esta apropiación se realiza limitando el número de las escuelas técnicas y de las universidades, pero sobre todo reduciendo el trabajo obrero a un simple trabajo material de ejecución, impidiendo la colaboración entre trabajo manual e intelectual, negando a los obreros la posibilidad de sacar provecho de la experiencia práctica adquirida en la producción para poder apropiarse de la técnica y de la ciencia y asegurar la plena expansión de las fuerzas productivas. Por lo tanto, la revolución proletaria debe, por una parte, superar las trabas impuestas por la burguesía a la educación científico-técnica de las masas trabajadoras (todas las revoluciones socialistas imprimieron inmediatamente una gran expansión al sector de la educación); pero además debe superar la división burguesa del trabajo que reprime las energías creadoras de la clase obrera e impide que todo el pueblo, apropiándose de la ciencia y de la técnica, participe en el desarrollo de las fuerzas productivas.

La burguesía impone su división del trabajo porque esa división es una de las dos fuentes fundamentales de sus privilegios (la otra es la propiedad privada de los medios de producción): la minoría que posee la competencia técnica

ca puede exigir ciertos privilegios sin los cuales se negará a trabajar con eficacia. Y las consecuencias de esta actitud repercutirán sobre toda la producción de la riqueza social. Aún si es privada la propiedad de los medios de producción, la burguesía puede mantener sus privilegios manteniendo su división del trabajo, es decir dominando la técnica. Por lo tanto, la división burguesa del trabajo y los privilegios están vinculados entre sí. Solamente si la técnica ha pasado a manos de todo el pueblo es posible realizar la igualdad y poner la producción al servicio de las masas.

En consecuencia, luego de haber tomado el poder, la clase obrera no puede limitarse a expropiar a la burguesía, a suprimir, por medio de la planificación socialista, la anarquía de la producción burguesa, sino que debe instaurar relaciones proletarias de producción, apoderarse de la organización técnica de la producción y del desarrollo científico-técnico.

Luego de la toma del poder, el proletariado no puede suprimir, por un simple acto de voluntad, la división burguesa del trabajo. Esta división dio *realmente* una capacidad de trabajo técnico a la burguesía y solamente una capacidad de trabajo manual de ejecución a los obreros. Sin embargo, con una gran clase obrera y una gran masa de obreros calificados sería posible iniciar inmediatamente el largo proceso tendiente a instaurar relaciones proletarias de producción, lo que evidentemente provocaría de inmediato un conflicto de clase agudo con los técnicos burgueses. Pero si, como ocurre en la Unión Soviética y en China, la clase obrera es muy minoritaria y los obreros calificados son poco numerosos, es preciso diferir el proceso de transformación de las relaciones de producción; la dirección comunista debe entonces servirse de los técnicos burgueses para desarrollar la economía socialista. Por consiguiente, es comprensible que las sociedades socialistas hayan mantenido en un comienzo un elemento fundamental de la sociedad capitalista: la división burguesa del trabajo. Sin embargo, hay un hecho que debe ser explicado: ¿por qué, en todos los países socialistas, a excepción de China, una vez alcanzado un estadio avanzado de industrialización, el programa comunista clásico no fue retomado en vistas a la superación de la división burguesa

del trabajo? ¿Por qué esta división en algunos casos hasta se consolidó?

El programa fundamental de la construcción del socialismo radica en desarrollar la economía socialista sirviéndose de los técnicos burgueses pero acrecentando progresivamente el poder de la clase obrera sobre la organización técnica de la producción. Se trata de un programa difícil y complejo pero que debe ser realizado con conciencia y firmeza. El proletariado debe saber encontrar los momentos favorables para hacer progresar su política de transformación de las relaciones de producción; también debe, en los momentos de retracción, estar en condiciones de limitar las dilapidaciones para salvaguardar el objetivo final.

La vanguardia organizada del proletariado, el partido comunista, debe prestar la mayor atención, durante el período de construcción del socialismo:

1) a las relaciones que establece con los técnicos burgueses así como con los nuevos técnicos formados en las escuelas socialistas. En efecto, la actividad de éstos con respecto a su trabajo y a la clase obrera retardará o acelerará la puesta en funcionamiento del proceso de superación de la división burguesa del trabajo;

2) a las relaciones que establece con la clase obrera. En efecto, su total adhesión a la nueva sociedad socialista es esencial para el arranque del proceso de transformación, en el seno proletario, de las relaciones de producción.

2. TRANSFORMACIÓN SOCIALISTA DE LA ECONOMÍA Y DIVISIÓN BURGUESA DEL TRABAJO

Luego de haber tomado el poder, el proletariado se halla en presencia de una economía que todavía es capitalista y que debe ser socializada sorteando la posibilidad de crisis. En China, luego de la liberación (1949), se desarrollaron dos líneas en el Partido Comunista. La línea de derecha de Liu Shao-chi quería conceder amplias garantías de desarrollo al capitalismo con tal que la burguesía se interesara en el desarrollo de la producción. Pero la línea que prevaleció fue la de izquierda.

El Partido socializó las grandes empresas capitalistas (carbón, acero, ferrocarriles) y colocó en los puestos

de dirección más importantes a *un personal comunista de confianza capaz de dirigir directamente las empresas*. Se trataba de cuadros formados en el seno de las bases revolucionarias; sin ellos, el Partido tendría que haber recurrido a delegados del ejército popular que solo habrían ejercido *un control indirecto*; habría, por lo tanto, tropezado con dificultades muy grandes en la administración de las grandes empresas socializadas.

A ese control ejercido por cuadros comunistas de confianza se agregó una política tendiente a atribuir al personal administrativo y técnico burgués de rango superior una *posición económica que lo habitúe sin traumas a una disminución de sus privilegios* y de sus antiguos poderes.

El Partido no disponía, sin embargo, de una reserva ilimitada de cuadros comunistas capaces de reemplazar directamente a los dirigentes burgueses, organizadores y expertos, sobre todo en las empresas medias y pequeñas. Ahora bien, ese sector productivo era importante porque aprovisionaba a las ciudades y sobre todo a los campesinos, con los cuales el Partido tenía que mantener una sólida alianza. El Partido prefirió entonces confiar la gestión de las industrias pequeñas y medias, por un período de transición, a los capitalistas. Pero había que quitar a la burguesía nacional toda ilusión referida al reforzamiento del capitalismo en el futuro. El partido concentró por lo tanto todos sus esfuerzos en la socialización del comercio. Se trataba, por una parte, de destruir los vínculos económicos de los capitalistas con los campesinos, estableciendo en el campo cooperativas campesinas de consumo y, en las ciudades, comercios del Estado; además, había que destruir las relaciones mercantiles de las empresas capitalistas entre sí, creando almacenes que tenían la tarea de distribuir las materias primas o los semi-productos antes de ser transformados según indicaciones precisas.

El Partido había previsto que la burguesía reaccionaría ante las medidas de socialización del comercio y *actúa de modo que la ganancia capitalista no sea demasiado baja*. No obstante, una parte de la burguesía se desintegró por la productividad, es decir por el costo de

los productos; contaba con que el Estado continuaría pagándole una cuota fija además del precio de costo.

En general, la economía china se desarrolló bastante bien durante este período, a pesar del aumento del derroche, de los fraudes y de la corrupción, debidos al hecho de que los cuadros burgueses no podían ser privados totalmente de su poder de decisión y no estaban suficientemente controlados. El Partido recurrió a una segunda medida de control: el control ejercido desde abajo, por los trabajadores que *señalaban las numerosas carencias provenientes de la falta de interés y de la corrupción de los cuadros burgueses*; de ese modo se ejercía una fuerte presión sobre el comportamiento de éstos últimos.

3. PRIVILEGIOS Y CONTROLES

Luego de la toma del poder, el proletariado se encuentra en presencia de una profunda contradicción: *en el momento en que golpea al poder económico de la burguesía limitando sus privilegios, el proletariado debe obtener de la propia burguesía su colaboración para organizar la producción, la administración y el desarrollo de la técnica*. Pero si se priva de sus privilegios a los dirigentes capitalistas, transformados en cuadros asalariados, y a los otros cuadros superiores burgueses, la eficacia de su trabajo disminuye hasta el punto de perjudicar a la economía del país. *Además, aún si se mantienen los privilegios, en recompensa por un trabajo eficaz, es preciso que el proletariado esté en condiciones de controlar esta eficacia para evitar que continúen los derroches y la corrupción*. El proletariado debe, por lo tanto, poseer cuadros comunistas de confianza en número suficiente como para sustraer a los cuadros burgueses una parte de las decisiones fundamentales, para controlar el grado de eficacia de los técnicos burgueses y denunciar la corrupción. Pero ese control no basta; su éxito depende también del control ejercido por la base, por los obreros.

4. ¿FORMACIÓN DE TÉCNICOS SOCIALISTAS O BURGUESES?

Durante un primer período, las relaciones de producción están caracterizadas por el mantenimiento de la división burguesa del trabajo, por los privilegios concedidos a los

técnicos burgueses y por un control de su eficacia en el trabajo, ejercido por el Partido y por las masas. Al comienzo del segundo período, el de la industrialización planificada, se presenta una ocasión favorable para la política proletaria: *la formación de los técnicos con conciencia socialista*. La expansión industrial trae aparejada una gran escasez de técnicos que es preciso cubrir lo más rápidamente posible formando en las escuelas socialistas a millares y millares de técnicos.

En China, luego de la liberación, los principios de base de las escuelas de nuevo tipo (15 % del total) fueron introducidos en las escuelas de tipo tradicional, dirigidas por educadores burgueses. Esos principios se referían a la "necesidad para el pueblo trabajador de apropiarse de la ciencia, de la técnica y de la cultura", a la necesidad de "formar intelectuales de un nuevo tipo que pertenezcan a la clase obrera".

Los estudiantes eran así seleccionados entre los hijos de los obreros y de los campesinos que tenían una conciencia revolucionaria porque habían participado en los tres grandes movimientos de masas: contra la corrupción, contra el derroche y por la reforma agraria. Los estudiantes demostraban su conciencia de clase ayudándose mutuamente en sus estudios, no mostrando sometimiento frente al poder abstracto de los educadores, considerando el trabajo de los obreros y de los campesinos ("si los estudiantes siguen cursos en las fábricas, trabajan con obreros en lugar de conformarse con observar y tomar notas"). La dirección de las escuelas seguía sin embargo en manos de los intelectuales burgueses. Los estudiantes se rebelaban entonces contra los educadores incapaces ("no saben responder a los problemas prácticos"), contra el carácter engañoso de los temas de examen, contra la dominación de los educadores responsables de los cursos.

A partir de 1953, fecha del Primer Plan Quinquenal, la tendencia de derecha del PCC progresa en el campo de la enseñanza. Las exigencias de una rápida industrialización, que requiere la urgente formación de numerosos técnicos, favorecieron a la derecha del PCC que proponía una transformación radical de la enseñanza. Esta transformación debía ir en el sentido del sistema soviético de los años 30: la enseñanza politécnica había sido aban-

donada, se había vuelto a otorgar importancia a la competencia entre los estudiantes, a las notas y a los exámenes. Se había devuelto a los educadores su poder sobre los estudiantes y, finalmente, la idea de que la fábrica remplaza en parte a ciertas funciones de la escuela había sido abandonada.

Esta línea política terminó prevaleciendo: a partir de 1953-1954, se organiza progresivamente un nuevo sistema escolar, cuyas características pueden ser resumidas del siguiente modo:

a) admisión en las escuelas superiores sobre la base de una selección severa para evitar un "derroche inadmisibles", evitar la existencia de "estudiantes retrasados", con niveles de instrucción dispares y por lo tanto difíciles de instruir. La aparente imparcialidad del examen de ingreso significa por lo tanto objetivamente que las escuelas superiores están cerradas a los hijos de obreros y de campesinos, mientras que son favorecidos los estudiantes que frecuentan las escuelas medias urbanas, es decir sobre todo los hijos de los burgueses;

b) el principio de la selección determina la definición del programa de estudios que comprende un número demasiado elevado de materias con frecuencia demasiado abstractas, lo que las hace particularmente difíciles de asimilar;

c) de ese modo el estudiante es llevado a concentrarse excesivamente en sus estudios, dedicándose en forma excesiva a obtener "buenas notas" y a rendir bien sus exámenes. Se conforma con lecciones aprendidas de memoria, se vuelca sobre sus libros, se aleja de la política; aspira a la carrera, al prestigio (ser mejor que los otros) y, al fin de cuentas, a las ventajas económicas. Las personalidades formadas de ese modo son individualistas, egoístas, altivos. Los estudiantes consideran a su trabajo intelectual como una recompensa de su superioridad y desprecian el trabajo manual del obrero y del campesino.

Esos métodos de enseñanza entrañan graves consecuencias: en lugar de ayudar a la formación de técnicos surgidos de la clase obrera, formados en contacto con los obreros, de manera de fomentar actitudes favorables con respecto al trabajo manual, la ausencia de privilegios, la

colaboración con los obreros, la línea de derecha organiza un sistema de selección que favorece a la burguesía y un sistema de formación ideológica que re-transmite a esos estudiantes los valores de la burguesía.

La línea de derecha en la enseñanza, en lugar de aislar los viejos cuadros burgueses en una marea ascendente de jóvenes técnicos surgidos de la clase obrera, provoca el ascenso de una marea de técnicos burgueses, profundizando de tal suerte la contradicción entre proletariado y burguesía.

5. ECONOMÍA PLANIFICADA Y DIVISIÓN BURGUESA DEL TRABAJO

Si paralelamente a la industrialización planificada no hay formación de técnicos calificados que adhieren al socialismo y si los obreros no se apoderan progresivamente de la técnica y de la gestión, inmediatamente surge una profunda contradicción en el corazón mismo de la economía socialista. En efecto, la planificación que no puede funcionar eficazmente en el marco de la división burguesa del trabajo deja a una minoría de especialistas la propiedad de la técnica.

En un sistema de economía planificada, las relaciones de intercambio entre las empresas no dependen del mercado sino de un centro de planificación. Esto significa que la dirección de las empresas no debe preocuparse por las compras, las ventas, los precios de venta y los salarios. Los planificadores son los que proporcionan las sumas necesarias para los salarios y para las eventuales inversiones, los que deciden cuáles serán los proveedores y los clientes de las empresas. Los dirigentes de empresa sólo deben preocuparse de una sola cosa: producir una cantidad determinada de mercancías, fijada por el centro de planificación, y en el tiempo indicado. Si todas las empresas ejecutan correctamente el plan previsto, la economía en su conjunto progresará sin dificultades: todas las empresas serán aprovisionadas a tiempo y proporcionarán las empresas clientes. El indicador del éxito, en una empresa socialista, no es la ganancia sino el índice cuantitativo de producción de acuerdo con el centro de planificación. La obtención de este índice es la base sobre la

que se evalúa la capacidad de las direcciones de empresas.

Sin embargo, para que el proceso económico se desenvuelva sin dificultades, no basta con que cada empresa realice el plan; es preciso también *que la calidad, la resistencia a la usura y el aprovisionamiento de los productos sean asegurados.* Esos importantes factores del desarrollo económico no se prestan, sin embargo, a un control proveniente del centro de planificación o de organismos en los que se delega el control local; en efecto, no es posible establecer índices para la calidad y el aprovisionamiento de los productos.

Sólo las empresas clientes y las empresas comerciales pueden controlar la calidad de los productos así como su resistencia y su aprovisionamiento. En consecuencia, para que la planificación funcione bien, las empresas deben colaborar activamente entre sí y las empresas clientes deben poder ejercer controles y expresar exigencias a propósito de la producción de las empresas proveedoras. En otros términos, la planificación exige un cierto grado de descentralización y de autonomía local.

Sin embargo, esta colaboración y esta autonomía sólo pueden funcionar si la clase obrera controla colectivamente la organización técnica de la producción y del desarrollo técnico. Si, por el contrario, la gestión y la técnica siguen en manos de una minoría de especialistas, éstos, en tanto que grupo privilegiado, tienden a desinteresarse por la calidad de la producción de su empresa y también de la de las empresas proveedoras. En efecto, esos aspectos no pueden ser controlados legítimamente ni por el centro de planificación ni por los órganos locales de control. Los técnicos sólo se preocupan del aspecto cuantitativo de la producción, precisamente porque es más fácil de controlar. Utilizan también los aspectos cualitativos de la producción como margen de seguridad: tienen tendencia a disminuir la calidad para alcanzar más fácilmente el índice cuantitativo.

El director tiene interés en evaluar al nivel más bajo posible la capacidad productiva de las instalaciones durante el período de preparación del plan; de ese modo puede obtener del centro de planificación índices cuantitativos más bajos. También tiene interés en mantener lo más bajo posible el índice de superación del plan anual

para no experimentar, al año siguiente, un aumento excesivo del índice de base. Si el índice cuantitativo es expresado en toneladas, por ejemplo, la empresa tiene interés en hacer más pesada la unidad producida para poder producir un número menor de ellas: se utiliza entonces las materias primas en cantidad excesiva. Si este índice es expresado en metros cuadrados, se produce ante todo los modelos más ligeros, lo que perjudica el aprovisionamiento de la producción. El director tiene interés en descuidar la calidad del producto, pues ésto requiere un trabajo más cuidadoso, y por lo tanto más lento, e impide en consecuencia alcanzar los índices cuantitativos. La introducción de innovaciones tecnológicas es juzgada también desventajosa porque constituyen siempre un riesgo y provocan, en todo caso durante algún tiempo, una disminución de la producción.

La planificación centralizada en el marco de la división burguesa del trabajo explica, por lo tanto, el mantenimiento de una calidad mediocre de los productos, sobre todo en la industria mecánica, de un derroche de materias primas, de un bajo nivel de utilización de las instalaciones y de una inadecuación de los productos a las exigencias de aprovisionamiento de los adquirentes, ya sean éstos industrias o consumidores. Aún el progreso tecnológico puede sufrir importantes disminuciones.

Todo esto no impidió, tanto en la URSS como en China, un vigoroso desarrollo de la industrialización. Sin embargo, es preciso recordar que el principio según el cual había que asignar la prioridad económica absoluta a la industria pesada permitía hacer recaer todos los defectos de la producción sobre los otros sectores: agricultura e industria liviana. En consecuencia, es difícil calcular el grado de ineficacia, los derroches y los retrasos sufridos en la industrialización por las razones indicadas. En todo caso, es cierto que cuanto más grave es el fenómeno, en mayor medida la planificación tiende a centralizarse y a desarrollar un aparato burocrático de control. La eficacia de este aparato burocrático, en todos los casos bastante débil, depende de la posibilidad económica de atribuir privilegios a los técnicos pero también de la competencia de los cuadros comunistas, de su número y

del grado de control que las masas estén en condiciones de ejercer.

Cuando los cuadros comunistas están aislados en medio de una masa incontrolable de dirigentes, de técnicos y de administradores burgueses, y cuando el control por parte de las masas es insuficiente, *el burocratismo se desarrolla inevitablemente*. Se crea un tipo de control político que expande el aparato administrativo no productivo y que es incapaz de estimular la producción y de suprimir la corrupción. Se dice generalmente que el burocratismo agudiza la enfermedad que pretende curar porque entorpece el trabajo de organización y de administración; se olvida, sin embargo, de destacar que la enfermedad a curar no es estacionaria sino que empeora espontáneamente. En ciertas situaciones, el burocratismo sólo es un mal menor y surge de una necesidad que sería idealista negar.

La centralización y el burocratismo desempeñaron por cierto un papel más importante durante el período de industrialización soviético que durante el período correspondiente en China. En todo caso, las insuficiencias que hemos indicado sólo comprometieron gravemente el desarrollo económico cuando la construcción del socialismo pasó del estadio del desarrollo económico *extensivo* —basado en el aumento del número de fábricas y de máquinas— al desarrollo *intensivo*, basado en el renovamiento tecnológico del equipamiento y en mejoras cualitativas de la producción. Si la técnica permanece en manos de un puñado de técnicos cuyo trabajo no puede ser suficientemente controlado, el desarrollo intensivo será frenado.

Es lo que ocurrió en la URSS y en China, alrededor de la década del 60, y por razones diferentes. Esta situación acentuó en China la urgencia de un cambio en las relaciones de producción en el sentido proletario, pero hizo aparecer también una línea política radicalmente opuesta. En efecto, si la propiedad de la técnica por una minoría se consolida durante el período de la construcción del socialismo, el proyecto de abandonar el sistema de planificación en favor de un sistema que confiere un mayor poder a los cuadros, se refuerza paralelamente. Más adelante veremos que esta es una solución burguesa y que defiende intereses materiales; la lucha entre esta

línea y la línea proletaria adquirirá toda la dureza de la lucha de clases.

6. INDUSTRIALIZACIÓN ACELERADA Y CLASE OBRERA

A fin de poder impulsar a fondo la lucha política para el desarrollo de nuevas relaciones de producción, el Partido debe ser sostenido por la clase obrera dotada de un nivel elevado de conciencia proletaria. En los países socialistas en vía de industrialización es por tanto de la mayor importancia que la clase obrera se desarrolle y se califique, manteniendo no obstante plenamente su adhesión al socialismo. Debe participar en la industrialización mediante la producción, colaborar con el Partido para controlar la eficacia del trabajo de los técnicos y desarrollar un grado de conciencia proletaria suficiente para poder apropiarse de la ciencia y de la técnica.

La adhesión de los obreros al socialismo depende de un acrecentamiento progresivo de su nivel de vida, del control de las condiciones de trabajo y de la acción ideológica de las vanguardias obreras comunistas.

Si en China como en la URSS el proletariado no tenía la capacidad suficiente para apoderarse en forma directa de la producción y de la técnica después de haber tomado el poder, podía no obstante imponer su poder sobre las condiciones de trabajo directas. Así, arrebató a los capitalistas su derecho a imponer las normas de trabajo, rechaza a los jefes escogidos por los patronos e impone a los suyos, suprime las revisiones a la salida del trabajo, las suspensiones, las multas, etc.; finalmente, impone aumentos salariales tendientes a lograr un mayor igualitarismo.

Al mismo tiempo, las vanguardias comunistas comienzan un trabajo de clarificación ideológica entre el resto del proletariado: las fábricas son propiedad del pueblo y deben producir para satisfacer las necesidades sociales; lo que es producido por el obrero y no es distribuido directamente debe servir para la ampliación de la producción, el mejoramiento futuro de las condiciones de vida, etc.

El Partido y las vanguardias comunistas lanzarán campañas de emulación entre las fábricas y los talleres,

y para la selección de obreros de vanguardia en la producción. Las vanguardias obreras comunistas estarán directamente comprometidas en esta emulación de tipo socialista: ellas deben dar un ejemplo para impulsar a las otras capas de la clase obrera hacia sus posiciones. Se trata de un trabajo difícil que requiere un gran espíritu de sacrificio pues los estímulos materiales significan primas muy pequeñas tanto para los trabajadores como para los grupos de vanguardia.

La industrialización acelerada no es compatible con el ascenso del nivel de vida. Ella exige, en efecto, que los trabajadores consagren sus energías a la construcción acelerada de las industrias de base y no a la producción de bienes de consumo.

Pero si toda la clase obrera estuviera ocupada en la industria pesada el nivel de vida en las ciudades descendería demasiado rápidamente; la producción de bienes de consumo y la construcción de viviendas permanecería estacionaria frente a un aumento del número de trabajadores; el consumo individual descendería. Las planificaciones ensayarán por tanto dirigir una parte de la nueva clase obrera hacia la producción de bienes de consumo, para asegurar a las ciudades un nivel de vida más o menos estable.

Si el proceso de industrialización no sufre una crisis grave, la mayoría de la clase obrera continúa adhiriendo al trabajo de construcción del socialismo. Sin embargo, esas crisis se producen fácilmente, sobre todo en la agricultura, en razón tanto de las variaciones climáticas como del pasaje de la explotación familiar a la cooperativa.

Una crisis en el sector agrícola conduce a una disminución del consumo obrero fundamental y con frecuencia, al racionamiento. A veces se vuelve necesario disminuir el número de obreros ocupados, pero para no frenar la industrialización, se intenta suspender solamente los obreros de la industria liviana... Así, la situación se degrada y hasta las capas más dotadas de conciencia proletaria tienden a volverse pasivas pues su nivel de vida baja de manera incesante. Es cierto que mientras sigan siendo dueñas de las condiciones de trabajo no se oponen al socialismo, pero la indisciplina frente al trabajo, el ausentismo, los retrasos, la caída del rendimiento, etc., se generalizan.

Esto es lo ocurrido en la URSS en la década del 30. La crisis agrícola estalló en el tercer año del plan quinquenal y, a raíz de ello, los salarios reales de los obreros disminuyeron fuertemente. La indisciplina en el trabajo, pero también la fluidez del empleo adquirieron proporciones desastrosas: los obreros pasaban de una fábrica a otra, de una mina a otra, de una ciudad a otra. En la cuenca del Donetz, por ejemplo, 432.000 trabajadores abandonaron las minas en 1932 y 458.000 fueron empleados.

El Partido debió entonces encontrar otros medios para obtener la adhesión de las masas. El ritmo de las inversiones no podía ser disminuído porque el plan de industrialización no puede ser fácilmente modificado sobre la marcha. El Partido tampoco puede dejar a las masas que decidan por sí mismas los sacrificios que aceptarían hacer: la construcción del socialismo dependería así de la voluntad de los trabajadores, que no es necesariamente favorable a la planificación.

El Partido reacciona ante la indisciplina y la caída de la productividad introduciendo el trabajo a destajo, la diferenciación de los salarios, el castigo a los trabajadores ausentistas: la pérdida de las cartas de racionamiento, del derecho a la vivienda, disminución de las pensiones, expulsión de las viviendas, transferencia a puestos menos pagados, despidos.

En China, durante los seis a siete primeros años de la industrialización (1953-1959), no hubo desastre agrícola; mejoró lentamente el nivel de vida obrero así como el rendimiento de su trabajo. El Partido no se vio obligado a introducir el trabajo a destajo y pudo así mantener en las fábricas relaciones de distribución vecinas al principio socialista "a cada cual según su trabajo", con algunas excepciones. Los obreros estaban mejor pagados que los empleados, los obreros especializados estaban pagados casi como los cuadros no vinculados a la producción, pero los cuadros vinculados a la producción estaban mejor pagados que todas las otras categorías.

En segundo lugar, los obreros tenían la posibilidad de elegir su jefe de taller, de organizar el trabajo del taller, de decidir sobre la atribución de las primas de producción, etc. En tercer lugar, el Partido consultaba a la base por medio de asambleas, con el objeto de discu-

tir colectivamente los problemas particulares de la empresa y de presentar las soluciones propuestas por el organismo dirigente.

La clase obrera china conservó, por lo tanto, durante la fase de industrialización una actitud de adhesión al socialismo, de espíritu de sacrificio, de aceptación de un trabajo duro y un nivel de conciencia de clase que la clase obrera rusa no tuvo. En consecuencia, las posibilidades de instaurar relaciones de producción proletarias fueron ampliamente preservadas.

7. HACIA LA UTILIZACIÓN DE TODAS LAS ENERGÍAS MATERIALES E INTELECTUALES DE LAS MASAS

Al comienzo del Segundo Plan Quinquenal chino (1958) la necesidad de un potente salto adelante de la producción agrícola nuevamente se hizo sentir. Muchas instalaciones industriales nuevas debían entrar en funcionamiento (en la metalúrgica sobre todo) y el empleo debía por lo tanto, aumentar sensiblemente.

Por otra parte, si la agricultura aún tenía serias debilidades estructurales (falta de mecanización y dependencia climática) era necesario sin embargo asegurar un abastecimiento agrícola suficiente para el número creciente de obreros industriales so pena de poner en crisis el mismo proceso de industrialización. Por lo tanto, había que ahorrar lo más posible, reduciendo al mínimo el aparato administrativo, luchando contra el derroche y la ineficiencia y, sobre todo, tratando de movilizar todas las energías latentes de las masas (sobre todo las jornadas de trabajo inutilizadas) así como todas las energías intelectuales latentes (control de la producción y dominio del desarrollo técnico por parte de los obreros, desarrollo de la pequeña industria en la campaña).

La respuesta a esta serie de problemas constituye el núcleo de la "línea general para la construcción del socialismo en China" (1958). El principio fundamental de esta línea —conforme al comunismo clásico— es que la clase obrera es el fundamento del desarrollo histórico; el desarrollo económico debe basarse sobre la liberación de sus inmensas fuerzas materiales e intelectuales. La tarea principal del Partido Comunista es la de definir las formas que permiten la liberación de esas energías.

Según la "línea general", desde un punto de vista cuantitativo, había que aprovechar en el campo la enorme masa de campesinos desocupados durante las estaciones muertas para la construcción de diques, depósitos, canales, etc. Ese es el origen de la formación de las Comunas. En las ciudades, a su vez, hay que utilizar el trabajo femenino en pequeñas empresas productoras de bienes de consumo y en el desarrollo de los servicios sociales (guarderías, jardines de infantes, dispensarios, lavanderías, cantinas, etcétera), y de ese modo surgen las Comunas urbanas.

Para favorecer la "liberación intelectual de las masas", se desarrolló en el campo una industria local que fabricaba productos necesarios para la agricultura: abonos, herramientas, bombas, etc. Este programa contrastaba con la tradición de la industria socialista basada en la concentración de la producción en grandes fábricas, concentración que hace que el transporte y la distribución sean lentos y costosos. La industrialización local no podía privar a las industrias urbanas de los equipos, obreros calificados y técnicos que le eran necesarios sino que debía utilizar las fuerzas campesinas: los artesanos, los jóvenes que finalizaron la escuela primaria y demostraron poseer cualidades técnicas, los alumnos de las escuelas secundarias, etc. Se trataba, en suma, de ofrecer a las capacidades intelectuales latentes la ocasión de manifestarse y de ese modo desencadenar una reacción en cadena que arrancaría al campo del subdesarrollo y lo equilibraría con las ciudades.

En la producción industrial, el Gran Salto Adelante sólo puede realizarse corrigiendo los defectos de la gestión de las empresas, de manera de *obtener un desarrollo vigoroso de la producción en "cantidad, calidad, economía y rapidez"*. Pero como los defectos de la gestión dependen esencialmente de la división burguesa del trabajo, es necesario realizar plenamente el programa de modificación radical, aunque progresiva, de las relaciones de producción en las fábricas.

Las primeras experiencias prácticas de transformación de las relaciones de producción pueden leerse en la *Carta del combinado siderúrgico de Anshan* (1960), en la cual el propio Mao establece los cinco principios siguientes: "Colocar siempre a la política en el puesto de mando;

reforzar el papel dirigente del Partido; propiciar vigorosamente los movimientos de masas; instituir el sistema de la participación de los cuadros en el trabajo de producción y de los obreros en la gestión; reformar los reglamentos obsoletos y asegurar una cooperación estrecha entre los cuadros, los obreros y los técnicos; llevar a cabo con energía la revolución técnica."

Estos principios fundamentales proporcionan las líneas directrices que seguirán luego en vigencia (1960-1966), aún cuando su aplicación ulterior origine experiencias que los enriquecerán y los concretarán (como la famosa experiencia de la gestión proletaria del campo petrolífero de Taquing).

8. SISTEMAS DE GESTIÓN PROLETARIA EN LAS FÁBRICAS

Mientras subsista la división burguesa del trabajo, la planificación económica posee dos graves defectos: 1) Predomina el "particularismo de empresa"; la dirección de las empresas se desinteresa de las exigencias del plan económico, lo que da origen a graves carencias en el campo de la técnica y en el rendimiento de la producción; 2) el subjetivismo y la arbitrariedad dominan en la organización del plan de la empresa: en efecto, la elaboración del plan exige toda una serie de conocimientos que los dirigentes solos no pueden tener. Cuando un grupo restringido de personas adopta todas las decisiones relativas a un conjunto de problemas que los trabajadores conocen bien y que podrían ayudar a resolver, las decisiones serán tomadas basándose en datos parciales e inexactos.

Según la línea proletaria, todos esos problemas deben ser resueltos "promoviendo vigorosos movimientos de masas", movilizando a las masas para que expresen sin reticencias su punto de vista, sus opiniones sobre la producción y la gestión de la empresa. La masa de los trabajadores es quien debe elaborar el plan de empresa, y no solamente los técnicos y los dirigentes. El conjunto de los trabajadores debe decidir si las instalaciones son suficientes para realizar la producción exigida; ellos deben determinar las cantidades de materias primas y de energía necesarias para producir las cifras exigidas e indicar los desperdicios que deben suprimirse; y, finalmente, ellos deben fijar

el número de trabajadores necesarios y los ritmos de trabajo.

La división entre trabajo técnico y trabajo manual, que caracterizó las relaciones burguesas de producción, debe ser suprimida. Si se cuenta con la conciencia de clase de los trabajadores, es decir con el sentido de responsabilidad del sujeto que se siente dueño de la producción, se podrá asegurar una producción basada en los conocimientos más completos posible, en la economía de las materias primas, el mantenimiento de las instalaciones, la supresión del derroche y del lujo, la preocupación por la calidad de los productos.

El clima en las fábricas será entonces estimulante; en la gestión predominará el centralismo democrático, es decir la centralización de las ideas justas y no de las de un grupo de personas que dan órdenes.

Para obtener esos resultados, es preciso "reformular los reglamentos en lo que tienen de irracional", para garantizar a los obreros:

1) la posibilidad de hacer valer su derecho democrático con respecto a los dirigentes: derecho de elegir los cuadros de las organizaciones de base; derecho de escuchar y de discutir los informes de trabajo de los cuadros dirigentes; derecho de criticar a los cuadros en cualquier reunión; derecho de participar en el control económico de la empresa; derecho de luchar contra acciones o tendencias contrarias a la política del Partido; derecho de controlar la aplicación que hagan los cuadros de los "tres criterios imperativos".

2) la posibilidad de hacer valer sus "cinco grandes derechos": negativa a hacer funcionar las instalaciones a un ritmo superior al establecido; negativa a hacer funcionar las instalaciones con personal no calificado; negativa a proceder a los trabajos de construcción si las órdenes no son claras, si la fase precedente no fue terminada según los criterios establecidos, si los materiales escasean o son de mala calidad; negativa a trabajar si las medidas de seguridad no son suficientes; negativa a ejecutar una orden de abandono del puesto de trabajo (despidos).

En segundo lugar, según la línea proletaria, la división burguesa del trabajo impide que los problemas técnicos de la producción sean resueltos colectivamente. Es pre-

ciso tener plena confianza en las masas. Dado que los obreros poseen una rica experiencia práctica de los procedimientos técnicos, es posible, basándose en esta experiencia, desarrollar la técnica según criterios de calidad, de economía y de rapidez.

Los reglamentos de la empresa deben ser modificados de manera tal que permitan una incentivación del espíritu de iniciativa y de las capacidades creadoras de los trabajadores. El sistema llamado de los "tres en uno" debe "asegurar una cooperación estrecha entre los cuadros, los obreros y los técnicos" en el seno de equipos especiales, para "llevar a cabo enérgicamente la revolución técnica". Basándose en las masas y en la colaboración entre técnicos y obreros, es posible promover el desarrollo técnico, romper la rutina, aplicar el principio proletario según el cual no hay que temer a los riesgos, los defectos y los errores sino actuar según una actitud científica, desarrollando el conocimiento de las bases teóricas y aprendiendo las mejores técnicas extranjeras.

En tercer lugar, esta revolución de la división del trabajo requiere un cambio radical de los sistemas de enseñanza y un incremento de la función formadora de la fábrica. Es en la fábrica donde los técnicos deben adquirir su formación básica, partiendo de la experiencia práctica del trabajo obrero, habituándose a resolver problemas técnicos cada vez más complejos, recibiendo a la vez formación teórica profundizada por medio de cursos nocturnos. Los obreros que hayan demostrado una mayor capacidad serán enviados a las escuelas técnicas y a las universidades; en estas escuelas superiores, la enseñanza debe estar estrechamente ligada a los problemas de la producción y dirigirse a hombres que tienen la experiencia práctica de las máquinas y han demostrado sus capacidades técnicas.

Ese sistema educativo tiende a aumentar la competencia de los técnicos, suprimiendo los defectos de la educación escolar burguesa, esencialmente teórica y que no prepara a los técnicos para su trabajo.

En cuarto lugar, para impedir que los técnicos, todos de origen obrero, se transformen en sector privilegiado, es preciso que sólo se diferencien de los otros trabajadores por el puesto que ocupan al lado de sus camaradas obreros. Por lo tanto, deben ser tan trabajadores como los otros en

el plano del salario y del trabajo manual, que deben continuar realizando.

Según la línea proletaria, también la transformación revolucionaria de los métodos de dirección es decisiva para la transformación revolucionaria de las relaciones de producción. La dirección debe adoptar los siguientes métodos:

1) utilizar el sistema de la participación de los cuadros dirigentes en el trabajo manual para que conozcan el trabajo de manera más precisa, así como las ideas y las exigencias de las masas (tener un horario fijo, obedecer al jefe de equipo, producir riquezas materiales, resolver problemas técnicos, especializarse en nuevas materias);

2) no considerarse como una categoría especial (nada de construcciones lujosas ni de salones de representación, comer en el comedor colectivo, educar a sus hijos de modo que no se consideren privilegiados);

3) tener un comportamiento modesto y honesto.

Tales son los "tres criterios imperativos" que los dirigentes de empresa, los cuadros del Partido y los técnicos deben aplicar; su aplicación será verificada en el curso de las asambleas generales del conjunto de los obreros de la fábrica. No nos detendremos aquí en los tres métodos de la transformación revolucionaria de la dirección: método de los "dos tercios", de dirección "frente a frente", de trabajo "en primera y segunda línea".

En definitiva, dada la experiencia práctica y los conocimientos técnicos concretos de los obreros, constituye un grave error el atribuir solamente a algunos individuos el poder sobre la producción y la técnica.

La revolución cultural proletaria tenderá precisamente a transformar la energía espiritual latente en las masas en una gran fuerza material. Esta es una tentativa de alcance histórico: ofrecer un campo a la fuerza creadora e intelectual de la clase obrera, conducirla a apoderarse progresivamente de la técnica y de las experiencias científicas, de manera de instaurar la responsabilidad y la preocupación colectivas por la producción, lo que permite centuplicar las energías que sostienen al poder económico.

Colocar a la política en primer plano significa, para los cuadros y los militantes de fábrica del Partido, no limitarse a un trabajo de propaganda, sino crear en las empresas un movimiento de masas que instaure el poder de

los trabajadores sobre la técnica, la organización y la gestión. Ese proceso exige que el Partido realice previamente un gran trabajo político e ideológico: todos los sectores (industria, agricultura y comercio) deben estudiar profundamente las experiencias ejemplares (tipo Ta-king) de un nuevo sistema de gestión.

El Partido tiene así la tarea de iniciar la crítica; pero a las masas le corresponde transformar las relaciones de producción; lo objetivo y lo subjetivo, la práctica y la teoría, la construcción del socialismo y la revolución socialista, la creación de las condiciones materiales y de las condiciones espirituales del comunismo deben ir unidas.

9. EL DESARROLLO ECONÓMICO INTENSIVO Y LA LÍNEA DE DERECHA

A diferencia del Primer Plan Quinquenal, ese gran proyecto no se vio favorecido por las condiciones económicas. La cosecha de 1958 fue extraordinaria: 200 millones de toneladas de cereales. Pero durante los tres años siguientes, la agricultura fue afectada por la falta de agua y las inundaciones. El gobierno debió reemplazar la importación de máquinas por la de productos alimenticios: la administración y los transportes fueron acaparados por la lucha contra la escasez que constituía una seria amenaza: los productos agrícolas debían ser destinados a las regiones necesitadas y en las ciudades hubo que organizar un sistema de racionamiento. Si a ésto se agrega el retiro total de la ayuda soviética (1960), se comprenderá en qué medida la industria fue seriamente afectada. A raíz del descenso de consumo, el movimiento cooperativo campesino sufrió una paralización y, en algunas zonas, un retroceso.

Si el Partido hubiese dado entonces prioridad a la industria pesada, las dificultades económicas se habrían extendido al sector de los bienes de consumo (vestidos, vivienda, etc.) y a la agricultura, donde probablemente habría que haber introducido la colectivización forzada. El Gran Salto Adelante contaba con el desarrollo paralelo de la industria y de la agricultura, pero los acontecimientos colocaron a la agricultura en un primer plano: la industria pesada debía producir de manera prioritaria para

la agricultura y no para el desarrollo de la propia industria pesada. Debido a ello, ésta última se retrasó con respecto a los objetivos del plan. La planificación fue suspendida y se decidió que el programa de construcciones industriales dependiera de las disponibilidades agrícolas anuales.

Esta elección económica fundamental tuvo importantes consecuencias para la política interior china. En efecto, dada la escasez de medios materiales, la producción industrial, en lugar de desarrollarse en forma extensiva (aumento del número de máquinas y de fábricas) debía apelar al desarrollo intensivo (basado en la eficacia, la calidad, la economía de las materias primas y la innovación tecnológica), lo que exigía un cambio radical de las relaciones de producción. La planificación socialista —como ya lo señalamos en el párrafo cinco— sólo puede desarrollarse de manera intensiva si la clase obrera se apodera de la técnica, asume la responsabilidad de los aspectos técnicos y cualitativos de la producción; si, por el contrario, el desarrollo económico intensivo es confiado a un grupo de técnicos, ese desarrollo económico puede ser gravemente obstaculizado.

En consecuencia, si la aplicación de la línea proletaria se tornaba cada vez más difícil en razón de la crisis económica, el pasaje al desarrollo intensivo hacía urgente su realización. En efecto, una línea de derecha había ido cobrando fuerzas entre 1960 y 1962. Denunciaba los principios del Gran Salto Adelante y de las Comunas, atribuía la crisis agrícola e industrial a la mala organización de la economía, formulaba críticas contra la propia planificación, reprochándole que sometiera la dirección de las fábricas a criterios extraeconómicos, incompatibles con los principios de una gestión sana (calidad, plena utilización de las instalaciones, desarrollo tecnológico, etc.). Según la línea de derecha, la solución proletaria era idealista y aventurera; en lugar de dar a las masas responsabilidades de gestión, es preciso que la dirección asuma la plena responsabilidad no sólo de la producción sino también de la existencia de la empresa. La vida de la empresa debe entonces depender nuevamente de su capacidad competitiva. La organización económica central debe ser eximida del aprovisionamiento de cada empresa, de la venta de sus productos, del pago de sus salarios. Cada empresa debe

poder bastarse a sí misma financieramente. Se podrá entonces introducir un índice "más sensible para mediar la buena o mala gestión de la empresa y para juzgar su eficacia: la ganancia". Por lo tanto, "es preciso multiplicar las empresas que disponen libremente de sus ganancias y hacen frente a sus propias pérdidas: una fábrica debe ganar dinero; en su defecto, debe ser cerrada".

Si la existencia de las empresas depende de la ganancia realizada en el mercado, debe subordinarse todo a la ganancia: los dirigentes deben tener más poderes que los comités de Partido y las vanguardias obreras. "Es preciso estudiar la experiencia de la gestión capitalista de las empresas, en particular la de las empresas monopolistas." Hay que instaurar el "régimen del director único" y el principio según el cual "en la edificación económica, hay que contar con los expertos, el director, los ingenieros y los técnicos que dan órdenes", mientras que los obreros sólo son la fuerza de trabajo que debe ejecutar dichas órdenes.

Los reglamentos en las fábricas deben ser más rígidos. Las normas de trabajo tienen que modificarse, introduciendo el trabajo a destajo y también grandes diferencias de salarios: la dirección debe poder utilizar el arma del despido para oponerse a la indisciplina y a la ineficacia de los obreros.

Esto es válido igualmente para los cuadros de la fábrica y para los técnicos, cuya eficacia en el trabajo debe ser controlada por el director y estimulada mediante primas y ventajas materiales. Dado que la autonomía de la empresa en el mercado exige una dirección más competente, es preciso que los dirigentes y los técnicos puedan obtener recompensas, ventajas materiales proporcionales al crecimiento de la ganancia obtenida.

La línea de derecha no logró imponer sus concepciones económicas generales, que quedaron reducidas a un nivel de discusión teórica; sin embargo se obtuvieron algunos resultados prácticos: a) en el campo de la gestión, muchos comités de Partido en las empresas redujeron su labor a un simple trabajo de propaganda y confiaron al director todos los asuntos económicos; los reglamentos de fábrica se tornaron más severos; b) en el campo de la enseñanza, muchos comités escolares y universitarios de Partido vol-

vieron al sistema de enseñanza burguesa vigente antes del Gran Salto Adelante.

10. LOS ORÍGENES DE CLASE DEL REVISIONISMO

A partir de 1960 aproximadamente, se desarrolla en China un conflicto cada vez más notorio entre la línea proletaria y la línea de derecha. Hasta ese entonces, la línea proletaria se había limitado a combatir a la línea de derecha como a una manifestación de la ideología oportunista y burguesa pero sin acusarlas de expresar los intereses materiales del enemigo de clase. Pero a partir de 1962, la línea proletaria denuncia la existencia en China de una ideología revisionista peligrosa, insiste en que nunca hay que olvidar la lucha de clases, que la expropiación de los capitalistas y el desarrollo de la economía socialista no garantizan por sí solas el poder del proletariado, que es preciso reforzar las relaciones proletarias de producción para evitar una consolidación de la burguesía y la restauración del capitalismo.

En efecto, a partir de 1960, frente al advenimiento del revisionismo en la URSS, la línea proletaria había llegado a la conclusión de que éste marcaba la toma del poder por parte de una nueva burguesía y que la revolución china estaba amenazada por la misma degeneración.

Durante la construcción del socialismo, la dirección estalinista no había podido evitar la división burguesa del trabajo al servicio de la economía planificada. Es cierto, que al mismo tiempo que se pasaba de la propiedad privada a la propiedad pública las relaciones entre los hombres debían transformarse en relaciones de igualdad y de cooperación, las únicas diferencias entre cuadros y masas en el Partido debían provenir de la división del trabajo, los cuadros debían comportarse como simples trabajadores y no tener ningún privilegio. Pero la transformación de la propiedad no instaaura por sí sola nuevas relaciones de producción: los viejos sistemas de gestión no pueden ser inmediatamente reemplazados; crean obstáculos que retrasan la instauración de las nuevas relaciones. Ahora bien, creando y reforzando por necesidad objetiva una nueva burguesía, Stalin no había tratado de desarrollar

las relaciones proletarias de producción para reemplazar la división burguesa del trabajo.

Los teóricos de la línea proletaria china escriben al respecto: "¿Las clases y la lucha de clase prosiguen mucho tiempo después de la toma del poder por el proletariado? Lenin responde afirmativamente a esta pregunta. Dice «La abolición de las clases requiere una lucha de clases larga, difícil, obstinada». Destaca que la burguesía derrocada conserva durante largo tiempo su fuerza de resistencia; sigue siendo aún más fuerte que el proletariado. Lenin dice: «El arte de administrar el Estado, el arte militar y económico dan a los explotadores una superioridad muy marcada; su importancia es por lo tanto incomparablemente más grande que su proporción numérica en el seno de la población»..."

"Luego de la realización de la industrialización socialista y de la colectivización de la agricultura en URSS [...] Stalin redacta un informe [...] en el cual establecía correctamente el balance de los grandes éxitos obtenidos [...] pero cometía al mismo tiempo errores teóricos: no supo reconocer que las clases y la lucha de clases persisten en la sociedad durante todo el período histórico de dictadura del proletariado. Escribía: «Todas las clases explotadoras han sido eliminadas. Las líneas de demarcación entre la clase obrera y los campesinos y entre esas clases y los intelectuales están en vías de desaparecer. Esto significa que la distancia entre esos grupos sociales disminuye rápidamente y las contradicciones económicas entre esos grupos sociales están en declinación...» Al nivel de la teoría, Stalin no quiso reconocer que un problema aún no resuelto es precisamente el de saber «quién ganará la revolución»; y ese problema debe resolverse durante todo el período histórico de la dictadura del proletariado. En otras palabras, si no se tiene cuidado, existe la posibilidad de que la burguesía retome el poder."

¿Con referencia a este período histórico, se debe hablar de "dictadura del proletariado"? Sí, porque no es la burguesía la que imponía a la dirección estalinista el mantenimiento de la división burguesa del trabajo sino la dirección estalinista la que mantenía la división burguesa del trabajo para asegurar el desarrollo de la industrializa-

ción socialista, es decir, de las bases económicas del poder del proletariado.

Stalin impidió que la nueva burguesía se apoderara de las principales palancas del Estado y plegara la política interior y exterior de la URSS a sus intereses de clase. Durante más de treinta años, esta clase fue obligada a servir a la política proletaria; no logró apropiarse de la riqueza social, ni utilizar la producción para sus propios intereses, es decir no consiguió imponer un tipo de desarrollo diferente de la industrialización acelerada. La dirección estalinista recurrió en muchas oportunidades a la violencia contra todos los sectores dirigentes del país: técnicos, dirigentes económicos, oficiales, intelectuales, hombres de ciencia y hasta miembros del Partido.

En efecto, al carecer de cuadros de confianza, el Partido había abierto sus filas a todos los técnicos que se decían dispuestos a servirlo. Esos cuadros intermedios, afectados cada tanto por las depuraciones, se habían reforzado sin embargo a medida que aumentaban las tareas de organización y de control; se asistió así en el Partido a la formación de una clase de técnicos objetivamente ligada, por sus privilegios, a la nueva burguesía técnica y administrativa.

Durante los últimos años de su vida, Stalin comprendió ese problema. La industrialización de la URSS estaba en vías de finalizar y se hacía necesario reemplazar el desarrollo extensivo por el desarrollo intensivo, basado en la revolución tecnológica. Se había formado una clase obrera calificada y numerosa. Por lo tanto, las bases objetivas de un cambio radical de las relaciones de producción estaban dadas: ya no existía ninguna razón para mantener relaciones de dominación en lugar de relaciones de cooperación, de igualdad y de ayuda recíproca.

Pero amplios sectores de la nueva burguesía tenían su vanguardia en el seno mismo del Partido, donde una camarilla revisionista antiproletaria logró, después de la muerte de Stalin, confiscar una parte importante del poder, y luego adaptó la política interior y exterior de la URSS a sus propios intereses de clase: en política interior, descentralización de las empresas, restauración del mercado y de la ganancia, diferenciación de los ingresos; en política internacional, coexistencia pacífica con el imperialis-

mo, disminución de la producción militar, lo que permite a la industria satisfacer mejor las necesidades de consumo de los privilegiados.

En efecto, la nueva clase burguesa, que es dueña de la técnica y dirige las empresas, no ve los problemas de desarrollo económico bajo el ángulo de su desaparición como clase sino bajo el ángulo de un reforzamiento de sus funciones y por lo tanto de sus privilegios. En otras palabras: según los técnicos, la eficacia económica depende de la eficacia de su trabajo; para tener esta eficacia, debe otorgárseles un poder superior en la fábrica (entonces podrán obtener de los obreros el máximo rendimiento); proponen que la eficacia de su trabajo sea medida por la ganancia de la empresa y exigen privilegios materiales proporcionales a esa eficacia.

11. REANUDACIÓN ACTIVA DE LA LUCHA DE CLASES

Sobre la base de la interpretación china de la degeneración del socialismo en la URSS, la línea de derecha china debe ser interpretada como una línea revisionista debida a la formación, también en China, de un sector social privilegiado de especialistas burgueses en busca de poder. Según la línea proletaria, es preciso extraer lecciones de la degeneración del poder en la URSS: es necesario abolir la división burguesa del trabajo durante la fase de construcción del socialismo, si se quiere evitar una degeneración del partido comunista y el advenimiento de una nueva burguesía; el proletariado sólo puede mantenerse en el poder si su vanguardia política consolida progresivamente las relaciones proletarias de producción limitando cada vez más las relaciones burguesas. La línea proletaria ya no puede simplemente ser confiada a la fuerza de movilización de los nuevos sistemas de gestión experimentados en ciertos sectores proletarios de vanguardia (como Taqing) y divulgados luego por todos los medios de información. Pues los dirigentes revisionistas del Partido y los cuadros intermedios que sufren su influencia oponen a los cambios su resistencia pasiva y hasta introducen sistemas burgueses más o menos camuflados en la gestión de las fábricas. No se liquidará a la

ideología burguesa y revisionista y a los sistemas milenarios de organización de las relaciones sociales por medio de simples llamamientos a la toma de conciencia proletaria. Es preciso cambiar los métodos de lucha.

El modelo teórico de marxismo elaborado en China, sobre todo por Mao, durante el período que va de los primeros años de la lucha revolucionaria a la revolución cultural, tiene rasgos profundamente originales en particular en lo referente a las relaciones entre teoría y práctica. La permanencia de esta relación entre elaboración teórica y "práctica social" permite, a nuestro entender, interpretar según ese modelo teórico la experiencia china en su conjunto, por lo menos en sus fases más significativas, sin caer en una actitud historicista o apologética.

Los comunistas chinos reivindican una continuidad total con el leninismo; esto no es suficiente, a nuestro entender, para explicar los caracteres originales de la experiencia china. En dos puntos esenciales, la teoría del Partido y la relación con las masas campesinas, el "maoísmo" manifiesta una originalidad incontestable. Esto permite a los camaradas chinos proponer una *teoría de la revolución* después de cuarenta años de lucha armada y de lucha por la construcción del socialismo. De ahí la necesidad de examinar la relación entre leninismo y maoísmo y a un nivel teórico aún más profundo, entre maoísmo y pensamiento marxiano, más allá de las variaciones de la "sinología" burguesa que presenta al maoísmo como un marxismo "oriental", chino (nacionalista-chovinista, asiático-campesino).

La primera enseñanza que puede extraerse de la experiencia china se refiere al concepto de Partido como órgano de la lucha armada del período de la guerra revolucionaria y como elemento motor en la fase siguiente de construcción de la nueva sociedad. Subrayemos tres aspectos

de esta problemática que nos parecen valederos desde un punto de vista general (es decir, no limitados a la situación china o, más generalmente, a la de los países subdesarrollados):

1. La caracterización del sujeto revolucionario.

2. La relación entre Partido y masas, resuelta en la concepción del Partido como *vanguardia de masa*, y finalmente la línea de masas como hilo conductor de la experiencia china que se vuelve a encontrar hoy, en la revolución cultural.

3. La *función institucional* del Partido.

En 1927, en un momento crucial para el PCC, Mao definió algunas orientaciones fundamentales (en *Informe sobre una investigación del movimiento campesino de Hunan*): "Son los propios campesinos quienes instalaron los ídolos y ellos, cuando llegue el momento, los tirarán con sus propias manos; no es necesario que otros lo hagan en su nombre antes de tiempo. La política de la propaganda del Partido Comunista a este respecto debe ser «tensar el arco pero no disparar la flecha, indicando solamente la postura». A los propios campesinos les corresponden tirar los ídolos y derribar los templos de las vírgenes mártires y los pórticos conmemorativos en honor de las viudas castas y fieles; *es erróneo que otros lo hagan por ellos.*" Se puede ya discernir la concepción del Partido y de su relación con las masas que marcará toda la experiencia china.

El aspecto determinante de la teoría maoísta del partido revolucionario que Lin Piao desarrollará en *Viva la victoria de la guerra del pueblo* (y a la que le imprime una dimensión internacionalista), es la distinción entre *sujeto de la revolución* (fuerzas sociales) e *instrumento de la lucha* (el Partido). La posición de Mao es interna al marxismo en su aceptación del modelo occidental del partido proletario de clase. El PCC no es un partido campesino, su presupuesto teórico no es populista, pero el sujeto revolucionario son los campesinos. La organización revolucionaria y de clase está construida aplicando el modelo del partido proletario obrero a una situación histórica diferente; la razón es simple y al mismo tiempo extremadamente compleja: el análisis de clase conducía a situar el potencial revolucionario en las masas campesinas.

En este sentido, la posición de Mao (que atravesó momentos de grandes dificultades y en los cuales Mao se encontró en minoría respecto de este punto en el PCC) ha evitado dos peligros opuestos: el populismo de la revolución campesina y, opuestamente, la subordinación del proceso revolucionario, en la China campesina y "semifeudal", a la organización proletaria urbana, frágil y numéricamente débil. La solución de Mao ha sido, al mismo tiempo, *antidogmática* (en la medida en que ella supo evitar la aplicación mecánica a la situación china de un modelo revolucionario concebido para otras situaciones) y *dialéctica*, en la medida en que la relación entre sujeto revolucionario e instrumento de lucha no es una relación de identidad. La revolución es hecha por los revolucionarios: es el resultado de una definición política (y no mecánicamente sociológica) del desarrollo del proceso revolucionario y de sus componentes subjetivos.

Esta solución encierra sin embargo un peligro: el de convertirse en un elemento de separación entre Partido y masas. Ella se ha inmunizado contra los fenómenos de burocratización concibiendo al Partido como *vanguardia de masa* y recurriendo a una práctica política en la cual la función de vanguardia de las masas revolucionarias hizo posible la formación y el desarrollo de la conciencia de clase y de la teoría revolucionaria como un proceso *interno* al propio Partido.

La diferencia con relación al modelo leninista aparece de manera evidente: en *¿Qué hacer?* la conciencia de clase es aportada a la clase obrera *desde el exterior*. La doctrina marxista es el "resultado del *desarrollo del pensamiento* en los intelectuales socialistas revolucionarios". El partido revolucionario surge de la fusión de dos factores que convergen históricamente: el despertar de la clase obrera y la formación del socialismo científico. Pero sin la teoría "externa" ofrecida por el Partido, la presencia y la acción de clase no pueden escapar del "tradeunionismo", ellas no constituyen una condición suficiente para la organización revolucionaria. La experiencia leninista representa, es verdad, un salto decisivo con relación a la tradición socialdemócrata, y la situación propia de la Rusia zarista da sentido al análisis de Lenin. Sin embargo, es indudable que esta concepción del Partido contiene, desde

el comienzo, una posibilidad de ruptura de las relaciones de comunicación y de legitimidad entre la vanguardia (intelectuales y revolucionarios profesionales) y las masas. No se puede negar que factores históricos muy poderosos condicionaron el desarrollo ulterior del partido bolchevique (carencia de organización de partido entre el campesinado, destrucción de los cuadros revolucionarios durante la guerra civil, etc.). Pero es preciso distinguir en las características del partido revolucionario leninista el germen de la degeneración burocrática de la era estaliniana.

La experiencia china confirma nuevamente la función de vanguardia del Partido, pero el proceso de formación de la vanguardia es diferente. Ante todo porque ésta no es la expresión de un grupo social exterior a las masas revolucionarias y no existe diferencia social fundamental entre la vanguardia y las masas. Luego, porque su relación es asegurada y mantenida mediante el rechazo de la noción de "revolucionario profesional"; el cuadro revolucionario se define *políticamente*, no profesionalmente. Se podría decir que Lenin aceptaba inconscientemente, para el Partido, el principio de la racionalización y de la especialización de las funciones; del mismo modo que, por lo demás, no comprendía con la misma claridad que Mao la relación entre teoría y práctica. Para Lenin, la formación de la teoría revolucionaria es un desarrollo del pensamiento; para Mao, es el resultado de la práctica social que, a su vez, es condicionada por la teoría.

Tal es la significación de la *línea de masas* en el Partido: lucha contra la separación entre trabajo manual e intelectual, empleo constante de los cuadros del Partido en la producción; gran importancia atribuida a la educación política de las masas; relación de reciprocidad entre Partido, ejército, masas; definición claramente *política* de la estrategia militar y de la organización del ejército (es decir, rechazo de su "autonomía", al igual que para las demás funciones técnicas y especializadas). Estas soluciones prácticas testimonian de la conciencia que tienen los comunistas chinos de los peligros, para el porvenir de la revolución, que trae aparejada la separación entre Partido y masas. La "línea de masas" expresa por lo tanto el rechazo de una delegación permanente al Partido; y las campañas de "rectificación" son el instrumento de aplica-

ción de estas opciones políticas. Nosotros comprendemos hoy que comprometerse en la "vía capitalista" no es finalmente otra cosa que aceptar la ideología de la separación, de la autonomía de los dirigentes con relación a las masas.

Los camaradas chinos tuvieron la ocasión de experimentar durante largos años, en la guerra revolucionaria, formas originales de democracia socialista en el campo, en las organizaciones militares guerrilleras; ellos tuvieron la posibilidad, negada a otras experiencias históricas (a la revolución soviética, en particular) de mantener la continuidad entre el proceso de *destrucción* revolucionaria y el proceso de *construcción* socialista, experimentando y verificando el segundo en el primero. No se trata sin embargo sólo de condiciones históricas favorables. Si hoy les es posible recurrir a las masas para luchar contra los peligros de "restauración" del capitalismo, es porque las masas han sido los verdaderos protagonistas de la revolución china.

La fórmula "unidad-crítica-unidad" es la aplicación, en el Partido, de la línea de masas: la relación entre Partido y masas es mantenida y reforzada por la organización permanente de técnicas tendientes a evitar la institucionalización de la separación entre masas y grupo dirigente. La acción de los instrumentos de corrección y de "rectificación" en el seno de las instituciones revolucionarias y de las masas, es el fruto de una notable sensibilidad práctica; pero ella no puede ser explicada sin una definición teórica del carácter *contradictorio* del proceso social.

En lo que concierne al Partido, los camaradas chinos han usado toda una serie de prácticas por completo originales para resolver y superar los conflictos internos. El estalinismo nos ha habituado a la eliminación física de los opositores; en el movimiento obrero occidental, se ha limitado a la eliminación política. Los chinos practican la recuperación política de los opositores vencidos: "curar la enfermedad en vez de matar al enfermo". ¿Respeto del hombre o sabia conservación de todas las fuerzas útiles a la revolución? Las dos cosas son compatibles con una concepción revolucionaria de la práctica social. No se puede recuperar verdaderamente un opositor vencido sin tener conciencia del carácter contradictorio de la sociedad, es decir de la naturaleza y de la función dialéctica del error; mientras que lo propio de una visión *lineal* del desarrollo es

identificar al opositor con un *enemigo*. "La minoría debe ser protegida porque a veces la verdad está con ella" (*Los dieciséis puntos*, punto 6º). ¿Cuánto hace que no escuchamos a marxistas en el poder expresarse así?

La función del Partido se complica en la fase de construcción del socialismo. La complejidad de los problemas propios a una experiencia revolucionaria madura en un país atrasado (muy débil difusión de la cultura y de la instrucción y, como consecuencia, falta de personal técnico especializado y de las instituciones sociales necesarias) realza la función de dirección del Partido. La promoción de la instrucción, de la cultura, de la investigación científica se convierte en la tarea primordial en un país subdesarrollado: el desarrollo económico es por lo tanto la realización de objetivos materiales a la vez que culturales, condicionando estos últimos a los primeros al influenciar sus orientaciones, sus contenidos, sus finalidades. Justamente porque en la fase precedente de la lucha armada el Partido fue el único instrumento de formación de los cuadros y de la selección de los dirigentes, puede hoy suministrar gran parte de los cuadros y todas las instituciones de la sociedad. Esta ligazón tan estrecha entre Partido y sociedad influencia el crecimiento y el desarrollo ulteriores, porque el tipo de relaciones establecidas entre las masas y el Partido tendrán consecuencias sobre el porvenir de las instituciones en las cuales se ha articulado el núcleo dirigente. Es por lo tanto muy probable que un partido en el que la vinculación con las masas es discontinua y poco intensa (un partido de *élite*) sea el elemento principal de burocratización y de organización autoritaria del sistema, en la fase de industrialización, lo que tiene consecuencias prácticamente irreversibles para el período siguiente.

A nuestro entender los comunistas chinos han comprendido este rol del Partido como vanguardia de masa, lo cual no disminuye en modo alguno la función dirigente y formadora durante el período de la lucha armada y de la construcción del socialismo (confiriéndole la función de *anticipación* de la sociedad futura, que se ha ejercido en la primera fase). Y esto ha permitido también considerar las relaciones democráticas, creadas durante la guerra revolucionaria, como relaciones que deben ser mantenidas durante el período de lucha por la edificación del

socialismo (a pesar de los fenómenos de burocratización denunciados por la revolución cultural).

POST-SCRIPTUM

Tratemos de sintetizar. El marxismo se ha desarrollado en diversas direcciones. Pero lo que nos parece decisivo es la confrontación de la elaboración china con el leninismo y el marxismo de la II Internacional (aunque la relación con las posiciones de Trotski aparezca como evidente en toda la experiencia china). Puede parecer caprichoso que nos refiramos a la II Internacional al hablar de China y de los problemas actuales de la revolución mundial. Esto no es válido para nosotros. Si de los aspectos contingentes o inmediatamente políticos nos remontamos a los aspectos teóricos, la estrecha vinculación entre el revisionismo moderno (soviético) y el desarrollo (o la degradación) del marxismo que tuvo lugar a comienzos de siglo, aparece evidente.

La tradición marxista presenta, desde fines del siglo XIX, degeneraciones típicas que repercutirán sobre la historia del movimiento social, porque ellas contienen ya las premisas y los elementos esenciales de toda *teoría y práctica oportunistas*. El reformismo práctico es la consecuencia, al mismo tiempo que la causa, de una profunda degradación del marxismo, debido a su subordinación al positivismo y al neo-kantismo. De ahí resulta una modificación y una degradación del pensamiento marxiano, en un sentido determinista y economista, una epistemología de derivaciones positivista y cientista, una concepción de la ciencia, de la cultura y de la tecnología en la que predomina la continuidad con el materialismo mecánico burgués, mientras que se pierden los motivos centrales de la revolución metodológica y científica marxiana. La teoría de la ciencia pierde la conexión, definida por Marx, entre el desarrollo científico y el análisis de las relaciones de producción; la dialéctica deviene teoría de los fenómenos "naturales" cuyo movimiento es indiferente a la actividad teórica y práctica del hombre.

El leninismo nació en la prolongación de esta involución (como el marxismo hegeliano, él es la respuesta en términos de teoría de la dialéctica histórica). Con relación

al marxismo de la II Internacional, y especialmente en lo que concierne a la teoría del Partido y a la conquista del poder, la reflexión leninista retoma el elemento voluntarista en el interior del marxismo (en sentido antideterminista, contra Kautsky y, en sentido antiespontaneísta, contra Rosa Luxemburg) asienta en una perspectiva revolucionaria el problema, eliminado por la tradición socialdemócrata clásica, de la coincidencia entre el análisis objetivo de los hechos y el nivel subjetivo. En el plano político, esto conduce a la teoría leninista del Partido, a la superación bolchevique de la experiencia socialdemócrata.

Siempre a propósito de la II Internacional, señalemos sumariamente el aspecto siguiente de la experiencia china y de sus efectos a nivel mundial. En la controversia chino-soviética se muestran claramente dos modelos de marxismo: el uno dialéctico y revolucionario; el otro determinista-evolucionista, adialéctico, políticamente gradualista. El marxismo y la sociedad soviéticas reavivan hoy, en la polémica contra China, todo el bagaje teórico de la II Internacional; mientras que hay una relación cada vez más evidente entre las posiciones chinas y el modelo marxista revolucionario.

Citemos este pasaje de Wu Jiang (*"Un partidario de la revolución permanente debe necesariamente ser un materialista dialéctico consecuente"*, en *Jexue Yanjin*, 8, 1958, pp. 23-29): "Los oportunistas de derecha del pasado eran con frecuencia defensores de la teoría del automatismo. Esta es en realidad una teoría de la adaptación (lo cual supone que el sistema capitalista sea aún capaz de adaptarse al progreso social); ella reconoce en apariencia las contradicciones, pero, en realidad, las niega. La facción desviacionista de derecha conservadora actual, o facción reaccionaria, es igualmente partidaria de una teoría de la espontaneidad [...] Los partidarios actuales de la teoría del automatismo se revelan sobre todo como observadores de las cosas y no de los hombres, y los denominaremos: los condicionalistas. Aparentemente, ellos respetan lo que es objetivo, respetan la materia pero, en realidad, permanecen atados a las viejas cosas y no pueden avanzar [...] Pero los hombres no son esclavos de la objetividad. Basta que el conocimiento del hombre esté de acuerdo con el desarrollo de las cosas para que la actividad subjetiva de

las masas populares se despliegue en toda su amplitud, supere todas las dificultades, cree las condiciones necesarias para hacer triunfar la revolución. En este sentido, *lo subjetivo crea lo objetivo* [...] Los defensores de la teoría de la espontaneidad quieren [...] actuar con prudencia pero en realidad son prisioneros del determinismo. Ellos muestran en sus actividades que no ven las *posibilidades del hombre liberado*, que no tienen confianza en la inteligencia y en la capacidad de las masas [...] Si no se reconocen los cambios súbitos, sino únicamente los cambios naturales, no se es materialista dialéctico sino vulgar evolucionista."

Esta larga cita (extraída de un escrito polémico de 1958 dirigido contra las críticas soviéticas al "Gran Salto Adelante") muestra que la ruptura actual entre los soviéticos y los chinos se remonta muy lejos.

PREGUNTA: Muchos comentaristas políticos hablan ahora de la inminencia de un "conflicto directo" entre China Popular y los Estados Unidos. En defensa de sus tesis muestran la reciente declaración de los chinos en lo que se refiere al problema Vietnam. ¿Qué piensa usted de esto?

RESPUESTA: No creo en absoluto que China pueda considerar una guerra contra los Estados Unidos. En otras palabras, desecho la posibilidad de que China alimente "planes agresivos" de ninguna naturaleza. El estallido de un conflicto entre China y los Estados Unidos depende sólo de los Estados Unidos. Pero los chinos cuentan con la posibilidad de un ataque norteamericano; y algunos de los recientes sucesos en China deben verse desde esa perspectiva. Pienso que Mao y Lin Biao están trabajando con la idea de que sería posible, e incluso probable, un ataque norteamericano y que es deber del gobierno chino prepararse para esta emergencia.

Este ha sido un factor muy importante que yace detrás de la reciente crisis política y de la llamada "revo-

* Esta entrevista fue realizada por Ernest Tate en representación del comité de redacción del diario de izquierda italiano, *La Sinistra*. En varias partes Deutscher ha escrito acerca de las continuidades que vinculan el turbulento presente de China con su pasado revolucionario y con la historia de la Internacional Comunista. En español pueden verse "Orígenes y perspectivas del maoísmo", en *Fichas*, nº 5 (marzo de 1965) y en *Aportes-Cuadernos de información política y económica*, nº 2 (marzo de 1969); "Tres corrientes del comunismo" en *Ironías de la historia*, Barcelona, Ediciones Península, 1969 (este libro contiene también el artículo anterior). Cf. también los relevantes pasajes de sus obras dedicadas a la revolución rusa, a Stalin y a Trotski editadas por ERA, México, 1967, 68 y 69 [N. del E.]

lución cultural". La charla acerca de la agresión China hacia los Estados Unidos o hacia el Occidente en su totalidad (como extensión o consecuencia), es pueril; es parte de la propaganda anti-comunista y anti-china. Desgraciadamente, las fuentes soviéticas y titoístas y también las de los partidos comunistas de Europa Occidental, han contribuido a dar esta imagen, y mucho, dando una apariencia de verosimilitud a esta propaganda anti-china.

Algunas de las acusaciones chinas contra los líderes soviéticos y los líderes de los partidos comunistas occidentales, son justificadas en este caso, como lo es el resentimiento chino por el total retiro de la ayuda soviética a China, la relación diplomática entre rusos e indios y otras maniobras soviéticas. Pienso también que lo que dicen los chinos acerca del carácter oportunista de la influencia rusa en el movimiento comunista internacional, está justificado. Digo esto porque en mis próximas respuestas tendré varias críticas que hacer sobre los últimos sucesos en China, y quiero colocar mis críticas en el contexto apropiado.

Para volver a la cuestión de los preparativos de China para la emergencia de un posible ataque norteamericano, parece bastante claro que el gobierno chino, Mao-Tse-tung y sus actuales partidarios, están pensando en términos de luchar solos contra los Estados Unidos. Comprenden, en otras palabras, que la Unión Soviética les fallará en caso de un ataque norteamericano y no cumplirá las obligaciones contraídas en la alianza ruso-china. De acuerdo a esto, los chinos deberán enfrentar la tremenda superioridad tecnológica de los Estados Unidos y, partiendo de este punto, estructurar su doctrina militar. Parecen partir de la premisa de que peleando solos no pueden esperar el triunfo en una guerra regular contra los Estados Unidos, una guerra similar a la que libró la Unión Soviética contra Alemania entre 1941 y 1945, pero que tienen todas las chances de resistir y frustrar cualquier invasión norteamericana por medio de una guerra de guerrillas a escala nacional.

PREGUNTA: ¿Qué pasa con el ataque nuclear?

RESPUESTA: Precisamente a causa de la superioridad nu-

clear norteamericana, los chinos, que no pueden soñar con una represalia nuclear, deben basarlo todo en una guerra irregular descentralizada, que no puede ser desmembrada o paralizada ni siquiera por ataques nucleares.

Yo no intentaría juzgar, por supuesto, las posibilidades militares de una guerra nuclear. Nadie es capaz de decirlo. No sabemos en realidad hasta qué punto una guerra nuclear extendida podría poner fin a toda estrategia, a todo el pensamiento militar al que estamos acostumbrados. Pero es comprensible que los chinos, considerando un ataque norteamericano, estén inclinados a apoyarse en un método de lucha que, si algún método puede resultar efectivo, les daría la oportunidad de equilibrar la superioridad tecnológica norteamericana con su indudable superioridad político-moral.

Es esto, después de todo, lo que ha ocurrido —y en condiciones no demasiados distantes a una guerra nuclear— en Vietnam, donde la superioridad de armamentos norteamericana está siendo neutralizada por la superioridad moral y política del Vietcong y del Frente de Liberación Nacional.

Los chinos imaginan que cualquier conflicto armado entre ellos y Norteamérica se desarrollaría dentro de este modelo, como una especie de guerra vietnamita en escala gigante, una guerra en la cual las desventajas para los Estados Unidos crecerían en escala geométrica, mientras que los chinos, a pesar de tener que desenvolverse bajo el ataque, se beneficiarán por estar luchando con todos los recursos de su poder humano y su moral, por su sentimiento de que están peleando por la buena causa, una causa sagrada, en defensa de su país y su revolución. Todavía confían en su tradición de guerra irregular (de guerrillas): antes de 1949 el ejército de Mao ha luchado casi durante un cuarto de siglo contra las fuerzas superiores de Chiang Kai-shek, de los japoneses y, en última instancia, también de los norteamericanos.

Se libraron de ellos por medio de una organización especial de sus fuerzas armadas y de las áreas que controlaban durante el período denominado "Período de Yenán". La esencia de su método consistía en una relación política muy estrecha entre sus tropas guerrilleras y la población campesina de sus áreas y, además, en una descentraliza-

ción efectiva de sus fuerzas armadas y unidades administrativas, de modo que cada unidad estaba en condiciones de llevar adelante la lucha incluso estando incomunicada con el poder central.

Se las arreglaron también para alcanzar una combinación muy estrecha entre las unidades de combate y de producción. Lo que está ocurriendo ahora en China puede ser descrito como una conversión de la totalidad de China a algo similar al régimen de Yenán. En el período de Yenán el ejército maoísta controlaba un territorio limitado con una población de 90 a 100 millones de personas. Ahora están llevando a un régimen similar a una nación de 700 millones de personas.

Probablemente han estado trabajando en esta transformación desde 1959, cuando se encontraron bajo el ataque político de Jruschov, y especialmente desde 1960, cuando Jruschov retiró sin ninguna consideración toda ayuda soviética. Desde ese momento comenzaron a comprender que no podían contar con la alianza soviética en caso de guerra. Hasta entonces, hasta que rompieron con Moscú, las fuerzas armadas chinas estaban organizadas más o menos de acuerdo al modelo soviético, esto es, como un ejército moderno, que esperaba beneficiarse con las posibilidades tecnológicas de la Unión Soviética y desarrollar su propio armamento moderno en un corto espacio de tiempo. Desde que rompieron con la Unión Soviética, han llevado una política diferente que en cierto sentido se reconcilia con la imposibilidad china para enfrentarse tecnológicamente con el enemigo probable, los Estados Unidos, en un futuro próximo. Incluso el hecho de que los chinos hayan hecho explotar hasta ahora tres armas nucleares enfatiza el tremendo atraso.

Pero esto se completa con el hecho de que los Estados Unidos no pueden combatir el poder moral y político de China.

PREGUNTA: Deutscher, ¿considera usted correcto que los chinos excluyan de su estrategia la eventual ayuda soviética en la lucha contra el imperialismo? En su opinión, ¿es correcto que asuman su aislamiento, para luchar solos y no tengan como parte de su estrategia la inclusión de la

Unión Soviética en una lucha común contra el imperialismo?

RESPUESTA: Reconozco que la posibilidad de que la Unión Soviética le falle a China como aliada está presente, por supuesto, en la mente de todos los chinos, pero me inclino a pensar que esta es una actitud demasiado pesimista, que lleva a los chinos a pensar prematuramente en lo peor.

Me parece que ningún gobierno soviético puede permitirse, en caso de guerra norteamericana contra China, fallarle a China como aliado; y que un gobierno soviético que no cumpliera las obligaciones de su Tratado con China sería con toda probabilidad, abatido rápidamente por sus propios opositores en Moscú. Pero evidentemente los chinos no quieren descansar en esto. La ascensión del mariscal Lin Piao, que ahora se ha transformado en el segundo de Mao Tse-tung, es significativa. Lin Piao ha representado la política que tiende a entrenar, educar y organizar las fuerzas armadas chinas en el modelo de Yenán, como una fuerza irregular a escala nacional más que como un ejército regular organizado sobre el modelo soviético.

Fue parte de esta política y, según se dice, iniciativa de Lin Piao, el hecho de que hace algún tiempo se haya llegado a la abolición de grados en el ejército chino. La abolición de los grados tuvo implicancias tanto políticas como militares; llevó al rechazo de toda estructura jerárquica de las fuerzas armadas, que habían tomado prestada de Rusia, y a una resurrección del tipo de ejército irregular (de guerrillas) que ha peleado y triunfado en la Revolución China.

He dicho que los chinos ya no cuentan con la alianza soviética. En verdad ya no hacen ningún llamamiento serio a la opinión soviética, ningún llamamiento tendiente a un acrecentamiento de las relaciones ruso-chinas que daría nueva vida a la alianza. Con respecto a esto, creo, están equivocados. En la última sesión del Comité Cultural, realizada en Pekín entre el 1º y el 12 de agosto, Mao Tse-tung estableció en forma definitiva que no puede haber ningún frente unido entre China y Rusia, ya sea con respecto a la guerra en Vietnam o a cualquiera acción dirigida contra el imperialismo norteamericano. Denun-

ció a los rusos como "revisonistas ridículos y colaboradores del imperialismo norteamericano". Dijo que los líderes soviéticos tenían la ambición de establecer un condominio mundial soviético-norteamericano, destinado a desbaratar y suprimir la revolución y las luchas antiimperialistas en Asia y Africa. Con gente de esa clase, dijo Mao —y esto está incorporado ahora a las resoluciones oficiales del Comité Central del PC chino— no puede haber frente unido contra el imperialismo norteamericano. Estoy convencido de que este punto de vista chino sobre el rol de la Unión Soviética en el mundo y del carácter de clase de las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, está profundamente errado.

Naturalmente, la burocracia y la diplomacia rusas se han desviado de su camino para alcanzar una relación llamada amistosa con la clase gobernante norteamericana, con los presidentes Einsenhower y Kennedy, e incluso con la administración Johnson.

En su intento de "coexistencia pacífica" con el imperialismo norteamericano los líderes soviéticos han actuado de una manera muy oportunista y se mostraron, una y otra vez, listos a sacrificar los intereses de la revolución y de los pueblos oprimidos del mundo.

No obstante eso, hay ciertos límites para esta política. Hay ciertos límites dentro de los cuales pueden tener un relativo éxito siguiendo esta política, pero más allá de los cuales no pueden ir. Podemos advertirlo ante el hecho indudable de que sea lo que puedan pensar los líderes soviéticos y sean cuales puedan ser sus intenciones, las hostilidades en Vietnam han vuelto a producir una tensión en las relaciones soviético-norteamericanas que parecía estar desvaneciéndose antes de la guerra vietnamita. El antagonismo de clase entre la Unión Soviética y los Estados Unidos está todavía allí, no ha disminuído, aún cuando la guerra fría a veces se haya mitigado de algún modo durante algunos períodos.

La Unión Soviética es todavía la única gran potencia, aparte de China, cuya economía es de propiedad estatal a pesar de los desarrollos reaccionarios que puedan darse dentro de la URSS: ese solo hecho continúa siendo el gran abismo que la separa de los Estados Unidos. Esto también crea la posibilidad objetiva, y la necesidad obje-

tiva, de un frente común entre Rusia y China, ya sea con respecto a Vietnam o a otras cuestiones. La lógica de su actitud negativa hacia un frente común, lleva a los chinos a declarar que el antagonismo de clase entre la Unión Soviética y los Estados Unidos se ha desvanecido, y a hablar de la restauración del capitalismo en la Unión Soviética. Esto es absurdo, para cualquiera que observe friamente a la Unión Soviética y analice su estructura social con un mínimo de realismo.

La Unión Soviética está muy lejos de una restauración del capitalismo, pese al hecho de que su burocracia es privilegiada y de que prevalece la desigualdad social. Pero hasta esta desigualdad fue mucho más fuerte durante la era de Stalin de lo que es ahora; no obstante eso, los chinos no dicen que el estalinismo produjo la restauración del capitalismo —por el contrario, ¡defienden al estalinismo!—. Aquí está su doble y fundamental error.

Déjeme repetir: sostenga que muchas de las acusaciones que hacen contra los rusos, y su crítica del oportunismo ruso al tratar con los poderes occidentales son justificadas; pero, como Lenin solía decir, nada desacredita más una buena causa como quién la sirve con un exceso de celo —nadie estropea más un buen argumento que aquel que lo exagera y enfatiza en demasía. Es suficiente, decía Lenin, exagerar un buen argumento "por el grosor de un cabello", para destruirlo; y los chinos exageran mucho más que eso.

PREGUNTA: Muy probablemente usted ha contestado a esta pregunta otras veces, pero parece natural que surja aquí. ¿Como es posible que los chinos hayan cometido un error tan enorme en su análisis de la Unión Soviética?

RESPUESTA: Debemos tratar de colocarnos en la posición de los chinos. En 1960, cuando de pronto Jruschov retiró toda ayuda a China, todos los especialistas soviéticos fueron llamados de vuelta a Rusia; los planos, los manuales de instrucción de muchos establecimientos industriales, todo fue retirado. Este fue un golpe tremendo para el pueblo y la economía china. Todo su desarrollo industrial se postergó por muchos años; y esto coincidió con una serie de calamidades naturales y malas cosechas.

El efecto fue un shock traumático. Millones de chinos perdieron sus trabajos en las ciudades y debieron regresar a sus aldeas natales donde no había suficiente comida para ellos. Miles de fábricas, en las que los chinos habían invertido una gran parte de sus magros recursos, no pudieron construirse ni completarse. Fueron congeladas inversiones inmensas con resultados desastrosos. Desde entonces, creo, los chinos quedaron sacudidos y reaccionaron a esos golpes de una manera irracional, a causa de un profundo resentimiento y un sentimiento de injusticia.

Los rusos por cierto han cometido contra ellos un crimen peor que una intervención militar; comparada con los golpes que sufrió China, la breve y violenta intervención de los rusos en 1956 contra Hungría fue casi un juego de niños. China se estremece todavía bajo el shock, y Mao Tse-tung y sus actuales partidarios simplemente no están en posición de razonar fríamente sobre sus relaciones con Rusia. Están hablando bajo una perturbación emocional. Lamentablemente, la irracionalidad juega todavía un gran papel, no solamente en la política imperialista y capitalista, sino también en la política de la Unión Soviética y China.

Desgraciadamente, hay precedentes ignominiosos de todo esto en la historia del movimiento obrero. Estoy pensando, por ejemplo, en relación con lo ocurrido en Alemania, antes de la ascensión de Hitler, entre los socialdemócratas y el partido comunista estalinista. En aquellos días, los socialdemócratas hicieron todo lo posible por allanar el camino al nazismo; lo hicieron, antes que nada, para luchar por la preservación del capitalismo alemán y, secundariamente, por su anticomunismo. Y el Partido Comunista, bajo el liderazgo de los estalinistas, reaccionó en forma altamente irracional, denunciando a los socialdemócratas como "socialfascistas", y rehuyendo el unirse a ellos contra el nazismo. Esa fue la política del llamado Tercer Período de la Komintern [III Internacional Comunista]. Permítame continuar un poco más con esta instructiva analogía. Hablo en esto por propia experiencia (en aquel momento, a comienzos de la década del 30, yo estaba envuelto en las controversias sobre esta política). El error fundamental cometido entonces por la

Komintern y por el Partido Comunista alemán fue el de imaginar que Hitler podía llegar a un acuerdo con los socialdemócratas y que construiría el Tercer Reich con su cooperación. El comportamiento de la socialdemocracia daba cierta apariencia de verdad a esta concepción errónea: los socialdemócratas se habían apartado de su propio camino y obstruían toda lucha contra el nazismo; e incluso a último momento, cuando ya Hitler estaba en el poder, le ofrecieron su colaboración. Sin embargo, y pese a esto, el factor decisivo en esta situación, que los estalinistas no vieron, fue el antagonismo básico e irreconciliable entre las intenciones de los nazis y las de los socialdemócratas, entre el tipo de régimen que Hitler iba a establecer y la posibilidad de supervivencia de partidos de la clase obrera, fuesen demócratas o comunistas.

Para esa época, Trotski y algunos de nosotros argumentamos que Hitler iba a destruir todo el movimiento obrero, sus dos sectores, el socialdemócrata y el comunista; y que esta amenaza a los dos sectores del movimiento obrero era y debía ser considerada como el objetivo básico para la acción conjunta contra Hitler. El Partido Comunista no quiso ver esto. Creían en una armonía básica de intereses entre el nazismo y el reformismo obrero, de la misma manera en que los chinos creen ahora en la comunidad de intereses entre el imperialismo norteamericano y el "revisionismo soviético". Pasaron por alto, o mejor dicho no vieron, la inevitabilidad de un choque, un choque mortal entre el nazismo y el Partido Socialdemócrata y, denunciando a los socialdemócratas como el "ala izquierda del fascismo", se rehusaron a cualquier frente común con sus líderes.

El rechazo le hizo el juego a Hitler y también a aquellos socialdemócratas que realmente no querían un frente común con los comunistas. Si el Partido Comunista hubiera adoptado una política distinta y los hubiera presionado en el sentido de un frente común, los socialdemócratas se hubieran encontrado en una situación difícil; una gran parte de sus partidarios hubiera respondido al llamado del Partido Comunista, y esto hubiera hecho mucho más efectiva la resistencia de los trabajadores al nazismo y, tal vez, hubiera evitado el triunfo de Hitler en 1933 y sus consecuencias.

Realmente pienso que hoy Mao Tse-tung tiene —como ocurrió entonces— su propia versión de la teoría del “social-fascismo”, la que ha aplicado a Jruschov y sus sucesores, tratándoles indiscriminadamente como cómplices consumados del imperialismo norteamericano. Pasa por alto el antagonismo entre Moscú y Washington. Pasa por alto la inevitabilidad del conflicto entre ellos. No habla aquí de conflicto armado, sino del permanente y continuo conflicto social y político que puede o no conducir a la lucha armada. Los maoístas no tienen en cuenta el hecho de que la Unión Soviética tiene un interés vital en detener la agresión y expansión del imperialismo norteamericano, independientemente de todos los esfuerzos que hayan hecho Jruschov o Kosiguin para complacer a Washington.

Los maoístas por lo tanto, no encuentran ninguna base objetiva para su propia cooperación con la URSS, y rechazan el frente unido en lugar de apelar por el frente único a la opinión soviética, a las masas soviéticas y a los partidos comunistas de todo el mundo. Son los rusos los que están llamando a la acción conjunta; son ellos los que están pidiendo el frente unido. Se puede dudar de su sinceridad, pero los maoístas, rechazando el frente único, le hacen el juego a la administración norteamericana, así como también a los elementos que en Moscú, no quieren hacer nada respecto a Vietnam, ni coordinar ninguna acción con los chinos, a los que no están interesados en promover la lucha antiimperialista y el fermento revolucionario en el mundo.

Los maoístas proveen a esa gente de una coartada política; y en lugar de canalizar el odio por la brecha en el campo comunista, hacia aquellos líderes soviéticos que son esencialmente responsables de ello, cargan sobre sí mismos ese odio, innecesariamente. Pienso que están cometiendo una grande, una fatal equivocación, comparable a la cometida por los estalinistas alemanes entre los años 1929 y 1933. Estos últimos disfrazaron con una fraseología ultra-radical, una política de completa inacción y pasividad; pienso que del mismo modo, los chinos están ocultando una política de inactividad que no puede ser mucho mejor que la política soviética, detrás de una retórica ultra-revolucionaria.

Es desde este punto de vista que debemos interpretar

los últimos sucesos de China, especialmente la sesión de Agosto del Comité Central y la llamada “Revolución Cultural”. Parece que la política ultra-radical del maoísmo, el rechazo de cualquier frente unido con la Unión Soviética, ha provocado en los últimos meses o años considerables inquietudes y críticas entre los líderes comunistas chinos; que hombres como Liu Shao-chi, que hasta agosto fue el segundo de Mao Tse-tung y es todavía el presidente de China, y quizás incluso Chou En-lai, vieron que esta política ultra-radical estaba llevando al maoísmo y a China a un callejón sin salida. Grupos evidentemente influyentes en Pekín, han exigido que se realice un intento para restablecer contacto y recomenzar las negociaciones con Moscú, especialmente en lo que se refiere a Vietnam.

Por el momento, estas exigencias han sido rechazadas. Mao Tse-tung se ha mantenido firme en su negativa a mantener conversaciones con los rusos o a hacer ningún llamamiento.

Esto explica la súbita remoción de Liu Shao-chi en la jerarquía del Partido; es todavía miembro del Buró Político y del Comité Central, pero más o menos de la misma forma en que Trotski era miembro del Buró Político y del Comité Central soviético en 1925 y 1926, cuando ya estaba en la oposición y “en desgracia”. Los críticos de Mao han sido denunciados, por supuesto, como revisionistas o como agentes de la restauración capitalista. Sin embargo, nada es más improbable que el hecho de que Liu Shao-chi sea un revisionista. Ha sido, a lo largo de la controversia ruso-china, un oponente decidido a Jruschov y a su política; ha sido un maoísta ortodoxo durante los años en que fue uno de los más destacados líderes del comunismo chino. Y es posible criticar severamente las últimas tácticas de Mao desde un punto de vista perfectamente ortodoxo y acorde con la ideología maoísta. Es posible argumentar que es necesario para los intereses del maoísmo, y precisamente para esos intereses, hacer una aproximación a los rusos y presionar para conseguir un frente único contra Norteamérica. Esto es, pienso, lo que los críticos de Mao han estado diciendo; y si hombres como Liu Shao-chi y Chou

En-lai estaban entre ellos, deben haber tenido un apoyo considerable en el Partido.

PREGUNTA: ¿Qué sentido le atribuye usted a las últimas decisiones del Comité Central del Partido Comunista y al movimiento de los Guardias Rojos, también en relación con la posición de Lin Piao dentro de la jerarquía del Partido?

RESPUESTA: Los últimos sucesos chinos han sido en efecto una divergencia, una separación entre Mao Tse-tung y sus críticos. Entre estos últimos puede haber habido también revisionistas, gente que ha sentido una secreta simpatía por el jruschovismo, pero hay también anti-revisionistas alarmados por el vuelco ultra-izquierdista de Mao. La prensa china habla ahora abiertamente de la división del Partido en "derecha", "izquierda" y "centro", aunque trata a la izquierda como "sólo una variante del revisionismo de derecha". Es posible clasificar estas divisiones de algún modo diferente, ver a Mao Tse-tung y a Lin Piao como la ultra-izquierda, o al menos describir sus tácticas como de ultra-izquierda, y ver que tienen oposición en una gran variedad de grupos. En todo caso, Mao Tse-tung ha decidido tener a sus pies a toda la oposición no importa cuales sean sus motivaciones o qué sector de la opinión del Partido representen. El o Lin Piao han puesto en escena la llamada revolución cultural para hundir cualquier debate interpartidario sobre estrategia y tácticas, sobre la relación entre la Unión Soviética y sobre la actitud de China hacia la guerra del Vietnam. Respaldado por Mao, Lin Piao ha incitado a escolares inmaduros y a estudiantes universitarios contra la jerarquía partidaria y los críticos miembros del Comité Central. Por supuesto, Lin Piao no hubiera tenido posibilidad de ganar en esta lucha si los escolares hubieran sido su principal fuerza de choque. Él y Mao han utilizado también al ejército contra los viejos cuadros del partido. Lin Piao que es Mariscal y Ministro de Defensa, se ha transformado en el segundo de Mao también en el Partido. Eso le da a la situación un cierto matiz bonapartista. Se puede leer en *Pekín Informa*, y en los boletines de la Agencia Noticiosa China, muchos informes de ataques llevados a cabo por los escolares y estudiantes contra líderes del Partido en varias localidades, de asaltos a los

locales del Partido, y así sucesivamente. Corresponsales extranjeros en Pekín han descripto estos choques con una cantidad de evidencia circunstancial que, aunque en parte sea inexacta, señala todavía una gran convulsión de toda la estructura del Partido Comunista chino.

La transformación de China en una especie de régimen de Yenán —en un campo guerrillero a escala nacional— tiene sus graves consecuencias económicas, sociales y políticas. Bajo un régimen de ese tipo es difícilmente posible continuar, o reanudar, la rápida industrialización china. La descentralización que implica ese régimen entraña la posibilidad del debilitamiento del plan central, la obstrucción de la estandarización en la industria, la reducción de la eficiencia, la disminución de la tasa del crecimiento económico y el mantenimiento bajo de los niveles de vida. Cuando cada región administrativa, unidad económica y cuerpo armado deben auto-abastecerse, se hace muy difícil o imposible una racional distribución de recursos económicos. Tal política da lugar a la frustración, al descontento, y a la oposición. Difícilmente infunda entusiasmo en el sector industrial.

Es característico que la "revolución cultural" haya recurrido apenas a la clase obrera. No solamente fueron los escolares y estudiantes su fuerza principal, sino que la clase obrera se destacaba por su ausencia. También los campesinos. Se pueden leer en *Pekín Informa* llamamientos a los obreros para que no interfieran en la "revolución cultural"; fíjese, no para que participen, sino para que no interfieran. En otras palabras, esta pretendida revolución proletaria fue llevada a cabo —sin ninguna participación de la clase obrera— por elementos que, incluso si son hijos de obreros, ya no pertenecen a la clase obrera, sino que han entrado en un estrato social diferente, esto es, la intelectualidad.

¿Cuál ha sido entonces el valor y el significado de esta "revolución cultural" en su propio campo, esto es, en la vida cultural china? Si se toman las cosas por su valor superficial, si se lee literalmente los varios llamamientos a la "revolución cultural", se encuentra en ellos cosas calculadas para conmover ciertos sentimientos socialistas. Los Guardias Rojos son presentados como un movimiento de base espontáneo, preferible a cualquier

institución burocrática que trabaje desde arriba. La gente joven es incitada a rebelarse contra la autoridad establecida. Los Guardias Rojos han sido impulsados a elegir sus líderes de acuerdo a las reglas establecidas por la Comuna de París, de modo que cada líder pueda ser revocado o depuesto en cualquier momento por sus electores. Estas evocaciones de la tradición marxista-leninista serían convincentes si al mismo tiempo se pudiera escuchar algún debate genuino en el país, alguna discusión genuina, algún cambio de opinión verdadero. Entonces este movimiento podría mirarse como una manifestación de una nueva democracia de bases. Pero de hecho, todo lo que se ha podido escuchar son las denuncias de Mao y Lin Piao contra sus oponentes "revisiónistas", de derecha o de izquierda; no se escucha ninguna voz que disienta; no es posible saber cuáles son las críticas que se le han hecho a Mao, o en qué terrenos se le han estado oponiendo. En estas condiciones, toda la declamación democrática de los "Guardias Rojos", con la implícita evocación de los Guardias Rojos de la Revolución Rusa, debe desecharse como absolutamente prefabricada. Cómo se puede hablar de un auténtico movimiento de bases si no se le permite a la clase obrera considerar por sí misma las cuestiones. Siento mucho tener que decir esto; hubiera preferido aplaudir a estos Guardias Rojos. Pero realmente han actuado —desgraciadamente, no puedo encontrar una expresión más adecuada— como matones, frenando todo debate, y amordazando toda crítica a la línea maoísta.

Esto ha conducido a un ataque sin sentido y a la humillación no sólo de los cuadros del partido, sino también de la vieja intelectualidad. Muchos de los intelectuales que ahora son acusados de burgueses decadentes y revisionistas son eruditos, escritores y artistas que han estado asociados al comunismo chino durante 20, 30 ó 40 años —antes, durante y después de la revolución— y que desde 1949 han estado a cargo de la tarea educadora entre las masas. Evidentemente, es en estos grupos y círculos sociales, donde la política maoísta se ha encontrado con una resistencia considerable, y así Mao y/o Lin Piao han incitado y producido en toda la nación un tumulto de escolares contra la vieja intelectualidad comunista.

PREGUNTA: ¿Esto explica también la hostilidad hacia la cultura occidental como tal?

RESPUESTA: Naturalmente, la vieja intelectualidad ha tenido un contacto relativamente estrecho con el Occidente así como con sus tradiciones culturales nativas. Para muchos de ellos, Shakespeare y Beethoven y las grandes figuras de la literatura francesa, son parte de una estimable herencia. Desde la revolución, e incluso antes, han cultivado a los grandes escritores rusos de las dos últimas centurias. Ahora hay una reacción contra todo esto. En nombre del marxismo-leninismo, Shakespeare, Beethoven y Balzac son denunciados como especímenes de la degeneración burguesa. Los grandes "revolucionarios" que los denuncian no sospechan siquiera (¿o lo sospechan?) que Lenin amaba a Beethoven y a Púshkin (el monumento a Pushkin, erigido en Shanghai después de la revolución, ha sido mutilado). Han denunciado inclusive a Chernichevski y a Herzen también como productos de la cultura burguesa degenerada, ignorando que Chernichevski tuvo una decisiva influencia formativa en el pensamiento de Lenin y que ambos, Chernichevski y Herzen fueron los fundadores y los más brillantes intérpretes del movimiento revolucionario ruso en el siglo XIX.

Todo esto sirve para demostrar que la "revolución cultural" ha sido totalmente negativa, que no tiene ningún contenido positivo, ninguna idea positiva. Incidentalmente, la prensa soviética la ha comparado con el llamado Proletkult, el "movimiento por una cultura proletaria" que se desarrolló en la Unión Soviética poco después de la revolución. *Pravda* incluso describió a Trotski como un inspirador del Proletkult, lo que presumiblemente es suficiente para desacreditar al Proletkult ruso y su supuesta contrapartida china. Ahora bien, esta es una doble falsedad. Por un lado, el Proletkult era un movimiento moderado y civilizado comparado con la "revolución cultural" en China; por otro, Trotski no fue su inspirador, sino su adversario. Dedicó mucho de su libro *Literatura y revolución* a la refutación de la "cultura proletaria"; y en esto estaba en un todo de acuerdo con Lenin.

Es verdad, Trotski defendió el derecho de los escri-

tores y artistas del Proletkult a expresarse; estaba contra su supresión, pero criticó severamente su creencia de que era posible promover y crear una cultura proletaria, literatura, o arte. *Pravda* y otros diarios soviéticos podrían haber encontrado una analogía más estrecha para la "revolución cultural" china en lo que ocurrió en Rusia durante los últimos años de la era de Stalin, cuando Zhdanov denunciaba la cultura occidental, cuando los trabajos de Einstein, Freud, Mendel y muchos de los científicos y pensadores de Occidente eran proscritos de las universidades rusas, cuando el "cosmopolitismo desarraigado" era denunciado, cuando todas las cosas rusas eran glorificadas, cuando se nos decía que casi todas las invenciones y descubrimientos importantes se habían originado en Rusia y que el Occidente sólo había plagiado los productos del genio ruso. ¡Esta es la analogía real! Y la analogía se extiende a los contextos y antecedentes de las dos campañas. En Rusia estas explosiones de anti-occidentalismo "cultural" estaban, en los últimos años de Stalin, conectadas con la guerra fría y la guerra de Corea; eran parte del intento de Stalin de aislar a Rusia tan herméticamente como fuera posible de cualquier influencia occidental y de fomentar la autoconfianza rusa.

Ahora bien, esto es precisamente lo que Mao Tse-tung quiere alcanzar en China actualmente, quiere aislar a China más herméticamente que nunca de cualquier influencia exterior, levantar la moral y el orgullo chinos, glorificar el aislamiento de China del mundo y al mismo tiempo dar a los chinos una compensación por su conciencia del aislamiento. Todo esto debe verse como parte de un plan para preparar la moral para una emergencia de guerra. Una consecuencia de este trastocamiento es un cambio social que conduce al remplazo de los viejos cuadros de la intelectualidad por nuevos cuadros que son lo suficientemente jóvenes, inmaduros y pocos críticos como para aceptar el maoísmo en su última versión. Algunos de esos cambios a través de los cuales las viejas guardias y grupos de la intelectualidad dejan su lugar a grupos nuevos y más jóvenes, en cierto sentido pueden ser progresivos y ocurrir en cualquier revolución; pero cuando son llevados a efecto tan brutal y demagógicamente como lo han sido en China ahora y como fueron llevados a cabo en la Rusia

estalinista, empobrecen a la nación intelectual y espiritualmente, dejan un inmenso vacío cultural entre generaciones, un vacío que Rusia está sintiendo ahora. Estoy convencido de que del mismo modo en que la Rusia post-estalinista ha reconocido el gran daño que se le hizo a la nación y a su vida cultural, la China post-maoísta lo reconocerá algún día (quizás demasiado tarde).

PREGUNTA: Parece haber una contradicción en relación con la experiencia rusa: se acepta generalmente que cuando Stalin implantó las medidas de extrema estalinización y todas las cosas que ello implicaba, era en interés de un estrato privilegiado de la sociedad soviética, o burocracia, como la describía Trotski. En China, sin embargo, faltaría todavía la evidencia de que hay un desarrollo de la burocracia, de una casta que ganaría materialmente en un sentido inmediato. Podría decirse que se ha preparado el terreno para un tal desarrollo, pero nadie ciertamente podría acusar a la dirección china de ser una capa privilegiada extremadamente burocrática como lo era la burocracia soviética.

RESPUESTA: Eso es correcto, y yo mismo señalé esa diferencia en algunas ocasiones. No creo que en China la burocracia esté formada como lo está en Rusia, como una capa social privilegiada masiva. El movimiento actual está provocando sin embargo modificaciones profundas en la burocracia, lo que nos permite aún menos hablar de posición privilegiada de los grupos dirigentes en China. La "revolución cultural" lleva no sólo al derrocamiento de los viejos cuadros educacionales, sino también de los elementos técnicos y dirigentes de la industria. Por otra parte, es difícil entender cómo un país tan subdesarrollado y pobre como lo es China puede practicar un igualitarismo genuinamente socialista. Eso también es imposible. Las desigualdades sociales en la sociedad china están obligadas a ser grandes, pero parecen ser fluidas; no se les permite cristalizar en divisiones sociales definidas. Bueno, no considero la actual política china como una manifestación de ninguna lucha burocrática especial por el privilegio. No he dicho eso en absoluto. Explico los sucesos en términos más políticos que socio-económicos, esto es, como una

reacción, en parte enfermiza, contra el aislamiento de China por el imperialismo norteamericano por una parte, y por la Unión Soviética por otra. Estoy convencido de que incluso con relación a Rusia muy a menudo la explicación de los virajes de Stalin no deben buscarse en los intereses de la burocracia, porque Stalin actuó muy a menudo contra los intereses incluso de su burocracia. ¡Después de todo, estaba mandando hordas de burócratas rusos a los campos de concentración! Por lo tanto no creo que la política de Stalin pueda ser explicada siempre por su papel como líder e intérprete de una burocracia privilegiada: a menudo actuó por el interés más mezquino de su autocracia, de su dirección personalista; y a veces actuó en interés de toda la nación. Menos aún se puede considerar a Mao como el campeón del privilegio burocrático, especialmente del privilegio económico. Por otra parte, aunque no hay en China una burocracia fija y cristalizada, existen cantidades de privilegios políticos, el privilegio supremo por el cual sólo los hombres del grupo dirigente pueden expresar sus opiniones y tomar decisiones políticas. Este es un privilegio indudable. Aún así, hasta ayer un hombre como Liu Shao-chi y sus partidarios gozaban de ese privilegio, y ahora se lo han quitado. Las cosas no parecen encajar aquí con una fórmula socio-económica infalible. Sé que para un marxista existe siempre la tentación de encontrar la fórmula sociológica que coincida con la situación, pero muy a menudo debemos analizar los fenómenos y los hechos en términos políticos, porque la política tiene su propia dialéctica interna que no puede ligarse inmediatamente con los fenómenos socio-económicos.

Si usted estudia el *18 Brumario* de Marx u otros de sus escritos "menores", verá cuán a menudo ha debido hacer esto, cómo frecuentemente discute la política en términos más políticos que socio-económicos, aunque en última instancia siempre tenemos que regresar a la estructura económico-social en la cual el proceso político desarrolla su dialéctica. En el presente "movimiento" chino, hay mucho énfasis en las consignas igualitarias; pero esto no hace al "movimiento" más progresivo políticamente: el igualitarismo no es suficiente en una "revolución cultural". Cuando arrojan en el lodo a Shakespeare y a Beetho-

ven, pueden imaginar que están actuando en un sentido "igualitario", pero es reaccionario, no progresista.

PREGUNTA: Volviendo a la crisis política ¿cuáles son las perspectivas de largo alcance? ¿Y cómo afecta la situación china al movimiento obrero y al comunismo fuera de China?

RESPUESTA: La crisis actual está probablemente conectada también con la lucha por la sucesión de Mao Tse-tung. Aquí, los sucesos parecen también análogos a lo que ocurrió en Rusia en los últimos años de Stalin. Por el momento, parece que Lin Piao tuviera la sucesión asegurada. Él es la cabeza de las fuerzas armadas, es el héroe de los Guardias Rojos y, con la ayuda del ejército, está consiguiendo el control de la maquinaria del partido. ¿Pero es él, el evidente heredero, realmente el sucesor de Mao? Y si lo es, ¿continuará la actual política de Mao? Estas son las preguntas que, por supuesto, deben permanecer abiertas.

En cualquier régimen autocrático el factor de la personalidad, de la personalidad del líder, cumple un gran papel; y la política se halla en cierto grado afectada por "accidentes biológicos" tales como cuánto tiempo sobrevive un dictador, y cuánto no. Pero cualquiera sea el momento en que Mao se vaya, su sucesor puede muy bien tratar de comenzar de nuevo; especialmente, puede tratar de revivir la alianza ruso-china. Mientras tanto, puede haber también cambios en la Unión Soviética. No debemos imaginar que la situación es estática y permanecerá congelada por Dios sabe cuántos años. Existe la posibilidad de movimientos dinámicos tanto en Rusia como en China. Lo que ha ocurrido este verano en Pekín puede haber definido la lucha por el poder y la política sólo en el terreno de lo inmediato; en lo que se refiere a una política de largo alcance, las cosas pueden estar nuevamente fluctuantes, y el sucesor o sucesores de Mao pueden tratar de reestablecer un frente común con los rusos. Esto es sólo una hipótesis no un pronóstico.

También puede ocurrir que el movimiento de la juventud china, que ahora ha sido lanzado a las calles para arrollar a la vieja jerarquía del partido y a la vieja intelectualidad, desarrolle su dinámica propia. Hasta el momento, se ha pedido a los escolares y estudiantes que

no interfirieran con la producción, que no desorganicen el trabajo de la industria y de la agricultura; y a tambor batiente, han sido llevados fuera de las grandes ciudades; una fase del movimiento está evidentemente en una encerrona. Leemos que el ejército está nombrando a sus comandantes y comisarios para hacerse cargo de los "Guardias Rojos", esto es, tratando de colocar el movimiento, que puede resultar algo así como un Frankenstein, bajo sus órdenes. La nueva generación, que ha sido colocada ahora en el escenario político, puede desarrollar gradualmente sus propias ambiciones y aspiraciones políticas.

A largo plazo no es probable que una gran nación como China se conforme con el actual ritmo lento de desarrollo económico. En China han tenido tres o cuatro buenas cosechas, y esto ha mejorado la situación económica. Se ha establecido un nuevo plan quinquenal, después de un intervalo durante el cual no hubo planes quinquenales, ni planes industriales generales. Pero no se han divulgado los objetivos del nuevo plan. No son tan impresionantes como para que convenga hacerlos públicos. Aislada, apartada del mundo exterior, apartada de Rusia, China se encuentra con que su desarrollo es muy lento; y es poco probable que la joven generación se contente con esto.

Ni parece probable que la casi mística apoteosis del maoísmo, la glorificación de cada uno de los gestos y palabras de Mao, glorificación que llega casi al nivel de absurdo de la de Stalin en Rusia en 1950, sobreviva a Mao. Incluso ahora tiene que haber alguna rebelión contra este culto de Mao, el gran nadador, el gran filósofo, el gran científico (que lo ayuda a usted a vender melones y tiene una respuesta para cualquier problema que lo preocupe); y no creo que China, después de la muerte de Mao, querrá seguir viviendo con este santo (retrato) suyo; aunque Mao tendrá sin duda su lugar en la historia revolucionaria de China, como el gran comandante de los guerrilleros que hicieron la revolución. Bajo este punto de vista, Mao no es exactamente lo que fue Stalin: es más bien una combinación de Lenin y Stalin. Pero cuanto más envejece, más se parece a Stalin, y menos a Lenin.

Esas comparaciones son de escaso valor, por supues-

to. Diciendo que Mao es mitad Lenin y mitad Stalin, trato de establecer una diferencia entre Mao, el gran líder revolucionario, y Mao, el déspota deificado. Es el último elemento, el elemento-Stalin, el que ha hecho su aparición ahora. Creo que la nueva intelectualidad reaccionará contra ésto, de la misma manera en que lo hizo la vieja intelectualidad. En otras palabras, creo en el progreso de China y no veo que esta fase actual, deplorable como es, sea definitiva en modo alguno. Y creo que más pronto o más tarde, la lógica objetiva de su situación conducirá a la URSS y a China a hacer un frente común.

Tal vez debería explicar que cuando hablo de la necesidad de un frente común, *no* quiero decir que los chinos y los rusos deban necesariamente limar sus diferencias "ideológicas". Por el contrario, esas diferencias deben plantearse abiertamente y discutirse abiertamente en el movimiento comunista internacional. Todo movimiento dinámico tiene sus contradicciones internas y diferencias, que no pueden suprimirse más que en detrimento propio. En cierto sentido, este conflicto sectario y fanático entre el maoísmo y el jrushchovismo (y post-jrushchovismo) es el precio que los partidos comunistas de éstos países están pagando ahora por décadas de monolitismo estalinista.

Después de roto el "monolitismo", se hace evidente que la gente que ha sido moldeada en él, es incapaz de discutir sus diferencias de una manera racional. No han discutido, argumentado, debatido, o incluso pensado por sí mismos, durante tantos años y décadas en que cuando sus diferencias se hacían evidentes, tomaban las formas más obsesivas y lunáticas. La situación sería desesperada para los partidos comunistas, si a la larga no aprendieran el lenguaje de la discusión y el debate racionales, y si no aprendieran a coordinar la acción conjunta, sin parar mientes en las diferencias de opinión. Nosotros, los comunistas y socialistas de Occidente debemos considerar ésta como nuestra tarea, no para identificarnos con los rusos o los chinos, pues resulta claro que las actuales actitudes de ninguno de los dos pueden conformar a nadie que haya sido educado en una escuela de pensamiento marxista y tenga en el corazón los intereses del socialismo en los países capitalistas avanzados. Debemos mantener una actitud independiente.

Debemos criticar el oportunismo soviético y la traición soviética a China; y debemos tratar también, tanto como sea posible, de sacar a los chinos de sus ideas fijas ultraradicales e irracionales. Debemos recordar a los rusos y a los chinos su deber de actuar en común contra el peligro de la guerra mundial, contra la agresión norteamericana a Vietnam, y en pro del socialismo mundial.

PREGUNTA: ¿No encuentra usted nada positivo y progresivo en la actual "revolución cultural" china?

RESPUESTA: Ahora se hace necesario aclarar el término "revolución cultural". El término puede usarse en un sentido metafórico para indicar el avance cultural de un pueblo antes analfabeto y oprimido, un avance cultural que debe tomar muchos años y décadas. Cuando cientos de millones o decenas de millones de campesinos analfabetos son enseñados a leer y a escribir y educados, se puede hablar de una manera general de algo así como una revolución cultural que se extiende sobre la vida de dos o tres generaciones. Pero hablar de revolución cultural como un *acto único* es absurdo. ¿Qué es una revolución? La definición clásica es la de la transferencia del poder de una clase a otra. Se puede hacer una revolución social y política. Se hace una revolución social cuando una clase expropia las propiedades de otra y las nacionaliza. Se hace una revolución política cuando se expropia el poder político de una clase, y otra lo toma en sus manos: entonces una revolución social ya es más que un acto único. Una revolución política puede ser un levantamiento armado que depone un gobierno y coloca en el poder a representantes revolucionarios.

¿Pero cómo se puede hacer una revolución cultural por un acto único? ¿Pueden transferirse de un golpe los conocimientos y habilidades acumulados en la cabeza de una clase a otra? Los revolucionarios que alcanzaran esto, realizarían una hazaña que los filósofos, incluyendo los filósofos marxistas, no han soñado jamás. Se puede, por supuesto, matar, o reducir al silencio o mandar a campos de concentración a toda una generación de intelectuales y de este modo privar a la sociedad de cierto stock de conocimiento, hábitos de civilización y habilida-

des que han ido acumulándose durante generaciones, pero esto no transformará a aquéllos que destruyeron a la vieja intelectualidad en los poseedores del conocimiento, las habilidades y las artes que aniquilaron. Lenin, por eso, no hablaba de "revolución cultural" sino de la herencia cultural a la cual el Partido Bolchevique y el gobierno revolucionario tenían el deber de preservar y desarrollar. Trotski planteó la posibilidad de emplear especialistas en este contexto: lo planteó con vistas no sólo al empleo de especialistas militares, sino a especialistas en la economía y en la educación también; él veía eso como parte de un gran esfuerzo para hacer accesible esta herencia cultural a una nueva clase revolucionaria y a un régimen revolucionario. No "revolución cultural" sino dominio de la herencia cultural, era la idea guía en la época de Lenin.

Por cierto, los bolcheviques, que no se referían a la herencia cultural de la burguesía y de las clases feudales, hicieron lo imposible por llevar la educación a las masas de obreros y campesinos rusos; sólo de este modo podía volverse accesible la herencia cultural a las clases en ascenso; y Lenin y Trotski y sus partidarios aceptaban críticamente la herencia cultural, con la discriminación marxista, absorbiendo lo que había de vital en esa herencia y rechazando sus elementos obsoletos (caducos, perimidos). Y había y hay mucho de vital, pues en la ciencia y en las artes, las viejas clases dominantes, en cierto sentido, se habían trascendido a sus mismas limitaciones.

Puede considerarse a Shakespeare como un representante del sueño burgués, como el representante de lo que en su tiempo era la nueva sensibilidad individualista burguesa. Pero en Shakespeare esta sensibilidad burguesa trascendía sus propias limitaciones y se superaba a sí misma, como tal, creando valores artísticos impercederos que mantienen su potencia después de tantos cambios de gobiernos, regímenes y órdenes sociales. Del mismo modo, el viejo drama griego puede tomarse como representante de un tipo de sensibilidad y una corriente de pensamiento enraizadas en una sociedad que vivía de la esclavitud; pero Sófocles, Eurípides y Esquilo trascendieron artísticamente estas limitaciones y crearon valores permanentes que no son para ser pasados por alto en nin-

guna "revolución cultural". (Mis lectores italianos recordarán, por supuesto, el desprecio con el que Marinetti y otros futuristas trataban en una época a Dante, Petrarca y los maestros del Renacimiento).

Sólo salvajes, o pequeños burgueses, ultra radicales, endurecidos, o burócratas advenedizos, pueden prender hogueras con los trabajos de los grandes artistas y pensadores del pasado. Los maoístas, que lo hacen en nombre del marxismo-leninismo, cometen un harakiri moral. Y dañan los intereses de China, ¡los dañan desvergonzada y lamentablemente! ¡Debemos defender la causa revolucionaria de China, a pesar de ellos e incluso contra ellos!

20 de setiembre de 1966

ISAAC DEUTSCHER

Rossana Rossanda El marxismo de Mao Tse-tung

I

En su primera editorial, hace ya un año, *Il Manifesto* se declaró partidario de la "revolución cultural". Aún pertenecíamos al PCI y proponíamos este punto de referencia como camino obligado para la renovación no sólo de su estructura sino, más en general, de la estrategia de la revolución en Occidente.

Esta afirmación provocó un escándalo, debido en parte a la incomprensión. La falta de información sobre China dentro de un partido que pretende ser "abierto", no tiene ningún justificativo. Cuando se produjo el enfrentamiento con la URSS nadie dudó en acusar a China de "belicismo". Cuando estalló la revolución cultural, *L'Unità* publicó las falsificaciones más escandalosas, de fabricación japonesa o soviética, y en la Secretaría del Partido se habló de "golpe de mano del ejército". Los redactores comunistas tardaron bastante en intentar alguna tímida interpretación. Pero el director de *L'Unità* sigue respondiendo a los compañeros que reclaman más noticias, que esto no es posible dado que China se niega a acreditar un corresponsal; como si no existiera ya una masa de informaciones oficiales y oficiosas y testimonios directos e incuestionables, con los cuales intentar un análisis o comprometer un juicio político.

Es verdad que no sabemos todo. Muchos documentos fundamentales del debate que se llevó a cabo en el seno del PC chino, incluyendo las actas de su último congreso, no son públicos. Es verdad también que debemos interpretar formas y lenguajes de los que nos separa el doble obstáculo de una cultura específica y de una expe-

riencia singular que compromete a millones de hombres, a lo que se suma nuestra ignorancia eurocéntrica. Es verdad, finalmente, que los propios compañeros chinos reconocen que la prioridad dada al frente interno, durante la "revolución cultural", impidió "traducirla" para el movimiento obrero occidental. Y como es obvio, por "traducir" no se debe entender sólo verter el lenguaje, sino también interpretar situaciones en parte semejantes.

Pero aún dentro de estos límites, se puede afirmar que desde los años veinte no llegaban hasta nosotros tantos datos fundamentales sobre una discusión de fondo, sobre una lucha política, proveniente de un país socialista. Y a la inversa de lo que sucede con la "publicidad" con que se benefician las discusiones de otros partidos, en este caso los datos son proporcionados con una minuciosidad casi exasperante para poner en claro los factores fundamentales y últimos de línea política.

En realidad, la resistencia que muchos grupos de izquierda, pertenecientes o no al partido comunista, oponen a la "revolución cultural" se debe más bien a lo que se sabe que a lo que se ignora de ella. Es difícil exorcizarla como si fuera una simple convulsión neostalinista, y sin embargo es lo que están dispuestos a hacer incluso algunos de sus pocos defensores. No es menos difícil domesticar el dragón clasificándolo, a la manera de nuestros historicistas, como un animal bueno para China, pero inadaptable a nuestro clima por lo que nada tiene que ver con nosotros. Los problemas que ha planteado la "revolución cultural", en realidad, tienen mucho que ver con nosotros. Eso es justamente lo que causa escozor. La "revolución cultural" se produjo no sólo para radicalizar el enfrentamiento con el enemigo de clase, sino con ese sector del enemigo de clase que, a través de las décadas, se ha infiltrado en nuestras propias filas. Exige que expliquemos por qué soportamos con equívocos e impotencia la crisis del campo socialista europeo y nos remitimos permanentemente a la "revolución en Occidente". Y lo que es peor, no nos lo exige en términos de moralidad, invitándonos a la autocompasión y a un regenerador baño de piedad revolucionaria, sino en términos de reconsideración fundamental que alcance hasta las raíces de nuestro repliegue, aún cuando practiquemos una mili-

tancia política honesta en una tradición que preferimos no poner jamás en tela de juicio.

Todo esto explica por qué la "revolución cultural" ha chocado contra el silencio, la indiferencia y aún la hostilidad. Y no sólo en el ala oportunista del movimiento obrero. También fuerzas que se declaran revolucionarias (como los dirigentes cubanos o, en Europa, grupos fieles a su origen leninista) y que están dispuestos a aceptar de China su radicalización antimperialista, reniegan en la teoría y en la práctica de la "revolución cultural". Expresión coherente del pensamiento de Mao, e inseparable de él, la "revolución cultural" convoca a un ajuste de cuentas y a una praxis que no son posibles sin la destrucción de algo profundamente enraizado en la historia y en el presente del movimiento comunista.

II

Este elemento de conflicto, de ruptura, se hace evidente también en el momento y la forma en que la idea de la "revolución cultural" irrumpe en la escena mundial. La tesis de la "revolución ininterrumpida", el énfasis sobre la "dictadura del proletariado", son términos conocidos desde hace tiempo en el maoísmo. Pero los enfrentamientos producidos con la URSS primero, y el llamado a la lucha de masas en el interior de China luego, permitieron mostrar la carga destructiva de esos términos. Bajo la presión de tales conflictos, la alternativa se hace crucial y obliga al resto del movimiento obrero mundial a aclarar su posición.

La disidencia se hace particularmente áspera en la medida en que se centra en un punto crítico del movimiento comunista: el XX Congreso. Al principio, las críticas chinas parecen referirse sólo a la estrategia internacional. Este planteo se presenta al margen de las críticas al modelo de construcción del socialismo elegido por la Unión Soviética. Esta división parece imponerse a los espectadores extranjeros a partir del hecho de que la polémica sobre la coexistencia ha sido la *primera* en aparecer y no dejó entrever las divisiones internas del grupo dirigente chino, que afloraron en cambio cuando se discutió el "modelo", aunque no cuando se debatió el

rol del ejército y de Peng Teh-huai. Pero es una división arbitraria. Como lo escribíamos en el primer número de *II Manifiesto*, el origen de la escisión de China y la URSS es la divergencia sobre el modelo de construcción del socialismo. A partir de allí surgen las posiciones políticas internacionales y no a la inversa. Una y otra línea no implican tan solo una valoración táctica ni miden únicamente el grado recíproco de "internacionalismo". Implican también una discusión sobre la naturaleza del Estado socialista y, a continuación, sobre cincuenta años de comunismo europeo.

Todo esto nos obliga a volver al año 1956, al modo según el cual se creyó poder analizar y resolver la crisis de la sociedad estalinista. Este es el verdadero punto de partida. Si es absurdo divagar sobre el XX Congreso como salida justa pero misteriosamente inaplicada de una situación de crisis, no menos absurdo (y apenas justificable en la polémica china, para la que constituye un límite) es considerar al jruschovismo como una voluntad pura, subjetiva y arbitraria de revisión y desnaturalización de un socialismo "puro y rígido" que no tenía otra necesidad que la de seguir siendo como siempre había sido. En realidad, la Unión Soviética y todo el campo socialista se encontraron ante tensiones estructurales y superestructurales innegables: un estancamiento recurrente de la producción, una agricultura con problemas no resueltos, un fenómeno difundido de burocratización y despolitización, una fisura innegable entre pueblo y partido, todos precio y producto de la tendencia estalinista. Frente a tal estado de cosas, el "giro" propuesto por el XX Congreso fue más aparente que real. Y no porque sus propuestas no hayan sido ejecutadas en profundidad, sino porque en sus intenciones no había nada que pudiera modificar fundamentalmente una estructura social y política que ya había madurado todas las ambigüedades que hoy son manifiestas en ella.

Trataremos, ahora, de explicar esta continuidad sustancial entre el estalinismo y el jruschovismo en lo que se refiere a la elección de fondo en la edificación socialista de la URSS. Baste recordar cómo el debate producido a partir de 1956, en la URSS y en los demás partidos, se acogió a la tesis de que, si existía algún tipo de crisis, se

trataba tan sólo de un retardo de la superestructura respecto de las bases estructurales y de la expansión de las fuerzas productivas. Todos apelaron, entonces, a correctivos de naturaleza espúrea (midiendo su eficacia en términos más o menos burocráticos y según las relaciones de fuerza dadas) y, precisamente, introduciendo la descentralización económica —aunque siempre dentro del mismo sistema de relaciones y técnicas de producción— y la liberalización política, pero en el interior del marco estatal estalinista. Como los años siguientes lo confirmaron, lo único que se produjo fue un intento de ampliar las *élites* de gestión de la economía, con el desarrollo de una dialéctica interna y subjetiva (partido y tecnocracia; Comisión Central del plan y dirección "reformada" de la empresa, la industria y la agricultura), destinada a reproducir y extender las estratificaciones sociales objetivas, fundadas todavía en el proceso de producción (técnicos y obreros, obreros y campesinos, intelectuales y no intelectuales), y a iniciar una diferenciación de poderes, rápidamente suspendida, que alimentó tensiones ocultas, como las producidas entre ejército y partido, o visibles, como las de los llamados "grupos de la oposición intelectual". No es casual ni consecuencia de verdaderas tentaciones socialdemócratas que, cuando el estalinismo como sistema de gestión llega al máximo de las tensiones o aún a la parálisis, apele a correctivos tales como el retorno a la "racionalidad" de los procedimientos económicos y de mercado típicamente capitalistas, o a la "libertad" burguesa. Así, tampoco es casual que este retorno no se pueda realizar a fondo sin arriesgar la disgregación. Por lo que el "correctivo" termina por ser tan sólo una oscilación o un crecimiento de las contradicciones que conduce finalmente al encastillamiento en un régimen autoritario, único medio para enfrentar procesos de otro modo incontrolables. Se explica así el fracaso de la tesis jruschoviana como medio de reequilibrio interno y, por consiguiente, su repercusión en las opciones internacionales. La propuesta de reforzar la URSS para que pudiera hacer frente al desafío de los Estados Unidos y ofrecerse como alternativa para los países en vías de desarrollo, protegiéndolos de la "exportación de la contrarrevolución", reveló su naturaleza azarosa y su fracaso fundamental

con la crisis del Caribe en 1962. No es necesario repetir cómo, desde Vietnam a Medio Oriente, para no hablar de América Latina, la línea de coexistencia se fue reduciendo paulatinamente a un mero equilibrio entre potencias, afincadas en sus respectivas zonas de hegemonía, que implicó la renuncia a toda pretensión de presentar una estrategia revolucionaria, por pacífica que fuese. Sólo es necesario recordar cómo estos procesos se fueron haciendo visibles, hacia la primera mitad de los años sesenta, en el barómetro político de Vietnam. En 1968 la involución del comunismo europeo parecía total ante la doble tensión provocada por el movimiento anticapitalista de masas y la invasión de Checoslovaquia. En este momento, y con diez años de atraso, quedó en descubierto que su enfermedad de fondo había sido diagnosticada críticamente por China desde 1956.

El diagnóstico fue crítico, aunque no produjo de inmediato una polémica directa. En poco tiempo, sin embargo, provocó un viraje que conduciría a la República Popular China, siete años después de su proclamación y en condiciones de enorme dificultad, a intentar un camino diferente al de la Unión Soviética, y del cual la "revolución cultural" sería su expresión más rigurosa. Hasta entonces, China había aplicado el modelo de desarrollo de la Unión Soviética, aún cuando (como señalan Lisa Foa y Aldo Natoli)¹ la guerra del pueblo, el peso de las masas campesinas y la experiencia de Yenán, unidos a un singular realismo, habían introducido correctivos metodológicos eficaces. Pero el modelo en sí (la determinación de las prioridades en una sociedad de transición, de las etapas necesarias y suficientes) no había sido puesto en tela de juicio. Por esta razón muchos enunciados "clásicos" permanecieron incuestionados, aun cuando en la práctica se llegaba a conclusiones o se partía de premisas que contradecían los enunciados de principio. Pero no es posible asombrarse, considerando que el modelo soviético era el único disponible y se basaba en experiencias nada fortuitas, muchas de las cuales no eran sólo empíricas (en 1917 nadie poseía la receta de la construcción del socialismo) sino profundamente arraigadas en el patrimonio teórico del movimiento obrero de Occidente. Una crítica a este modelo sólo podía surgir de una experiencia

práctica diferente y conduciría a consecuencias que aún no han sido demostradas profundamente ni siquiera en la polémica china, a pesar de la violencia con que enfrentó al "revisiónismo moderno" y del orgullo con que está dispuesta a defender el aporte de Mao al "marxismo de nuestro siglo". Las consecuencias van mucho más allá del revisionismo "moderno" —traducido al chino: el jruschovismo— y chocan con ese complejo llamado "marxismo-leninismo" en el contexto soviético, remitiéndonos a Stalin, Lenin y hasta a Marx.

III

Un esquema de la construcción del socialismo nunca puede ser "canonizado". Se lo debe deducir de las opciones prácticas de líneas políticas, y no de la reflexión del movimiento comunista sobre sí mismo. Esta reflexión, fuertemente ideologizada siempre y, en los años de la ortodoxia, tergiversada, presenta zonas no sólo problemáticas sino oscuras; supuestos que se dan por ciertos y que por consiguiente nunca fueron demostrados, pero que tiñen toda la estructura. La "revolución cultural", no menos ideologizada, ha logrado por primera vez desmitificarlos y volverlos a poner en tela de juicio, no sin bruscos cambios de ruta y contradictorias afirmaciones de continuidad. La individualización de los factores distintivos fundamentales, sin embargo, no es fácil, ni se libera fácilmente del esquematismo. Es posible, con todo, establecer las líneas generales en torno a cuatro problemas básicos: la transformación de la estructura, la construcción de las bases materiales del socialismo, la prioridad de esta tarea frente a la superestructura y el sujeto político y social de esta transformación. Es inútil decir que son cuatro aspectos de un mismo problema.

A. ESTRUCTURA Y SUPERESTRUCTURA

El primer problema es el de la *transformación de la estructura*. En la práctica y en la discusión del movimiento comunista se ha llegado a aceptar (aunque al margen de toda verificación en los "clásicos") que la transformación de la base estructural está sustancialmente resuelta con

la ruptura revolucionaria, o sea con la toma del poder político y la abolición de la propiedad privada. El desarrollo inmediato de la sociedad de transición se produciría, esencialmente, en la zona de la superestructura. Esta afirmación puede rastrearse en algunos enunciados de la "revolución cultural". La retomó recientemente Joan Robinson, una investigadora a la que nadie puede acusar de simplismo. Ella identifica al capitalismo con la "propiedad personal de los medios de producción, que proporciona a quienes lo detentan una ganancia y a las empresas privadas un control sobre el sistema económico". Observando que en la URSS esta propiedad personal no existe, la Robinson debe no obstante defender "la opinión china según la cual la experiencia rusa demuestra que *sobre una estructura socialista puede desarrollarse una superestructura de tipo capitalista*"². Esta deducción es efectuada apelando al célebre párrafo de Marx, en el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, donde se garantizaría la autonomía de la superestructura, y parafraseando a Mao a propósito del "efecto de retorno... [de la] reacción de la conciencia de clase sobre la existencia social". "Una vez aceptado —escribe Joan Robinson— el punto de vista según el cual las ideas se forman a partir de las condiciones materiales, no tiene sentido negar que la relación sea válida en ambos sentidos." La crisis de la sociedad soviética es reducida así esencialmente a una incongruencia de la base socialista con su fisonomía política. No es, en el fondo, un análisis distinto al que fue corriente en los partidos comunistas luego del XX Congreso, con la consecuencia de que, para quien se coloca a la derecha, la solución deberá buscarse en la liberalización y la extensión de las garantías, para quien se coloca a la izquierda en un incremento de la abnegación, del espíritu de desinterés y sacrificio, del igualitarismo como estilo de vida. Revisionismo y revolución cultural son transferidos ambos al plano de la conciencia.

Cabe preguntar, sin embargo, hasta qué punto esta separación entre estructura y superestructura es sostenible. Y sobre todo, sobre qué base se da por sentado que la transformación de la estructura ya se ha producido. No es posible en el ámbito de este artículo analizar dete-

nidamente el papel que desempeña este problema en la discusión sobre la naturaleza del Estado socialista después de Octubre. Es imposible reconocer una reducción tan pacífica de la "estructura" a la propiedad privada de los medios de producción no sólo en Lenin sino en el debate que siguió a su muerte. Al redimensionar los resultados obtenidos desde el punto de vista estructural, Lenin vivió agudamente la conciencia del límite vertical-burocrático del poder, y en la polémica que siguió, se hizo explícita la necesidad de operar a través de instrumentos y mecanismos económicos, incluyendo el mercado, el sistema de precios, etc., cuya naturaleza sigue siendo ambigua. En conjunto, sin embargo, aún cuando esta afirmación es adoptada con cautela para la fase leninista, las insuficiencias de la transformación de la estructura se remontan a la persistencia, hasta después de la toma del poder, de las viejas relaciones de propiedad (la propiedad privada campesina, en primer lugar) sobre las cuales no se había llevado a cabo todavía la socialización. Toda la teoría de la lucha de clases en Stalin se funda sobre la hipótesis de que, con la radicalización de la revolución, los "viejos" estratos y grupos sociales se resisten con mayor violencia que nunca a desaparecer. El proyecto de constitución de 1936 supone que la base estructural socialista está garantizada debido a la desaparición de esa resistencia, y la fase de la dictadura del proletariado iniciada en 1917 puede considerarse concluida. Esta visión no cambia sustancialmente en las notas de 1952 sobre los problemas económicos del socialismo en la URSS; los contrastes de la fase de transición se explican por el *envejecimiento* de las relaciones de producción instauradas con la toma del poder³. Si, por consiguiente, el desarrollo de la sociedad parece susceptible todavía de contradicciones, éstas no asumen sin embargo el carácter de un antagonismo *de clase*. Cuando unos años más tarde Jruschov habla de un "Estado de todo el pueblo" producirá una aceleración, pero siempre dentro del mismo mecanismo de razonamiento.

Recorriendo los documentos de la "revolución cultural", el problema no parece, en cambio, tan simple. Por un lado, hay un fuerte énfasis en el momento "ideológico", que tiende a presentar la lucha como una revolución

en la superestructura; por el otro, se afirma repetidamente que el enemigo a combatir no es una ideología, sino el "capitalismo" ya restaurado en la Unión Soviética o la "vía capitalista" sostenida en China por Liu Shao-chi. ¿Se deduce de esto que el término "capitalismo" es utilizado en sentido extenso, como sistema de ideas, actitudes y relaciones entre los hombres, aún *prescindiendo de la base estructural, de las relaciones de producción*? Este es el camino elegido por los críticos comunistas más moderados, que ven aquí un uso forzado o incorrecto de la terminología y del sistema conceptual marxista. Pero también es el camino recorrido con satisfacción por algunos defensores de la "revolución cultural" quienes ven en esta disolución tendencial del modo de producción capitalista en un sistema de relaciones interpersonales de poderes y autoridad, independientes de la base material, una "superación" de Marx y una vinculación de Mao con cierta sociología moderna, y se enorgullecen de ello. En síntesis, *Mao contra Marx*.

La lectura a la que nos atenemos nosotros apunta hacia una dirección diametralmente opuesta. Nos parece que la revolución china está replanteándose, en toda su complejidad y con términos concretamente marxistas, el problema de la *estructura* y, por consiguiente, del objeto sobre el cual se juega el destino de la sociedad de transición. Para lograrlo ha rechazado en primer término la dicotomía de la relación estructura-superestructura como dos esferas sucesiva y relativamente condicionadas, que se presenta en el esquema estalinista no menos que en el "revisionista", para llamarlo de alguna manera. Esta dicotomía corresponde de hecho a la reducción de la "estructura" al problema de la propiedad de los medios de producción. El tantas veces citado texto de Marx muestra que esta reducción, tan difundida, es arbitraria: "En la producción social de su existencia —dice—, los hombres contraen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. *El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad*, la base sobre la que se eleva una superestructura política y jurídica y a la que corresponden

determinadas formas de conciencia social." (El subrayado es nuestro.) De este texto fundamental no se deduce ni la *autonomía*, en el sentido revisionista, ni la *subordinación*, en el sentido estalinista, de la superestructura, sino una específica presencia simultánea [*compresenza*], proyección y forma de las relaciones de producción como "conciencia de sí" de la sociedad. Pero, aún más, se deduce de aquí lo que será el hilo conductor de toda la investigación marxiana: el concepto de estructura como formación orgánica y compleja, como "sistema de relaciones", o sea de relaciones entre los hombres, cuyo eje central es la relación de trabajo en el marco de la producción material, y que se expresa *también*, pero no exclusivamente, en la forma que asume la propiedad (cf. además el párrafo referido a la propiedad en la *Introducción a la crítica de la economía política* de 1857).

Esto no significa que la propiedad privada de los medios de producción sea un elemento secundario: es producto y expresión del modo de producción capitalista, su sigla, el punto final de un largo proceso de despojo del trabajo humano. Pero es en el conjunto de las condiciones (desarrollo de las fuerzas productivas, división del trabajo, pérdida y reconquista de la "individualidad" propia, afirmación, negación y negación de la negación en la relación entre hombre y naturaleza, el hombre y su instrumento de producción, el hombre y el hombre) que se va determinando esa forma suprema de trabajo alienado que es el modo de producción capitalista. Este modo de producción marca tan profundamente al conjunto de las condiciones sociales y materiales que lo constituyen, que en cierto modo lo fija y configura como la única forma posible, que reclama objetividad y continuidad, y que proyecta hacia el futuro esta objetividad y continuidad, aun cuando estallen sus contradicciones internas y la forma privada de la propiedad de los medios de producción, de acumulación y de explotación del trabajo, resulten imposibles.

Esta conexión de los diversos elementos que constituyen una forma de producción es tan estrecha —y estrecha también, como lo veremos, en su dialéctica— que es imposible imaginar una ruptura, una crisis real del modo de producción capitalista que no sea un *trastocamiento total* y no simplemente la caducidad de una de sus condiciones.

En otras palabras, el capitalismo alcanza sus propios fines sólo en la medida en que pone término al proceso delineado en los *Grundrisse* bajo el nombre de "Formas que preceden a la producción capitalista" (donde se traza un esbozo de todo el desarrollo humano), vale decir cuando se vuelva a producir la total reapropiación, por parte del hombre, de su ser social, al nivel en que el modo de producción capitalista ha llevado al trabajo humano. Sólo a ese nivel es posible una forma adulta y compleja de organización social y productiva, porque el hombre no puede reconquistar antes su propia libertad e individualidad. Pero al mismo tiempo debe ser *total* porque el objeto de la revolución es precisamente esa reapropiación, esa nueva naturaleza "común" del ser social. Por esta razón Marx no habla de propiedad "pública" sino "común". Es posible concebir, en efecto, tal como ha sucedido hasta ahora en las revoluciones comunistas, que las formas de propiedad "privada" sean abolidas totalmente, primero en la industria y luego progresivamente en la tierra, pero que al mismo tiempo quede intacto el rol desempeñado por la propiedad *no común* de los medios de producción en la relación productiva, como también el mecanismo, si no la finalidad, de la acumulación. Es decir, que se dé y siga dándose la venta del trabajo; que continúe su consumo; que se mantenga esa división del trabajo social, etcétera; que se inicie una transformación *no en el interior de la relación de producción*, sino, simplemente, *luego y más allá* de la relación de producción, con una repartición distinta, y ya no privada, del fruto del trabajo. Pero esta repartición no puede ser confundida en ningún momento con el proceso de reapropiación que esboza Marx.

Si esto es verdad, la toma del poder político y la abolición de la propiedad privada de los medios de producción no son más que la condición necesaria pero no suficiente para una transformación de la estructura en sentido socialista. Es necesaria porque sin ella no se cumple la transformación sucesiva; pero no suficiente porque ella no la absorbe. Se deduce de esto que la sociedad llamada de "transición" es una sociedad en la que gran parte del modo de producción capitalista subsiste *no como residuo del pasado sino como forma intrínseca del presente*. En ésta, la desigualdad entre los hombres sigue fundándose

en la posesión material; por una parte con la posesión (no *jurídica* sino de *gestión*) de los instrumentos de producción y por otra, con la continuidad de la venta de la fuerza de trabajo como único medio de subsistencia.

Este es el punto al que se refiere la "revolución cultural" y por esta razón nos parece que su objetivo debe ser asumido literalmente: la lucha anticapitalista y por consiguiente revolucionaria, de y en la *estructura*. Nos parece que es necesario asumir literalmente el señalamiento del enemigo: las "relaciones burguesas", relaciones no por cierto meramente "ideológicas", dado que no se trata de proyecciones vacías de formas materiales inexistentes, sino proyecciones de relaciones materiales todavía concretas y reales.

Y en este sentido nos parece que —como siempre al calor del conflicto social— la "revolución cultural" representa un claro paso adelante respecto de algunos textos considerados clásicos del pensamiento de Mao, acerca de la lucha de clases en la etapa de transición. Nos referimos al ensayo *Sobre la contradicción* (1937), y *Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo* (1957). No sólo porque el primero está fuertemente contaminado de hegelianismo (no es casual que se haya convertido en el texto de los sinólogos que apuntan precisamente a un *Mao contra Marx*), y en el segundo, más complejo, subsiste una diferencia entre las contradicciones "con el enemigo" y "en el pueblo", como contradicciones antagónicas y no antagónicas respectivamente, que puede ser leída también en clave antiestalinista, como ocurrió con la polémica producida a partir de 1956 (cf. este tipo de interpretación en Enrica Collotti Pischel, *Radici ideologiche della rivoluzione cinese*). Ocurre que la "revolución cultural" redescubre las raíces *materiales* (y por consiguiente antagónicas) de la contradicción, las designa por su nombre —es decir, capitalismo— y funda sobre éstas la lucha de clases y la necesidad de una dictadura proletaria.

Prueba de ello es entre otras cosas la polémica, justamente señalada por Blumer⁴, sobre la dialéctica, surgida en 1964 a propósito de la interpretación de Yang Sen-chien y conocida con las fórmulas "uno se divide en dos" y "dos se unen en uno". El fondo de la controversia —cómo una

concepción gradualista y evolucionista, que era el punto de vista "conciliador" de Yang, debía batirse por una concepción antagonista de la contradicción— se basaba en el hecho de que toda contradicción expresa no un equilibrio de posiciones, cada una en sí imperfecta, sino un momento irreductiblemente antagónico, motor del proceso histórico a causa de su imposibilidad de encontrar solución salvo fuera de los términos en que se presenta la contradicción. ¿En qué puede basarse, sin embargo, la *irreductibilidad* de uno de los extremos de la contradicción, sino en el hecho de estar radicado en un *datum* material, real, imposible de resolver en una tesis puramente ideológica? La naturaleza material de la "contradicción principal", a la que se opone la alternativa de una toma de conciencia fundada sobre las respectivas necesidades materiales (es decir, el pie en tierra de la dialéctica hegeliana), más que en la abstracción de los escritos de Mao —señala con agudeza Blumer— se observa en esos documentos populares de la "revolución cultural" en los que se refiere cómo el pensamiento de Mao ha servido para resolver diversas dificultades prácticas, y que han sido satirizados por la crítica occidental.

Así, la "revolución cultural" reabre *en su totalidad* el problema de subvertir el modo de producción capitalista, anula la falsa disyuntiva del esquema estructura-superestructura y redimensiona el alcance de una revolución política que no se continúe en una revolución social global. Vuelve de esta manera íntegramente a la temática marxista de la alternativa total representada por el socialismo, y por consiguiente ve en la sociedad de transición el lugar de una fase de la lucha de clases, nueva, pero en su pleno sentido.

B. EL MODELO DE ACUMULACIÓN

El segundo aspecto cuestionado del modelo de construcción del socialismo es el problema de la acumulación. La toma del poder político se ha producido siempre en países atrasados desde el punto de vista productivo, de lo que se ha deducido con bastante lógica que el pasaje hacia el socialismo y, con mayor razón, al comunismo, implicaba una rápida constitución de las *bases materiales* del desa-

rollo, concebidas en conjunto como garantía de subsistencia y de defensa militar contra la agresión externa. Eje de esta "acumulación" ha sido, en la Unión Soviética, el proceso de industrialización y, dentro de éste, la prioridad otorgada a la industria pesada. La mayoría de las inversiones fue dirigida hacia el sector industrial, proporcionando una gran parte de la fuerza de trabajo (el proletariado ya existente y la clase obrera en vías de formación), de los instrumentos y de los medios de trabajo, pagados en gran parte por medio de una "expropiación" de la acumulación campesina.

Las razones históricas de esta elección pueden encontrarse en la polémica que siguió a la etapa leninista de la URSS, en los años veinte⁵. Todavía hoy, como lo observa Bettelheim, y como por otra parte surge de las mismas discusiones realizadas en el seno del PCUS, desde la remoción de Jruschov hasta las últimas declaraciones de Breznev, la fisura que esta línea abrió entre industria y agricultura no se ha cerrado. A cincuenta años de la Revolución de Octubre, la contradicción entre ciudad y campo no parece haberse reducido, ni estamos cerca —como lo había ambicionado Jruschov— de un momento de unificación productiva de la industria y la agricultura. Ambas ramas crecen con ritmo independiente; la situación de los campesinos se ha estancado en comparación con la de los obreros. La sociedad aparece aún dividida y, dentro mismo de la fábrica, se amplía la estratificación del trabajo manual y del intelectual. Los sistemas salariales y la preparación profesional, es decir el ordenamiento escolar, reflejan una división del trabajo que conserva una naturaleza no sólo técnica sino también social. Desde este punto de vista no se produce un cambio sustancial de modelo entre la etapa estalinista y la etapa de Jruschov: la segunda parece haber legitimado la inamovilidad de una condición que en la primera era considerada transitoria.

Este esquema no ha sido rechazado por las "oposiciones" internas ni por las prudentes críticas comunistas (oficiales, como en el Partido Comunista italiano, o surgidas de la disidencia, como en Francia) a los "retrasos" de la sociedad soviética. Más aún, tales críticas llevan al máximo el carácter no sustancial del esquema. En

la base de estas posiciones se encuentra el supuesto dialéctico de la interacción que en Marx vincula el "crecimiento histórico" con la "revolución" y, en particular, la tesis según la cual el hombre se libera y reconquista a sí mismo por medio de una inversión total del modo de producción capitalista, puesto que sólo en éste se realiza el carácter colectivo de la producción. A través de dicha lectura de Marx es introducida en el modo de producción capitalista una suerte de separación entre una "forma" que sería histórica y social, objeto de variaciones políticas y que se referiría solamente a la propiedad de los medios de producción (y en general a las relaciones de propiedad), y un núcleo no sujeto a variaciones sociales, sino a un progreso lineal sobre sí mismo, constituido por el nivel y por la configuración asumida por las fuerzas productivas luego del desarrollo del maquinismo industrial. Esto es asumido en conjunto, positivamente, como un dato ahistórico que debe ser conservado. Aquí se origina la tesis de la neutralidad de las ciencias y de la técnica, y hasta de su bondad sustancial.

De aquí proviene la certeza de que la edificación del socialismo sólo puede modelarse sobre un esquema técnico y productivo idéntico al de la llamada "revolución industrial", con la modificación solamente de las "relaciones humanas": la propiedad de los medios de trabajo y la distribución social del producto. Y, por consiguiente, también la búsqueda de una "competitividad" adecuada al modelo guía de las sociedades capitalistas más desarrolladas. Sobre este punto de vista no hay una diferencia de actitud entre la experiencia soviética, la oposición socialista europea y modelos como el cubano o de otros países en vías de desarrollo. (En lo que respecta a Cuba, no debe llevarnos a engaño el énfasis puesto sobre el azúcar: no significa un esquema distinto al de la industrialización, ni tampoco un esquema distinto al de la acumulación socialista habitual. El azúcar no es una producción "campesina"; es la "industria pesada" de Cuba y su modo de producción es industrial, a pesar de que se desarrolla en parte sobre la tierra.)

Este modelo es cuestionado por China, primero en la práctica y luego, con la "revolución cultural", en los principios. La razón por la que Mao rompe con este mo-

delo resulta evidente: es la certeza de que él implica una proyección al infinito de la división capitalista del trabajo, una profundización de la fisura entre campo y ciudad, entre zonas avanzadas y zonas atrasadas, entre el privilegiamiento de la técnica y del trabajo intelectual contra el trabajo manual. En consecuencia, este modelo refleja y, dentro de un proceso que se ha tornado colectivo y en él todos participan colectivamente, perpetúa una valoración mistificada del trabajo: el principio de "a cada uno según su trabajo", lleva consigo la ambigüedad profunda del "metro" capitalista con el que se mide el valor-trabajo. Al mismo tiempo, cristalizando a la sociedad en áreas de desarrollo desigual, exalta las raíces sociales de la desigualdad, pero en esto reproduce del capital, más que la proclamada "racionalidad", el derroche y la destrucción de enormes potenciales de fuerza productiva. Este último punto —que a menudo escapa a muchos defensores de la "revolución cultural" que de buena fe sostienen el valor positivo de una revolución que sacrifica no obstante "el racionalismo, la economicidad, la eficiencia, el realismo"* considerados todos valores *efectivos* del modo de producción capitalista— representa la palanca de la que parte la crítica de Mao al modelo tradicional de desarrollo socialista. En el discurso de 1956*, Mao denuncia el carácter irracional e improductivo del crecimiento a través de áreas privilegiadas de desarrollo: "es verdad, la industria pesada tiene prioridad, pero si se quiere desarrollar verdaderamente la industria hay que desarrollar la agricultura; es verdad, la industria pesada tiene prioridad, pero si se quiere desarrollar la industria pesada es necesario desarrollar la industria liviana, etc." Su razonamiento no es un artificio retórico para cuestionar, sin que lo parezca, una elección prioritaria. Es la puesta en evidencia de la *irracionalidad*, desde el punto de vista del subdesarrollo, de las prioridades del modelo de acumulación soviético, que a su vez subraya la "objetividad técnica" del capitalismo. La "revolución cultural" llevó esta crítica a fondo a través de la consigna de "caminar sobre las piernas propias". Pero aún antes, la opción de las Comunas y del Gran Salto habían sido un intento

* Cf. p. 165 del presente volumen. [N. del E.]

(aunque con reconocidos elementos utopistas) de cerrar la fisura entre industria y agricultura mediante la utilización máxima de todas las fuerzas productivas a su más alto nivel, no sacrificando ninguna en beneficio de las otras.

En otra parte hemos intentado examinar los resultados de esta línea y aquí no nos es posible indagar sus orígenes. Es verdad que la conciencia de las condiciones particulares de China y del peso que en ella tienen las masas campesinas, protagonistas de la revolución, influyeron en Mao para rechazar el modelo de acumulación soviético basado en la exacción de los campesinos. Pero este argumento no nos parece aún suficiente. En realidad estos factores podrían haber influido en Mao a la inversa para que optara por la elección típicamente campesina de reforzar la pequeña propiedad, que aparece como inevitable en el modelo —digamos, para entendernos— “soviético”, como alternativa y atenuante de las estrecheces de los momentos de colectivización forzada. Mao rechaza este camino y se mueve por el contrario en oposición a la línea bujarinista de “avanzar a paso de tortuga”, apuntando hacia una unificación teórica y práctica del conjunto del proceso de “proletarización” de China (por esta razón no renunciará jamás a la tesis de la dirección proletaria de la revolución), tendiendo a resolver el problema campesino en una radicalización ininterrumpida de la lucha de clases en el campo, en la lucha sin cuartel contra la propiedad y en la tentativa quizás aventurada de la gestión agrícola-industrial de las Comunas, más bien que exaltando su especificidad. El esfuerzo por una gran fusión social de la población, transplantada de las ciudades al campo es sólo el aspecto sociológico. Pero antes y por debajo de esto se encuentra el intento de una concepción global del desarrollo que, haciendo avanzar al conjunto de la sociedad, arranque de raíz la desigualdad del crecimiento, que es una desigualdad social y, por consiguiente, productiva.

De aquí proviene la denuncia de la técnica, la ciencia, la cultura y la escuela “burguesa”, que pone en evidencia su falta de neutralidad, su tara congénita, su rol de reproductora y encubridora del desarrollo desigual, pero también, con mucho énfasis, la limitación y el des-

pilfarro que el sistema lleva consigo. Una lectura lúdica de la “revolución cultural” es atractiva para la aristocracia “revolucionaria” europea. De esto no hay huellas, sin embargo, en Mao y en los textos de la “revolución cultural”. Los innumerables episodios referidos por *Hsinhua*, *Cahiers de la Chine nouvelle*, o *Pekin informa*, en los que se narra cómo un grupo de obreros consiguió fabricar los tubos de oxígeno que los técnicos no podían resolver, o cómo los campesinos de cierta aldea lograron erradicar la oruga que arrasaba sus campos “con ayuda de avispas parásitas”, han provocado el escándalo de Occidente, porque denuncian la “objetividad del saber”, sagrada para nosotros. Pero el eje real de estos episodios no es la exaltación del “sentido común” contra la ciencia, sino un uso diferente de las técnicas y, por consiguiente, la modificación progresista de las técnicas al calor de un uso social diferente.

Y también aquí la dialéctica de Mao, para tranquilidad de sus detractores y de demasiados de sus amigos, es rigurosamente marxista.

Puesto que si Marx vio al capitalismo como la coronación de la prehistoria del hombre y al socialismo como su descendiente, es verdad también que en Marx esta filiación nace de un parto destructivo, es un trastocamiento del que nada se salva, excepto el nivel en el que la revolución se produce. Respecto al mismo Lenin, para quien la ruptura y la continuidad y, en lo que se refiere a la herencia cultural burguesa, el “patrimonio transmitido”, son suficientemente paralelos como para consentir cualquier tipo de cita (y naturalmente es el elemento de continuidad lo que es puesto en relieve por los partidos comunistas y en especial por el PCUS), en Mao y en la “revolución cultural” la mayéutica de la destrucción, el trastocamiento, la *Umwälzung* como creadora de un nuevo orden y de una racionalidad auténtica, se acerca mucho más a lo que escribía Marx en la *Ideología alemana*: “todas las anteriores revoluciones dejaron intacto el modo de actividad y sólo trataban de lograr otra distribución de esta actividad, una nueva distribución del trabajo entre otras personas, al paso que la revolución comunista está dirigida contra el modo anterior de actividad...” Y en los *Grundrisse*: “Pero, in fact, si se despoja a la riqueza de su limitada forma

burguesa, ¿qué es la riqueza sino la universalidad de las necesidades, capacidades, goces, fuerzas productivas, etc., de los individuos, creada en el intercambio universal? ¿[Qué, sino] el desarrollo pleno del dominio humano sobre las fuerzas naturales, tanto sobre las de la así llamada naturaleza como sobre su propia naturaleza? ¿[Qué, sino] la elaboración absoluta de sus disposiciones creadoras sin otro presupuesto que el desarrollo histórico previo...? En la economía burguesa —y en la época de la producción que a ella corresponde— esta elaboración plena de lo interno aparece como vaciamiento pleno, esta objetivación universal, como alienación total, y la destrucción de todos los objetivos unilaterales determinados, como sacrificio del objetivo propio frente a un objetivo completamente externo.” (*Formen*)*.

C. “PRIORIDADES” ECONÓMICAS Y POLÍTICAS

Este elemento *destructivo* como premisa de la liberación, de la exteriorización de la “naturaleza del hombre”, es el sentido profundo de la actividad política revolucionaria y no puede ser separado de la “construcción de las bases materiales” del socialismo. Este es el tercer punto en el que Mao se enfrenta con el modelo tradicional y su orden de prioridades: primero las “bases materiales”, luego los cambios “superestructurales”; es decir, la ruptura de las antiguas relaciones entre los hombres, el “verdadero” socialismo, el “pasaje al comunismo”, la extinción del Estado. Esta dicotomía es sostenida firmemente en la construcción del socialismo soviético, y por consiguiente, del desarrollo elegido: un crecimiento industrial acelerado, basado en un modelo que compita con el capitalista, implica no sólo una totalidad sino una acentuada verticalidad de dirección —puesto que obliga a determinadas opciones— de la misma manera en que la utilización de una técnica de tipo capitalista implica una cierta división jerárquica del trabajo, una forma de selección y de preparación para los roles sociales también jerárquica y parcializada y, casi naturalmente, —decimos casi porque existió un intento cubano diferente— exige una elección promocional de incentivos sociales y materiales que mul-

* Cf. *Cuaderno de Pasado y Presente*, n° 20, pp. 65-66.

tiplica la estratificación de la sociedad. De todos modos aún dentro de una sociedad que se pretende socialista, la división del trabajo y de los roles que se adopta corresponde a una pluralidad no sólo de tareas sino de verdaderos *poderes*. Y esta jerarquía está tan estrechamente enraizada en las condiciones de trabajo, en la “relación de producción”, que no hay un “Estado de todo el pueblo” que pueda existir, ni un proclamado “fin de la dictadura del proletariado” capaz de desmentir la realidad de los hechos, que son, la acentuación del momento vertical, represivo, del Estado y la delegación permanente y cada vez más acentuada del poder en quien lo representa.

También aquí el problema que enfrenta la “revolución cultural” es complejo y su solución aparentemente paradójica. Porque —y esto lo vió Mao a partir de la adopción de las Comunas— no es posible liquidar la desigualdad sin liquidar sus raíces materiales. Esta es la causa de la elección de un modelo de desarrollo material *diferente*, opuesto, fundado en una rápida y simultánea fuga hacia adelante y una combinación de las fuerzas productivas. Por el contrario, la premisa de esta transformación de la base es el cambio de las relaciones entre los hombres y no a la inversa. La prioridad se vuelca al término subjetivo, revolucionario, a la violación de los cursos naturales del desarrollo, a la *política en primer lugar*. “Tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma, [la transformación social] es necesaria una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una *revolución*... no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase *que derriba* salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.” En Mao, al igual que en este párrafo de Marx, la prioridad de lo político no es un dato de la conciencia; es la insistencia en la praxis como un único momento de destrucción (del enemigo y de cuanto haya de enemigo en nosotros) y de construcción de un orden nuevo. Pero —y aquí también nos parece que la “revolución cultural” ha sido mal entendida— el objeto de esta praxis no está específicamente

orientado hacia cambios "ideológicos" ni tampoco es específicamente educativo y declamatorio. Está orientado hacia cambios *materiales*, de status y de relación objetiva de trabajo y de poder.

Esto explica el rechazo de la separación de los dos momentos (construcción de las bases materiales primero, superestructura luego), que nos remite evidentemente a esa comprensión más correcta de la relación estructura/superestructura, como nexo indisoluble y no como superposición de planos, que señalábamos antes. Esto explica también el rechazo del economismo personificado por Liu Shao-chi, o de la concepción esencialmente tecnológica de la defensa, personificada por Peng The-hual, y el intento de un cuestionamiento total de la jerarquía como condición para un tipo diferente de desarrollo productivo y material. La prioridad de lo político no debe ser entendida (como curiosamente sucede en los partidos revisionistas y en las fuerzas que se autodefinen como "marxistas-leninistas", aunque con evaluación diferente: negativa en unos, positiva en otros) como un predominio de los buenos sentimientos sobre la realidad práctica. En lo "político" y en lo "económico" Mao distingue simbólicamente dos momentos que su praxis política eslabona de manera marxista, rechazando la autonomía y la pretendida objetividad de lo *económico* metahistórico y separado de su connotación social, y restituyendo a lo *político* la naturaleza de agente transformador del dato estructural.

Es así que la "revolución cultural", como hecho de masas, parte de la universidad vista como lugar de selección y reproducción de una sociedad jerárquica y desigual, atacando la formación edificada sobre la división del trabajo heredada del modo de producción y de la técnica capitalista; y algunos meses más tarde atacará directamente la organización del trabajo en las empresas, en la experiencia de Shanghai. Dado que en el ejército habían sido ya abolidos los grados, la práctica del trabajo en las Comunas se había hecho obligatoria para todos los estudiantes y trabajadores urbanos durante la década del sesenta, y el trabajo manual formó parte de las obligaciones de todo funcionario o dirigente, la "revolución cultural" provocó en este movimiento, todavía esencialmente educativo, concientizador, un efecto de ruptura

no sólo en la distribución de los roles, sino en los roles mismos. Lo que ahora se discute no es ya la composición de la población universitaria, sino la naturaleza misma de la universidad. No se discute cuántas horas debe pasar el director de la fábrica en la máquina del obrero (aún cuando la experiencia demuestra que sin una tensión social permanente el director ocupa poco tiempo en ella) sino el conjunto de la gestión y de la parcialización del trabajo en la industria. No es más la "democratización" de la relación vertical de dirección en el aparato estatal, en la economía, la industria o la educación, lo que se discute; es la naturaleza misma de ese proceso. *La política en el punto de mando* apunta a dislocar —sin otro presupuesto que el desarrollo histórico precedente— el conjunto de las relaciones entre los hombres. Es lo que podría llamarse, quizá impropriamente, la introducción de momentos de comunismo antes de la fase comunista. Más correctamente, esto expresa el rechazo de la sujeción a toda *objetividad* que no sea la del crecimiento revolucionario.

D. PROLETARIADO Y PARTIDO

Finalmente, esta alternativa de modelos implica también una alternativa en las relaciones entre partido y masas y una diferencia sustancial en la concepción de la dictadura del proletariado. Se acepta generalmente que en los modelos de construcción socialista de Europa esta relación se ha clausurado, y relativamente pronto, dando así a la "dictadura del proletariado" la connotación de una dictadura política de la vanguardia por cuenta del proletariado. Cuando se produce, la discusión comienza acerca de las razones que llevaron a esta clausura, dentro de qué límites fue consecuencia de una "inmadurez" de la revolución y por consiguiente de la necesidad de una función centralizadora y autoritaria de la vanguardia, y dentro de qué límites terminó por volverse contra sus mismas causas. Es un hecho que, en las condiciones en que se verificó la Revolución de Octubre (un testimonio de lo cual es todo el trabajo de los últimos años de Lenin,⁹ la liquidación de los soviets y finalmente la rápida crisis

* Cf. Cuadernos de *Pasado y Presente*, n° 25: Vladimir I. Lenin: *Contra la burocracia*.

de la unidad del grupo dirigente soviético), el partido asumió la totalidad de la gestión o mejor dicho, del *momento político*, estableciendo una relación con las masas que en los momentos más altos fue de profundo consenso, pero sin recibir ni restituirles a ellas la delegación del poder, y fundamentalmente, sin un control que fuera más allá del horizonte de una dialéctica interna, que también acabó por cerrarse en la etapa estalinista.

Al pasar del comunismo de guerra a la NEP, de ésta al proceso de industrialización y luego a la colectivización de la tierra, el tipo de transformación material que se estaba produciendo en la sociedad soviética acentuó indudablemente el carácter autoritario de la relación. Para volver otra vez a un hecho más macroscópico, la exacción efectuada a los campesinos para los fines de la acumulación sólo podía producirse a través de un elemento de compulsión, en el cual no estaban claramente individualizadas las determinaciones de clase. Se trataba no sólo de una áspera lucha entre los sectores sociales desposeídos y la propiedad agrícola —como en China— sino de una subordinación global del conjunto de la agricultura a los fines de la acumulación industrial. Y ya hemos hablado sobre las consecuencias de la relación de poder entre los hombres, que son inducidos a aceptar la organización productiva tal como se configuró históricamente en el maquinismo industrial. Esta relación no podía dejar de reflejarse (aún cuando evidentemente los planos no coinciden) también en el verticalismo de la conducción política, produciendo una tensión entre dos estructuras igualmente verticales: la de la organización productiva y la del partido. (Esta tensión es por otra parte una componente de todas las discusiones últimas sobre las “reformas”).

La elección que Mao llevó a partir de 1957, y que constituye su respuesta a la crisis política de la sociedad estalinista, se orienta coherentemente en dirección a una reapertura de la relación partido/masas pero se funda no tanto en una democratización interna (ni siquiera con la variante, clásica en él, de la *línea de masas*, que tiene la naturaleza y el límite de una vasta consulta y experimentación de base), como una fuerte transferencia del poder *real*. El lanzamiento de las Comunas, organis-

mo a la vez productivo, administrativo y político, constituye un intento de fundar, en un proceso acelerado de fusión de la figura social del obrero y del campesino, la redistribución global del poder en el seno de la sociedad. La elección de la “revolución cultural” es aún más radical pues desplaza el énfasis de la lucha política al papel de protagonista de la base social: “En la gran revolución cultural proletaria, las masas sólo pueden liberarse por sí mismas y de ninguna manera se debe actuar en lugar de ellas”, dice el punto 4º de la decisión del Comité Central del 4 de agosto de 1966, marcando la victoria de la tendencia de Mao. Esta fase de la “revolución cultural” se cierra, por fin, con un congreso que es en realidad una nueva convención constituyente del partido, cuyos delegados han sido elegidos en asambleas abiertas, de masas, de la misma manera en que todo a lo largo de la “revolución cultural” las estructuras y la composición del partido fueron anuladas y reconstruidas, no dentro de sí mismas, sino como expresión de una vanguardia nacida en el calor mismo de la lucha.

¿Cuál es la raíz de esta elección? Una lectura “espontaneísta” (en el sentido que se da hoy a este término) de Mao es tan poco válida como el intento de los grupos maoístas europeos de ocultar la apelación a las masas efectuada por la “revolución cultural” para destacar tan sólo el momento de la reedificación del partido revolucionario. En realidad, el hecho de apelar a las masas es el dato propio, esencial, de la “revolución cultural”, y constituye la diferencia de fondo entre esta y las etapas precedentes de la batalla política de Mao, incluyendo las Comunas, la campaña de rectificación y el movimiento por la educación socialista, resueltas todas en el seno del Partido. Con la postura del 5 de agosto (“rebelaos” y “bombardead el cuartel general”), al instalar la lucha fuera del partido Mao sabe bien que esta opción modifica radicalmente la posición del partido, dentro de la sociedad, sea cual fuere el resultado de la batalla. Es que —aún cuando le quedara la función de síntesis y de guía, sobre la cual vuelve o mejor dicho, comienza el “librito rojo”— lo que se niega es que el partido extraiga su legitimidad de sí mismo, exista como una esfera política “a priori” del ser social y se autoregule. En el momento

en que las masas son convocadas no sólo para juzgarlo, sino para combatirlo, Mao reencuentra el sujeto político en el interior de la sociedad y reduce al partido a la condición de "instrumento" del proletariado en lugar de expresión en cierto modo externa al proletariado. Mao restablece así con claridad la presencia y la importancia de una dialéctica entre masas y representación política cuyo eje fundamental descansa en las masas.

Pero también en este caso la operación que se lleva a cabo es sustancialmente marxista, puesto que, como hemos dicho no es casual que en el curso de la revolución china reaparezca el tema de la Comuna. Y es marxista en el sentido de una *permanente refundamentación material de la conciencia política*. ¿Cuál fue la causa de que el proceso de la "revolución cultural" no pudiera ser resuelto dentro del partido, es decir, dentro de la esfera política como esfera socialmente definida, como grupo social en sí mismo? Con toda seguridad fue el hecho de que el partido, en su estructuración y conciencia de sí, se debilitó por el papel que le fue asignado en el modelo soviético de construcción del socialismo. Esta es justamente la acusación hecha a Liu Shao-chi, condenado además por su interpretación gradualista del desarrollo de la lucha de clases y por su concepción autoritaria del partido, que son dos modos de poner entre paréntesis al verdadero interlocutor, el proletariado como protagonista social. Y a la inversa, las razones de una etapa más avanzada de la revolución social sólo pueden ser sostenidas directamente por quien es el portador social de esta revolución. No porque el campesino pobre sea el más puro e incorruptible, sino porque es el más desposeído —el proletario, "el que no posee medios de producción"— es también el agente social más *seguro*. Le basta verse en su condición real para ubicarse políticamente. Todo el eje de la "revolución cultural", tal como es vista por Mao (ya muchos otros estaban dispuestos a dar otra versión de la "revolución cultural" llevada a cabo con la guía del partido), pasa por esta determinación de las contradicciones sociales reales, por el descubrimiento de quienes los representan, por la denuncia de quienes los apañan y de todo lo que como efecto inconsciente y reflejo de una conciencia tergiversada, tiende a aceptarlos en la conciencia popu-

lar. Contra todas las interpretaciones idealistas, no nos parece correcto dudar del fundamento material de la opción maoísta, que vuelve a poner sobre sus pies el discurso respecto del partido y las masas, de la vanguardia y la base. Surge así un problema por demás complejo, puesto que de ese modo Mao liquida el tema y el justificativo de la "inmadurez" de la revolución desde el punto de vista de la conciencia, que es de donde proviene la teoría de la vanguardia externa. Si no lo liquida, por lo menos lo desplaza, ya que identifica en el desposeído y en la conciencia de su desposesión o explotación (cualquiera sea el grado de desarrollo de la fuerza productiva) al elemento objetivamente antagonista, al protagonista de la revolución. En él precisamente tiende a fincar todo el proceso de desarrollo social, no sólo para impedir que la sociedad se divida en sectores desarrollados y sectores atrasados, sino porque únicamente el sector atrasado permite al primero reconocer globalmente su propio mecanismo y papel, de la misma manera en que el mecanismo del sector atrasado, dejado atrás por el crecimiento, es sólo "legible" desde el sector desarrollado. Pero en el hecho de captar la naturaleza *unitaria* del proceso capitalista en la fase imperialista, ¿no aparece evidente el vínculo con la propuesta internacional de China y, al mismo tiempo, la diferencia entre el internacionalismo de Mao y el "tercermundismo"? Mao se distancia de la tesis de Marx según la cual el capitalismo habría unificado el mundo homogeneizándolo; el imperialismo unifica creando y manteniendo el subdesarrollo, la no homogeneidad. Pero ésta no es ya solamente "atraso", no tiene una razón de ser "antes" y "fuera" de la acumulación capitalista mundial: es su componente directo. A escala mundial se produce una proletarización y en vastas regiones del mundo se enfrentan y precipitan las tensiones antagónicas. Pero también se unifica el frente, en una única lucha, en la cual las "zonas rurales" no constituyen un sector menesteroso y atrasado, necesitado de la mediación y el pasaje a la fase democrático-burguesa. En la actualidad constituye la proyección del proletariado mundial. Ninguna zona puede ser ya "inmadura" para la revolución, ningún proletario, urbano o campesino, puede

ser ya excluido. Construir una revolución fundada en las masas no es sólo necesario sino posible.

IV

La "revolución cultural" rompe, pues, con algunas hipótesis fundamentales que han presidido la construcción del socialismo en Europa. Pero el enfrentamiento se produce esencialmente alrededor de un punto: la necesidad de un rechazo radical, de una reconsideración ininterrumpida de los elementos de continuidad histórica que la era del capitalismo transmite a las etapas siguientes. Se trata, en síntesis, de la interpretación de la revolución no como una nueva forma de gestión de una sociedad transmitida, sino como la destrucción y reconstrucción de un nuevo ser social. Y no es tan solo un planteo político sino teórico. Debemos preguntarnos cómo se ubica Mao dentro de la tradición del movimiento comunista, cuál es su filiación, dónde se produce la solución de continuidad.

No se trata aquí de un problema filológico, aún cuando será necesario llevar a cabo una investigación minuciosa sobre la formación histórica del pensamiento de Mao Tse-tung. El problema es político y, en realidad, las corrientes que en Europa se identifican de alguna manera con el maoísmo han intentado resolverlo de diversas maneras. La más oficial resuelve la cuestión sin más trámite: Mao, el maoísmo, sería simplemente un "estalinismo redescubierto" que, por su parte resulta ser ni más ni menos que el "verdadero leninismo". El esfuerzo casi heroico por abolir una serie de datos fácticos, cuya naturaleza no es teórica sino histórica, exigido por esta operación, refleja el intento desesperado por reducir la crisis del movimiento obrero occidental a una "simple traición", de modo de poder volver como solución a la supuesta integridad revolucionaria de los partidos comunistas, mientras se desarrollaron bajo las alas de la Tercera Internacional. No tiene importancia que en esa etapa se haya consumado el fracaso de las revoluciones en Occidente. Lo importante es eludir una investigación de los orígenes reales del retraso de la revolución en Occidente, esquivar la necesidad de medirse con la complejidad de una historia y de una formación socio-

política que todavía están a la espera de una estrategia; encontrar un atajo y garantizar al mismo tiempo una caución: la existencia victoriosa de China.

La visión "tercermundista", hoy en declinación, es reflejo de una análoga vacilación: Mao sería el teórico de la revolución de los pobres; China, que no es muy distinta de Cuba o de otros países afroasiáticos, sería la última esperanza del mundo. El problema de hacer la revolución es transferido a las regiones atrasadas, para con las cuales Occidente, mortificado y maldecido, no tiene otra obligación que brindarle su heroica solidaridad. Por opuestas que sean estas dos posiciones, comparten (curiosamente en condominio con los partidos comunistas) el intento de apartar la experiencia china de toda contaminación con la realidad actual, haciéndola enredarse en el tiempo, como una mera repetición de un hecho ya sucedido, o en el espacio geográfico, como verdad de un mundo diferente. Como contribución teórica, innovadora y viva a la teoría del movimiento obrero y de nuestra historia presente, la "revolución cultural" no existe.

Es distinta, en cambio, la respuesta que proviene de un tercer esquema de interpretación, más reciente, emanada de investigadores y grupos que se identifican con el maoísmo subrayando en cambio su elemento de innovación radical^o. Según este esquema de interpretación, Mao no sólo se apartaría, como de hecho se aparta, de la experiencia estalinista, sino que ésta —y aquí en cambio se retoman bajo un nuevo signo las tesis de los marxistas-leninistas— sería el producto histórico del leninismo y del marxismo, resultado obligatorio de un desarrollo lineal del marxismo eurocéntrico, que no llegó por azar a este callejón sin salida. Marx, en realidad, al concebir el capitalismo como coronación de la historia, habría imaginado a la revolución como una simple ruptura de las trabas que impedían el crecimiento de las fuerzas productivas y que se identifican sustancialmente con la propiedad privada de los medios de producción, causa de fraccionamiento, anarquía y derroche productivo. El socialismo no sería otra cosa que la instauración de un marco en el cual esas fuerzas, en el grado de desarrollo en que se encuentran, podrán crecer mejor, mediante una planificación orgánica y por consiguiente centralizada y correspondien-

te a una propiedad única y pública, vertical y autoritaria. También en el socialismo, pues, se reproduciría una contradicción social, sólo que en lugar de fundarse en el antagonismo entre propiedad privada y trabajo vendido —es decir, explotación— se basaría en la contradicción, o en la serie de contradicciones, que enfrenta a gobernados y gobernantes. Con la revolución cultural, Mao habría roto la continuidad de este esquema, descubriendo bajo el “Estado de todo el pueblo” este dualismo de poder. Pero para lograrlo habría colocado el concepto de clase fuera de la materialidad de la relación de producción, identificando sus principios en una teoría general de la contradicción que se reproduce en cualquier tipo de sociedad histórica. ¿Por qué correspondería esta interpretación del maoísmo a las exigencias de la lucha de clases en Europa? Porque en realidad el capitalismo europeo habría superado ya la etapa anárquica de la que hablaba Marx, ya se habría organizado como forma global y resuelto las contradicciones fundamentales entre la anarquía del sistema de propiedad y el desarrollo de las fuerzas productivas. Lo esencial de los conflictos habría sido, pues, excluido del modo de producción y circunscripto a la esfera de las relaciones de poder. La teoría de Mao adquiriría así una particular actualidad y fuerza interpretativa.

El defecto de esta lectura de Mao no reside tanto en ser sustancialmente idealista (al menos si ser materialista significa unir los procesos históricos a los medios de producción, posición a la que nos gustaría permanecer fieles), como en reproducir una lectura de Mao y del leninismo sustancialmente calcada sobre la ideología de la experiencia histórica de la sociedad estalinista, y sobre su perfecta contrapartida, el revisionismo. O sea, se trata de reducir la revolución al tema de la gestión no privada de los medios de producción y del conjunto de las fuerzas productivas heredadas de la etapa y del modo de producción capitalista.

Pero, para llevar a cabo esta reducción, hace falta pasar por encima del contenido intrínseco del pensamiento de Marx, que no alude tanto al coronamiento como a la subversión de la historia, la idea de la revolución en términos de destrucción y reconstrucción de las relacio-

nes entre los hombres presentada como alternativa total. Y es necesario, incluso, pasar por encima de Lenin y hasta de Stalin, si es verdad que en el primero la relación entre la ruptura y la continuidad es vivida no académicamente sino en la plenitud de la experiencia de transformación del capitalismo en Rusia, mientras que en el último queda como contradicción sin resolver entre la alternativa voluntarista y las férreas leyes de un esquema de desarrollo material, aceptado porque parecía impuesto por el esquema heredado del maquinismo industrial capitalista y de la división capitalista del trabajo, para peor en una situación de atraso.

Si Mao puede redescubrir íntegramente lo radical de la alternativa, es porque *sale de este esquema de desarrollo*. Y puede hacerlo porque él se le presenta, en la década del 50, ya llegado a un punto de crisis y convertido en una amenaza aún mayor, por la catástrofe que su aplicación podría significar en condiciones de atraso todavía mayores, como las de China. Si el maoísmo nos pudo dar la clave que vuelve transparente el mecanismo de la sociedad de transición, es justamente porque vio en ella la supervivencia del modo capitalista de producción; porque hizo una “lectura” marxista de las sociedades socialistas europeas, no a través de la conciencia que poseen de sí, sino por lo que realmente son. En síntesis, porque reconquista la plenitud de la perspectiva marxista, en lugar de abolirla, y la conjuga con la plenitud de la voluntad revolucionaria leninista. Ambas han sido redescubiertas no como mera conquista teórica, sino en lo vivo de un conflicto social todavía en acto, deliberadamente iluminado y propuesto para un conflicto político de masas.

¿Qué sentido tiene, entonces, vaciar el pensamiento de Mao de esta intensa connotación materialista, repetir la estéril identificación de la Segunda Internacional entre materialismo y economismo, salir por la tangente de una visión entre idealista y sociológica de un flujo de contradicciones, entre las cuales no sería posible individualizar el antagonismo, salvo como una idea abstracta de la libertad, como una concepción del hombre a la manera de Rousseau? Nos parece que la permanente tentación de traducir la revolución en términos de voluntarismo traiciona una vez más la incapacidad de deducir la crisis del

capitalismo, la solución socialista en Occidente, a partir de una contradicción material interna. No hemos logrado liberarnos de la disociación que se repite en el movimiento obrero occidental desde los años veinte, entre una adhesión a los procesos reales vivida solo como subordinación frente a la compacta impermeabilidad e invulnerabilidad del capitalismo, y un quehacer político totalmente transferido, por impotencia, a la esfera de la superestructura. Maximalismo, reformismo, abierta colaboración de clases o, a la inversa, voluntarismo convulsionado y rechazo son sólo aspectos diversos de esta derrota.

Si la "revolución cultural" nos es útil, se debe precisamente a que nos ofrece —con todas las condiciones necesarias para transferirla a un marco histórico distinto— la posibilidad de liberarnos de esta disociación, que no se debe a un mero pecado de desidia o debilidad. Ocorre que en nuestra sociedad el modo de producción capitalista se presenta en su etapa más compacta y en un momento en el que, gracias a una serie de elementos de socialización de la propiedad que Lenin bien había previsto, en mejores condiciones que otro para dominar la anarquía de los procesos productivos; el desarrollo imperialista ha permitido, aunque por medio de desgarramientos y rupturas a escala mundial, la reconstrucción de nuevos campos de unificación, de mecanismos compensatorios que postergan las propias crisis internas. Es verdad que la contradicción entre fuerzas productivas y propiedad de los medios de producción no alcanza ya a ser explosiva. Pero por la misma razón, ¿en esta etapa no salen a la luz los problemas que Mao debió entrever —para escapar de ellos— en las sociedades de transición? ¿No significa esto percibir contradicciones que no son ya sólo ni esencialmente las existentes entre la propiedad pública y la propiedad privada de los medios de producción? ¿No emerge así la complejidad y la globalidad del modo de producción capitalista, la persistencia, en su concreción y en sus repercusiones, de su cultura y su conciencia, que desplaza el campo de la contradicción de la cantidad a la calidad y replantea integralmente el proceso de una reapropiación del trabajo humano a través de una distribución global?

Si esto es verdad, Mao nos da una respuesta nueva

respecto a la de la fase leninista, porque también es diferente el contexto histórico en el cual debe operar. Lenin se enfrentó con formas atrasadas del capitalismo; Mao no lo hizo, como se cree, con el subdesarrollo, sino con el *modelo avanzado de las sociedades de transición* que la experiencia soviética ha trazado y que China corre el riesgo de reproducir. A esta altura su crítica y su método apuntan a una formación social compleja en la cual reconocemos un comportamiento de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción que, en un contexto político e histórico diferente, reproduce nuestros problemas, los problemas de las sociedades capitalistas avanzadas. Bruscamente, el nivel en el que se colocan, y el conflicto y la solución del conflicto, se unifican y desplazan hacia adelante. En las sociedades de transición debe producirse un impulso hacia el comunismo o se corre el riesgo de dar un paso atrás; en las nuestras, deben clausurarse todas las etapas intermedias mediante una revolución global, so pena de ser incapaces de enfrentar una estructura cada vez más integrada y totalizada.

Desde este punto de vista impuesto por la experiencia china surge una profunda reconsideración del movimiento obrero occidental. Ella nos da la clave para interpretar las derrotas de la Internacional, la decadencia, o todavía más, la futilidad de las formas gradualistas o frentistas. El tejido histórico y material de las sociedades socialistas queda restituido en toda su complejidad. La pobreza de las interpretaciones estalinistas y revisionistas queda atrás. La experiencia china nos da la razón objetiva de la naturaleza contrarrevolucionaria de los vínculos entre el movimiento obrero occidental y la actual conducción soviética. Pero si es verdad que de esta manera queda agotada la experiencia de los partidos comunistas, la experiencia china no es menos severa hacia las veleidades de "izquierda" que no se coloquen al nivel de complejidad al que la "revolución cultural" llegó por su cuenta. No se salvan las formas de verbalismo extremista ni los voluntariosos intentos de retornar a esquemas más gloriosos de otras etapas revolucionarias. Nos encontramos colocados frente a la necesidad, práctica y política, de una reconstrucción de grandes dimensiones. Lo que importa es que —quizá por primera vez desde la década del vein-

te— presenciarnos un movimiento real que ni el oportunismo ni el extremismo logran ya suscitar ni frenar, un movimiento que se difunde y se reproduce y que es una convulsión presente e irresuelta del capitalismo maduro. No por casualidad, cuando en mayo de 1968 su expresión alcanzó la violencia máxima, China, a pesar del fragor y de las dificultades de sus luchas internas, lo advirtió y lo reconoció. Ahora, el internacionalismo de una experiencia común se reanuda y comienza a reconstruirse.

Mao Tse-tung Sobre las diez grandes relaciones

Sobre las diez grandes relaciones es la grabación de un discurso pronunciado en abril de 1956 sobre los problemas fundamentales de la revolución socialista. El 27 de diciembre de 1965, el Comité Central del PCC enviaba a todas las organizaciones el texto grabado señalando que "recientemente el compañero Mao Tse-tung, después de haberlo examinado, lo juzgó insuficiente, pero no obstante permitió que fuese enviado a los niveles inferiores para solicitar su opinión". Fue publicado luego, el 22 de diciembre de 1966, en el boletín de los profesores y obreros del Colegio económico de Pekín.

El texto fue traducido al inglés y difundido por el Consulado general norteamericano de Hong Kong. Su autenticidad no ofrece dudas, pero no tratándose de una edición crítica, no son descartables imprecisiones o errores de menor cuantía. Sin embargo, es necesario el conocimiento de este texto por cuanto se vincula muy estrechamente al lanzamiento del "gran salto hacia adelante" producido dos años después, y muestra además la tendencia maoísta a plantear un nuevo y original modelo de desarrollo económico enfrentado al modelo soviético.

El Buró Político ha discutido especialmente, en los dos últimos meses, los informes de trabajo de 34 departamentos económicos y financieros del gobierno. También discutió y recapituló *los diez problemas* y *las diez contradicciones*. Estos fueron formulados a fin de permitir el desarrollo de todos los factores positivos y la movilización de todas las fuerzas para realizar en forma amplia, rápida, correcta y económica los objetivos de la construcción del socialismo.

Nuestra política ha sido siempre la de hacer actuar a todos los factores positivos y movilizar a todas las fuerzas disponibles. En el pasado, la pusimos en práctica para obtener la victoria de la revolución democrática popular

y para poner fin al dominio del imperialismo, del feudalismo y del capitalismo burocrático. Ahora la ponemos en práctica para la nueva revolución —la revolución socialista— y para la construcción socialista. Es una política que vale tanto para la revolución como para la construcción del socialismo. Esto es claro. Pero restan todavía algunos problemas que merecen ser discutidos y entre ellos algunos nuevos. En nuestro trabajo persisten deficiencias y examinando estos problemas y abordando de manera correcta estas contradicciones, facilitaremos nuestro camino.

Y ahora leo los diez problemas:

- 1) Relación entre industria y agricultura, entre industria pesada e industria liviana;
- 2) relación entre industria costera e industria mediterránea;
- 3) relación entre la construcción de la economía y la consolidación de la defensa nacional;
- 4) relación entre el Estado, las unidades productivas y los productores individuales;
- 5) relación entre la administración central y las administraciones locales;
- 6) relación entre la nacionalidad Han y las minorías nacionales;
- 7) relación entre los miembros del partido y los no miembros;
- 8) relación entre revolución y contrarrevolución;
- 9) relación entre lo que es justo y lo que es erróneo;
- 10) relación entre China y los otros países.

Cada una de estas relaciones expresa una contradicción. En cualquier parte del mundo existen contradicciones. No existe lugar que carezca de ellas. Examinemos ahora las diez contradicciones citadas.

1) RELACIÓN ENTRE LA INDUSTRIA Y LA AGRICULTURA, ENTRE LA INDUSTRIA PESADA Y LA INDUSTRIA LIVIANA

La industria pesada es el sector que debe ser desarrollado con prioridad. Sobre esto no hay desacuerdo. Al afrontar la relación entre industria pesada y liviana, entre industria y agricultura, no cometimos errores de principio. Y tampoco cometimos los errores de algunos países

socialistas que atribuyen una importancia unilateral a la industria pesada y descuidan la industria liviana y la agricultura, lo que provoca escasez de mercancías y bienes de consumo cotidiano en el mercado y la inestabilidad de la moneda. Nosotros hemos prestado mayor atención a la industria liviana y a la agricultura. En nuestro mercado existe mayor abundancia de mercancías: no ocurre lo mismo en el mercado post-revolucionario de algunos países. Aunque la disponibilidad de bienes de consumo no es adecuada todavía, disponemos de bienes de consumo suficientes para el consumo cotidiano. Los precios son estables y el *Jenminpi* [moneda del pueblo] es estable. Esto no quiere decir que todo esté resuelto: existen todavía problemas. Para dar más importancia que en el pasado a la industria liviana y a la agricultura es necesario modificar la tasa de inversiones en los diferentes sectores, aumentando adecuadamente la tasa de inversiones en la industria ligera y la agricultura respecto al conjunto de inversiones.

¿Eso significa que la industria pesada ya no tiene una función de guía? La tiene aún. ¿Significa otorgarle menor importancia? No, aunque en esta propuesta no se coloque el acento sobre las inversiones en la industria pesada. Pero de ahora en adelante, será necesario invertir más en la industria liviana y la agricultura a fin de dar más importancia a estos sectores. ¿Significa eso sustituir el sector-clave? No, la industria pesada seguirá siendo el sector-clave aún cuando se atribuirá mayor importancia a la industria liviana y a la agricultura. ¿Qué efecto tendrá todo esto? En el desarrollo de la industria pesada se obtendrán mayores y mejores resultados y, en consecuencia, en el desarrollo de la producción de los medios de producción.

El desarrollo de la industria pesada exige acumulación de capital. ¿Cuáles son las fuentes de acumulación de capital? El capital puede ser acumulado tanto por la industria pesada como por la industria liviana y por la agricultura. Sin embargo, la industria liviana y la agricultura pueden acumular una cuota mayor a un ritmo más rápido.

La cuestión es esta: ¿Queréis o no desarrollar la industria pesada? Si no lo queréis, la industria liviana y

la agricultura serán sacrificadas. Si la queréis débil, podéis invertir menos en la industria liviana y en la agricultura. Si la queréis fuerte es necesario apoyarse en el desarrollo de la industria liviana y de la agricultura de manera de producir mayores bienes de consumo y tener una tasa de acumulación más rápida. Al cabo de algunos años, también el capital invertido en la industria resultará incrementado. Por lo tanto, aquí se verifica si se quiere verdaderamente desarrollar la industria pesada o no. Evidentemente, por lo que a nosotros se refiere, está fuera de lugar preguntarse si se quiere auténticamente desarrollar la industria pesada: todos lo quieren. Pero resta saber si lo queremos de modo coherente y con fuerza. Si es así, debéis invertir una mayor cuota de capital en la industria liviana, porque de otra manera vuestro deseo no es genuino en un cien por ciento, sino sólo en un noventa por ciento [...]

Por lo que se refiere a la agricultura, un trabajo deficiente en el marco de la colectivización obstaculiza el aumento de la producción, como lo demuestra la experiencia de algunos países socialistas. La razón fundamental de la incapacidad de algunos países para aumentar la producción agrícola hay que buscarla en el hecho de que la política del Estado hacia los campesinos es discutible, los impuestos que se les exige son pesados, los precios de los productos agrícolas son bajos mientras los de los productos industriales son elevados. Simultáneamente al desarrollo de la industria —particularmente de la industria pesada— debemos asignar su justo lugar a la agricultura y llevar a cabo una política fiscal agrícola justa, como también una política justa en la fijación de los precios de los productos industriales y de los agrícolas.

2) RELACIÓN ENTRE LA INDUSTRIA COSTERA Y LA MEDITERRÁNEA

Si el desarrollo de la industria mediterránea es muy importante, es necesario también atender la industria de la costa. A este respecto tampoco hemos cometido errores fundamentales, pero subsisten algunos defectos. En los últimos años descuidamos parcialmente la industria cos-

tera y eso, en alguna medida debe ser modificado. ¿Cuántas de nuestras industrias originarias tanto pesadas como livianas están situadas a lo largo de la costa? Cuando hablamos de costa nos referimos a Liaoning, Hopei, Pekín, Honan Oriental, Shantung, Anhwei, Kiangsu, Shanghai, Chekiang, Fukien, Kwantung y Kwangsi. El setenta por ciento de la industria del país está ubicada en las regiones costeras y también el setenta por ciento de la industria pesada; sólo el treinta por ciento está situado en el interior. Si no atribuimos importancia a este hecho, si subestimamos la industria costera y no utilizamos plenamente su capacidad productiva, cometemos un error.

Para desarrollar la industria costera, debemos aprovechar al máximo el tiempo a nuestra disposición. Con ello no quiero decir que todas las nuevas fábricas deban ser construidas a lo largo de la costa. Más del noventa por ciento debe instalarse en el interior. Sin embargo, pueden instalarse algunas fábricas a lo largo de la costa. Por ejemplo, las acerías de Ansahan y Fushun se encuentran a lo largo de la costa, así como los astilleros del Dairen, la industria siderúrgica y la de materiales de construcción de Tangshan, la industria química de Tangku y la industria siderúrgica y de construcción de maquinaria de Tientsin. Actualmente estamos proyectando producir petróleo sintético en Maoming en el Kwangtung (donde hay aceite de asfalto); esto también es industria pesada.

De ahora en adelante, la mayor parte de la industria pesada —noventa por ciento o más— debería instalarse en el interior de modo que gradualmente pueda ser distribuida en el país uniforme y racionalmente. Sobre esto no hay ninguna duda. Sin embargo, una parte de la industria pesada debe ser construída y extendida a lo largo de la costa. En el pasado, nuestras industrias estaban distribuidas sobre todo a lo largo de la costa. Si hoy no les prestamos la debida atención, nos costará caro. Utilizando plenamente sus instalaciones y su capacidad técnica y desarrollándola concienzudamente estaremos en condiciones de sostener y desarrollar mejor la industria del interior. Es erróneo adoptar una actitud pasiva frente a la industria costera; obstaculiza no sólo la utilización plena de la industria costera sino también el rápido desarrollo de la industria del interior.

Todos queremos desarrollar la industria del interior. El problema es si vuestro deseo es auténtico o no. Si vuestro deseo es auténtico debéis utilizar más la industria costera existente y desarrollar ahí nuevas industrias, sobre todo industrias livianas. Apoyándonos en los recursos disponibles, se pueden construir rápidamente algunas instalaciones de industrias livianas y cuando su capacidad productiva funcione plenamente bastará un solo año para amortizar la inversión.

De ese modo, cada cinco años se podrán agregar tres o cuatro instalaciones a la instalación originaria. En algunas industrias se podrán agregar nada más que dos o tres, en otras solamente una. Como mínimo podrá agregarse media instalación. También esto demuestra la importancia de la utilización de la industria costera.

Para la realización de los planes a largo plazo, faltan 400 mil cuadros técnicos que se pueden formar adiestrando a los obreros y los cuadros técnicos de la costa. No es necesario que los técnicos sean ingenieros. Gorki frecuentó la escuela primaria sólo durante dos años. Lu Hsün tampoco terminó la universidad y en la vieja sociedad sólo pudo desempeñarse como maestro y no como profesor. El compañero Hsiao Chu-nü no fue nunca a la escuela. Debemos tener confianza en la capacidad de los obreros especializados para convertirse en buenos cuadros técnicos aprendiendo de la práctica.

La industria costera tiene una elevada capacidad técnica y está en condiciones de proporcionar productos de buena calidad, a bajo costo y en gran número. Su desarrollo tendrá la función de estimular el mejoramiento del nivel técnico de la calidad de los productos de la industria en todo el país. Debemos dar la mayor importancia a este problema.

En conclusión, la industria pesada no puede ser desarrollada sin desarrollar la industria liviana y no puede edificarse la industria del interior sin utilizar la industria costera. La industria de la costa no puede conservarse así como está sino que debe ser desarrollada en forma adecuada.

3) RELACIÓN ENTRE CONSTRUCCIÓN DE LA ECONOMÍA Y DEFENSA NACIONAL

No es posible renunciar a la defensa nacional. ¿Es oportuna la disolución completa de nuestras fuerzas armadas? No, no es oportuno porque todavía debemos hacer frente al enemigo. El enemigo nos está "desafiando" y todavía estamos cercados por él. Poseemos una defensa nacional espectacular. Después de la guerra de resistencia a los Estados Unidos y de ayuda a Corea, nuestras fuerzas armadas se han hecho todavía más fuertes y nuestra industria para la defensa nacional está en construcción o ha sido ya creada. Nunca supimos construir automóviles y aviones: ahora estamos en condiciones de comenzar a construirlos. Nuestra industria automovilística construye sobre todo camiones y no coches. Diariamente debemos concurrir a las reuniones en automóviles de fabricación extranjera. Con el patriotismo es necesario no tener prisa: será bello cuando podamos transportarnos en automóviles construidos por nosotros.

Todavía no tenemos la bomba atómica. Pero en el pasado no teníamos aviones ni cañones de grueso calibre. Para derrotar a los agresores japoneses y a Chiang Kai-shek teníamos solamente mijo y fusiles. Ahora somos bastante fuertes y en el futuro lo seremos todavía más. El método más seguro es mantener los gastos militares y de gobierno en un nivel justo y reducirlos en varias etapas a aproximadamente el treinta por ciento del presupuesto estatal. Sobre estas bases se pueden realizar todavía mayores progresos en la consolidación de la defensa nacional. De ese modo, en un período no demasiado largo, tendremos aviones y cañones de grueso calibre y quizás también nuestra bomba atómica. ¿Queréis verdaderamente tener la bomba atómica? Entonces debéis reducir los gastos militares y de gobierno y desarrollar la construcción económica. Si vuestro deseo de tener la bomba atómica es ficticio no hay necesidad de reducir gastos militares y de gobierno y podéis desarrollar escasamente la construcción de la economía. ¿Cuál es la mejor solución? Pido a todos que estudien el problema. Es un problema de estrategia. En 1950, en la tercera sesión del VII Comité Central, se planteó la necesidad de agilizar los órganos de gobierno

y reducir los gastos militares y de gobierno; se consideró que esta era una de las tres condiciones para mejorar radicalmente la situación financiera y económica de China. Sin embargo, durante el primer plan quinquenal, los gastos militares y de gobierno ascendían al 32 por ciento del presupuesto estatal. La asignación de un tercio del presupuesto a rubros improductivos era excesiva. Debe encarrarse la forma de reducir esta cuota durante el II Plan Quinquenal de modo que pueda disponerse de mayores medios para la construcción económica y cultural.

4) RELACIÓN ENTRE ESTADO, UNIDADES PRODUCTIVAS Y PRODUCTORES INDIVIDUALES

Compañeros de varias provincias tuvieron mucho que decir sobre esto en las conversaciones que mantuve recientemente con ellos; tienen el criterio de que los salarios deberían adecuarse correlativamente al aumento de la productividad del trabajo y del valor de la producción por jornada de trabajo. Sería erróneo no tenerlo en cuenta.

Luego de la liberación, el nivel de vida de los trabajadores aumentó notablemente. Eso es sabido. Ahora existen empleos disponibles para miembros de familias que en el pasado estaban prácticamente desocupados. Algunas familias que podían encontrar trabajo sólo para uno de sus miembros están ahora en condiciones de encontrar trabajo para dos o tres de ellos. Yo mismo encontré una familia de este tipo. En el pasado, los componentes de esta familia estaban desocupados; después encontraron trabajo el marido, la mujer, y una de las hijas y con el conjunto de sus ingresos estaban bien. En general, nuestros salarios no se consideran altos. Pero dado que aumentó el número de ocupados, los precios son bajos y estables, los trabajadores tienen una vida asegurada, el nivel de vida no puede ser parangonado con el de la época anterior a la revolución. El entusiasmo de las masas trabajadoras fue siempre grande.

Hemos hablado de la necesidad de prestar atención a la utilización de la iniciativa y del entusiasmo de los trabajadores. Existe también el problema de la iniciativa y del entusiasmo en la fábrica como unidad productiva. Cada cosa tiene su unidad propia y su carácter indepen-

diente, así como unidades y diversidades propias. Sin este carácter independiente y sin las diversidades, es imposible crear una mayor unidad. Por ejemplo esta reunión significa unidad, y la independencia se manifestará cuando la reunión termine. Algunos darán un paseo, otros leerán un libro y otros irán a comer. Cada uno tiene su propio carácter independiente. Estaría mal que la reunión durase indefinidamente: la gente terminaría por morir. Así pues, cada unidad productiva, cada individuo debe tener iniciativa y carácter independiente, carácter independiente ligado a la unidad.

Ahora bien, la concesión de beneficios esenciales a los productores individuales y de una cierta iniciativa a las unidades productivas, ¿es ventajosa para la industrialización de todo el país? Estos deberían estar mejor ya que no exigirían que los volviera más pobres. Si todo fuera centralizado y si también el fondo de amortización le fuera sustraído a la fábrica, la unidad productiva no tendría ninguna iniciativa y esto sería perjudicial. No tenemos gran experiencia sobre estos problemas, y temo que tampoco los compañeros presentes la tengan. Estamos estudiando cómo utilizar plenamente el entusiasmo de tantas fábricas —que serán todavía más en el futuro— dado que esto favorecerá indudablemente la industrialización de China.

Por lo que respecta a los campesinos, nuestras relaciones con ellos siempre han sido buenas pero también cometimos un error en el problema de los cereales. En todo el país hubo una disminución de la producción a causa de las inundaciones de 1954 y, sin embargo, aumentamos igualmente a 56 millones de quintales las compras de cereales. La disminución de la producción y el aumento de las compras provocaron protestas entre los campesinos. No se puede afirmar que no cometimos errores. Debido a nuestra inexperiencia, a nuestra incapacidad para profundizar los problemas, aumentamos nuestras compras a 56 millones de quintales y esto fue un error. Al advertir el error, en 1955 redujimos la cuota de 56 millones de quintales de cereales. Gracias a los "tres principios", sumados a la abundante cosecha, al aumento de la producción y a la disminución de las compras de cereales, se elevaron a más de 80-160 millones de quintales las reservas de

cereales en manos de los campesinos. Aquellos campesinos que en el pasado habían protestado contra nosotros, dejaron de hacerlo. Todos dijeron: "El partido comunista es realmente bueno". Todo el partido debe recordar esta lección.

Como la fábrica, también la organización económica colectiva de los campesinos es una unidad productiva. Es necesario crear una buena relación entre lo colectivo y el individualismo en la organización económica colectiva, y este problema debe encararse correctamente. La incapacidad de crear buenas relaciones y de preocuparse por el bienestar de los campesinos no conducirá al éxito a la economía campesina. Sobre este problema, probablemente, algunos países socialistas han cometido errores. En estos países, algunas organizaciones económicas colectivas funcionan muy bien y otras no tanto. Una unidad colectiva tiene necesidad de acumulación, pero no podemos exigir demasiado a los campesinos, no podemos cavar muy profundo y hacer sufrir excesivamente a los campesinos. Al margen de las inevitables calamidades naturales, los campesinos deben estar en condiciones de recibir cada año, sobre la base de la producción agrícola, una renta más elevada que la del año anterior.

Hemos discutido con los compañeros de varias provincias el problema de la distribución de las cosechas de verano y otoño. Los componentes de la distribución son: 1) lo que recibe el Estado; 2) lo que recibe la unidad colectiva; 3) lo que reciben los campesinos y qué instrumentos de distribución se adoptan. Por lo que respecta al Estado, los instrumentos son los impuestos; por lo que respecta a la organización económica colectiva, los instrumentos son la acumulación y la administración; por lo que respecta a los individuos, los instrumentos son la distribución de cereales y de dinero.

Todo lo que la organización económica posee está al servicio de los campesinos. Es obvio que los gastos productivos son necesarios. También son esenciales los gastos de administración. El fondo de reserva común sirve para la ampliación de la reproducción, mientras el fondo de asistencia pública sirve para la asistencia de los campesinos. Junto con los campesinos debemos estudiar y establecer la distribución justa de los gastos productivos, los

gastos de administración, del fondo común de reserva y del fondo de asistencia pública.

Tanto el Estado como la unidad colectiva tienen necesidad de acumulación pero no puede haber un exceso de acumulación. Nosotros producimos la acumulación estatal mediante los impuestos pero no mediante precios económicos. En el intercambio entre productos industriales y agrícolas, adoptamos la política de reducir la diferencia en el trabajo empleado, la política de intercambio de valores equivalentes o próxima al intercambio de valores equivalentes. En cuanto a los productos industriales, se adopta la política de vender más mercancías con un reducido margen de ganancia y la política de estabilidad de los precios. En conclusión, es necesario preocuparse del Estado y las fábricas, del Estado y los trabajadores, de las fábricas y los trabajadores, del Estado y las organizaciones económicas colectivas, del Estado y los campesinos, de las organizaciones económicas colectivas y los campesinos. No es posible preocuparse solamente de cada elemento por separado; además, existen algunos factores nuevos. Se trata de un problema importante porque interesa a cientos de millones de personas y todo el partido debe prestarle gran atención.

5) RELACIÓN ENTRE ADMINISTRACIÓN CENTRAL Y ADMINISTRACIONES LOCALES

También esta relación expresa una contradicción. Para resolverla debemos actuar de modo que se reclame a la administración local mayor iniciativa y se le permita ocuparse de más cosas en el ámbito del plan unitario del organismo central. Creo que existe la exigencia de extender ulteriormente los derechos de la administración local. El hecho de que la administración local tenga muy pocos derechos es perjudicial para la construcción socialista. Nuestra Constitución establece que la administración local no tiene poderes legislativos, los que están concentrados en el Congreso del Pueblo. Sin embargo en tanto no sea contrariada la política de los organismos Centrales y en forma compatible con las exigencias de la situación y del trabajo, la administración local puede establecer normas

y reglamentos en el ámbito de la ley. En la Constitución no se han fijado límites en este sentido.

El mercado y las materias primas son necesarios para el desarrollo de la industria pesada y liviana y con este objetivo es preciso estimular la iniciativa de la administración local. Actualmente, demasiada gente interfiere en los asuntos de las administraciones locales y eso hace muy difícil su manejo. Todos los días, cada ministerio envía órdenes a los departamentos provinciales y a las oficinas municipales de su jurisdicción. Aún cuando no estén al corriente de ello, ni el Comité Central ni el Consejo de Estado, estas órdenes ejercen una fuerte presión sobre la administración local en virtud de que provienen de los organismos centrales. Son tantos los informes, las memorias que hay que rendir que esto puede asumir las dimensiones de una calamidad. Todo eso debe cambiar, son necesarios nuevos métodos.

Tanto la administración central como las locales pueden dividirse en dos categorías. En la primera, los órganos dirigentes pueden ejercer su control hasta el nivel de las empresas y los órganos administrativos y las empresas locales pueden controlarse directamente. En la segunda categoría, la tarea de los órganos dirigentes es formular principios generales de orientación y proyectar planes de trabajo, en tanto las organizaciones locales tienen la tarea de la administración y de las decisiones.

Debemos favorecer un estilo de trabajo basado en la consulta con las administraciones locales. El Comité Central del Partido consulta siempre con las administraciones locales y no distribuye órdenes a ciegas. Esperamos que todos los ministerios lo tengan en cuenta. Antes de emitir órdenes, ellos deben consultar con las administraciones locales interesadas. Tenemos necesidad de unidad y de especificidad. Para liberar al máximo la iniciativa local, todas las localidades deben tener una especificidad que satisfaga las exigencias de la situación local y ello es esencial para el interés del todo y para reforzar la unidad de todo el país.

Las provincias y municipalidades que tienen propuestas para formular a los distintos ministros deberían

presentarlas. También los distritos administrativos * *hsien, chu y hsiang*, deberían formular propuestas para las provincias y municipalidades. Estas deberían escucharlas y dejar margen a la iniciativa de los distritos administrativos. Provincias, municipalidades, distritos administrativos *hsien, chu y hsiang* deberían tener posibilidad de iniciativa e independencia adecuadas. El centro no puede y no debe ejercer un control demasiado rígido sobre las provincias y las municipalidades y éstas no pueden y no deben ejercer un control demasiado rígido sobre los distritos administrativos, *hsien, chu y hsiang*.

Naturalmente, hay que decir a los compañeros de los niveles inferiores que no deben ser atolondrados y que deben actuar con prudencia. Es necesario unificar las cosas que pueden y deben ser unificadas. No se deben unificar obligatoriamente las cosas que no pueden ser unificadas. Es mucho mejor que haya dos tipos de iniciativa que solamente uno. No hay que guiarse por los intereses provinciales o departamentales sino por los del país en su conjunto. Es necesario "ganar terreno" para los intereses del Estado y "plantar granos" cuando es conveniente. La independencia concedida por el organismo central es una independencia justa y no significa "plantar granos en total independencia".

En conclusión, las administraciones locales deben tener derechos adecuados y eso es ventajoso para la construcción de un país socialista fuerte y poderoso. Creo que la limitación de los derechos locales es menos ventajosa. Todavía no tenemos suficiente experiencia y madurez para decidir cómo debe resolver el Estado el problema de las relaciones entre la administración central y las administraciones locales. Espero que todos ustedes estudiarán y discutirán concienzudamente el problema.

6) RELACIÓN ENTRE LA NACIONALIDAD HAN Y LAS MIÑORÍAS NACIONALES

Nuestra política coherente ha obtenido la aprobación de

* La división administrativa de China es la siguiente: provincia, distrito, territorio y cantón (poblado). El cantón es la menor de las divisiones administrativas y abarca varias aldeas: el *hsiang*. Por debajo del *hsiang* existe la autoridad de la aldea, de origen local y no central. [N. del E.]

las minorías nacionales. Nosotros ponemos el acento en la lucha contra el nacionalismo Han. También existe el nacionalismo local pero no tiene importancia. Lo que importa es la necesidad de luchar contra el nacionalismo Han. El pueblo Han constituye la mayoría dentro de la población. Si la nacionalidad Han difunde el nacionalismo Han, colocando en condiciones de inferioridad a las minorías nacionales, esto es absolutamente negativo. Por lo tanto, es necesario desarrollar una intensa propaganda de educación proletaria con respecto al nacionalismo entre la gente Han. La relación entre la nacionalidad Han y las minorías nacionales debe ser examinado. Ya lo hicimos hace dos años y ahora es necesario un nuevo examen. Si la relación es anormal bajo cualquier aspecto, debe ser rectificada, sin limitarse a una crítica formal. Actualmente, muchos hablan de terminar con el nacionalismo Han pero no han hecho nada en este sentido.

También deben estudiarse atentamente los sistemas administrativos y financieros más adecuados para las minorías nacionales. Las regiones habitadas por las minorías nacionales son extensas y ricas en recursos. Existe una enorme población de nacionalidad Han y en sus territorios existen grandes riquezas minerales. Todas son necesarias para la construcción del socialismo. La nacionalidad Han debe ayudar enérgicamente a las minorías nacionales a realizar la construcción económica socialista. Para mejorar las relaciones entre las nacionalidades, es necesario poner en movimiento todos los factores favorables a la construcción del socialismo, comprendidos los humanos y materiales.

7) RELACIÓN ENTRE LOS MIEMBROS DEL PARTIDO Y AQUELLOS QUE NO LO SON

Me refiero a la relación del Partido Comunista chino con los partidos democráticos y con los demócratas sin partido. Desde este punto de vista no hay nada nuevo, pero dado que aludimos a este punto, discutámoslo. ¿Es mejor tener un solo partido, o varios? Actualmente nos parece que es mejor que existan varios partidos. Así ha sido en el pasado y lo será también en el futuro, hasta que se extingan todos los partidos. La coexistencia y el

control recíproco entre el partido comunista y los partidos democráticos es algo positivo.

Los partidos son productos de la historia. Todo lo que existe en el mundo es el producto de la historia. Este es el primer punto. El segundo punto es que todo lo que es producto de la historia debe ser superado por la historia. El partido comunista es un producto de la historia y por lo tanto está destinado a desaparecer. El mismo destino tendrán los partidos democráticos.

En el futuro desaparecerán tanto el partido político del proletariado como la dictadura del proletariado, pero actualmente son indispensables, ya que de otro modo no sería posible reprimir a los contrarrevolucionarios, luchar contra el imperialismo y construir el socialismo. Para cumplir tareas, la dictadura del proletariado debe ser vigorosa. Sin embargo, debemos oponernos a la burocracia y a una excesiva expansión de la organización. Propongo que los organismos de partido y de gobierno sean aligerados y reducidos en dos tercios.

Debo repetir que cuando sostengo la conveniencia de aligerar los órganos de partido y de gobierno no afirmo que no haya necesidad de partidos y de grupos democráticos. Existen actualmente en China numerosos partidos y grupos democráticos y algunos son de oposición. Sobre problemas tales como "completar la revolución", del alineamiento en política exterior, de la resistencia a los Estados Unidos, de la ayuda a Corea y de la reforma agraria, asumieron una posición de oposición, o bien no plantearon objeciones. También tuvieron algo que decir con respecto a la represión de los contrarrevolucionarios. Dijeron que el Programa común era maravilloso y que no deseaban una constitución pero cuando se preparó la Constitución, todos la aprobaron. A veces las cosas toman un cariz desfavorable y esto también es válido para la posición adoptada por algunos miembros de los partidos y grupos democráticos con relación a muchos problemas. Existen grupos de oposición y grupos que no son de oposición. Ya que se trata de patriotas, a menudo pasan de la objeción a la no objeción. La relación entre partido comunista y partidos y grupos democráticos debe transformarse. Debemos permitir que los demócratas expresen su opinión. Debemos aceptar todo lo que sea razonable, sin tener

en cuenta quien lo dice. Esto es positivo para el partido, para el Estado, para el pueblo y para el socialismo.

Por eso espero que nuestros compañeros se hagan cargo del trabajo del frente único. Los secretarios de los comités provinciales deben dedicar una parte de su tiempo al control, a la organización y al estímulo de este trabajo.

8) RELACIÓN ENTRE REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

¿Qué tipo de factor es la contrarrevolución? Es un factor negativo y subversivo. No es un factor positivo sino más bien una fuerza de oposición al factor positivo.

Siendo así la cosa, ¿puede el factor negativo transformarse en positivo?, ¿pueden ser transformados los contrarrevolucionarios? Esto depende de las condiciones sociales. Es inevitable que existan contrarrevolucionarios irreductibles, pero en su mayor parte estos pueden ser transformados en el futuro. Es cierto que algunos de ellos serán llamados a los infiernos antes del tiempo necesario. ¿Y quién puede decir cuándo se trasformarán algunos de ellos? Gracias a la gran fuerza del pueblo y a la adopción de una posición y una política correctas hacia los contrarrevolucionarios, que les permite trasformarse en hombres nuevos mediante el trabajo, muchos de ellos ya no lo son. Ellos han tomado parte en el trabajo agrícola e industrial. Algunos son muy activos y han realizado un buen trabajo.

Por lo que respecta a la represión de los contrarrevolucionarios diremos varias cosas. Por ejemplo: ¿ha sido justo llevar a cabo la primera represión en 1951 y 1952? Parece que algunos sostienen que en aquella ocasión la represión no era necesaria. Este es un juicio errado. Es necesario reconocer que en aquella ocasión la represión era necesaria.

Los métodos adoptados con respecto a los contrarrevolucionarios son ejecución, detención, vigilancia y puesta en libertad. Todos saben lo que significa ser reeducado mediante el trabajo. Vigilancia significa transformación mediante el control de masas de la sociedad. Puesta en libertad significa que aquellos cuyo arresto no es obligatorio no son mantenidos en prisión o que aquellos que

fueron arrestados pero que están en condiciones de demostrar su buena conducta son dejados en libertad. Es justo que los contrarrevolucionarios sean tratados de diversa manera de acuerdo a las circunstancias. Estos métodos deberían explicarse más claramente a la población.

¿Quiénes fueron ajusticiados? Fueron ajusticiados aquellos elementos que se habían manchado de sangre y que el pueblo odiaba por encima de todos. El pueblo hubiera hecho sentir su desaprobación si esos déspotas no hubieran sido ajusticiados sino tratados con clemencia durante la gran revolución de 600 millones de hombres. Aprobar ahora la ejecución de este tipo de personas tiene una importancia concreta. Sería erróneo no aprobarla. Este es el primer punto.

El segundo punto que debemos afirmar es que en nuestra sociedad existen todavía contrarrevolucionarios aunque han disminuído mucho. Nuestro orden social es totalmente satisfactorio pero todavía no es posible reducir la vigilancia. No es correcto que ya no existe ningún contrarrevolucionario y que podemos dormir tranquilos. Un número exiguo de contrarrevolucionarios continúa desarrollando actividades de sabotaje. Por ejemplo, matan bueyes, incendian cereales, desorganizan el trabajo en las fábricas, sonsacan informaciones y lanzan consignas reaccionarias.

De ahora en adelante, la represión de los contrarrevolucionarios en la sociedad debe realizarse de modo tal que sean arrestados y ajusticiados en menor número. La mayor parte de los contrarrevolucionarios debe ser consignada a las cooperativas agrícolas de producción para que pueda contribuir bajo vigilancia a la producción y pueda reformarse mediante el trabajo. Todavía es imposible anunciar que nadie será ajusticiado o abolir la pena capital. Si un contrarrevolucionario ha cometido un asesinato o ha destruido una fábrica, ¿se pueda decir que no debe ser ajusticiado? Debe serlo.

El tercer punto se refiere a la represión de los contrarrevolucionarios en los órganos gubernamentales, en las escuelas y en las fuerzas armadas. Debemos respetar firmemente los principios fijados en Yanan: no ajusticiar a ninguno y no oprimir a la mayoría. Algunos no son ajusticiados no porque sus crímenes no justifiquen

la ejecución sino porque ajusticiarlos no sirve de nada, mientras que el no hacerlo es más útil. No ajusticiar a una persona no puede acarrear ningún daño. Quien pueda ser reeducado mediante el trabajo debe ser puesto en condiciones de hacerlo, para transformar algo inútil en algo útil. Además la cabeza de un hombre no vuelve a crecer como un puerro, y una vez cortada no aparece otra. Si se yerra al cortar una cabeza, no hay manera de corregir el error.

La puesta en práctica de la política de no ajusticiar a ninguno en la represión de los contrarrevolucionarios en los órganos gubernamentales no nos impide asumir una posición firme hacia ellos.

Por otra parte, asegura que no se cometa ningún error y que los errores cometidos puedan ser corregidos. Esta política puede contribuir a estabilizar a muchas personas. Cuando no se es decapitado es necesario ser alimentado. Por lo tanto, es necesario dar a todos los contrarrevolucionarios la posibilidad de ganarse la vida, de modo que tengan una razón para trabajar. Esto debe hacerse en el interés de la causa del pueblo y de nuestra influencia internacional.

9) RELACIÓN ENTRE LO QUE ES JUSTO Y LO QUE ES ERRÓNEO

Es necesario descubrir lo que es correcto y lo que es erróneo tanto en el interior del partido como fuera de él. Un problema importante consiste en el modo de tratar a aquellos que han cometido errores. La posición correcta es la de permitir a la gente hacer la revolución. Cuando alguien comete un error es necesario adoptar la política de "tener en cuenta la lección del pasado para ser más atento al futuro y de curar la enfermedad para salvar al hombre" y ayudarlo a rectificar su error.

La *Vida de Ah Q* es una buena historia. Aconsejaría a los compañeros que lo leyeron que la releen y a los que no lo han hecho todavía que la lean atentamente. En esta narración Lu Hsün describe a un campesino atrasado y no consciente que tenía un enorme temor de ser criticado por los otros. Ah Q discutía con todos los que lo criticaban. Tenía el cráneo cubierto de cicatrices pero no quería hablar de ellas y odiaba que los demás hablaran

de sus cicatrices. Precisamente por eso los otros hablaban todavía más y como consecuencia de esto Ah Q estaba a la defensiva. En esta narración Lu Hsün escribió un capítulo especial sobre la prohibición de la revolución en el que el "falso diablo extranjero" impide que Ah Q haga la revolución. En efecto, lo que Ah Q llamaba revolución era solamente el deseo de robar a los demás, pero también esta revolución estaba prohibida.

En el pasado en el partido hemos cometido errores con relación a este problema. Esto sucedió en la época en que estaban en el poder los dogmáticos encabezados por Wang Ming. Ellos acusaban siempre a todos aquellos que les resultaban antipáticos de haber cometido determinados errores. Ellos impedían a la gente hacer la revolución y culpaban a muchos ocasionando graves pérdidas al partido. Debemos recordar la lección.

Está mal impedir a la gente hacer la revolución en la sociedad. También está mal que no se permita a los miembros del partido corregir sus errores. Se les debe dar la posibilidad de corregir sus propios errores.

Antes que nada debemos "observar" a aquellos que cometieron errores y después "ayudarlos". Se les debe asignar un trabajo y deben ser asistidos. No debemos alegrarnos con sus desgracias. No darles trabajo ni asistencia es un modo de proceder sectario.

Desde el punto de vista de la revolución siempre es mejor contar con la mayor cantidad de gente posible. Son muy pocos los que persisten en repetir sus propios errores sin corregirlos. La mayor parte de los que han cometido errores pueden ser recuperados. Como aquellos que fueron golpeados por el tifus y ahora están inmunizados, aquellos que cometieron errores —en la medida en que saben aprender la lección de sus errores y son atentos— pueden cometer cada vez menos errores. Esperamos que todos los que cometieron errores hayan adquirido esta inmunización. Por otra parte los que no los cometieron corren mayor peligro que los otros y deben estar en guardia porque no tienen esa inmunización y tienen tendencia a ser presuntuosos.

Debemos tener presente que una excesiva eliminación de aquellos que han cometido errores puede llevar a una eliminación de nosotros mismos. Alzaremos entonces una

pedra sólo para dejarla caer sobre nuestros pies. Esto llevaría a nuestra destrucción. Los que han cometido errores pueden ser recuperados si se los trata con buenas intenciones. La posición hostil o amistosa adoptada hacia los compañeros que han cometido errores constituye el criterio para distinguir si la intención es buena o mala.

Es necesario distinguir entre razón y error. La capacidad de distinguir la relación entre razón y error puede educar a los compañeros y unir a todo el partido. Cuando en el seno del partido existe una divergencia, la crítica y la lucha son necesarias. Según las circunstancias pueden formularse críticas mesuradas, compatibles con las exigencias efectivas y también se puede recurrir a cierta lucha. Todo esto para ayudar a los otros a corregir sus errores.

10) RELACIÓN ENTRE CHINA Y LOS OTROS PAÍSES

Lanzamos la consigna de la necesidad de aprender de otros países y pienso que es justo hacerlo. Algunos jefes de Estado no osan lanzar una consigna similar y ni siquiera desean hacerlo. Es necesario tener el coraje de sofocar esta presunción.

Nosotros deseamos aprender lo que tienen de mejor todos los países del mundo. Cada país tiene aspectos positivos y gracias a eso puede existir y desarrollarse. Reconocer que cada país tiene sus puntos fuertes no significa olvidar también que tiene defectos y debilidades. Cada país tiene sus méritos y sus defectos, sus aspectos positivos y sus debilidades. Todos los secretarios de las secciones del partido, los comandantes de compañía y de pelotón lo saben, porque estas cosas están escritas en sus libretas de apuntes. La reunión de hoy ha sido convocada precisamente para recapitular dos elementos: virtudes y defectos. Todos saben que existen dos elementos. ¿Por qué entonces hablamos solamente de un elemento? ¿Significa eso entonces que sólo existen virtudes y no defectos? Esto es imposible, ya que estos dos elementos existirán todavía dentro de diez mil años. En cualquier momento existirán dos elementos de ese momento dado. El presente tiene dos elementos del presente y cada individuo tiene dos elementos del presente y cada individuo tiene dos elementos del

individuo. En conclusión, existen dos elementos y no sólo uno. Decir que sólo existe un elemento significa tener conciencia de un solo elemento y no del otro.

Queremos aprender los aspectos positivos de los otros países y no sus debilidades. En el pasado, algunos de nosotros no tuvieron lo suficientemente claro este problema y aprendieron también las debilidades de los otros. Cuando se jactaron de haberlas aprendido, dijeron cosas que otros ya habían refutado y por eso dieron un salto mortal como la mona Sun.

Algunos no analizan nunca nada y cambian de dirección de acuerdo al viento que sopla. Los que hoy corren en acuerdo al viento norte, mañana lo hacen, siguiendo al viento del oeste y pasado mañana correrán nuevamente de acuerdo al viento norte. No tienen una opinión sólida y para ellos nada es absoluto. A menudo pasan de un extremo al otro. No debemos comportarnos así y no debemos aprender a ciegas. Debemos aprender analítica y críticamente. No debemos ser tan unilaterales como para copiar mecánicamente todo lo que viene de países extranjeros.

Durante un cierto período hemos hasta favorecido el dogmatismo y debimos librar una larga lucha contra él. Pero todavía hoy existen residuos de dogmatismo en los ambientes académicos y económicos y debemos continuar criticándolo y rechazándolo.

Nosotros planteamos los problemas de este modo y aprendemos a integrar la verdad universal con la realidad china. Nuestra teoría es la integración de la verdad universal del marxismo-leninismo con la realidad concreta de China. Debemos pensar de manera independiente.

Hemos lanzado públicamente la consigna de aprender de los países extranjeros todo lo que es avanzado y de gran valor y continuaremos siempre aprendiendo. Admitimos abiertamente las debilidades de nuestro país y reconocemos los méritos de los demás países.

Para aprender de los otros países debemos estudiar concienzudamente las lenguas extranjeras, para comprender cada vez mejor mayor cantidad de lenguas.

Pienso que China tiene dos defectos pero también dos méritos.

En primer lugar, nuestro país ha sido una colonia y una semicolonía. Oprimido por el imperialismo, su industria no estaba bien desarrollada y el nivel científico y técnico era bajo. A pesar de nuestro enorme territorio, la riqueza de nuestros recursos, la numerosa población y nuestra larga historia somos inferiores a otros países en muchos aspectos. No podemos permitirnos ser presuntuosos y arrogantes. Sin embargo, después de haber estado esclavizado tanto tiempo, nuestro pueblo se colocó en el extremo opuesto y se consideró inferior a otros pueblos desde todos los puntos de vista. No tenía el coraje de mantener la cabeza alta delante de extranjeros. Cuando a Chia Kuei del templo de Famen se le dijo que se sentara, contestó que estaba acostumbrado a estar de pie y que no quería sentarse. Debe hacerse algo en este sentido para aumentar la fe del pueblo chino. Como dijo Mencio, debemos "despreciar a los señores". Debemos despertar el espíritu de desprecio por el imperialismo norteamericano que hemos manifestado durante la campaña de resistencia a los Estados Unidos y de ayuda a Corea. Nuestra política consiste en aprender de los países extranjeros todo lo que tengan de bueno en el campo de la política, de la economía, de la ciencia, de la tecnología, de la literatura y del arte.

En segundo lugar, somos más jóvenes también en el plano revolucionario y aunque China haya derrocado al emperador antes que Rusia, en la revolución de 1911, en aquella época no existía ningún partido político del proletariado y la revolución fracasó. La victoria de la revolución popular se obtuvo sólo en 1949, casi 30 años después de la Revolución de Octubre en la Unión Soviética. Ni siquiera desde este punto de vista podemos permitirnos ser arrogantes. Es verdad que estamos adelantados en el plano revolucionario con respecto a algunos países coloniales, pero debemos guardarnos de la arrogancia.

Los dos puntos citados son debilidades, pero también ventajas. He dicho que somos muy pobres y que no tenemos muchos conocimientos. Somos pobres e intactos. Somos pobres porque no tenemos una gran industria y ni siquiera nuestra agricultura está bien desarrollada. Somos intactos como una hoja de papel blanco porque nuestro nivel cultural y científico no es elevado. Debido a que somos pobres, aspiramos a un cambio, queremos hacer la revolu-

ción y ser más fuertes. Una hoja de papel blanco sólo sirve para que se escriba encima. Naturalmente, hablo en sentido general. El pueblo trabajador de China está lleno de inteligencia y además poseemos muchos buenos científicos que poseen conocimientos.

No nos podemos permitir ser presuntuosos porque somos pobres e intactos. Aun cuando en el futuro la industria y la agricultura se desarrollen en amplia escala y aumente notablemente el nivel cultural y científico, deberemos mantener una actitud modesta y prudente y no debemos ser presuntuosos. Debemos continuar aprendiendo de otros pueblos. Debemos aprender siempre. ¿Qué hay de malo en esto? He examinado los diez puntos. En conclusión, ¡debemos movilizar todos los factores positivos—factores directos e indirectos, factores positivos directos e indirectos— para continuar la lucha por la construcción de un gran país socialista! ¡Lucharemos para reforzar y consolidar cada vez más el campo socialista y por la victoria del movimiento comunista internacional!

Los 23 puntos del movimiento de educación socialista

El documento que publicamos ha sido tomado del volumen de Richard Baum y Frederick C. Teiwes: *Ssu-ching: the Socialist Education Movement of 1962-1966*. Berkeley, University of California, Center of Chinese Studies, 1968, pp. 118-26. En una nota de prensa:

La presente traducción fue hecha sobre una fotocopia de un manuscrito original chino dactilografiado, suministrada a los autores por funcionarios del *Institute of International Relations* de la República China [Taiwan]. La copia del original chino está depositada en la Biblioteca del *Center for Chinese Studies* de la Universidad de California, Berkeley. La traducción fue cotejada, además, con una traducción japonesa aparecida en la revista *Sekai (El mundo)*, nº 256 de marzo de 1967, pp. 121-29, con el título "Chukyo Chuo Seikyoku" ("Buró político del Comité Central del Partido Comunista Chino"), "Shakai-shugi Kyoiku undo no ni-ju-san kajo" ("Los veintitrés puntos del Movimiento de educación socialista").

El Movimiento de educación socialista del período 1962-66 fue sin duda el más grande movimiento de masas revolucionario desarrollado en China en los años inmediatamente posteriores al Gran Salto; pero debido en gran parte a la escasez de documentación oficial este movimiento es quizás el menos conocido y el menos estudiado de los grandes movimientos de lucha-crítica-transformación de la revolución china. Sin embargo, con el tiempo su importancia y su significado histórico aparecen cada vez más evidentes. Durante la Gran revolución cultural proletaria, en los discursos de los dirigentes políticos revolucionarios, en los editoriales de la prensa china, en las publicaciones de las Guardias Rojas ha sido exaltado como el antecedente directo de la Revolución cultural.

Aún cuando el CC del PCC ha lanzado el movimiento en su 10ª sesión plenaria de setiembre de 1962, a comienzos del año siguiente todavía no están claros los objetivos ni las consignas a emplear. Cada una de las líneas que se enfrentaban en la dirección del partido trataban de aprovechar el movimiento para sus objetivos. Mao, para lograr avanzar en el reforzamiento de las comu-

nas y del poder de las masas; Liu Shao-chi como un medio para reforzar el partido. El 9 de mayo de 1963, en una nota sobre los "siete documentos bien escritos de la provincia de Chekiang concernientes a la participación de los cuadros en el trabajo manual", Mao precisa los objetivos del Movimiento de educación socialista en una triple lucha de clases, por la producción y por la experimentación científica. Ante la inoperancia del secretariado del CC, Mao reacciona reelaborando personalmente un proyecto de su grupo sobre la aplicación del Movimiento de educación socialista en las regiones rurales, y lo hace grabar por una reunión de dirigentes del CC el 20 de mayo de 1963. Ese documento se llama "Decisión del Comité Central acerca de algunos problemas sobre el trabajo en el campo en la hora actual (proyecto) pero en adelante se lo cita como "las primeras diez directivas". Sólo será aprobado oficialmente por el CC en agosto de 1966, en la 11ª sesión plenaria.

Se conocen tres versiones sucesivas de las diez directivas, versiones que reflejan las luchas en el seno del CC. En el documento se pone énfasis particular sobre las cuatro limpiezas. En un comienzo, las cuatro cosas a mejorar eran los libros de cuentas, los bienes, el sistema de los salarios agrícolas y la gestión de los depósitos colectivos. Más tarde, se las formula en relación a sectores de trabajo: la política, la economía, la organización y la ideología, lo que corresponde mejor a una política para los cuadros. Una segunda versión del documento aparece en setiembre de 1963, que sin duda fue rechazada puesto que un año más tarde Peng Chen, a pedido de Liu Shao-chi, prepara una tercera versión que se convertirá en objeto de la crítica más virulenta dos años después, cuando la revolución cultural.

Estas distintas versiones desplazaban el problema cada vez más hacia el interior del partido, y lo que en un comienzo era concebido como una campaña de rectificación en el conjunto de la sociedad china pasaba a convertirse en un problema de rectificación y reforzamiento del partido. El 1º de enero de 1965, Mao Tse-tung convoca y preside una conferencia de trabajo del buró político. Critica vivamente a Liu Shao-chi y liquida la cuestión remplazando la serie de diez directivas por los veintitrés puntos. El documento final ya no es un proyecto sino una síntesis de la discusión. Aquí se reintroduce la noción de contradicciones entre socialismo y capitalismo en el seno del partido y en el seno de las masas, liquidada en los textos anteriores por el énfasis puesto en los problemas de organización. Y eso es precisamente lo que se le critica durante la revolución cultural a Liu Shao-chi: "haber borrado conscientemente el contenido de clase de la lucha en el seno del partido". (Reservado)

ALGUNOS PROBLEMAS ACTUALES PLANTEADOS EN EL CURSO DEL MOVIMIENTO DE EDUCACION SOCIALISTA EN EL CAMPO.

COMUNICACION: A los buró regionales del Comité Central; a los Comités de Partido de las provincias, de las comunas y de las regiones autónomas; a las células de Partido de los Ministerios y

de las Comisiones centrales; al Departamento político general de la Comisión militar.

El buró Político del Comité Central convocó a una Conferencia nacional de trabajo, discutió algunos problemas actuales planteados en el curso del Movimiento de Educación Socialista en el campo y redactó un documento que sintetiza los resultados de la discusión. Lo enviamos, haciéndoles presente que, allí donde el documento contrasta con otros documentos precedentes del Comité Central sobre el Movimiento de Educación Socialista, él únicamente debe ser considerado como la expresión de la política del Partido.

COMITÉ CENTRAL

14 de enero de 1965

BALANCE DEL DEBATE DESARROLLADO EN LA CONFERENCIA NACIONAL DE TRABAJO, CONVOCADA POR EL BURO POLITICO DEL COMITE CENTRAL. 14 de enero de 1965.

1. LA SITUACIÓN

A partir de la 10ª sesión plenaria del Comité Central elegido en el VIII Congreso del Partido, llevado a cabo en septiembre de 1962, después de los progresos de la educación socialista en los centros urbanos y en las zonas rurales, de la ejecución de toda una serie de directivas del Comité Central y del esfuerzo de las masas populares, de un gran número de cuadros y miembros del Partido, se está delineando una excelente situación en todos los frentes de nuestro país: político, ideológico, cultural y militar. En los últimos meses, en todo el territorio nacional, más de un millón de cuadros fueron a trabajar a la base, arraigándose profundamente en las ciudades y el campo y el movimiento revolucionario por el socialismo conoció un gran impulso renovador.

Todos los grandes resultados obtenidos tan rápidamente por nuestro país en estos últimos años demuestran que la línea general del Partido sobre la construcción del socialismo es justa y que el Partido Comunista Chino, con Mao Tse-tung a la cabeza, es un Partido grande, justo y glorioso. El Partido no traicionará jamás la confianza

y las esperanzas que deposita en él nuestro pueblo y todos los pueblos del mundo.

En la actualidad, en las ciudades y aldeas, se desarrolla una aguda y dura lucha de clases. Una vez realizada en forma acabada la transformación socialista de las relaciones de propiedad, los enemigos de clase que se oponen al socialismo intentan servirse de la "evolución pacífica" para restaurar el capitalismo. Esta realidad de la lucha de clases se reflejó necesariamente en el Partido. La dirección política de algunas Comunas, brigadas, empresas y unidades de base ha degenerado o fue usurpada por los enemigos de clase.

En la fase actual de desarrollo de nuestro trabajo nos encontramos frente a una gran cantidad de problemas. La práctica demuestra que, en la medida en que todo el Partido continúe llevando adelante con inteligencia y en forma correcta las decisiones del Comité Central sobre el Movimiento de Educación Socialista, asimilando a fondo los principios de la lucha de clases, apoyándose en la clase obrera, en los campesinos pobres y medios de la capa inferior, en los cuadros revolucionarios, en los intelectuales revolucionarios y en otros elementos revolucionarios, empujándose por unir más del 95 % de las masas populares y más del 95 % de los cuadros, no sólo será posible individualizar fácilmente, sino también resolver fácilmente, cualquier problema que se presente en las ciudades y aldeas.

Debemos llevar adelante resueltamente el Movimiento de Educación Socialista en curso desde hace más de dos años y conducirlo a su fin: no debemos dudar absolutamente al respecto.

Ahora se trata de hacer un balance de las experiencias realizadas por el Movimiento, analizar los resultados logrados y superar las deficiencias manifestadas durante el trabajo, para alcanzar aún mejores resultados.

2. LA NATURALEZA DEL MOVIMIENTO

Al respecto existen diversas interpretaciones, según que las características fundamentales del Movimiento se consideren determinadas por:

1) La contradicción entre las "cuatro limpiezas" y las "cuatro impurezas";

2) el antagonismo de contradicciones en el seno del Partido y de contradicciones fuera del Partido, o el antagonismo de contradicciones entre el enemigo y nosotros y de contradicciones en el seno del pueblo;

3) La contradicción entre socialismo y capitalismo.

Las primeras dos interpretaciones no aclaran las características fundamentales del Movimiento de Educación Socialista. No dicen en qué tipo de sociedad se manifiestan las contradicciones entre las "cuatro limpiezas" y las "cuatro impurezas"; no definen la naturaleza del antagonismo de las contradicciones en el seno del Partido y de las contradicciones fuera del Partido, ni señalan en qué período histórico se verifica el antagonismo de las contradicciones entre el enemigo y nosotros y de las contradicciones en el seno del pueblo, ni la naturaleza de clase de este antagonismo. Considerando las cosas desde un punto de vista meramente literal, las llamadas "cuatro limpiezas" y "cuatro impurezas" podrían referirse a cualquier sociedad del pasado, y el llamado antagonismo de contradicciones en el seno del Partido y de contradicciones fuera del Partido podría ser válido para cualquier partido. También, el pretendido antagonismo de contradicciones entre el enemigo y nosotros y de contradicciones en el seno del pueblo podría ser aplicable a cualquier período histórico. Estas contradicciones no explican la naturaleza de las contradicciones actuales: por eso, ellas no corresponden al método marxista-leninista.

Sólo la última interpretación de la naturaleza del Movimiento comprende efectivamente la esencia del problema y es marxista-leninista. Se ajusta plenamente a la teoría científica del compañero Mao Tse-tung y a las directivas políticas emanadas en varias ocasiones del Comité Central, a partir de la 2ª sesión plenaria del Comité Central elegido en el VII Congreso, desarrollado en 1949, acerca de la persistencia de las contradicciones de clase y la continuación de la lucha entre el camino socialista y el camino capitalista durante todo el período de transformación.

Si olvidamos aquello que ha constituido la teoría y la

práctica fundamentales de nuestro Partido en los últimos quince años, nos desviaremos inevitablemente.

El movimiento en curso, tiende a golpear principalmente a aquellos que, a pesar de detentar posiciones de autoridad en el interior del Partido, han tomado el camino capitalista, y a consolidar y desarrollar progresivamente el frente de lucha por el socialismo en las ciudades y en el campo.

En lo que respecta a los individuos que ocupan posiciones de autoridad y tomaron el camino capitalista, algunos actúan abiertamente, otros tras bastidores. Los que los sostienen se encuentran en parte en un nivel inferior, en parte en un nivel superior.

Entre aquellos que operan en los niveles inferiores, algunos ya han sido clasificados como grandes terratenientes, campesinos ricos contrarrevolucionarios y elementos hostiles; otros, en cambio, no han sido identificados aún.

Entre aquellos que actúan a nivel superior, están los elementos antisocialistas que trabajan en los órganos de dirección de las Comunas, de los cantones, de los distritos, de los territorios, y hasta en escala provincial y central. Algunos, desde el principio, eran elementos pertenecientes a otras clases; otros son elementos deformados, que cambiaron de piel y de vestimenta; otros permitieron que se los corrompieran, se asociaron con fines sediciosos, violaron las leyes y la disciplina.

Algunos no distinguen la línea de demarcación entre el enemigo y nosotros, confundieron el punto de vista de clase y —en familia, entre los amigos y los compañeros de trabajo— dan su apoyo a los que se empeñan en actividades capitalistas.

La gran mayoría de nuestros cuadros quiere recorrer el camino del socialismo, pero algunos tienen ideas confusas sobre el modo de llevar adelante la revolución socialista, utilizan mal el personal, controlan el trabajo en forma desordenada y casual y cometen errores de burocratismo.

3. UNIFICAR Y SIMPLIFICAR EL MOVIMIENTO

De ahora en adelante, el Movimiento de Educación Socia-

lista se desarrollará en las ciudades y en el campo en forma simplificada y unificada como movimiento por las “cuatro limpiezas”: política, económica, organizativa e ideológica.

En el pasado, el Movimiento de Educación Socialista en las ciudades era denominado el movimiento de los “cinco anti”.

4. ESTABLECER CRITERIOS JUSTOS DE VALORACIÓN DEL MOVIMIENTO

En la reunión del Comité Permanente del Buró Político del Comité Central, que se desarrolló en junio de 1964 con la participación de los primeros secretarios de los buró regionales del Comité Central, el compañero Mao Tse-tung dijo:

¿Cuáles son los criterios justos para evaluar el Movimiento de Educación Socialista?

1) Debemos examinar si los campesinos pobres y los campesinos medios de la capa inferior han sido efectivamente movilizados.

2) ¿Ha sido resuelto el problema de las “cuatro limpiezas” en el seno de los cuadros?

3) ¿Han participado los cuadros en el trabajo manual?

4) ¿Se ha constituido un buen núcleo dirigente?

5) Cuando los terratenientes, los campesinos ricos, los contrarrevolucionarios y los elementos hostiles que se dedican a actividades destructivas han sido individualizados, ¿esta contradicción se encara solamente a nivel de dirección o bien se movilizan las masas para que ejerzan una rigurosa vigilancia, critiquen y luchen en forma justa contra estos elementos y los obliguen a enmendarse directamente y en el lugar?

6) Debemos verificar si la producción aumenta o disminuye.

En esa ocasión, el Comité Permanente del Buró Político declaró que estos criterios para establecer si el Movimiento de Educación Socialista se llevaba adelante correctamente o no, eran del todo justos.

5. MÉTODOS DE TRABAJO

1) En el seno del Movimiento, los Comités de Partido y

los grupos de trabajo de las provincias, de los distritos y de las Centrales, apoyándose en la gran mayoría de las masas populares y de los cuadros (comprendidos los cuadros que dejaron de lado temores e incertidumbres), deben llevar adelante gradualmente las "tres unificaciones" entre las masas, los cuadros y los grupos de trabajo.

2) Apenas iniciado el Movimiento, inmediatamente debemos explicar su significado a los cuadros y a las masas y debemos señalar cuál es nuestra política. Debemos decir con claridad que en ninguna Comuna y en ninguna brigada, ya sea durante o después del Movimiento, se admitirán pretextos para atacar a las masas pertenecientes a las Comunas.

3) Durante el Movimiento y en el curso de la lucha, el grupo de trabajo debe movilizar a los campesinos pobres y a la capa inferior de los campesinos medios, organizar las filas de clase, individualizar los elementos activos y estimularlos a formar un núcleo dirigente, y trabajar junto a ellos. No debemos abandonarnos a la pasividad; no debemos tener misterios para las masas; no debemos limitar nuestro trabajo a una pequeña minoría de personas.

4) En el curso del Movimiento, debemos —desde el comienzo al fin— tomar firmemente en nuestras manos a la producción; al mismo tiempo, no debemos olvidarnos de resolver los problemas de la distribución que se presentan de año a año (el problema de los medios de subsistencia). Si no nos adueñamos de los problemas de la producción y de la distribución nos separaremos de las masas y causaremos graves daños a nuestra causa.

5) Debemos proceder teniendo en cuenta las condiciones locales. Es la realidad misma que nos lo impone: todos los problemas cuya solución sea requerida por las masas deben ser resueltos, todos los desequilibrios que pueden manifestarse en el curso de nuestro trabajo deben ser superados y corregidos.

6) En el curso del Movimiento, debemos confiar animosamente en las masas. No debemos ser como las mujeres con los pies vendados: no debemos atarnos pies y manos. Al mismo tiempo, hace falta operar con inteligencia y con perspicacia, evitando hacer mucho ruido por nada. Debemos poner en orden los acontecimientos,

explicar los principios, eliminar los métodos de trabajo toscos y simplistas, prohibir severamente los golpes y otras formas de castigo corporal e impedir las confesiones forzadas.

7) En conclusión, en el curso del Movimiento en su conjunto deberemos saber explotar las contradicciones existentes, para conquistar la mayoría, combatir la minoría, atacar y derrotar el pequeño número de aquellos que se obstinan en tomar el camino capitalista. Algunas personas han cometido errores que aún pueden ser corregidos. Respecto de aquellos que representan el blanco del movimiento de las "cuatro limpiezas", es necesario saber distinguir, para tratarlos en forma diferenciada, individualizando los elementos peores y aislándolos, o restringiendo al máximo sus posibilidades de acción.

6. CONCENTRAR LAS FUERZAS Y REALIZAR UNA CAMPAÑA DE ANIQUILAMIENTO

Para dirigir el Movimiento es necesario tener una visión a la vez amplia y bien equilibrada y una capacidad de intervención igualmente amplia y equilibrada. Es necesario poner orden, sobre todo en nuestras filas, a través de una investigación y un estudio preliminares. Debemos concentrar oportunamente las fuerzas para realizar una campaña de aniquilamiento. Partiendo de las zonas claves donde se acumula el mayor número de problemas y donde su gravitación es mayor, debemos hacer una apertura en un punto y desde éste irrumpir para avanzar en todas direcciones.

Trabajar en un punto preciso no significa trabajar solamente a nivel de brigadas de producción; en efecto, debemos saber unir en forma justa las instancias de nivel superior y las de nivel inferior, así como es necesario unir las instancias que operan en el mismo nivel.

El movimiento debiera abordar un grupo, luego otro, y desarrollarse fase por fase como una onda que avanza, resolviendo primero los problemas en un determinado punto y luego saliendo de éste para resolver todos los otros problemas.

Cada una de las diferentes provincias y ciudades debieran tener el derecho de utilizar sus propias fuerzas,

y si es necesario, concentrar todos sus cuadros para las necesidades del trabajo político en el curso del movimiento.

No debemos recurrir a métodos de trabajo de tipo "oceánico": en cada territorio, Comuna o brigada no deben concentrarse grupos de trabajo demasiado numerosos. Será posible entonces estar presentes en más puntos simultáneamente, y ello nos permitirá aplicar la línea de masas.

Lo esencial es empeñarse a fondo para preparar un núcleo de cuadros que estén, por un lado, en condiciones de asimilar la línea del Partido, por el otro, de comprender y poner en práctica la línea de masas.

7. IR A TRABAJAR A LA BASE

"El que no ha hecho preguntas, no tiene derecho a la palabra". Esta enseñanza del compañero Mao Tse-tung debe ser observada constantemente en nuestro trabajo. Es necesario continuar utilizando los métodos de búsqueda y de investigación seguidos por el Partido en el pasado, y en particular el método de organizar reuniones de información. Ir a trabajar a la base y practicar la anatomía de uno o más gorriones es un importantísimo método de dirección. Los cuadros dirigentes deben continuar radicándose en algunas ciudades o aldeas según un plan preestablecido, ir a trabajar a la base integrándose con las masas y adquirir una experiencia relativamente sistemática en el curso del movimiento y de la lucha.

Pueden existir distintas formas de arraigarse en las situaciones locales. Un grupo de personas puede, por un periodo relativamente largo, entrar a formar parte de una brigada, con el objetivo de dirigir el movimiento desde el comienzo al fin.

Aquellos que están encargados de un trabajo directivo en las organizaciones de Partido en los diversos niveles (buró regionales del Comité Central, buró provinciales, de distrito, de territorio) deben adoptar métodos de dirección que combinen los aspectos generales con los particulares. Además de escoger una determinada situación local en la que radicarse, podrán convocar reuniones en las localidades escogidas o en otra parte, reali-

zar encuestas e investigaciones y dirigir el trabajo en otras localidades, promover la producción y todo otro tipo de trabajo en todas las regiones, provincias, distritos y territorios.

Podrán también realizar viajes de inspección a otras localidades o bien organizar pequeños grupos de compañeros con cargos de inspección, con el fin de desarrollar en ellos una actitud activa y facilitar el intercambio recíproco de informaciones y experiencias.

8. ASIR FIRMEAMENTE EL TRABAJO A NIVEL MEDIO

Debemos considerar los problemas ya sea desde el punto de vista de las situaciones más avanzadas, ya sea a nivel medio.

Actualmente, fuera de las situaciones claves donde se está llevando a cabo el movimiento de las "cuatro limpiezas", todo el resto del territorio nacional se encuentra a nivel medio. En estas zonas, las tareas principales son tareas productivas y constructivas, que deben ser ejecutadas con conciencia.

Los buró del Comité Central, los Comités provinciales y los Comités de distrito deben asumir activamente el trabajo en regiones, provincias y distritos enteros.

En lo que respecta al trabajo a realizar a nivel medio, estos comités deben desarrollar en forma adecuada el trabajo de educación socialista, elevar la conciencia política de los cuadros y persuadirlos de "lavarse las manos y la cara" sin titubeos. Debemos decirles claramente que si no tienen problemas demasiado graves, o bien si tienen muchos problemas para resolver, pero los reconocen abiertamente y están dispuestos a corregirse, realizando bien el trabajo y compensando los defectos con los buenos resultados, no vamos a desenterrar cosas que pertenezcan al pasado.

Si se dan las condiciones apropiadas, algunos territorios que se encuentran a nivel medio, pueden también ellos —con la aprobación del Comité provincial— dar comienzo a experiencias piloto del movimiento por las "cuatro limpiezas".

El adiestramiento político de los cuadros en algunas localidades puede ser utilizado como punto de referencia

para generalizar en escala nacional los métodos que han dado buenos resultados en experiencias piloto particulares.

9. LA CUESTIÓN DE LOS CUADROS

1) Al afrontar la cuestión de los cuadros, debemos adoptar el método de "uno se divide en dos". Debemos tener una actitud seria, positiva y amigable frente a ellos.

2) Poco a poco la situación, se aclarará. Existen cuatro tipos posibles de cuadros: los buenos, los relativamente buenos, los que tienen muchos problemas para resolver y los que han cometido graves errores. En líneas generales, los cuadros pertenecientes a las dos primeras categorías constituyen la mayoría.

3) El compañero Mao Tse-tung dijo hace mucho tiempo: "Al tratar con aquellos que han cometido errores, debemos seguir el principio de «aprender de los errores pasados para evitar los futuros» y de «tratar la enfermedad para salvar al paciente»." También dijo: "Es necesario hacer una distinción entre los miembros del Partido y los cuadros que han cometido errores pero pueden ser reeducados, y los que no pueden ser recuperados. En lo que respecta a los primeros, cualquiera sea su origen, debemos elevar el nivel de su educación y no rechazarlos." Ahora también debemos seguir teniendo en cuenta estas indicaciones del compañero Mao Tse-tung.

La política a seguir en relación a los cuadros que han cometido errores es la de "persuadirlos a dejarse reeducar", a "lavarse las manos y la cara", a "empeñarse en la lucha libres de rencores y a unirse contra el enemigo". Es una política que, partiendo de un profundo deseo de unidad, resuelve las contradicciones con la crítica o la lucha, y alcanza finalmente una nueva unidad sobre una nueva base.

4) En lo que respecta a los cuadros que han cometido errores de menor importancia, a corregir en la lucha contra las "cuatro impurezas", o que, aún habiendo tenido muchos problemas para resolver, han narrado espontáneamente la historia de su pasado, debemos hacer lo po-

sible por disculparlos rápidamente de toda acusación. En relación a los cuadros cuyos errores son de naturaleza poco clara, y que pueden haber sido mantenidos sin razón en sus puestos de trabajo originarios, podremos cambiar su trabajo o bien someterlos a una educación política más intensa, continuando al mismo tiempo las investigaciones sobre su caso.

5) Las sanciones económicas no deben ser impuestas arbitrariamente y sin un criterio preestablecido; estas se aplican en forma razonable y teniendo en cuenta las condiciones objetivas. Cuando no existen problemas serios, y allí donde el examen y la crítica han sido satisfactorios, tales sanciones —si las masas están de acuerdo— pueden ser reducidas, aplazadas o directamente anuladas.

6) Hacia los cuadros que han cometido errores se deben adoptar las oportunas medidas disciplinarias, con el fin de reeducarlos y transformarlos. En la medida en que estén dispuestos a seguir el camino del socialismo, el Partido debe unirse a ellos y también las masas se unirán a ellos.

En cuanto a los cuadros incompetentes, algunos deberán ser sustituidos y otros transformados. Los miembros del Partido que no cumplen con sus deberes de militantes deberán ser persuadidos a retirarse del Partido. Todas estas cuestiones deberán ser afrontadas y resueltas en la última fase del movimiento.

7) Dondequiera que se hayan cometido errores graves, dondequiera que las posiciones dirigentes hayan sido usurpadas por elementos extraños a nuestra clase o por elementos degenerados que han cambiado de color, será necesario adueñarse del poder con la lucha y alejar tales elementos de sus posiciones. En líneas generales, la cuestión de su pertenencia al Partido deberá ser resuelta en un segundo momento. En casos de particular gravedad, estos elementos podrán ser alejados inmediatamente de sus cargos, les será retirado el carnet del Partido, y si es necesario, también podrán ser arrestados. Los contrarrevolucionarios, los terratenientes, los campesinos ricos y los elementos hostiles que se han infiltrado en el Partido deben ser todos expulsados.

Allí donde es necesario adueñarse del poder, o donde

las organizaciones de la milicia popular no están exentas de defectos y errores, debemos proceder en forma que las armas y las municiones de la milicia popular sean asignadas a elementos de confianza pertenecientes a los campesinos pobres y medio-inferiores.

8) Si es necesario, los contrarrevolucionarios y los elementos hostiles que han cometido graves actos de violencia en relación a las masas podrán ser sometidos temporariamente a vigilancia o destinados al trabajo manual en el campo, hasta que su caso haya sido juzgado. En los casos más graves, es decir cuando se trate de asesinato, incendio u otros delitos graves en los cuales los culpables hayan sido tomados en flagrante, estos podrán ser arrestados o juzgados según la ley.

9) Algunos cuadros malos pueden haber formado camarillas personales. Debemos estar atentos y no clasificar como camarillas personales a un número excesivo de grupos, o extender demasiado el ámbito de cualquiera de ellas.

10) CREAR ASOCIACIONES DE CAMPESINOS POBRES Y DE LA CAPA INFERIOR DE CAMPESINOS MEDIOS

Las asociaciones de los campesinos pobres y de la capa inferior de los campesinos medios son organizaciones de clase revolucionarias y con carácter de masa, creadas voluntariamente por los campesinos pobres y medio-inferiores bajo la dirección del Partido Comunista. Estas organizaciones controlan el trabajo de los cuadros y los ayudan a llevarlo a cabo. Estas asociaciones desarrollarán plenamente sus funciones cuanto más se consolide la dictadura del proletariado y la gestión colectiva de la economía, cuanto más se desarrolle la producción colectiva.

Los campesinos pobres y medio-inferiores constituyen el 60-70 % de la fuerza de trabajo total. Ellos constituyen la gran mayoría del pueblo chino. Las asociaciones de campesinos pobres, una vez constituidas, pueden atraer a los campesinos medios que gozan de mejores condiciones económicas y a todos aquellos que desean mejorar su situación. Estos últimos elementos tratarán, a

su vez, de atraer a aquellos cuya actitud hacia el socialismo es habitualmente oscilante.

En el curso del Movimiento de Educación Socialista, en todas partes en que las organizaciones de base resulten atrofiadas o paralizadas, y a la espera de que se constituya un nuevo núcleo dirigente, todo el poder podrá ser confiado a las asociaciones de campesinos pobres y de campesinos medios de la capa inferior.

11. LOS TIEMPOS DE REALIZACIÓN DEL MOVIMIENTO

Para una brigada, cerca de seis meses; para un territorio, uno o más años. Se puede calcular que serán necesarios cerca de tres años, a partir del otoño-invierno de 1964, para llevar a su término al Movimiento en un tercio del país; en seis o siete años, el Movimiento se completará en todo el territorio nacional. En la medida en que nuestra política y nuestros métodos de trabajo se revelen como correctos, los tiempos de realización del Movimiento podrán ser, en parte, acelerados.

12. DECLARACIÓN POLÍTICA SOBRE EL PROBLEMA DE LAS TIERRAS "OCULTADAS"

Después de una discusión libre y abierta entre las masas, el Estado se abstendrá —por un período de cinco años— de aumentar los gravámenes que pesan sobre las tierras "ocultadas", o de efectuar ulteriores cobros a su cargo.

13. EL TRABAJO DE LOS MINISTERIOS DE FINANZAS Y DE COMERCIO DEBE ADECUARSE A LAS EXIGENCIAS DEL MOVIMIENTO DE LAS "CUATRO LIMPIEZAS"

Si en una determinada zona, el movimiento de las "cuatro limpiezas" ha sido realizado en forma acabada, ello no constituye una razón suficiente para imponer nuevos gravámenes o para pedir la restitución de préstamos.

En las zonas en que aún se está realizando el movimiento, los buró financieros y comerciales deberán tomar —en cuanto concierne a los préstamos e inversiones— todas las medidas más oportunas para favorecer la producción y las tareas de construcción.

14. LA COMPOSICIÓN DE LOS GRUPOS DE TRABAJO

No es necesario ser absoluta y completamente "puro". También aquellos que han cometido errores pueden tomar parte de los grupos de trabajo, por un lado, para facilitar su reeducación y transformación, y por otro, para permitir que algunos de ellos tengan una visión más amplia del movimiento y se conviertan así en buenos militantes. Los grupos de trabajo deben hacer continuamente el balance de sus experiencias y fijar fechas de vencimiento precisas para las tareas de rectificación.

15. OFRECER UN CAMINO DE SALIDA

Los terratenientes, los campesinos ricos, los contrarrevolucionarios, los elementos hostiles y todos aquellos que han cambiado de color, deben ser ayudados a transformarse a sí mismos a través del trabajo, para que puedan dar vuelta la página y comenzar una nueva existencia. Entre los que han cometido graves errores, identificables con las "cuatro impurezas", algunos no son más cuadros o miembros del Partido; no obstante, debe permitírseles trabajar con diligencia como miembros de las Comunas.

Entre los terratenientes, los campesinos ricos, los contrarrevolucionarios y los elementos malos, que en los últimos diez años han trabajado honestamente y no han cometido actos hostiles, algunos ya han sido clasificados políticamente: estos rótulos, ¿pueden suprimirse? Otros, en cambio, aún no han sido clasificados: ¿es posible evitar que lo sean? Todos estos problemas deben ser examinados y decididos por las masas.

16. EL MOVIMIENTO DE LAS "CUATRO LIMPIEZAS" DEBE DARSE RESUELTAMENTE TAREAS CONSTRUCTIVAS

En cada territorio, sea durante o después del movimiento de las "cuatro limpiezas" es necesario formar gradualmente un núcleo dirigente de Partido. De a poco, todos los instrumentos de la dictadura del proletariado deben ser asidos firmemente por elementos en quienes se pueda tener plena confianza. Es necesario hacer gradualmente de cada territorio un territorio socialista, para hacer progresar el trabajo en todos los campos (produc-

ción, trabajos públicos, ciencia, cultura, educación, sanidad, seguridad pública y milicia popular).

La producción y las tareas de construcción en cada Comuna y brigada serán como una fortaleza en la cual se aplique el principio de contar con las propias fuerzas.

17. LAS DIMENSIONES DE LAS ESCUADRAS DE PRODUCCIÓN

Como prescriben los "60 puntos", debemos fijar un término dentro del cual se desarrollen elecciones democráticas. El período de permanencia de los cuadros en su cargo, debería, en general, estar limitado a cuatro años, finalizados los cuales se procederá a un nuevo nombramiento o a una nueva elección. Los cuadros que se han dejado corromper, que han cometido graves errores o que son incapaces de cumplir sus deberes, pueden ser revocados en cualquier momento.

19. LA CUESTIÓN DEL CONTROL

El trabajo de los cuadros debe ser controlado desde arriba y desde abajo. La forma de supervisión más importante es la ejercida por las masas. Durante el movimiento por las "cuatro limpiezas", los cuadros y las masas debieran experimentar sistemas eficaces de control y de trabajo político. Los organismos de control deben tener una autoridad superior a aquella de los organismos administrativos del mismo nivel.

20. LAS CUATRO GRANDES DEMOCRACIAS

Todas las Comunas y las brigadas deben aprender del Ejército Popular de Liberación a poner en práctica la democracia en el campo político, la democracia en la producción, la democracia en el campo financiero y la democracia en el campo militar.

21. MÉTODOS DE TRABAJO

Es necesario prestar atención a cualquier discurso, bueno o malo, justo o equivocado. Sobre todo, aquellos que disienten deben ser escuchados pacientemente. Debemos hacer que todos puedan expresar su opinión.

22. MÉTODOS DE PENSAMIENTO

Debemos tratar de evitar la unilateralidad y la parcialidad. Todo, sin excepción, debe ser sometido a análisis.

Considerar las cosas como absolutas, inmóviles, aisladas e inmutables es metafísica. Perder tiempo catalogando un cúmulo de fenómenos superficiales o compilando una cantidad de reglas y de preceptos es escolástica, que impide a las masas populares recibir la justa orientación política. Debemos ser materialistas dialécticos y combatir la metafísica y la escolástica.

23. PERSPECTIVA DEL MOVIMIENTO

En líneas generales, los diversos puntos indicados arriba deberán ser aplicados también al movimiento por las "cuatro limpiezas" en las ciudades.

Decisión del Comité Central del Partido Comunista de China sobre la gran revolución cultural proletaria

La XI Sesión Plenaria del VIII Comité Central del Partido Comunista, presidida por Mao, se celebró en Pekín entre el 1 y el 12 de agosto de 1966.

El 8 de agosto, la Sesión Plenaria adoptó la "Decisión del Comité Central del Partido Comunista de China sobre la Gran Revolución Cultural Proletaria" y en la reunión de clausura, el 12 de agosto, publicó el "Comunicado de la XI Sesión Plenaria del Comité Central elegido en el VIII Congreso Nacional del Partido Comunista de China".

En China suele llamarse esta decisión "Los dieciséis puntos". Se analizaba en ella la evolución de la nueva etapa revolucionaria y se enumeraban las razones fundamentales de la revolución, sus principales objetivos, sus principales blancos y los métodos eficaces para llevarla a cabo. Es la decisión un documento programático fundamental de la Revolución Cultural, y en él se exponen los principios y políticas del partido para esa revolución. Sus fases sucesivas —desde el llamado a la opinión pública y la movilización total de las masas para derribar a "los personajes importantes del Partido que han tomado la ruta del capitalismo" hasta la formación de un nuevo Comité Revolucionario— fueron sistemáticamente expuestas en dicha decisión con cita de documentos en su apoyo.

Aprobábanse en el comunicado todas las ideas de Mao en materia de política nacional y extranjera adoptadas por el Buró Político del Comité Central en el intervalo de cuatro años transcurridos desde la Décima Sesión Plenaria de septiembre de 1962. Se analizaba en él lo sucedido en el país durante aquel período de cuatro años, se instaba a dar otro gran salto adelante en la revolución ideológica y la actual situación internacional y se declaraba que el imperialismo va hacia el total hundimiento mientras el socialismo avanza hacia una victoria a escala mundial. Señalaba también el comunicado que el internacionalismo proletario es el principio que rige la nueva política exterior de China.

Inmediatamente después de publicada la decisión, el órgano de propaganda del Comité Central, *Bandera Roja*, salió con un editorial, "Un documento programático para la Gran Revolución Cultural Proletaria",* en que se ponía de relieve la importancia de la Revolución Cultural en su perspectiva histórica y convocaba a obre-

ros, campesinos, soldados, intelectuales y cuadros revolucionarios a apoyar resueltamente la decisión.

El órgano del Partido, el *Diario del Pueblo*, publicó además un artículo, "Estudiar los 16 puntos, familiarizarse con ellos y aplicarlos",* en que se daban más detalles para la aplicación de la decisión del Partido y se insistía en que la lucha debía ejecutarse razonando, no por la fuerza ni la violencia.

DECISION DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHINA SOBRE LA GRAN REVOLUCION CULTURAL PROLETARIA

1. NUEVA ETAPA DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA

La gran revolución cultural proletaria que se desenvuelve actualmente, una gran revolución que llega al alma misma de la gente, representa una nueva etapa, aún más profunda y más amplia, en el desarrollo de la revolución socialista de nuestro país.

En la X Sesión Plenaria del Comité Central elegido en el VIII Congreso del Partido, el camarada Mao Tse-tung dijo: Para derrocar el Poder político, es siempre necesario ante todo crear la opinión pública y trabajar en el terreno ideológico. Así proceden las clases revolucionarias, y así también lo hacen las clases contrarrevolucionarias. La práctica ha demostrado como totalmente correcta esta tesis del camarada Mao Tse-tung.

Aunque derrocada, la burguesía todavía trata de valerse de las viejas ideas, cultura, hábitos y costumbres de las clases explotadoras para corromper a las masas y conquistar la mente del pueblo en su esfuerzo por restaurar su Poder. El proletariado debe hacer exactamente lo contrario: debe propinar golpes despiadados y frontales a todos los desafíos de la burguesía en el dominio ideológico y cambiar la fisonomía espiritual de toda la sociedad utilizando sus propias nuevas ideas, cultura, hábitos y costumbres. Nuestro objetivo actual es aplastar, mediante la lucha, a los que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista, criticar y repudiar a las "autoridades" reaccionarias burguesas en el campo acadé-

* *Bandera Roja*, N° 10, 1966; *Pekín Informa*, N° 34, 24 de agosto de 1966, pp. 20-22.

* *Diario del Pueblo*, 13 de agosto de 1966; *Pekín Informa*, N° 34, 24 de agosto de 1966, p. 23.

mico, criticar y repudiar la ideología de la burguesía y demás clases explotadoras, y transformar la educación, la literatura y el arte y los demás dominios de la superestructura que no corresponden a la base económica del socialismo, a fin de facilitar la consolidación y el desarrollo del sistema socialista.

2. CORRIENTE PRINCIPAL Y ZIGZAGS

Las amplias masas de obreros, campesinos, soldados, intelectuales revolucionarios y cuadros revolucionarios constituyen la fuerza principal en esta gran revolución cultural. Un gran número de jóvenes revolucionarios, antes desconocidos, se han convertido en valientes desbrozadores de caminos. Actúan con firmeza, vigor e inteligencia. Por medio de *dazibao* y de grandes debates, exponen franca y plenamente sus opiniones, denuncian y critican en profundidad, y lanzan resueltos ataques contra los representantes abiertos u ocultos de la burguesía. En el curso de semejante gran movimiento revolucionario, es inevitable que ellos muestren tales o cuales defectos, pero su orientación revolucionaria fundamental ha sido siempre correcta. Esta es la corriente principal de la gran revolución cultural proletaria. Es la dirección principal en que la gran revolución cultural proletaria prosigue su avance.

La revolución cultural, por ser una revolución, encuentra inevitablemente resistencia. Esta resistencia proviene principalmente, de aquellas personas infiltradas en el Partido que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista. También proviene de la vieja fuerza de la costumbre de la sociedad. En la actualidad, esta resistencia es todavía bastante fuerte y tenaz. Sin embargo, la gran revolución cultural proletaria es, después de todo, la tendencia general e irresistible. Muchos hechos demuestran que tal resistencia se desmoronará rápidamente una vez que las masas populares sean plenamente movilizadas.

Debido a esta resistencia relativamente fuerte, la lucha experimentará altibajos e incluso repetidos altibajos. Esto no tiene nada de perjudicial. Templará al proletariado, a las demás masas trabajadoras y especialmente a la joven generación, les proporcionará experiencias y lec-

ciones, y les hará comprender que el camino revolucionario es zigzagueante y no llano.

3. PONER EN PRIMER LUGAR EL "ATREVERSE" Y MOVILIZAR AUDAZMENTE A LAS MASAS

El desenlace de esta gran revolución cultural depende de si la dirección del Partido se atreve o no a movilizar audazmente a las masas.

Actualmente, las organizaciones del Partido a los diversos niveles pueden dividirse en cuatro categorías según cómo dirijan la revolución cultural.

1) Hay organizaciones del Partido cuyos responsables se colocan a la vanguardia del movimiento y se atreven a movilizar con audacia a las masas. Ellos ponen en primer lugar el "atreverse", son intrépidos combatientes comunistas y buenos discípulos del Presidente Mao. Estimulan el uso de los *dazibao* y los grandes debates. Animán a las masas a desenmascarar a los monstruos de toda clase y también a criticar los defectos y errores en el propio trabajo de ellos. Semejante dirección correcta es el resultado de dar prominencia a la política proletaria y poner al frente el pensamiento de Mao Tse-tung.

2) Los responsables de numerosas organizaciones tienen una comprensión muy pobre de la tarea de dirección en esta gran lucha, su dirección está lejos de ser concienzuda y eficaz, y, en consecuencia, se encuentran en una situación débil y de incompetencia. En ellos, el "temor" prima sobre todo; se aferran a los reglamentos y fórmulas anticuados y no están dispuestos a romper con las prácticas convencionales ni a avanzar. Han sido sorprendidos por el nuevo orden revolucionario de las masas y, como resultado de ello, su dirección ha quedado a la zaga de la situación, a la zaga de las masas.

3) En algunas organizaciones, los responsables que han cometido errores de uno u otro tipo, dan prominencia en aún mayor grado a su "temor" y tienen miedo a que las masas les pillen sus faltas. En realidad, si ellos hacen una autocrítica seria y aceptan las críticas de las masas, el Partido y las masas los sabrán comprender. Pero si ellos no lo hacen así, cometerán nuevos errores y se convertirán en obstáculos para el movimiento de masas.

4) Algunas organizaciones se hallan controladas por aquellas personas infiltradas en el Partido que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista. Estos individuos tienen un miedo cerval a que las masas los desenmascaren y, por tanto, recurren a todos los pretextos posibles para reprimir el movimiento de masas. Acuden a tácticas tales como desviar la dirección del ataque y llamar negro a lo blanco con el intento de descarrilar el movimiento. Cuando se ven muy aislados y ya no pueden seguir manteniéndose, traman nuevas intrigas, lanzan ataques solapados, difunden falsos rumores y hacen lo imposible para borrar la distinción entre la revolución y la contrarrevolución a fin de atacar a los revolucionarios.

Lo que el Comité Central del Partido exige de los comités del Partido a todos los niveles es que persistan en ejercer una dirección acertada; pongan en primer lugar el "atreverse"; movilicen audazmente a las masas; cambien la situación de debilidad e incompetencia allí donde exista; estimulen a aquellos camaradas que han cometido errores pero que están dispuestos a corregirlos, a que desechen sus rémoras mentales y se incorporen a la lucha; y destituyan de sus cargos a aquellas personas que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista, reconquistando la dirección para colocarla de nuevo en manos de los revolucionarios proletarios.

4. DEJAR QUE LAS MASAS SE EDUQUEN A SÍ MISMAS EN EL MOVIMIENTO

En la gran revolución cultural proletaria, sólo se puede adoptar el método de dejar que las masas se liberen a sí mismas, y no el de manejar todos los asuntos en su nombre.

Hay que confiar en las masas, apoyarse en ellas y respetar su iniciativa. Hay que desechar el "temor". No se debe temer que se den casos de desorden. El Presidente Mao nos ha dicho frecuentemente que la revolución no puede ser tan fina, tan apacible, tan moderada, amable, cortés, restringida y magnánima. Hay que dejar que las masas se eduquen a sí mismas en este gran movimiento revolucionario y aprendan a distinguir entre lo justo y lo erróneo, entre la forma correcta de proceder y la incorrecta.

Es necesario lograr una plena y franca exposición de opiniones haciendo pleno uso de los *dazibao* y de los grandes debates, de modo que las masas clarifiquen los puntos de vista correctos, critiquen los errores y desenmascaren a todos los monstruos. De esta manera, las amplias masas podrían, en el curso de la lucha, elevar su conciencia política, incrementar su capacidad, distinguir entre lo justo y lo erróneo y trazar una clara línea de demarcación entre los enemigos y los propios.

5. APLICAR FIRMEMENTE LA LÍNEA DE CLASE DEL PARTIDO

¿Quiénes son nuestros enemigos? ¿Quiénes son nuestros amigos? Esta es una cuestión primordial para la revolución y es también una cuestión primordial para la gran revolución cultural.

La dirección del Partido debe saber descubrir a la izquierda, desarrollar y engrosar las filas de ésta y apoyarse resueltamente en la izquierda revolucionaria. Sólo de este modo será posible, en el curso del movimiento, aislar totalmente a los derechistas más reaccionarios, ganarse a los elementos intermedios, unirse con la gran mayoría y lograr, hacia el final del movimiento, unir a más del noventa y cinco por ciento de los cuadros y a más del noventa y cinco por ciento de las masas.

Hay que concentrar todas las fuerzas para asestar golpes al puñado de derechistas burgueses ultrarreaccionarios y de revisionistas contrarrevolucionarios, y desenmascarar y criticar plenamente sus crímenes contra el Partido, el socialismo y el pensamiento de Mao Tse-tung, a fin de aislarlos al máximo. El blanco principal del movimiento actual son aquellos elementos en el seno del Partido que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista.

Hay que poner cuidado en distinguir estrictamente a los derechistas anti-Partido y antisocialistas de aquellas personas que apoyan al Partido y el socialismo, pero que han dicho o hecho algo erróneo, o han escrito malos artículos u obras.

Hay que poner cuidado en distinguir estrictamente a los tiranuelos de academia y "autoridades" reaccionarias

burguesas de aquellas personas que tienen ideas académicas burguesas ordinarias.

6. ACERTADA SOLUCIÓN DE LAS CONTRADICCIONES EN EL SENO DEL PUEBLO

Hay que hacer una estricta distinción entre los dos diferentes tipos de contradicciones: las contradicciones en el seno del pueblo y las existentes entre nosotros y el enemigo. No hay que tratar las contradicciones en el seno del pueblo como las existentes entre nosotros y el enemigo, ni tratar las contradicciones entre nosotros y el enemigo como aquellas en el seno del pueblo.

Es normal que existan opiniones distintas entre las masas populares. La contienda entre opiniones diferentes es inevitable, necesaria y provechosa. En el curso del debate normal y exhaustivo, las masas populares afirmarán lo justo, corregirán lo erróneo y llegarán paso a paso a la unanimidad de criterio.

En el curso de los debates, se debe adoptar el método de presentar los hechos, argumentar y persuadir a otros por medio del razonamiento. Es inadmisibles forzar a someterse a la minoría que sostiene puntos de vista diferentes. La minoría debe ser protegida porque a veces la verdad está con ella. Incluso si la minoría tiene puntos de vista equivocados, se le debe permitir defenderse y reservarse sus opiniones.

Durante el debate, se debe recurrir al razonamiento y no a la coacción o la fuerza.

En el curso de los debates, todos los revolucionarios deben saber reflexionar por su propia cuenta y desarrollar el espíritu comunista de pensar con audacia, hablar con audacia y actuar con audacia. A condición de que marchen en la misma orientación general, los camaradas revolucionarios deben evitar todo debate interminable sobre problemas secundarios, con miras a fortalecer la unidad.

7. ALERTA CONTRA AQUELLOS QUE COMBATEN A LAS MASAS REVOLUCIONARIAS TILDÁNDOLAS DE "CONTRARREVOLUCIONARIAS"

Los dirigentes de algunas escuelas, entidades y equipos de trabajo han organizado contraataques a las masas que les

criticaron en sus *dazibao*. Han formulado incluso consignas como "oponerse a los dirigentes de una entidad o de un equipo de trabajo es oponerse al Comité Central del Partido, es oponerse al Partido y al socialismo, es contrarrevolución". De este modo, sus golpes recaerán inevitablemente sobre algunos auténticos activistas revolucionarios. Esto constituye un error de orientación y de línea, y es absolutamente inadmisibile.

Cierto número de personas con graves errores ideológicos y, en particular, algunos derechistas anti-Partido y antisocialistas, aprovechándose de ciertos defectos y errores surgidos en el movimiento de masas, difunden falsos rumores y chismes y se entregan a la demagogia, tildando deliberadamente de "contrarrevolucionarios" a componentes de las masas. Es preciso precaverse de los rateros de este tipo y denunciar a tiempo sus tretas.

Excepto los casos de contrarrevolucionarios activos sobre los que exista clara evidencia de asesinato, incendio, envenenamiento, sabotaje, robo de secretos del Estado, quienes deben ser tratados de acuerdo a la ley, no se tomarán medidas contra los estudiantes de las universidades, institutos y escuelas secundarias y primarias por problemas surgidos en el curso del movimiento. Para evitar que la lucha se desvíe de su objetivo principal, queda prohibido, cualquiera que sea el pretexto, incitar a las masas o a los estudiantes a luchar entre sí; incluso en lo que se refiere a los verdaderos derechistas, sus casos deben ser tratados en una etapa posterior del movimiento según la situación de cada uno.

8. SOBRE LOS CUADROS

Los cuadros pueden clasificarse, en líneas generales, en las siguientes cuatro categorías:

- 1) buenos.
- 2) relativamente buenos.
- 3) aquellos que han cometido graves errores pero que aún no son derechistas anti-Partido y antisocialistas.
- 4) el reducido número de derechistas anti-Partido y antisocialistas.

En circunstancias ordinarias, las primeras dos cate-

gorías (buenos y relativamente buenos) constituyen la gran mayoría.

A los derechistas anti-Partido y antisocialistas hay que desenmascararlos a fondo, derribarlos, aplastarlos, desacreditarlos completamente y eliminar su influencia. Al mismo tiempo, se les debe dar una salida de modo que puedan iniciar una vida nueva.

9. GRUPOS, COMITÉS Y CONGRESOS DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL

En la gran revolución cultural proletaria han comenzado a surgir muchas cosas nuevas. Los grupos y comités de la revolución cultural y otras formas de organización creadas por las masas en numerosas escuelas y entidades son cosas nuevas de gran importancia histórica.

Los grupos, comités y congresos de la revolución cultural son las mejores formas nuevas de organización mediante las cuales las masas se educan a sí mismas bajo la dirección del Partido Comunista. Constituyen el mejor puente por medio del cual nuestro Partido se mantiene en estrecho contacto con las masas. Son órganos del poder de la revolución cultural proletaria.

La lucha que sostiene el proletariado contra la vieja ideología, cultura, hábitos y costumbres dejados a lo largo de miles de años por todas las clases explotadoras, se prolongará necesariamente por un período muy, muy largo. Por lo tanto, los grupos, comités y congresos de la revolución cultural no deben ser organizaciones provisionales, sino organizaciones de masas permanentes y duraderas. Son adecuados no sólo para las escuelas y las instituciones, sino en lo fundamental también para las fábricas, minas y otras empresas, para los barrios y aldeas.

Es necesario practicar un sistema de elecciones generales, semejante al de la Comuna de París, para elegir a los miembros de los grupos y comités de la revolución cultural y a los delegados a los congresos de la revolución cultural. Las listas de candidatos deben ser presentadas por las masas revolucionarias luego de plenas discusiones, y las elecciones, celebradas después de que las masas hayan discutido las listas una y otra vez.

Las masas pueden criticar en cualquier momento a

los miembros de los grupos y comités de la revolución cultural y a los delegados electos a los congresos de la revolución cultural. Si estos miembros o delegados demuestran ser incompetentes, pueden ser sustituidos mediante elecciones o destituidos por las masas después de discutirlo.

Los grupos, comités y congresos de la revolución cultural en los centros docentes deben estar compuestos principalmente por estudiantes revolucionarios. Al mismo tiempo, deben incluir a un cierto número de representantes de los profesores y empleados revolucionarios.

10. REFORMA EDUCACIONAL

Es una tarea de suma importancia en la gran revolución cultural proletaria transformar el antiguo sistema educacional y los antiguos principios y métodos de enseñanza.

En esta gran revolución cultural hay que acabar totalmente con la dominación de los intelectuales burgueses sobre nuestros centros docentes.

La política formulada por el camarada Mao Tse-tung de que la enseñanza debe servir a la política proletaria y combinarse con el trabajo productivo, tiene que aplicarse en todo tipo de escuelas, para que todos los que reciben la educación se desarrollen moral, intelectual y físicamente y lleguen a ser trabajadores cultos y con conciencia socialista.

El período de estudios debe acortarse. Las asignaturas deben ser menos y mejores. El material de enseñanza debe ser cabalmente transformado, en algunos casos comenzando por simplificar el material complicado. La tarea principal de los estudiantes es estudiar, pero deben también aprender otras cosas. Es decir, no sólo deben estudiar los libros, sino aprender el trabajo industrial, la agricultura y los asuntos militares y, cuando se presente el caso, tomar parte en la lucha de la revolución cultural para criticar a la burguesía.

11. LA CUESTIÓN DE CRITICAR POR EL NOMBRE EN LA PRENSA

En el curso del movimiento revolucionario cultural de masas, la crítica de las ideologías burguesas y feudal debe ser muy bien combinada con la difusión de la concepción

proletaria del mundo y del marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao Tse-tung.

Se debe organizar la crítica a los representantes típicos de la burguesía que se han infiltrado en el Partido, y a las típicas "autoridades" reaccionarias burguesas en los campos académicos, incluyendo a todo tipo de puntos de vista reaccionarios en la filosofía, la historia, la economía política y la pedagogía, en las obras y teorías literarias y artísticas, en la teoría de las ciencias naturales, así como en otros campos.

La crítica a una persona por su nombre en la prensa debe ser decidida, después de una discusión, por el comité del Partido al nivel correspondiente o, en algunos casos, sometida a la aprobación del comité del Partido al nivel superior.

12. LA POLÍTICA HACIA LOS CIENTÍFICOS, TÉCNICOS Y PERSONAL EN GENERAL

En el movimiento actual debe seguir aplicándose la política de "unidad, crítica, unidad" hacia los científicos, técnicos y personal en general, siempre que sean patriotas, trabajen con energía, no se opongan al Partido ni al socialismo, y no mantengan relaciones ilícitas con ningún país extranjero. Hay que proteger a los hombres de ciencia y al personal científico y técnico que han hecho contribuciones. Se debe ayudarles a transformar gradualmente su concepción del mundo y su estilo de trabajo.

13. LA CUESTIÓN DE TOMAR MEDIDAS PARA LA COMBINACIÓN CON EL MOVIMIENTO DE EDUCACIÓN SOCIALISTA EN LA CIUDAD Y EL CAMPO

Las instituciones culturales y educacionales y los organismos dirigentes del Partido y del Gobierno en las ciudades grandes y medianas son los puntos focales de la actual revolución cultural proletaria.

La gran revolución cultural ha enriquecido el movimiento de educación socialista en la ciudad y en el campo y lo ha llevado a un nivel aún más alto. Hay que realizar aquella en combinación con este último. Las diversas regiones y departamentos pueden tomar medidas a este respecto a la luz de las condiciones específicas.

En aquellas zonas rurales y empresas urbanas donde se está desarrollando el movimiento de educación socialista, éste no debe ser perturbado y debe proseguir de acuerdo con los planes originales si éstos son adecuados y el movimiento marcha bien. Sin embargo, las cuestiones planteadas en la actual gran revolución cultural proletaria deben ser sometidas, en el momento apropiado, a la discusión de las masas, a fin de promover aún más vigorosamente la ideología proletaria y erradicar la ideología burguesa.

En algunos lugares se toma la gran revolución cultural proletaria como centro para impulsar el movimiento de educación socialista y realizar una limpieza en los terrenos político, ideológico, organizativo y económico. Se puede proceder de esta manera donde el comité del Partido lo considere adecuado.

14. EMPEÑARSE EN LA REVOLUCIÓN Y PROMOVER LA PRODUCCIÓN

La gran revolución cultural proletaria tiene por objeto hacer más revolucionaria la conciencia del hombre, lo que permitirá conseguir más, más rápidos, mejores, y más económicos resultados en todos los campos de nuestro trabajo. Si las masas populares son plenamente movilizadas y se hacen arreglos apropiados, es posible llevar a cabo tanto la revolución cultural como la producción sin que sea afectada ni una ni otra, y garantizar una elevada calidad en todo nuestro trabajo.

La gran revolución cultural proletaria es una poderosa fuerza motriz para el desarrollo de las fuerzas productivas sociales en nuestro país. Es incorrecto todo punto de vista que contraponga la gran revolución cultural al desarrollo de la producción.

15. LAS FUERZAS ARMADAS

En las fuerzas armadas, la revolución cultural y el movimiento de educación socialista deben realizarse con arreglo a las instituciones de la Comisión Militar del Comité Central del Partido y del Departamento Político General del Ejército Popular de Liberación.

16. EL PENSAMIENTO DE MAO TSE-TUNG ES LA GUÍA PARA LA ACCIÓN EN LA GRAN REVOLUCIÓN CULTURAL PROLETARIA

En la gran revolución cultural proletaria, es indispensable mantener en alto la gran bandera roja del pensamiento de Mao Tse-tung y poner en el puesto de mando la política proletaria. Debe ser impulsado adelante, entre las amplias masas de obreros, campesinos y soldados y de cuadros e intelectuales, el movimiento para el estudio y aplicación creadores de las obras del Presidente Mao, y debe tomarse el pensamiento de Mao Tse-tung como guía para la acción en la revolución cultural.

En esta gran revolución cultural tan compleja, los comités del Partido a todos los niveles tienen mayor necesidad de estudiar y aplicar concienzuda y creadoramente los escritos del Presidente Mao. En particular, deben estudiar repetidamente las obras del Presidente Mao referentes a la revolución cultural y los métodos de dirección del Partido, tales como "Sobre la nueva democracia", "Charlas en el Foro de Yenán sobre Literatura y Arte", "Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo", "Discurso ante la Conferencia Nacional del Partido Comunista de China sobre el Trabajo de Propaganda", "Acerca de algunos problemas de los métodos de dirección" y "Métodos de trabajo de los comités del Partido".

Los comités del Partido a todos los niveles deben atenerse a las directivas dadas por el Presidente Mao a lo largo de los años, aplicar cabalmente la línea de "de las masas, a las masas" y ser alumnos de las masas antes de convertirse en sus maestros. Deben esforzarse por evitar la unilateralidad y estrechez de miras. Deben promover la dialéctica materialista y oponerse a la metafísica y al escolasticismo.

Bajo la dirección del Comité Central del Partido encabezado por el camarada Mao Tse-tung, la gran revolución cultural proletaria logrará sin duda una brillante victoria.

Recientemente se ha publicado en Pekín una antología de declaraciones del presidente Mao de 1956 a 1967 que no ha sido traducida todavía a otras lenguas.

La existencia de varios discursos mayores de Mao, reproducidos en este folleto, era conocida desde tiempo atrás ya que habían sido pronunciados en el curso de sesiones del comité central o en otras ocasiones oficiales que la prensa china había señalado en su momento. Pero el contenido integral de estas piezas no figuraba en las *Obras completas* del presidente chino y no fue dado a la luz pública sino durante la revolución cultural, en los periódicos de los guardias rojos. Entre los inéditos presentados en Pekín se encuentran las instrucciones de Mao Tse-tung la víspera de la explosión de la revolución cultural y durante su primera fase, hasta enero de 1967. Se trata por lo general de intervenciones breves hechas durante reuniones de responsables del partido, e incluso de simples ingeniosidades relatadas posteriormente por Lin Piao, Chu En lai y otros dirigentes. Este nuevo folleto no es pues una exposición teórica completa ni una crónica de los acontecimientos chinos de los últimos años. Se presenta más bien como un complemento al *Libro rojo* de citas del presidente Mao y parece destinado ante todo a los que ya conocen las grandes líneas de la doctrina maoísta. Quizá sea esta la razón por la cual no ha sido todavía difundido en el extranjero mediante la agencia *Nueva China*.

Los norteamericanos fueron los primeros en traducir el texto completo de la antología, en el boletín mimeografiado del consulado general de los Estados Unidos en Hong-Kong, *Current Background*. Los sinólogos norteamericanos reaccionaron con la alegría que era de esperarse, pero también con cierta circunspección. También ellos se han entregado a una labor minuciosa de verificación para comprobar que los chinos no "reinventaban" textos de Mao Tse-tung y no le atribúan, retrospectivamente, discursos que en realidad no había pronunciado. Su veredicto ha sido unánime: todos los textos son auténticos.

Al publicar algunos extractos el *New York Times* incluso agrega que, según algunos expertos como el profesor Michael Oksenberg de la Universidad de Columbia, "las declaraciones directivas y las cartas confidenciales" de Mao Tse-tung arroja una nueva luz sobre

el origen y el desarrollo de la revolución cultural y prueban "que era una consecuencia lógica de las concepciones ideológicas de Mao Tse-tung y no consistía de manera alguna en una lucha por el poder". Cuando se recuerda lo que el mismo periódico y toda la prensa norteamericana escribían hace apenas tres años no queda otra alternativa que alegrarse de la actual serenidad del *New York Times*.

Hemos hecho aquí nuestra propia selección de textos y los hemos dividido en seis capítulos atendiendo al tema más que al orden cronológico. El primer capítulo está consagrado al discurso de Mao la víspera del Gran Salto Adelante y al que pronunció en la sesión del comité central de Lushan en julio de 1959. Los segundo, tercero, cuarto y quinto capítulos aclaran diferentes aspectos de las relaciones entre el partido y las masas, acentuándose la denuncia de los vicios burocráticos, el sistema jerárquico de la educación y los problemas de la juventud. El sexto, por último, contiene ciertas reflexiones generales de Mao sobre el papel de las masas en la construcción del socialismo, sobre la lucha de clases y las relaciones de China con otros países del mundo.

NADIE ESTA EXENTO DE DEFECTOS...

"A menudo glorificamos nuestro país diciendo que posee una inmensa población, que se extiende sobre un enorme territorio, que posee gigantescos recursos, una antiquísima cultura, una historia de más de cuatro mil años. ¡Qué arrogancia!, realmente nuestra producción industrial no está ni siquiera a la altura de la de Bélgica. Producimos muy poco acero y tenemos poca gente letrada. Si se miran de cerca estas cosas caemos en cuenta que somos más bien inferiores. Pero estamos también llenos de entusiasmo; debemos ir de prisa y alcanzar a Gran Bretaña en quince años.

(...) Hay dos métodos de dirección. Por ejemplo, sobre la cuestión de la creación de cooperativas, unos preconizan una acción rápida, otros una acción lenta. Considero el primer método como el mejor. Se debe batir el hierro cuando está caliente, y vale más hacer las cosas de un solo golpe que dilatar su ejecución mucho tiempo."

(Discurso del 28 de abril de 1958.)

Soy un hombre rudo y no pretendo ser muy cultivado. Nadie, por lo demás, está exento de defectos. El mismo Confucio cometió errores. He visto los manuscritos de Lenin y he comprobado que estaban corregidos en casi

todas partes. Si él no hubiese cometido errores, ¿por qué razón los hubiese corregido?

Es absolutamente imposible prever todas las cosas. El carbón y el hierro no pueden caminar solos y deben ser transportados en vagones. Yo no fui lo suficientemente previsivo, o simplemente me faltaron conocimientos sobre el tema. (...) Antes de agosto del pasado año yo consagré lo esencial de mi energía a la revolución y no conocía gran cosa en relación a la planificación industrial. Sin embargo, camaradas, en 1958, yo tomé la principal responsabilidad y es a mí a quien se debe criticar. No fue Ko Ching-shih (ex miembro del buró político, muerto en 1965) quien inauguró el programa de la producción masiva de la fundición y del acero (en las comunas populares), fui yo. Ello produjo un gran despilfarro, porque 90 millones de personas se pusieron a fundir el acero...

Luego vinieron las comunas populares. Yo no me atribuí el derecho de inventarlas, pero yo tenía el derecho de sugerirlas. En Shantung, un periodista me preguntó: "¿Son las comunas una cosa buena?", y yo respondí: "son una cosa muy buena". Inmediatamente lo publicó en un periódico. En el futuro los periodistas harían bien en dejarme tranquilo.

¿Fracasamos verdaderamente?, todos los camaradas que vinieron a esta conferencia han aprendido alguna cosa. No hemos fracasado, camaradas. Hemos insuflado un poco de viento comunista y hecho que la nación entera sea capaz de aprender su lección. Hemos pagado el precio. Camaradas, deben analizar su responsabilidad y sus estómagos se sentirán mucho mejor si distienden el vientre y dejan salir el viento."

(Discurso del 23 de junio de 1959.)

MIENTRAS MAS NOS CREEMOS SUPERIORES PEOR TRABAJAMOS

"Durante el último decenio no hubo un solo camarada que haya sugerido, que haya osado exponer analítica y sistemáticamente al comité central los defectos de nuestros proyectos. Yo no he encontrado nunca este tipo de hombres. Sé que existen, pero ellos no han osado diri-

girirse directamente al escalón superior, sin pasar por los escalones intermediarios."

(Comentarios de Mao al vicedirector de la Planificación del Estado, Li Chung-yun, el 26 de julio de 1959.)

"La arrogancia y la complacencia se desarrollan bajo diversas formas en diversas circunstancias. En tiempos de victoria la tentación de exhibir tales defectos es mayor, porque en tiempos difíciles estamos obligados a ver nuestra propia debilidad y actuar con mayor prudencia. (...) Debemos ser conscientes de que el partido es fácilmente golpeado por la ola de arrogancia y de suficiencia después de la victoria.

La gente piensa a menudo que no es tan buena como los que están por encima de ellos, pero que son mucho mejores que aquellos que están por debajo. Tienen el sentimiento de que se han convertido en una suegra después de haber vivido como una nuera durante treinta años. Pero todo ello no es sino una peligrosa autointoxicación. Las gentes que se convierten en arrogantes menosprecian el poder del pueblo y dejan de comprender el desarrollo de las cosas objetivas.

Más nos consideramos superiores, más mediocres son los resultados que somos capaces de obtener; León Tolstoi señaló con humor: "Un individuo es como un quebrado cuyo numerador sería su competencia real y cuyo denominador sería la estimación que se tiene de sí mismo. A medida que el denominador es más elevado más pequeño será el quebrado." Todo trabajador revolucionario debe ser modesto, porque es una virtud benéfica para la causa del pueblo. La modestia es también una manifestación de responsabilidad con la causa del pueblo."

(Discurso del 13 de diciembre de 1963.)

Hoy, ciertos camaradas temen enormemente la discusión de las masas. Temen que las masas expresen puntos de vista diferentes a la de los órganos dirigentes y a los jefes del partido. Impiden también que la gente hable y

frenan el entusiasmo de las masas. Es una actitud extremadamente perjudicial, camaradas. Si hemos cometido errores debemos solicitar la opinión de las masas y de otros camaradas, y hacer nuestra propia autocrítica y no impedir la crítica ajena.

(Conversación del 30 de enero de 1962.)

En el escalón superior (del aparato del partido) el nivel de conocimientos es muy bajo. (Los dirigentes), no comprenden la opinión de las masas. Están muy ocupados todo el día, pero no prestan ninguna atención a las gentes y no estudian ningún problema a fondo. Lo hacen todo de manera burocrática. Golpean su gong para hacerse un camino. Su comportamiento es tal que las gentes se atemorizan de su sola presencia. Son romos y escurridizos como las anguilas.

Por otra parte las oficinas del gobierno crecen desmesuradamente. Hay más gentes que puestos. Los documentos y el papeleo hormiguean. Las instrucciones proliferan.

("Veinte manifestaciones de la burocracia", texto no fechado, escrito en 1966.)

CUANDO SE LEEN DEMASIADOS LIBROS, UNO SE VUELVE ESTUPIDO

Díganle al ministro de la Salud pública que trabaja sólo para el 50 por ciento de la población y que, de ese 50 por ciento, son sobre todo los señores los que son servidos. Las grandes masas campesinas no cuentan con recursos médicos. Y si el ministro de la Salud pública no se ocupa de ellas por qué no llamarlo ministerio de la Salud urbana, o ministerio de los Señores, o ministerio de la Salud de los Señores urbanos.

También la enseñanza médica debería reformarse. Fundamentalmente no es necesario leer tantos libros y pasar tantos años en la escuela. Lo importante es progresar a través del estudio práctico. Cuando se leen demasiados libros uno se vuelve estúpido.

Demasiada cantidad de hombres y de materiales ha sido extraído del trabajo entre las masas para dedicarlos

a investigaciones sobre enfermedades raras y difíciles de curar. Son falsas prioridades. Una gran atención debe ser dispensada a la prevención de las enfermedades corrientes y al mejoramiento de su tratamiento.

(Instrucción sobre el trabajo del ministerio de Salud, 26 de junio de 1965.)

Viví mucho tiempo en regiones rurales, con los campesinos, y me ha conmovido profundamente el ver qué cantidad de cosas saben. Su sabiduría es muy rica. Yo no tenía talla para compararme con ellos.

(Conversación con Mao Yun-hsin, febrero de 1966.)

Camarada Lin Piao,

Acuso recibo de vuestro informe sobre el departamento de logística general que usted me envió el seis de mayo. Pienso que ese proyecto es excelente.

Mientras no haya guerra mundial las fuerzas armadas deben constituir una gran escuela. En esa escuela nuestros soldados aprenderán la política, los asuntos militares y la agricultura. Deben participar en los trabajos agrícolas, dirigir pequeñas o medianas fábricas y fabricar un buen número de productos que les son necesarios. Deben hacer trabajos entre las masas y participar en la revolución cultural.

La principal tarea de los campesinos es la agricultura, pero al mismo tiempo deben estudiar la política, los asuntos militares y los problemas culturales. Y en aquellos lugares en que sea posible deben crear y ocuparse colectivamente de pequeñas fábricas.

En cuanto a los estudiantes su principal tarea es el estudio, pero deben, complementariamente, aprender otras cosas, por ejemplo, el trabajo industrial, agrícola y los asuntos militares.

(Esta carta, enviada a Lin Piao el 7 de mayo de 1966 es considerada como un texto básico en China, se han creado numerosas escuelas que llevan el nombre de 7 de mayo.)

Desde la noche de los tiempos, los que poseen un espíritu creador, los que han dado origen a nuevas ideas y a nuevas corrientes de pensamiento siempre han sido jóvenes. Esos jóvenes no tenían necesariamente demasiada instrucción...

No digo que no se aprenda nada en las escuelas y no tengo ninguna intención de cerrarlas. Lo que quiero decir es que se aprenden también muchas cosas fuera de la escuela y que no siempre es absolutamente necesario el ir a ella para ser creador.

(Discurso del 22 de marzo de 1958.)

TODOS LOS QUE HAN PRETENDIDO GOLPEAR EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL HAN TERMINADO MAL

Nuestro sistema educativo no funciona bien. El período de instrucción debería ser acortado. Se obliga a los jóvenes a estudiar demasiadas materias a la vez, lo que les es perjudicial y los lleva a tener constantemente una vida tensa. Incluso las miopías se han multiplicado entre ellos.

Se les hace sufrir exámenes como si fuesen una suerte de enemigo a vencer. Se les tienden emboscadas, llenas de artimañas y cuestiones oscuras. Son métodos académicos estereotipados que desapruébo; preconizo su transformación radical.

Por ejemplo, si se les hacen a un estudiante veinte preguntas sobre *El sueño de la cámara roja* (clásico de la literatura china) y responden a diez de estas preguntas con ideas originales debería obtener cien puntos. Pero si sus veinte respuestas son correctas, mas desprovistas de imaginación y de ideas originales no merece sino cincuenta puntos. Los estudiantes deberían tener el derecho de consultarse durante los exámenes y de "soplarse". Deben poder presentarse a una prueba con el nombre de otro candidato. Lo único que cuenta es el tener buenas respuestas y es una cosa positiva que ellas

sean copiadas por los otros. Los estudiantes deben, por otra parte, tener el derecho de dormitar cuando los cursos son dictados por malos profesores.

(Instrucciones del 13 de febrero de 1964.)

Hay camaradas descontentos por la explosión del movimiento en el seno de los estudiantes y que desearían ahogarlo. Pero esas personas deben comprender que todos los que han intentado golpear el movimiento estudiantil han terminado mal. ¿El gobierno de la dinastía Ching, que quiso suprimir el movimiento de los estudiantes, no terminó mal? ¿Y los warlords de Peiyang, que luchaban contra los estudiantes, tuvieron un buen fin? ¿Y cómo terminó Chiang Kai-shek que tanto luchó contra ellos? (...) No se debe intentar el envío de grupos de trabajo a las universidades con el fin de suprimir el movimiento de los estudiantes; quienes lo hagan también terminarán mal.

(Palabras de Mao Tse-tung hechas públicas el 2 de setiembre de 1966 por el primer secretario del partido de la provincia de Hunan.)

(Los estudiantes) realmente provocaron un alboroto en las calles de Nankin. En la medida en que me enteraba de los hechos crecía mi contento. No hay que temer los líos. Si hacéis líos y los hacéis durar habréis hecho bien. La confusión y el alboroto son siempre dignos de interés. Ellos pueden aclarar las cosas. En la medida en que se temen los fantasmas en esa medida se encuentran. Sin embargo, no descarguen sus fusiles. Nunca es bueno abrir el fuego.

(Instrucciones, 13 de setiembre de 1966.)

Volviendo de Pekín me sentía profundamente inquieto. Varias escuelas habían cerrado sus puertas; otras habían ahogado el movimiento que crecía en ellas. ¿Quién se empeña en reprimir de esta manera la acción de los estudiantes? Sólo los antiguos señores de la guerra se conducen de esta manera.

Sé que algunos temen la revolución. Prefieren remendar las cosas y darlas por terminadas. No lo permitiremos.

Debemos tener confianza en las masas; si queremos ser sus profesores debemos primero estudiar a su lado. La gran revolución cultural que vivimos crea una situación formidable. ¿Debemos tener miedo de vivir esta prueba del socialismo?

Porque se trata de una prueba: el socialismo no se hará si no aceptamos el colocar la política en primer término y el ir al seno de las masas para realizar con ellas la gran revolución cultural proletaria.

(Conversación en el comité central, en fecha no precisada de 1966.)

LA CABEZA DE UN HOMBRE NO RETOÑA

La revolución os ha sido impuesta porque no habéis sabido hacerla. Los camaradas que han asistido a esta conferencia hubiesen debido aprovechar para ir a la universidad de Pekín o al colegio de la Radiodifusión para leer los afiches de grandes letras, los *ta-tse-bao*. Hoy no podéis ir porque debemos ocuparnos de los documentos. Pero cuando leáis los afiches pensad que estás cerca de ellos (los "guardias rojos") para aprender algunas cosas y ayudarlos a hacer la revolución.

Allí estaréis rodeados de estudiantes. Más de cien dirigentes han sido criticados ya durante las reuniones en el colegio de la radio. Hay muchos enfrentamientos y a menudo los estudiantes son atacados. Pero en esta época que es la nuestra es bueno que los izquierdistas sean atacados por los derechistas. Es bueno porque ello hace más aguerridos a los izquierdistas.

(Alocución a los secretarios regionales, 22 de julio de 1966.)

La cuestión principal consiste en saber la política que debemos adoptar cuando los disturbios explotan en ciertas zonas. Personalmente creo que algunos meses de disturbios serán beneficiosos y que muy poco será el mal que

resulte de ello. Si los estudiantes quieren estar en la calle hay que dejarlos. ¿Qué hay de malo en que peguen sus afiches de grandes letras sobre los muros? Dejemos que los extranjeros tomen sus fotos; su finalidad, de todas maneras, es mostrar que somos seres atrasados.

(Alocución en una reunión de trabajo, el 23 de agosto de 1966.)

Camarada Chu En-lai,

Muchos educadores y estudiantes revolucionarios me han escrito recientemente para preguntarme que si el arrastrar las personas que han adoptado la vía capitalista a través de las plazas poniéndoles un gorro de asno y pintarrajeándole el rostro constituye una forma de lucha armada. Pienso que representa una mala forma de lucha armada. Tales métodos no pueden ayudarnos a alcanzar nuestro objetivo ni a educar al pueblo. Quisiera subrayar que debemos conducir nuestra lucha sirviéndonos de la razón.

(Carta a Chu En-lai del 1º de febrero de 1967.)

Debemos también observar rigurosamente los principios proclamados en Yenan: no ejecutar a nadie inútilmente y no complacer los deseos de la mayoría a este respecto. Después de la revolución nos hemos abstenido de ejecutar ciertos criminales, y no porque sus crímenes no mereciesen la pena capital, sino porque su ejecución no servía a ningún fin útil. (...) El no ejecutar a un hombre no hace mal a nadie. Todo aquel que tenga posibilidad de volver al buen camino debería tener la oportunidad de poder hacerlo; si actuamos de esta manera transformaremos una cosa inservible en algo útil. La cabeza de un hombre no retoña, si se la corta no renacerá otra. Recordemos que una vez cortada una cabeza no existe medio alguno de reparar el error. (...) De otra parte las personas que no son decapitadas deben alimentarse. En consecuencia se debe ofrecer a todos los contra-revolucionarios la oportunidad de ganar su vida a fin de que tengan, en su trabajo, un objetivo. Todo lo cual es

favorable a la causa del pueblo y a nuestra influencia internacional.

(Discurso de abril de 1956.)

“LOS ARBOLES PREFERIRÍAN
PERMANECER EN CALMA...”

La historia del desarrollo social no es la historia de los héroes individuales: es la historia de las masas del pueblo trabajador. Son los conservadores los que, exagerando siempre el papel del individuo, se atribuyen todos los méritos y se convierten en arrogantes. Menosprecian y subestiman la fuerza de las masas. (...) Los marxistas-leninistas se colocan en el extremo opuesto de esta tendencia porque ellos tienen una concepción del mundo dialéctica, materialista e histórica. Para nosotros lo que es crucial es el papel de las masas, y no el del individuo. El marxismo-leninismo nos enseña que el pueblo trabajador es el único creador de riquezas sociales y que constituye la fuerza decisiva en la lucha revolucionaria. Puesto que nuestro objetivo es el de construir el socialismo y el comunismo en China debemos contar con la capacidad creadora de la clase obrera, vanguardia de centenas de millones de nuestros trabajadores. En cuanto a los individuos éstos no son sino un engranaje en ese proceso.

(Discurso de diciembre de 1963.)

Nuestro objetivo es integrar la verdad universal del marxismo-leninismo en la práctica concreta de China. Debemos saber pensar de una manera independiente, pero hemos lanzado también la consigna según la cual es necesario estudiar la experiencia de los otros y aprender todas las cosas avanzadas y excelentes que existen en el extranjero. (...) Algunos jefes de estado no quieren o no se atreven a lanzar una consigna de esta naturaleza porque creen que es incompatible con su amor propio gubernamental. Pero nosotros estamos dispuestos a reconocer que otros países poseen logros que estamos interesados en asimilar. Esto no implica en forma alguna que esos países tengan desaciertos e insuficiencias aún más grandes que las nuestras.

Yo pienso que China posee igualmente puntos débiles y puntos fuertes. Primero, en el pasado éramos una colonia o semicolonias. Oprimidos por el imperialismo nuestra industria no pudo desarrollarse. Nuestro nivel científico y técnico ha permanecido muy bajo. A pesar de nuestro vasto territorio, nuestros inmensos recursos, nuestra enorme población y nuestra larga historia éramos inferiores en muchos campos a otras naciones. No tenemos pues el derecho a ser arrogantes y vanidosos. No obstante, después de haber sido esclavizados tanto tiempo, nuestro pueblo terminó por tender a considerarse inferior en todos los campos. Creía que no era capaz de tener la frente alta delante de los extranjeros, como Chia Pwei, del tiempo de Famen, que no osaba sentarse y decía que prefería estar de pie. Es necesario vencer esta tendencia y darle confianza en sí mismo al pueblo chino. Debemos enseñarle el viejo consejo de Mencius: *Desprecia los señores*. Nuestra política debe consistir en enseñar al pueblo a despreciar los imperialistas...

Somos hermanos menores en el dominio de la revolución. Ciertamente hemos hecho nuestra revolución antes que los soviéticos y depusimos nuestro emperador en 1911. Pero no existía en esa época el partido político del proletariado en China y esta revolución terminó por fracasar. Obtuvimos la victoria de la revolución popular en 1949, más de treinta años después de la revolución de octubre en la Unión Soviética. A este respecto no tenemos tampoco por qué ser vanidosos. Por supuesto en relación a ciertos otros países coloniales estamos más adelantados en el dominio de la revolución, pero debemos evitar el mostrarnos arrogantes con ellos.

(Discurso de abril de 1966.)

Los árboles preferirían permanecer en calma, pero el viento no los deja tranquilos. De la misma manera la lucha de clases es un hecho objetivo, independiente de los deseos del hombre. (...) Las tempestades de la lucha de clases no cesarán nunca en una sociedad en que existan clases. Estas tormentas constituyen la fuerza motriz que impulsa la historia hacia adelante. (...)

Hay reglas que permiten nadar al hombre y quien las conoce mejor, nada mejor. Sucede más o menos lo mismo con las leyes que rigen la revolución. Cuando se tiene su dominio se adquiere la capacidad de dirigir el desarrollo que gobierna la lucha de clases.

(Palabras de Mao Tse-tung recogidas en el editorial de "Jenmin Jibao" del 2 de junio de 1966.)

ENRICA COLLOTTI PISCHEL
LA REVOLUCION CULTURAL CHINA

¹ Al hablar de las dificultades de interpretación que presenta la revolución cultural, se quiere aludir a las dificultades *reales* del análisis de las perspectivas y del desarrollo histórico, tales como se presentan a un observador de buena fe; y también a quien se siente animado —como es el caso de quien escribe— por una actitud de solidaridad con el régimen revolucionario chino en virtud de sus elecciones fundamentales y por su voluntad de oponerse, *como régimen revolucionario*, a las sistemáticas y cada vez más intensas amenazas de agresión que se le dirigen en base a una lógica de intereses típicos del sistema imperialista. Dentro de estas reales dificultades de interpretación no se han incluido (y un estudio serio no podría incluirlos) los falsos problemas y las absurdas informaciones que se han difundido, a propósito de China, durante los últimos años como parte de una campaña denigratoria que se articula de diversas maneras, según los diferentes componentes de las organizaciones anti-chinas que, alternativamente, encabezan esa campaña; pero, en su conjunto, cumple la misma función histórica que las campañas denigratorias desencadenadas contra cualquier régimen revolucionario (el francés, a fines del 1700 ó el soviético, entre 1917 y 1941), es decir, una función de preparación política y cultural de la agresión militar y de las tentativas de supresión.

² En general las referencias a la persona y a la línea de Stalin han sido muy escasas en China desde 1966 (generalmente han consistido en la inclusión de Stalin en el doble binomio Marx-Engels, Lenin-Stalin, o en la reproducción de textos albaneses o de grupos chinófilos de la URSS y de Europa oriental) y la tesis oficial que se ha sostenido generalmente, afirma que Stalin, durante todo el período de su mandato en la URSS, supo mantener, sustancialmente, las estructuras de la dictadura del proletariado tanto en el plano social, creando por primera vez una organización socialista en la agricultura y en la industria, como en el plano internacional, manteniendo una resistencia continua y sin vacilaciones de principio frente al ataque imperialista, especialmente en su forma fascista, pero que no supo adoptar los métodos adecuados para resolver efectiva y realmente las contradicciones existentes dentro de la sociedad socialista y, consecuentemente, no pudo preparar los medios nece-

sarios para evitar la formación de nuevos grupos privilegiados y de una nueva clase dirigente.

³ En esa primera fase la política industrial y de desarrollo, trató de repetir lo más sistemáticamente posible, las elecciones realizadas en la URSS (prioridad a las industrias de base, luego a la industria pesada, después a la mecánica ligera y por último a las industrias ligeras para la fabricación de productos agrícolas; sistemas salariales diferenciados según la calificación técnica; adopción de incentivos materiales y de situaciones de privilegio de hecho para los trabajadores industriales en materia de viviendas, aprovisionamiento, condiciones de vida y, especialmente, posibilidades de instrucción y calificación; relativa integración de China en el sistema económico contemplado por la URSS; concentración de la industria en grandes zonas industriales de carácter urbano con el traslado de las materias primas y la mano de obra; prioridad a la función de estos centros en la vida política y social del estado y el partido). Este tipo de política resultó ser insostenible, ya que no se disponía de los medios para suscitar en la base de la sociedad rural la iniciativa capaz de combatir y superar el estancamiento rural; es por esto que la advertencia de las carencias de cierto tipo de industrialización coincidió con la decisión de formar las "Comunas". Pero hay algo más: otros fenómenos —verificados también en la URSS— presentaban para la realidad china dificultades mucho más inquietantes: por ejemplo, la concentración del proletariado en grandes ciudades, con la consiguiente ruptura de la integración ciudad-campo, creaba un porcentaje bastante alto de población (casi el veinte por ciento) que debía ser alimentado sin realizar trabajos agrícolas, de tal modo que la agricultura, auto-suficiente, debía llegar a ser capaz de proveer excedentes; los elementos más capaces, emprendedores y preparados, abandonaban poco a poco las zonas rurales con el riesgo de disminuir, antes que de aumentar, la eficiencia y la producción, y la misma iniciativa revolucionaria y de desarrollo; esta vigorización de la industria y la posición de vanguardia de los obreros, exigían la concentración en las ciudades y en las zonas industriales de servicios sociales, desde transportes a mercados, desde distracciones a viviendas, desde la red sanitaria a la organización escolar, con las lógicas consecuencias cuyos efectos inmediatos repercutían en perjuicio de las masas campesinas, pero que también podían haberse reflejado negativamente sobre la población urbana desde el punto de vista social, por lo menos a largo plazo (identificación de la situación urbana con una situación de privilegio o bien de ventaja; fuga de los intelectuales de las zonas rurales o necesidad de mantenerlos en ellas mediante soluciones coactivas; identificación del trabajo industrial con una serie de incentivos materiales coordinados y pagados, sustancial y preferentemente, por las masas rurales); la prioridad absoluta a la concentración industrial hacía necesario un mayor control por parte de los órganos centrales del estado, y, consecuentemente, la existencia de un aparato burocrático del estado y de las mismas empresas mucho más pesado; ello volvía indispensable la intervención y el aval del centro, peligroso desde cualquier punto de vista, tanto

militar como político y social. Finalmente, la prioridad conferida a las grandes zonas urbanas, y el relativo relegamiento a un segundo plano de los problemas de la sociedad rural, convertía a las ciudades en los ganglios vitales del país, creando una serie de objetivos preferenciales para una agresión enemiga, especialmente aérea y más aún atómica, y privando al país, al mismo tiempo, de la posibilidad de resistir en virtud de su extensión, de su auto-suficiencia, de su homogeneidad y población, es decir, privándolo, esencialmente, de la posibilidad de hacer entrar en juego el doble instrumento de la resistencia armada campesina y de la resistencia de largo alcance a los ataques aéreos fundada en la potencialidad de la autosuficiencia y de la autonomía de las células de base del conglomerado social.

⁴ Al respecto se impone un análisis de la denuncia a la obra de Liu Shao-chi y de los hombres ligados a él. Es probable que, en ese enjuiciamiento, se hayan incluido junto a Liu otros adversarios de Mao que compartían, sólo parcialmente, sus posiciones y su pasado, así como también es posible que algunos de ellos hayan tenido, además, sus propias responsabilidades respecto a los contactos políticos con el exterior. Es indudable que, en la acusación de no haber sido un hombre de la "línea de Mao" en su desarrollo histórico, que se dirigió a Liu, existe un amplio margen de exactitud; él fue un sindicalista absolutamente fiel al modelo proletario urbano de la lucha revolucionaria; es muy probable que haya tenido gran desconfianza con respecto a algunos aspectos intrínsecos de la lucha revolucionaria rural (que Mao no apoyaba totalmente pero que consideraba posible valorizar y modificar, al mismo tiempo, "bajo la dirección de la vanguardia proletaria") y que, consecuentemente, haya sido partidario de una solución de compromiso con el Kuomintang en 1946 cometiendo, en otros casos, errores de "izquierdismo" abstracto; paralelamente es más que verosímil que su actitud frente a la URSS fue de admiración servil y que su polémica, en las confrontaciones del período que sucedió al X Congreso (polémica por otra parte relativamente moderada respecto a otras), no lo llevó a discutir profundamente la situación social creada en la URSS, ni tampoco las formulaciones de fondo de su línea general, ni las estructuras y las funciones del partido. Muchos indicios (sus escritos, sus intervenciones) demuestran que —por herencia confuciana o por influencia del mundo soviético— él tendía a valorar mucho más el momento del autoritarismo que el de la iniciativa subversiva, la creación de instituciones que el mantenimiento de los contactos con las masas. Finalmente, muchos textos de militantes perseguidos por Liu, parecen confirmar la tesis de que, dentro del aparato del partido, había creado un poder personal integrado por hombres férreamente ligados a él y que también eran totalmente extraños a la experiencia de la guerrilla rural. Tampoco parece absurda la acusación de que, en el momento en que se había logrado la victoria sobre Chiang o estaba por lograrse, él "aprovechó las luchas y los esfuerzos de los hombres de la guerrilla para establecer su control sobre el partido". Por el contrario, nada se ha dicho —y en este caso el silencio de los comunistas chinos es difícil de com-

prender— sobre la hipótesis según la cual la posición dominante de Liu Shao-chi habría sido determinada, aproximadamente desde 1940 en adelante, por presiones de Stalin, siempre hostil a Mao y a sus compañeros, pero incapaz en ese momento de imponer al partido comunista chino el control o la simple presencia de hombres desacreditados como Wang Ming, en quien Stalin había confiado tanto anteriormente. Se formularon mayores alusiones —y quizás en el inminente congreso del partido comunista chino se den algunas indicaciones sobre este punto— a la participación de Liu y de otros (de distinto origen y posición) en un verdadero “complot” o bien en un acuerdo con la URSS para derrocar, en China, a Mao y a los hombres ligados a él, o para suplantarlo a los sostenedores de la “línea de Mao”, en caso de que éste muriera; pero, en este caso, los indicios indirectos más precisos parecen haber sido proporcionados por los soviéticos, que no sólo han intervenido muchas veces en 1967 y 1968 para invocar la resistencia y la rebelión de todos los militantes comunistas chinos en contra de Mao, proponiendo abiertamente la guerra civil como solución del problema, sino que han intensificado al extremo el ataque —no solamente político— a China luego de la condena de Liu Shao-chi y de los suyos. Con todo, si la función histórica de la revolución cultural se limitase a la condena de Liu Shao-chi, a pesar de todo lo que se halla implícito en una condena semejante, la tentativa de crear en China un mecanismo profundo y auténtico de lucha para salvaguardar la sociedad socialista, se encontraría notablemente limitada.

⁵ Piénsese por ejemplo en la necesidad de enviar a grandes grupos de jóvenes salidos de las escuelas a vivir y trabajar permanentemente o durante largos períodos en las zonas rurales, donde no sólo la vida es más dura, sino que la atmósfera resulta menos politizada (o al menos así lo parece considerándola con la medida de juicio de un movimiento de contestación estudiantil), piénsese en las limitaciones de la libertad sexual de los jóvenes ligadas no sólo a la mentalidad tradicionalista sobreviviente, sino a las mismas exigencias de la producción y de las soluciones elegidas —junto a otras más modernas— para evitar el aumento de la población; y piénsese en la imposibilidad de hacer cualquier concesión a ese tipo de exigencias juveniles (libros, discos, ropas, a entretenimientos) que la sociedad del bienestar, del Oeste al Este, se apresura a favorecer y a satisfacer.

ROSSANA ROSANDA EL MARXISMO DE MAO TSE-TUNG

¹ Cf. *II Manifesto*, año II, n° 5.

² Joan Robinson, *La rivoluzione culturale in Cina*, Bari, 1969. Véase p. 9. El subrayado es nuestro.

³ En algunos documentos chinos, anteriores y pertenecientes a la “revolución cultural”, se señala el error de Stalin, sobre todo en referencia con el proyecto de constitución de 1936, mientras que la tesis sostenida en *Problemas económicos del socialismo en la URSS* es considerada más positivamente.

⁴ *La rivoluzione culturale cinese*. Milán, 1969. V. pp. 461 y ss.

⁵ Cf. *L'accumulazione socialista*, editado por Lisa Foa. Roma, 1969.

⁶ Cf. la introducción a *La cultura di Mao*, editado por K. H. Fan. Florencia, 1968. [De este libro hay edic. en esp.: *La revolución cultural china*. México, Era, 1970.]

⁷ Cf. Joachim Schickel, *Grande muraglia, grande metodo*. Bari, 1970.

⁸ Jack Belden y Edgar Snow, antes de la revolución, en *La China ébranle le monde* (Gallimard, 1951) y *Stella Rossa sulla Cina* (Einaudi, 1965) respectivamente, pero también luego de ella K. S. Karol y Jan Myrdal [en *China: el otro comunismo*, México, Siglo XXI, 1967, y *Una aldea de la China Popular*, Barcelona, Seix Barral, 1968, respectivamente] señalaron la importancia de ese método de formación política que es el “relato de amarguras”. El partido se forma enseñando a los pobres a “narrarse” su propia existencia, es decir, a verse y a descubrir la inaceptabilidad de su propia condición.

⁹ Sobre este tema, cf. en particular el reciente ensayo de Edoarda Masi, “La concezione delle classi e della lotta di classe in Mao e la sua influenza sulla sinistra europea”, en *Quaderni Piacentini*, 39.

NOTA DEL EDITOR

Los trabajos incluidos en el presente volumen fueron tomados de las siguientes publicaciones:

1. ENRICA COLLOTTI PISCHEL, "La rivoluzione culturale cinese", en *Problemi del Socialismo*, Roma, nº 38 (XI), 1969, pp. 3-34. Traducido por María Cristina Mata.
2. CHARLES BETTELHEIM, "Due tipi di accumulazione", en *Il Manifesto*, Roma, nº 5 (II), 1970, pp. 40-48. Traducido por Marta Eguía.
3. MARCO MACCIO, "Parti, technicien et classe ouvriere dans la révolution chinoise", en *Les Temps Modernes*, nº 289-290 (XXVII), 1970, pp. 215-241. Traducido por María Teresa Poyrazian.
4. CLASSE E STATO, "La dialectique Parti-masses dans la théorie chinoise", en *Les Temps Modernes*, nº 289-290 (XXVII), 1970, pp. 393-401. Traducido por José Aricó.
5. ISAAC DEUTSCHER, *On the Chinese "Cultural Revolution"*, Published by The Bertrand Russell Peace Foundation, London, s/d. Traducción suministrada por Alberto Belloni.
6. ROSSANA ROSSANDA, "Il marxismo di Mao Tse-tung", en *Il Manifesto*, nº 7-8 (II), 1970, pp. 26-38. Traducido por Martín Yriart.
7. MAO TSE-TUNG, "Sui dieci grandi rapporti", en *Il Manifesto*, nº 5 (II), 1970, pp. 33-40. Traducido por Carlos Altamirano.
8. "Alcuni problemi attuali sollevati nel corso del Movimento di Educazione Socialista nelle campagne", en *Ideologie*, Roma, nº 12, 1970, pp. 100-112. Traducido por Marta Eguía.
9. "Decisión del Comité Central del Partido Comunista de China sobre la Gran Revolución Cultural Proletaria", tomado de K. H. FAN, *La revolución cultural china*, México, ERA, 1970, pp. 153-163.
10. "Declaraciones del presidente Mao de 1956 a 1967". Texto traducido de *Le Nouvel Observateur*. Lo hemos tomado de la *Revista de Revistas*, Caracas, Venezuela, año III, 11-12, 1971. Traducido por F. R.

<i>Advertencia</i>	7
Enrica Collotti Pischel <i>La revolución cultural china</i>	13
Charles Bettelheim <i>China y URSS: dos modelos de industrialización</i>	47
Marcó Macció <i>Partido, técnicos y clase obrera en la revolución china</i>	69
Classe e Stato <i>La dialéctica partido-masas en la teoría china</i>	97
Isaac Deutscher <i>Sobre la "revolución cultural" china</i>	107
Rossana Rossanda <i>El marxismo de Mao Tse-tung</i>	131
Mao Tse-tung <i>Sobre las diez grandes relaciones</i>	165
<i>Los 23 puntos del movimiento de educación socialista</i>	189
<i>Decisión sobre la gran revolución cultural proletaria</i>	207
<i>Declaraciones del presidente Mao</i>	221
<i>Notas</i>	235